This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

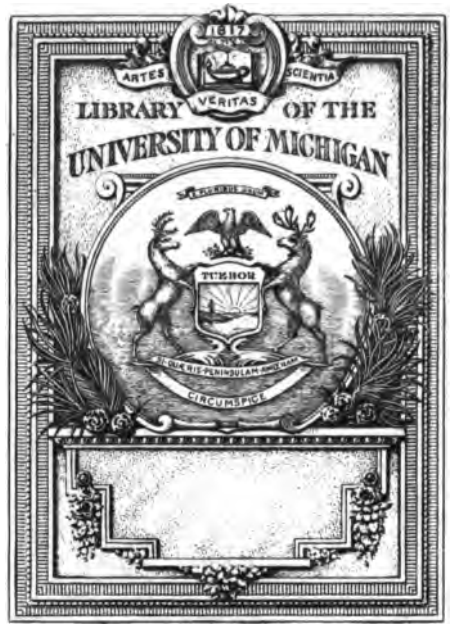
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

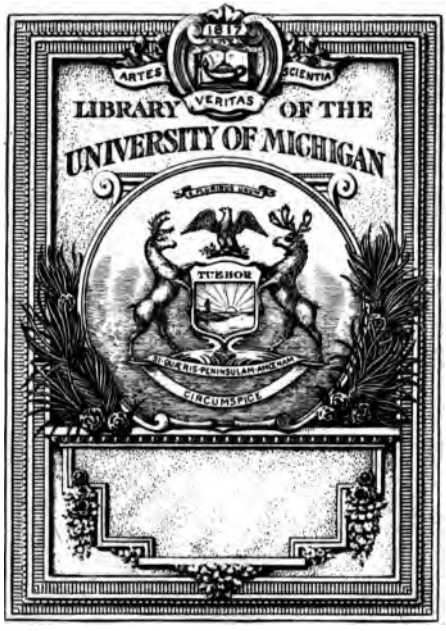
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

a

ag. do


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

869.9
G 216 b


ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

1.1
2.2.1.1.

EL BRASIL INTELECTUAL

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Poesías (1880-1885). Jacobsen, editor. Barcelona, 1885.

Estudios Literarios. M. Murillo, editor. Madrid, 1884.

Impresiones (De Buenos Aires á París. Recuerdos de Venezuela. Recuerdos de Colombia). Madrid, 1884.

Ley Social (Costumbres contemporáneas). Félix Lajouane, editor. Buenos Aires, 1885.

Libros y Autores (La novela en el Plata. De todo un poco. Bosquejos históricos). Félix Lajouane, editor. Buenos Aires, 1886.

Perfiles y Miniaturas. Imprenta de Pablo E. Coni é hijos. Buenos Aires, 1890.

Juan Bautista Alberdi (Ensayo crítico). Félix Lajouane, editor. Buenos Aires, 1890.

Cuadros Épicos. Imprenta de Pablo E. Coni é hijos. Buenos Aires. 1891. (Edición única de 100 ejemplares en papel de Holanda y del Japón).

Recuerdos Literarios. Félix Lajouane, editor. Buenos Aires, 1891.

Confidencias Literarias. Buenos Aires, 1894.

Ensayo sobre Echeverría. Jacobo Peuser, editor. Buenos Aires, 1894.

Historia de la República Argentina. Tomo primero: 1515-1800; tomo segundo: 1800-1870. Angel Estrada y Cª, editores, 1899.

Estudios Americanos. Félix Lajouane, editor. Buenos Aires, 1900.

EN PREPARACIÓN

Domingo Faustino Sarmiento (Ensayo crítico).

MARTÍN GARCÍA MÉROU

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

1900

Buenos Aires

De esta obra se han impreso 200 ejemplares especiales sobre papel VERGÉ.

Egan Amer.
Sherbrook
3-14-45
52132

Al Teniente General Julio A. Roca

Á nadie mejor que á usted puedo dedicar estas páginas, escritas en los momentos que me dejaban libres mis tareas oficiales, durante el período en que tuve el honor de representar á nuestra patria en el Brasil. Mis esfuerzos constantes por hacer más íntimos los vínculos que nos ligan con aquel país, contaron siempre con su apoyo y con su simpatía. Alentado por ese estímulo amistoso, al estudiar al Brasil, en el desempeño de mi misión, no sólo bajo el aspecto político, económico y comercial, sino también bajo el aspecto intelectual, no hice sino realizar el programa á que para usted, como para mí, debe ajustarse una acción diplomática inspirada en las conveniencias nacionales y en los sentimientos de respeto y mutua consideración, que cimentan sólidamente la amistad de

los pueblos. La primera parte de aquellos estudios carecería hoy de oportunidad, pues se refiere á condiciones modificadas substancialmente por el tiempo. Si hoy me decido á reunir en este volumen la segunda, es bajo el auspicio de la feliz corriente de viva simpatía, de sincera fraternidad sólidamente establecida entre las dos naciones. Cumplo, además, al hacerlo, con una vieja deuda de gratitud contraída durante mi permanencia en Río de Janeiro. La hospitalidad brasilera, cuyo esplendor y cuyas delicadezas usted recuerda siempre con tan justa satisfacción, me impone cuando menos el deber de mostrar á los amigos que supieron hacerme grata mi estadía en el seno de aquella sociedad, que nada de lo que les concierne me ha sido indiferente y que, al trazar estas notas é impresiones literarias, he querido sobre todo transmitir á mis compatriotas algunas de las manifestaciones de su mentalidad, tan brillante y tan cultivada. Sin duda, es mucho lo que falta para hacer medianamente completo este esbozo crítico. El tema rozado ligeramente en él requeriría varios volúmenes para su dilucidación conveniente. Ya que esto no es posible, por el carácter de la obra y por las circunstancias en que ella ha sido escrita, me he esforzado en consignar los rasgos fundamentales de la intelectualidad brasilera, diseñando las figuras resaltantes de un grupo selecto de sus publicistas, tan numerosos como distinguidos. Ojalá esta contribución modesta al estudio de una de las fases de la cultura de la más extensa y poblada de

las repúblicas de nuestro continente, sirva para demostrar á sus hombres la intensidad de mis simpatías y ella logre distraer á usted por algunos momentos de las pesadas tareas del alto cargo confiado á sus talentos de estadista, ansioso del engrandecimiento y prosperidad de nuestra patria.

M. García Mérou.

Buenos Aires, Septiembre de 1900.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

I

De todas las literaturas sudamericanas, ninguna es tan poco conocida entre nosotros como la del Brasil. De tarde en tarde, con mayor ó menor dificultad, jadeante y fatigado por la larga travesía, recibimos uno que otro libro de nuestros hermanos del Perú, de Méjico, de Venezuela ó Colombia. Sin ser un caso común, á veces un nombre dotado de mayor resonancia, rompe la indiferencia reinante y vence la incomunicación intelectual que separa las secciones de nuestro continente. Sólo por una rara excepción, una obra nacida bajo una estrella propicia, adquiere entre nosotros carta de ciudadanía, como acontece con

ese tierno idilio que Estrada tuvo el mal gusto de comparar con *Graziela;* y la *María* de Jorge Isaacs, se convierte en el breviario amoroso de las cándidas imaginaciones de quince años. El grueso de la producción científica ó literaria, la historia, la crítica, los estudios jurídicos, están destinados á reposar, como en una muda necrópolis, en las bibliotecas públicas ó en medio de las colecciones valiosas de los eruditos de raza, que sólo muy raras veces hojean sus páginas polvorosas. Este triste destino, es el lote general de toda la labor intelectual del nuevo mundo. En cuanto respecta á nosotros, los únicos nombres literarios que han salvado las fronteras de la patria son los de Guido Spano y Andrade, para no referirme al de Mármol, algo envejecido, pero cuyas imprecaciones contra Rosas despiertan todavía el entusiasmo de una parte de la juventud sudamericana. Las huellas de Sarmiento y Alberdi quedan grabadas en Chile, aunque menos vivientes que las de don Andrés Bello; pero sería excusado buscar fuera de aquel país y del escaso número de iniciados á que acabo de referirme, quienes conozcan los *Recuerdos de Provincia* ó la *Peregrinación de Luz del Día.* Del mismo modo ¿á cuántos de nuestros jóvenes escritores son familiares las producciones de Ruy Barbosa, de Joaquín Nabuco ó de José Carlos Rodrígues; las novelas de José de Alencar ó de Machado de Assis; los ensayos críticos de Silvio Romero, de José Veríssimo, de Carlos de Laët, de Araripe Junior?

¿Cuántos de los apasionados de *María,* sospechan que existe en el Brasil una dulce hermana de la heroína de Isaacs, aquella hermosa *Innocencia,* cuya historia ha referido en una obra encantadora el vizconde de Taunay?... Y para venir á los hombres de la nueva generación, ¿quién sospecha la existencia de artistas distinguidos, de poetas refinados y pensadores eminentes, como Eduardo Prado, Coelho Netto, Raul Pompeia, Affonso Celso, Lucio de Mendonça, Raymundo Corrêa, Olavo Bilac, Aluizio Acevedo, Medeiros y Albuquerque, Rodrigo Octavio, João Ribeiro, Fontoura Xavier y tantos otros que sería largo enumerar?

Por mi parte, no vacilo en confesar que, sorprendido de la variedad y valor real de la producción literaria brasilera, me he preguntado más de una vez, cómo es que ella puede pasarnos hasta hoy casi inapercibida. El Brasil está ligado á nuestro país por vínculos estrechos. Nuestra historia política está en contacto con la suya, desde la época colonial. Hemos cruzado nuestras armas en guerras gloriosas, hemos favorecido juntos el nacimiento de otras nacionalidades, hemos luchado después en las mismas filas, en una campaña brillante pero deplorable; nuestros intereses comerciales son solidarios y los productos de nuestro suelo se complementan; la extensa línea de nuestras fronteras facilita la amistad de pueblo á pueblo; nuestras grandes capitales, los centros pensantes y dirigentes de ambos países, están apenas á tres

días de navegación; finalmente, hemos vaciado en el mismo molde nuestras instituciones políticas y hemos chocado con los mismos obstáculos al llevar á la práctica sus principios liberales. ¿Cómo comprender, con estos antecedentes, el alejamiento respectivo en que vivimos? ¿cómo disculpar la mutua ignorancia en que nos hallamos de nuestras modalidades nacionales, de nuestras virtudes nativas, de nuestro estado de civilización y de cultura, de la forma é importancia de nuestra producción intelectual?

El examen de estas cuestiones exigiría largos desenvolvimientos y acabaría por llevarme lejos de la materia de estas páginas. Ante todo sería necesario dilucidar este punto: ¿tenemos realmente una cultura artística propia, algo que pueda llamarse una literatura nacional, ó estamos en condiciones de tenerla?... ¿Podemos abrigar la pretensión de haber conseguido lo que es todavía un *desideratum* para naciones que han llegado al grado de desarrollo de los Estados Unidos?... Parece suficiente plantear el problema para resolverlo. Allí como acá, la acción de las mismas causas ha producido resultados análogos, sin contar con resistencias peculiares á nuestro medio y que actúan en él con intensidad perniciosa. Los primitivos colonizadores sudamericanos y sus descendientes, á par de los del norte, no han tenido tiempo que consagrar todavía al cultivo del espíritu. Necesitaban conquistar la naturaleza, antes de admirarla;

debían alimentarse y vestirse antes que analizarse á sí mismos. Refiriéndose á los segundos, dice un crítico inglés: « Mientras Dryden, Pope y Addison, pulían estancias y añadían nuevas gracias á la prosa inglesa, ellos descuajaban árboles, navegaban ríos y fertilizaban valles... La lucha de la independencia, absorbiendo todas las energías de la nación, desarrolló genios militares, estadistas y oradores, pero fué hostil á lo que puede llamarse bella literatura. En suma, el pueblo de los Estados Unidos tuvo tiempo para ejecutar su *Iliada,* pero no lo tuvo para cantarla. » (1) También nos ha faltado á nosotros ese tiempo, y esperamos todavía al artista inspirado que perpetúe en el verso, los cortos accidentes de nuestra ingénua epopeya.

Esta similitud de desenvolvimiento, en diferentes proporciones, hace que sea fácil aplicar al estado intelectual de las naciones del sud, si bien en una escala mucho más limitada, algunas de las observaciones generales que la crítica moderna formula respecto á los americanos del Norte. Así, en lo que respecta al Brasil, su literatura colonial no es sino un vivo retoño del tronco portugués, como las manifestaciones espirituales de los Estados Unidos, se pierden en el vasto tesoro de la Inglaterra. Á pesar de una que otra nota personal, es exacto el juicio de Fernandes Pinheiro (2); y en esos

(1) John Nichol, *American Literature.*

(2) Fernandes Pinheiro, *Curso elementar de litteratura nacional.*

gloriosos precursores que se llaman Durão, Basilio da Gama, Caldas, los Alvarengas, Claudio Manuel da Costa, se observa el reflejo del pensamiento de los poetas de ultramar y algo como un eco lejano del oráculo de Coimbra [1]. Los brasileros podrían encabezar la lista de sus vates con el nombre de Camoens, con igual derecho al de aquella dama americana que, á una pregunta respecto á los poetas de su nación, que le dirigió un crítico inglés: «Entre otros—respondió—contamos con Chaucer, Shakespeare y Milton». Pero no se detiene en esto sólo la semejanza señalada. Aquí como allí, la influencia del medio modificó profundamente el alma de la raza colonizadora. Las condiciones físicas y las circunstancias morales de los estados del Norte amoldaron al anglosajón «aproximando sus hechos á los del hombre rojo y estampando en él un nuevo carácter». Mientras en Europa los poetas no miraban á la naturaleza sino para señalar el contraste de su permanencia con la instabilidad de la vida humana, en América es la extensión inmensa de la naturaleza lo que asalta á la mente, es la infinidad del espacio, más que la infinidad del tiempo, lo que se pone frente á frente con la transitoria existencia del hombre [2]. Refiriéndose á esa influencia, un crítico brasilero explica la originalidad de

---

(1) La misma observación hace Fernando Wolf, en su *Histoire de la littérature brésilienne,* al ocuparse de los diversos periodos en que se divide esta literatura.

(2) Nichol, *obra citada.*

algunos productos de la literatura de su patria, por lo menos en los primeros siglos de su existencia, analizando el fenómeno que denomina de «obnulación». Consiste este fenómeno en la transformación porque pasaban los colonos atravesando el océano Atlántico, y en su posterior adaptación al medio físico y al ambiente primitivo... «Dominados por la rudeza del medio, embriagados por la naturaleza tropical, abrazados con la tierra, todos ellos se transformaban casi en salvajes; y si un núcleo fuerte de colonos renovado por continuos viajes, no los sostenía en la lucha, raro era que no acabasen pintándose el cuerpo de jenipapo y urucú, y adoptando las ideas, las costumbres y hasta las brutalidades de los indígenas» (1).

La influencia de nuevas gentes, la facilidad del contacto con los pueblos del viejo mundo, las corrientes inmigratorias, que se difunden en todos los ámbitos del país, y que luchan sin tregua por el sometimiento de la naturaleza, son otras tantas causas que en el Brasil concurren para que la acción del medio se debilite, en detrimento de la originalidad individual. Consecuencia de estos hechos, es el espíritu de imitación que estraga la cultura intelectual de aquella nación, como la de la república del Norte. «En gran parte, escribe un crítico á este respecto, la literatura de la última no es sino una

(1) Araripe Junior, *Litteratura Brazileira. Gregorio de Mattos.*

prolongación ó continuación de la de Europa. Artistas nativos han perseguido su ilustración en el exterior, buscando las fuentes, las reglas y las sanciones de su arte en el viejo mundo. Sus temas frecuentemente son europeos, el modo de tratarlos todavía más; y su más alta ambición, como la de todos los colonos, ha sido la de recibir un fallo favorable, no de la tierra de su nacimiento, sino de la de sus antepasados. Entre sus primeros escritores de nota, Franklin fué un discípulo práctico de Locke; Jefferson, de la revolución francesa. Más tarde los americanos han seguido á los franceses en el traje, en el paseo, en la cocina y la arquitectura, y á los ingleses y alemanes en el pensamiento: *Their bonnets are Gallican, but their books are Teutonic*». También en el Brasil, la inmensa mayoría de los libros, delatan una especie de infiltración del espíritu de los maestros extranjeros. Los que aspiran á poseer una literatura aborigen y un arte indígena, se sublevan contra este sometimiento del espíritu y claman por «una independencia moral», como complemento de la independencia política. ¿Pueden aspirar á ella nuestros vecinos y jactarse de poseer un «espíritu brasilero», cuando no tienen todavía una nacionalidad formada y homogénea, y una verdadera etnografía moral?...

Un escritor distinguido, en un libro reciente sobre los orígenes del cosmopolitismo literario francés, da una respuesta que me parece decisiva: «Como las especies

animales—dice Joseph Texte—las razas no son inmutables é impenetrables, sino por el contrario, como esas especies mismas ellas se cruzan y se transforman por medio de cruzamientos. Hace ocho ó diez siglos que se efectúa, de un extremo de Europa á otro, un comercio y un cambio de ideas, y que la Alemania vive del pensamiento francés, la Inglaterra del pensamiento alemán, la España del pensamiento italiano, y cada una de esas naciones sucesivamente del pensamiento de todas las otras. El estudio de un ser viviente se compone, en gran parte, del estudio de las relaciones que lo unen á los seres vecinos. Del mismo modo, no hay literatura cuya historia se encierre en los límites de su país de origen».

II

Todos estos problemas merecen, sin duda alguna, el estudio de nuestros escritores y exigen que se les preste una atención detenida. Ellos serán dilucidados un día, cuando nuestra mirada domine los horizontes intelectuales de nuestro vasto continente. El análisis de la producción literaria del Brasil ofrecerá entonces un amplio campo á las observaciones del crítico y del filósofo. Por el momento, no conozco nada escrito entre nosotros respecto á ese gran país, á no ser un interesante análisis de la *Confederação dos Tamoyos,* el poema de Magalhaes, escrito por Juan María Gutiérrez; algunos juicios literarios de Ernesto Quesada; la soberbia descripción de un trozo de naturaleza fluminense, que encuadra una de las bellas escenas del *Fruto Vedado* de Groussac, y las páginas ligeras que le dedicó Sarmiento, en sus hermosos *Viajes,* ampliadas y rectificadas en parte algunos años más tarde, después de

sus largas pláticas con el joven Emperador y sepultadas en un viejo libro difícil de encontrar hoy. En ellas, está impresa la garra pujante de nuestro gran escritor y, á pesar de sus descuidos de forma, merecen sacarse de la obscuridad del olvido en que reposan y donde escasos neófitos tienen el valor de buscarlas.

Sarmiento visitó «este cráter abierto en cuyo interior está fundado Rio de Janeiro», en febrero de 1846. Desde luego, sintió el deslumbramiento tropical, notando cómo á su influjo «la vida bulle por todas partes, menos en el hombre, que se apoca y anonada, acaso para guardar un equilibrio desconocido entre las fuerzas de la producción». Á esta primera sensación física, sucede luego una penosa impresión moral y el cuadro de la esclavitud se le presenta en toda su deformidad: «Larga récua de negros encorvados bajo el peso de la carga, seguían al trote, al mandrín que en la delantera agitaba sonajas de cascabeles y campanillas. Negros arrieros cerraban la procesión, chasqueando sus látigos sonoros para avivar el paso de las mulas humanas, y aquella bestia en dos pies, lejos de gemir bajo el peso, canta para animarse con el compás de su voz; al oirla, en coro con la de los que la preceden y la siguen, se siente hombre todavía, y prevé que hay un término próximo á su fatiga: el muelle donde las naves cargan, y un fin lejano, la muerte, que cura todos los dolores». Esta vibrante pintura es digna de compararse con las expresiones de Ruy

Barbosa en una de sus más elocuentes conferencias abolicionistas. Como este distinguido escritor, Sarmiento muestra los estragos del cáncer de la esclavitud y la relajación que á su amparo se produce en todos los vínculos sociales. El crimen cometido contra una raza y consentido por la moral pública, dice, « va deponiendo lentamente sus gérmenes en el seno mismo de la raza opresora, para obrar á la larga una de aquellas grandes é infalibles compensaciones, con que el mal se equilibra en el mundo moral, tornándose siempre en desagravio de los oprimidos ». No obstante, sobre todas estas impresiones, domina la admiración entusiasta, el delirio de la imaginación, excitada por los esplendores de una naturaleza exuberante... « Los mismos insectos son carbunclos ó rubíes; las mariposas, plumillas de oro flotantes; pintadas, las aves que engalanan penachos y decoraciones fantásticas; verde esmeralda la vegetación, embalsamadas y purpúreas las flores; tangible la luz del cielo, azul cobalto el aire, doradas á fuego las nubes, roja la tierra, y las arenas entremezcladas de diamantes y topacios. Paséome atónito por los alrededores de Río de Janeiro y, á cada detalle del espectáculo, comprendo que mis facultades de sentir no alcanzan á abarcar tantas maravillas. Desde el mar, llégase á un estrecho pasaje que custodian de pie el gigantesco Pan de Azúcar, y una extraña figura de cadáver humano que parece un rey Borbón tendido sobre su tumba... Botafogo tiene

una bahía aparte, que semeja un lago tranquilo, casi encerrado por promontorios coronados de palmeras, y á su espalda se levanta el Corcovado, inmenso fragmento de granito que se avanza de una manera amenazante sobre la línea perpendicular, como si el núcleo de la montaña hubiera querido sacar la cabeza, en medio de las convulsiones de la agonía, á respirar el aire libre, sofocado por las masas de vegetación: yerbas, arbustos, árboles, enredaderas, amontonadas, superpuestas, intrincadas é impenetrables que la cubren, desde la base hasta los cuatro quintos de su elevación total». Al lado de estas pinturas, llenas de color y de fuerza, resalta la observación política, el ataque á las preocupaciones nativistas de la política imperial, la crítica de la administración pública, y finalmente una alusión pasablemente impertinente al Emperador, á quien, por felicidad, después de haberlo juzgado con notable desparpajo, Sarmiento «según el testimonio de un personaje distinguido», presenta como un «excelente joven que no carece de inteligencia, aunque su juicio está retardado por la falta de espectáculo y las malas ideas de una educación desordenada».

Conviene leer estas páginas, en medio del Brasil actual, transformado por el progreso, renovado hasta los cimientos por el cambio radical de sus instituciones, purificado por la extinción de la esclavitud, y entonces se encuentra en ellas un gran encanto retrospectivo. Por

otra parte, son altamente sugestivas, y en la franqueza ruda y varonil de sus rasgos, demuestran que, como más tarde lo reconoció su autor, muchos de sus juicios, hechos á la ligera « con la precipitación del viajero que por ver una sirvienta tuerta cree que todos los habitantes del país que atraviesa son tuertos », obedecen á « esas preocupaciones que nos han transmitido los españoles sobre los portugueses, y que hacen que, antes de llegar al Brasil, estemos ya dispuestos á juzgarlo por el lado desfavorable ». El mismo Sarmiento, en efecto, en su segunda visita á Río de Janeiro, en 1852, cambia el tono de su estilo y contempla el Imperio y su joven soberano con ojos más simpáticos y mayor sagacidad y criterio.

« He sido recibido por el Emperador—escribía á Mitre—con una indulgencia y atención que á veces lo hacía derogar de las formalidades de la etiqueta. La cuestión del Río de la Plata ha llamado la atención de este gobierno sobre la historia, las costumbres, los hombres y las cosas de nuestro país... El Emperador, joven de veintiséis años, estudioso y dotado de cualidades de espíritu y de corazón que lo harían un hombre distinguido en cualquiera posición de la vida, se ha entregado con pasión al estudio de nuestros poetas, publicistas y escritores sobre costumbres y caracteres nacionales. Echeverría, Mármol, Alberdi, Gutiérrez, Alsina, etc., son nombres familiares á su oído, y por lo que á mí respecta, habíame introducido favórablemente *Civilización*

y Barbarie, hace tiempo, con la primera edición, habiéndose procurado después *Sud-América, Argirópolis* y *Educación Popular...* »

Los caracteres duros, enérgicos de los caudillos retratados por Sarmiento, las figuras sanguinarias de Facundo, del Fraile Aldao, la sagacidad de Calíbar, y el espíritu caballeresco de aquel soldado, negro como Otelo y noble como un paladín medioeval, que se llamó Barcala, interesaban particularmente al Emperador, que insinuó á su autor lo interesante que sería un libro exclusivamente consagrado á la pintura de esos tipos.

« Para explicarle la causa de esas originalidades que lo sorprendían, —continúa Sarmiento—tuve ocasión de detenerme sobre muchos otros que aun no están trazados, y que todos participan del carácter anormal que hace nacer nuestra vida incierta y precaria, como aquellos pinos de la Noruega, cuyos troncos asumen la forma particular que ha servido de modelo para la construcción de los faros, y cuyas raíces se prolongan desmesuradamente hacia el norte, á fin de resistir á las tempestades de los climas glaciales que á cada momento amenazan echarlos por tierra. » Un día, en el cielo diáfano de la amistad entre el Emperador y el escritor argentino, surgió una nube amenazante. Fué inútil que Sarmiento olvidara mencionar « ciertos *Viajes por Europa, África y América,* en cuyo primer tomo se registra una malhadada carta sobre el Brasil ». El monarca era

un lector insaciable, y conocía aquella obra, donde se le retrata bajo una faz poco favorable. Algunas palabras pronunciadas por él en el curso de la conversación, pusieron sobre aviso al autor de los *Viajes*, y provocaron una franca explicación de su parte, que satisfizo por completo á aquel corazón magnánimo, que se llamó Don Pedro II.

« El Emperador, — dice Sarmiento — seguía con interés el hilo de mis ideas, apoyando cada frase con un movimiento de cabeza en señal de afable asentimiento, y, dirigiendo de vez en cuando sus miradas hacia los individuos de su séquito, que escuchaban nuestra conversación, parecía decirles: ¿No oyen ustedes, como es lo que yo les decía? Felizmente este lenguaje de mi parte, ni aires de lisonja tenía, ni era nuevo para el Emperador. En el momento del asalto de Monte Caseros, el mariscal Marques por un lado y yo por otro, nos encontramos sobre el terreno circunscripto del combate, y como ya hubiésemos hablado largamente sobre la poca estimación en que teníamos al soldado brasilero, me dijo, al estrecharnos con entusiasmo las manos en felicitación de nuestro triunfo: « V. S. es testigo de la conducta de nuestras tropas en el campo de batalla. » — « Sí, señor Brigadier: las he visto pelear, y les ha cabido la fortuna de ganar hoy dos batallas, una contra Rosas, y otra contra las preocupaciones vulgares que las desfavorecían. » Estos conceptos, que después se me pidieron

por escrito, le habían sido transmitidos al Emperador, y él mismo me lo había recordado. Sobre el Brasil, hablaré otra vez, y acaso ahorre desaciertos á nuestra política el apreciarlo en su verdadero valor... »

Por desgracia, esta promesa nunca fué cumplida, y solamente ahora puede decirse que ha desaparecido la falsa leyenda que, durante tanto tiempo, ha desfigurado ante cada una de ellas, el carácter de nuestras dos naciones, retardando su completo acuerdo y la hora no lejana en que se estrecharán indisolublemente sus vínculos políticos, haciéndolas cooperar unidas al progreso y la civilización de la América latina.

He creído que tal vez no estaría de más, para ayudar á este fin, estudiar de una manera general y sintética el movimiento actual de las letras en el Brasil. La actividad intelectual de aquella nación es superior, sin duda alguna, á la que presentan sus hermanas del continente. Ella puede mostrar con orgullo, en el pasado y en el presente, un núcleo compacto de sabios, de escritores y de estadistas dignos de figurar en cualquiera de los centros más avanzados del viejo mundo. Una instrucción metódica y seria, en que han predominado los estudios clásicos, un género de vida más reducido que el nuestro, menos subordinado á los atractivos del placer y á los esplendores y el refinamiento de un sibaritismo elegante, una larga época de tranquilidad y de desarrollo pacífico, bajo una administración tranquila y de móviles eleva-

dos, — todas estas causas aunadas á la inteligencia natural de sus hombres, á las tendencias artísticas de la raza y á las ventajas de un medio más igual, más interesado en las cosas del espíritu, — han propendido á dar al Brasil una cultura literaria más sólida y original que la de las otras naciones sudamericanas. En cuanto respecta á nosotros, es bien sabido que todos los impulsos progresistas de nuestra historia, han sido marcados por largos y profundos retrocesos. La lucha por la independencia interrumpió, cuando apenas se iniciaban, las tentativas de toda una generación para conquistar los ásperos frutos de la ciencia y las dulces adquisiciones del arte. Los primeros graduados del *Colegio de Ciencias Morales,* fundado por Rivadavia, estaban condenados á tener una madurez ficticia y prematura, en esas *serres chaudes* de la proscripción á que los sometió la tiranía. Cuando se piensa en los medios de educación con que, en su época, contaron un Sarmiento ó un Mitre, la simpatía y el respeto que inspiran estos hombres excepcionales, se une á un sentimiento de asombro por la fuerza nativa con que se sobrepusieron á todos los obstáculos opuestos á su desarrollo natural. Un solo detalle histórico basta para señalar la diferencia que existe, á este respecto, entre el Brasil y la República Argentina. En 1838, se fundaba en Río de Janeiro el *Instituto Histórico y Geográfico Brasilero,* asociación que subsiste hoy y á la cual han pertenecido todos los hombres

eminentes de aquella nación. El cultor de las letras, el investigador tranquilo y asiduo de la historia patria, encontraban un centro propicio y silencioso, en que unir sus esfuerzos y colaborar en la obra benéfica de su civilización y su progreso moral. ¡Ay! ¡en aquel mismo año, las sombras de la dictadura trataban de apagar todos los destellos de la inteligencia argentina! Alberdi se alejaba de la tierra de su cuna, para no deprimir su alma jurando fidelidad al déspota, é iba á encontrar en playas extrañas á Sarmiento, á Mitre, á Mármol, á Gutiérrez, dispersos por la ola de la barbarie. ¿Quién puede calcular cuál sería el grado de nuestro desarrollo actual, si eliminámos de nuestra historia medio siglo de anarquía y de guerras intestinas?

III

La historia de la literatura brasilera ha sido estudiada especialmente por Ferdinand Wolf y por Silvio Romero [1]. La obra del primero, anticuada y difícil de encontrar hoy, abarca un período relativamente extenso de la vida intelectual, pero se detiene precisamente en el umbral de la época contemporánea, en que el movimiento de las letras en aquel país ha sido más activo y presenta aspectos más variados. La tentativa de Silvio Romero es más audaz y más transcendental. Ella se inicia con un estudio del Brasil, de sus elementos etnográficos, de la constitución de su pueblo, del medio y las modificaciones operadas á

---

(1) Especialmente en la *Introducção a historia da litteratura Brazileira* (1882), y en la *Historia da litteratura Brazileira* (dos gruesos tomos publicados en 1886). Además de estas obras, el señor Romero ha escrito varias sobre *A Philosophia no Brasil; Etnographia Brazileira; Estudos sobre a Poesia Popular; Litteratura Contemporánea; A Litteratura Brazileira e a critica moderna, etc.*

su influjo, y extrae de todos estos datos lo que llama la psicología nacional, siguiendo las huellas abiertas por Buckle y Gervinus, por Taine y por Renan, y mostrando las relaciones de la vida intelectual con la historia política, social y económica de la nación. Las primeras páginas de esta obra meritoria explican el método seguido por su autor, y la división de sus estudios en cuatro grandes fases que enumera del siguiente modo: *Período de formación* (1500-1750); *período de desenvolvimiento autonómico* (1750-1830); *período de transformación romántica* (1830-1870); *y período de reacción crítica* (1870 hasta nuestros días). Esbozadas las tres primeras partes de este vasto trabajo, la última no ha sido estudiada por el autor de una manera sistemática, si bien, en sus publicaciones dispersas, tiene sobrados elementos para terminar el amplio cuadro que ha sido el primero en diseñar y cuyas líneas generales presentan un interés real.

Es difícil dar una idea concisa de la *Historia de la Literatura,* por el carácter especial de esa producción y por el variado material aglomerado en sus páginas. Desde luego, se nota una diferencia sensible en el tono y en el estilo, entre la introducción filosófica á que antes me he referido, y la parte crítica é informativa que constituye el núcleo principal del extenso libro. Publicada esa introducción en 1881, en las páginas de la *Revista Brazileira*, contenida ya en germen en un opúsculo bri-

llante que salió á luz dos años antes *(La Litteratura Brazileira e a crítica moderna),* se advierte que ella ha sido pensada, refundida y revisada muchas veces, hasta tomar la forma definitiva con que aparece en la *Historia de la Literatura,* quedando lo más científico y fundamental que se ha escrito en el Brasil sobre la materia que analiza. Sus conclusiones son citadas frecuentemente por los escritores del día, que consideran con justicia al señor Romero como un valeroso precursor. Sin duda, otros nombres figuran al lado suyo en el terreno de la crítica, otros autores dotados de modalidades propias y de personalidad perfectamente definida. Los sagaces y eruditos artículos de Tristan de Alencar Araripe, sobre *Gregorio de Mattos* y la escuela bahiana del siglo XVI, tanto como sobre José de Alencar y la novela contemporánea; los distinguidos *Estudios Brazileiros,* de José Verissimo, en que la nitidez de la forma se une á un buen gusto que nunca flaquea, figuran al par suyo. La obra de Romero, sin embargo, es original y digna de estudiarse, bajo más de un concepto. Ella abarca un conjunto mayor, domina un horizonte más dilatado, y, á pesar de una que otra digresión en que el tono agrio de la polémica parece alterar la serena equidad de su criterio, es generalmente imparcial y hace oir en todos sus juicios el acento honrado de la convicción y la sinceridad.

Para el señor Romero, la historia del Brasil es « la

historia de la formación de un tipo nuevo por la acción de cinco factores, formación sextiaria en que predomina el mestizaje. Todo brasilero es un mestizo, cuando no en la sangre, en las ideas. Los operarios de ese hecho inicial han sido: el portugués, el negro, el indio, el medio físico y la imitación extranjera ». La literatura del Brasil, en consecuencia, se reduce á un proceso de adaptación de las ideas europeas á la sociedad americana. Inconsciente en los tiempos coloniales, hoy ella trata de ser comprensiva; de la imitación servil de los primeros tiempos, ha pasado á la selección científica y literaria. El señor Romero encuentra que el botánico bávaro de Martius, conocido por sus trabajos apreciables sobre el Brasil, ha resuelto el problema de cómo se debía escribir la historia de aquella nación, acogiéndose al gran principio moderno de las nacionalidades, y situándose en un punto de vista etnográfico, desde el cual se puede dominar los demás elementos del pueblo brasilero. Los juicios de Buckle, á propósito de la tierra de su nacimiento, le parecen injustos é incompletos (1). Es indudable, para él, que el clima ejerce una influencia marcada sobre el

(1) « Las civilizaciones antiguas desenvolviéronse en los paises donde las condiciones de la vida eran fáciles, en las peninsulas, á la margen de los grandes rios, donde eran abundantes el *calor* y la *humedad*. Sólo el Brasil, para el filósofo inglés, abre una excepción á la regla; por causa de los vientos *alisios*, de las *lluvias torrenciales*, de los *miasmas*... que hacen aqui á la naturaleza superior al hombre... Esa doctrina, además de ser falsa, en la descripción general del clima brasilero, es en demasía exterior, es cosmológica por demás... » (Silvio Romero. *Historia da Litteratura*, pág. 18).

hombre; y á este respecto cita las admirables páginas de Michel Lévy, en su *Traité d'hygiène,* sobre el efecto de los climas ecuatoriales en el hombre. Ese cuadro elocuente de fenómenos mórbidos le parece exacto, y no vacila en afirmar que él explica « la precocidad de los talentos de su raza, su extenuación pronta, la facilidad que ella tiene en aprender y la superficialidad de sus facultades inventivas ». Se trata, lo he dicho ya, de un espíritu independiente y varonil, de un hombre de convicciones y de principios firmes. Debemos escucharlo, en el desarrollo de sus ideas, en el juicio sintético que hace de la vida intelectual del Brasil, aunque no creamos del todo fiel la pintura que nos traza en estos párrafos vibrantes :

« El trabajo intelectual es en el Brasil un martirio; por eso producimos poco; nos cansamos pronto; envejecemos y morimos de prisa. La nación necesita más de un régimen dietético acertado, que de un régimen político. El brasilero es un ser desequilibrado, herido en las fuentes de la vida; más apto para quejarse que para inventar, más contemplativo que pensador; más lírico, más amigo de sueños y de palabras retumbantes que de ideas científicas y demostradas. No tenemos filosofía, ni ciencia, ni la gran poesía impersonal de un Shakespeare ó de un Goethe; tenemos el palabrerío gárrulo, el misticismo del beaterio enfermo y fanático de un lado, y de otro, los devaneos fútiles de la impiedad impertinente y fácil; en

la poesía, el lirismo subjetivista, mórbido, inconsistente, vaporoso, nulo. La nación no ama de frente á la naturaleza, ni se une á ella por la ciencia ó por el arte. Los jóvenes casi nunca tienen una inspiración suya, nacional, brasilera; no neutralizan la debilidad ingénita de nuestro espíritu por el régimen saludable de la ciencia, por el estudio sereno y por la higiene del cuerpo. No conocen los secretos del pensamiento personal y autonómico, ni procuran armonizar sus ideas con los arrobos de nuestra naturaleza... Es la razón de toda esa galería patria, melancólica y sombría, de tísicos é histéricos, muertos antes de llegar á los treinta años, donde están Álvarez de Acevedo, Casimiro de Abreu, Bernardino Ribeiro, Castro Alves, Junqueira Freire, Macedo Junior, Dutra y Mello, Franco de Sá y muchos otros, extenuados al sol de la patria, es cierto; pero también desorientados por las quimeras de una educación misantrópica y perjudicial... Todos esos jóvenes son un mal ejemplo para los jóvenes del día; necesitamos tipos más varoniles, luchadores más valientes. El gran prestigio de la ciencia y de la industria modernas está en el poder de neutralizar las influencias deprimentes del mundo exterior... La acción del medio físico en sociología y en literatura puede determinarse por el clima, por el aspecto geológico y topográfico del país, por la alimentación del pueblo. En cuanto á ésta, consistente entre nosotros, por la mayor parte, en féculas y legumbres, es poco nutritiva

é incapaz de vigorizar un pueblo sano. Exceptúanse los habitantes de las zonas pastoriles del Norte y de Río Grande del Sud, que, en regla general, son vigorosos. Los habitantes de las selvas y de las playas son de ordinario anémicos y enflaquecidos. El clima está casi en las condiciones descritas por Michel Lévy. Queda el aspecto general de la naturaleza. Si la acción de las dos otras fuerzas es más poderosa, como agente estático, la de la última es una ley de evolución, de renovación, de adaptación cenogenética. Por este lado, la fisonomía general del Brasil puede influir mucho sobre la formación de nuestro genio particular de nación ».

Haciendo las debidas restricciones, hay sin embargo, en las líneas anteriores, algunas observaciones felices y exactas. Si la palabrería gárrula es un mal común á la generalidad de los países de nuestra raza y de los temperamentos meridionales, no es menos cierto que en toda Sud América y en el Brasil, ella forma una especie de funesta escuela literaria. Si la falta de un Goethe ó un Shakespeare, se hace sentir casi universalmente, y en naciones de otra cultura que la que puede aspirar á poseer el Brasil, es desgraciadamente verídico que la facilidad funesta de la rima arrastra á demasiados espíritus débiles, á violar la forma poética encerrando en ella pálidas y viles rapsodias. En cuanto al carácter mórbido de la intelectualidad brasilera, al nervosismo de la raza, todo lo que dice el señor Silvio Romero es justo y perfecta-

mente observado. Tal vez le ha faltado añadir, desde luego, lo que insinuará más tarde, y es que esa impresionabilidad enfermiza del mestizo es quizá una de las más grandes seducciones de su espíritu, y da nacimiento á organizaciones vibrantes y aptas para comprender los más finos matices del pensamiento.

Refiriéndose especialmente al carácter del pueblo de su patria, el señor Romero es de opinión que él no puede considerarse como un grupo étnico definitivo, y menos que posea una modalidad característica y original. Hoy por hoy, se compone de una mezcla de blancos arianos, de indios guaranís, de negros del grupo bantú y mestizos de estas tres razas. Una ley sociológica inútil de demostrar hace que el número de mestizos tienda á aumentar, mientras los otros disminuyen y desaparecen consumidos en la lucha ó transformados por el cruzamiento. En el estudio de estos elementos, desde luego, el primer lugar corresponde al portugués, que ha sido el principal agente de la cultura brasilera. El Portugal de la conquista era, sin duda alguna, una nación floreciente, con tradiciones nobles y con una civilización opulenta que estaba en aquellos tiempos en el período del apogeo. Si la colonización de ese pueblo no fué más fructífera, débese, según el señor Romero, á la índole del indígena, naturalmente refractaria á la cultura; á la impericia del Gobierno de la metrópoli y al número reducido de núcleos que se formaron aisladamente en medio de

un territorio inmenso, luchando con una naturaleza devoradora, y sin mantener contacto continuo entre sí por la dificultad insuperable de los medios de comunicación. El elemento indígena, que entra en segundo lugar en la formación del pueblo brasilero, es estudiado luego por el señor Romero, apoyándose en la autoridad de sabios y escritores de renombre. Ante todo, nos advierte que cree en el origen poligenista del hombre; en consecuencia, las razas americanas son para él un producto del medio americano. Los salvajes del Brasil eran nómades, cazadores; estaban en el grado de atraso del hombre geológico. Cultivaban apenas, y en corta escala, la planta de la mandioca. Poseían un arte cerámica completamente infantil. Sus creencias religiosas no eran menos rudimentarias, á pesar de las fantasías teológicas del padre Ivo d'Ivreux, pudiendo afirmarse que no habían salido de la edad de la Astrolatría, de que habla Augusto Comte. Finalmente, el señor Romero estudia la acción del negro, á quien conceptúa superior al indio, aunque aun estaba en el período del fetiquismo. «El negro—dice—es adaptable al medio americano; es susceptible de aprender; no tiene las desconfianzas del indio; puede vivir al lado del blanco y aliarse á él. Tenemos hoy muchos negros que saben leer y escribir; algunos formados en derecho, medicina ó ingeniería; algunos comerciantes y ricos; otros oradores y periodistas. Al negro debemos mucho más que al indio; él

entra en gran parte en todas las manifestaciones de nuestra actividad; su cruzamiento con el blanco fué mucho mayor». La conclusión que de este largo análisis saca el señor Romero, como antes lo he indicado, es que «el mestizo es el producto fisiológico, étnico é histórico del Brasil, y la forma nueva de la diferenciación nacional». Al decir mestizo, el distinguido escritor nos advierte que no pretende indicar que su patria constituye una *nación de mulatos,* pues la forma blanca domina, y prevalecerá al fin; sino que la unión del europeo con las otras razas dió origen á este nuevo producto, dotado de caracteres propios.

IV

El análisis detallado de la historia literaria de la colonia, escrita por el señor Romero, no cabe en el tono y en la índole de estas páginas. No me propongo hacer aquí un estudio metódico y minucioso del desenvolvimiento intelectual del Brasil, y menos penetrar en ese dédalo de cronistas y de poetas, más ó menos mediocres, que van del Padre Anchieta á los Alvarengas, pasando por los portugueses Gandavo, Cardim, Gabriel Soarez; por Teixeira Pinto, Manoel de Moraes y otros escritores de todos los matices, sin contar con un número no pequeño de teólogos abstrusos y de abundantes predicadores. Toda esta vasta producción no se distingue mayormente de la de los cronistas de Indias, que nos han dejado tan sesudos y largos mamotretos, repletos de indicaciones desiguales, de detalles útiles y fantásticos, de descripciones verdaderas é imaginativas; y está á la altura de sus congéneres europeos, tanto lu-

sitanos como españoles, por la ampulosidad del estilo, la grandeza de las amplificaciones retóricas, y la deformación del pensamiento torturado en el borceguí chinesco del cultismo gongórico. Salvo una que otra honrosa excepción, en la cual deben figurar Gregorio de Mattos, Basilio da Gama y Santa Rita Durão, por el carácter americano impreso en sus producciones, lo mismo debe decirse de la poesía de ese largo período. Los que están familiarizados con los productos similares de la musa española, encontrarán en los sonetos, madrigales y epístolas brasileros, el mismo sabor insulso y artificial, la misma vaciedad general, aunque tal vez un poco más discreta, que ha dado fama á Meléndez, la eterna oda á *Lisis* y no menos eterna anacreóntica á *Filis* ó á *Cloris*. El señor Romero demuestra cuánto es su amor por las letras nacionales, al seguir paso á paso, llenando concienzudamente la tarea que se ha impuesto, todas estas ingénuas manifestaciones de la musa brasilera en el período que él llama de formación. Verdad es que, en general, sus indicaciones biográficas y críticas son rápidas y concisas, consagrando apenas cuatro rasgos incisivos para señalar la personalidad de un autor. Es un detalle que revela su buen gusto y que facilita grandemente la lectura de su interesante trabajo.

O Uruguay de Basilio da Gama (árcade de Roma, *cela va sans dire,* bajo el melífluo nombre de *Termindo Silipio),* merece detener un momento nuestra atención. Su

autor nació en Minas y estudió humanidades en Río de Janeiro en la orden de los Jesuítas, donde estuvo como novicio. Su obra principal es aquella de que voy á ocuparme, escrita con el fin de atacar á los Jesuítas, á quienes hiere sin temor, especialmente en las notas que acompañan los cinco cantos del poema. En él aparece por primera vez el indígena en la poesía colonial, destacándose sobre un fondo americano y apegado al suelo de su nacimiento. Sin duda, ese salvaje es demasiado orador, y llama á su ayuda todos los tropos de la retórica clásica ó lanza al viento imprecaciones é invocaciones, como los demonios de Milton. Pero, eliminando esas pequeñas contribuciones pagadas al gusto de la época, debemos aplaudir sin reserva la entrada á los palacios de la Musa clásica, de esos *va-nu-pieds* que se llaman Tatu-Guazú y Cacambo. Es lástima que la seriedad trágica de éste sufra por el recuerdo del inmortal *valet* que acompaña en sus peregrinaciones al Cándido de Voltaire, — y desde luego me asombra que algún comentador sagaz no haya encontrado en el poema de Basilio Gama el origen de aquel impagable mestizo del Tucumán, testigo de las desdichas de Cunegunda. Volviendo al *Uruguay,* confesamos desde luego que, á pesar de la sonoridad de muchos de sus endecasílabos, su estilo se resiente á menudo de descuidos lamentables y de debilidad en la expresión. Sin embargo, tiene fragmentos dignos de ser apreciados, y merece vivir aunque no sea

sino por un verso magistral que corona la descripción de la muerte de Lindoya. Por lo demás, desde el comienzo de esta obra, se ve otra animación, otro vigor, algo más humano, que lo que se admira en la mayoría de las producciones de su época. Escuchad este principio, que traduzco casi al pie de la letra por la semejanza del idioma, y veréis que él no es indigno de figurar en cualquier antología del siglo pasado:

Despiden humo en las desiertas playas,
Lagos de sangre cálida é impura,
En que ondean cadáveres desnudos,
Pasto de cuervos!... Óyese en los valles
El ronco són de airada artillería...
¡Musa! honremos al Héroe valeroso
Que el rudo pueblo de Uruguay domara,
Y en su sangre lavó con fuerte mano
De los decretos reales el insulto.
¡Ah! ¡tanto cuestas, ambición de imperio!...
Y vos, por quien el Marañón suspende
Rotas cadenas y pesados grillos,
Héroe y hermano de héroes, si á lo lejos
Guardáis de vuestra América recuerdo
Mis versos proteged. Pueda yo en tanto
Acostumbrar al vuelo soberano
Las nuevas alas en que os lleve un día.
De esta suerte, medrosa deja el nido
Por vez primera el águila valiente
Que después huye de la humilde tierra,
Y va á ver de más cerca en el empíreo
El aire azul, donde no alcanza el rayo...

El señor Romero elogia con razón la belleza de muchos de los versos de Basilio da Gama. Este poeta mostró dones nativos muy apreciables, y sus descripciones son con frecuencia elocuentes y naturales. El cuadro del desfile del ejército que va á marchar á las orillas del Uruguay, es pintoresco é interesante. No lo es menos el combate en que luchan cuerpo á cuerpo Gerardo y Tatú-Guazú «armado el pecho de escamosa piel, de un yacaré disforme que matara», y en que el tape Gepé rindió la vida, renovando proezas dignas de figurar en el poema de Ercilla. El *Uruguay* posee su correspondiente escena de maleficios, desplegados con motivo de la visita de la desgraciada Lindoya á la bruja Tanajura, que apelando á artes diabólicas le revela la muerte de su amado. Pero el trozo popular y clásico por excelencia del poema de Basilio da Gama, es el de la muerte de Lindoya, que busca en el suicidio un medio de escapar á la obligación de ser infiel á la memoria de Cacambo. He ensayado la traducción literal de este fragmento que es, como lo he dicho antes, uno de los más conocidos de la poesía brasilera:

Entran al fin del bosque primitivo
En la parte más triste y más distante,
Donde al pie de una piedra ennegrecida,
Cubre una ronca fuente que murmura
Un dosel de jazmines y de rosas.
Este lugar delicioso y triste
Cansada de vivir, buscado había

Para morir la mísera Lindoya.
Reclinada, parece que durmiera
Sobre las blandas y mimosas flores;
Apoyaba su rostro en una mano
Y ceñía con la otra el rudo tronco
De un fúnebre ciprés que derramaba
Melancólica sombra. Al acercarse
Descubren que en su cuerpo se ha enroscado
Verde serpiente y lo pasea y ciñe
Pescuezo y brazos y le besa el seno.
Huyen al verla así, sobresaltados,
Y paran llenos de terror, distantes;
Y no se atreven á llamarla, y temen
Que despierte asustada, irrite al monstruo
Y apresure, al huir, su horrible muerte.
Empero, el diestro Caitutú, que tiembla
Del peligro en que mira á la doncella,—
Dobla el arco vibrante sin demora,
Dos veces trata de soltar el tiro
Y dos veces lo deja vacilante
Entre la rabia y el temor. Estiende
El arco al fin, y la veloz saeta,
Rozando el pecho de Lindoya, hiere
A la feroz serpiente, que clavados
Los dientes deja en el vecino tronco.
Azota el campo con ligera cauda
El monstruo horrible, y en tortuosos giros
Se enrosca en el ciprés, y vierte envuelto
En negra sangre el lívido veneno.
En brazos lleva á la infeliz Lindoya
El desgraciado hermano, que al tocarla
Descubre con horror sobre su rostro
La señal del veneno, y mira herido

Por el diente sutil el blando pecho.
Los ojos en que amor reinaba un dia
Llenos de muerte; y muda aquella lengua
Que al sordo viento y á los ecos todos
Contó la larga historia de sus males.

. . . . . .

Conserva aún el pálido semblante
Un no sé qué de dolorido y triste
Que hace gemir al corazón más duro,
¡ Tan hermosa en su rostro era la muerte ! (1)

El *Caramurú*, de Santa Rita Durão, apareció doce años después del poema de Basilio da Gama (2). Según el vizconde de Porto Seguro, biógrafo de Durão, el poeta « componía su obra descansando de ordinario en un sitial de piedra, junto á la ribera de Cozelhas que pasaba por la cerca de su convento, á que pertenecía ese ameno valle. Allí era visto muchas veces dictando con la mayor facilidad al amanuense, cierto pardo liberto que trajo del Brasil y á quien, en el acento patrio que nunca perdió, llamaba Bernardo ». En el proemio que la encabeza, el fraile agustino declara que « los sucesos del Brasil no merecían menos un poema que los de la India. Incitóme á escribir éste el amor de la patria. Sé que mi profesión

(1) El verso portugués, que es célebre y realmente delicioso, no puede ser traducido en otra forma. El original dice así:

¡ Tanto era bella no seu rosto a morte!

(2) *Caramurú*, poema épico do descobrimiento da Bahia, por Fr. José de Santa Rita Durão, da orden dos Eremitas de Santo Agostinho, natural de Minas Geraes, 1781.

exigiría de mi otros estudios; pero éstos no son indignos de un religioso, porque no lo fueron de obispos y de obispos santos; y lo que es más, de santos Padres, como San Gregorio Nazianzeno, San Paulino y otros.» El poema de Durão narra el descubrimiento de Bahía, hecho á mediados del siglo XVI, por Diego Álvarez Correa. Las aventuras maravillosas de este guerrero son contadas con ingenua admiración por el poeta, que las sintetiza en la siguiente forma, en el prólogo á que antes me he referido: «Diego Álvarez pasaba al nuevo descubrimiento de la capitanía de San Vicente, cuando naufragó en los bajíos de Boipebá, próximos á Bahía. Salváronse con él seis de sus compañeros, y fueron devorados por los gentíos antropófagos, y él hecho esperar, por venir enfermo, para mejor nutrido servirles de más gustoso pasto. Encallada la nao, dejáronlo sacar de ella pólvora, balas, armas y otras especies, cuyo uso ignoraban. Con un mosquete, mató cazando cierta ave, de lo que, espantados, los bárbaros lo aclamaron *Hijo del trueno* y *Caramurú,* esto es, *dragón del mar.* Combatiendo con las tribus de la selva, venciólas é hízose dar obediencia de aquellas naciones bárbaras. Ofreciéronle los principales del Brasil sus hijas por mujeres; pero de todas escogió á Paraguassú, que después condujo consigo á Francia, ocasión en que otras cinco brasilianas siguieron la nave francesa á nado, por acompañarlo, hasta que una se ahogó, é, intimidadas, las otras se retiraron ».

El poema de Durão tiene, comparado con otras epopeyas americanas, un mérito excepcional. Ante todo, es superior á todas las producciones del mismo género, por su extensión relativamente corta, si bien en esto lo aventaja todavía el *Uruguay*, que llena apenas un opúsculo de cien páginas. Cuando uno recuerda la avalancha espantosa de octavas reales de las *Elegías* kilométricas de Juan Castellanos, cuando se piensa en la *Araucana* misma, á pesar de sus indudables bellezas, y la hemorragia poética de su continuador don Diego de Santistéban, —para no referirme al *Arauco Domado* de don Pedro de Oña, al *Puren Indómito* de Lasso de la Vega, y más cerca de nosotros á la *Lima Fundada* de don Pedro de Peralta, —se respira con desahogo al ver el tamaño moderado del *Caramurú*. No porque esta obra sea todo lo concisa que debiera, desde que todavía sobra en ella material para hacer dos poemas de regulares proporciones; sino porque en su misma abundancia ella es moderada, si se tiene en cuenta la facilidad del autor y de los poetas que han abordado asuntos análogos, sin excluir á nuestro narcótico Barco Centenera. Por otra parte, *Caramurú* muestra un temperamento poético más fino, más sensible, más *moderno*, dirélo así, que el que campea en las producciones de sus formidables competidores. Las retahilas de nombres de plantas y árboles de la flora americana, no son en él menos frecuentes que en los otros; las descripciones de los indígenas, de sus costumbres y sus guerras,

tienen el mismo grado de fantasía que en ellos; pero, de cuando en cuando, canta un verso sonoro, de timbre musical, empapado de sentimiento, brilla un rasgo incisivo, un cuadro sorprendido con ojos de artista, y esto basta para salvar ese poema y hacerlo digno de figurar con honor en la literatura brasilera. ¿Qué poeta épico de la época, qué cantor de capa y espada, de esos que forjan estrofas á martillazos, sería capaz, por ejemplo, de pintar la entrada del otoño en estos cuatro versos musicales y artísticos en su misma sencillez?

Era el tiempo en que el sol en la alta esfera
El claro día con la noche iguala,
Y el viejo Otoño, que el calor modera,
Con sus pámpanos teje verde gala...

Y estos perfiles delicados son en él frecuentes, naturales, brotan de sus labios sin afectación, con un buen gusto instintivo que lo salva muchas veces de incurrir en las monstruosidades de expresión ó de concepto, que hacen tan difícil la lectura de otras obras análogas á la suya.

El estilo de Durão es generalmente cuidado, su verso suena con timbre armonioso, y se siente que ama la naturaleza porque gusta de pintar paisajes suaves, bosquejos velados por la sombra ó campos dilatados donde se extiende una corriente murmurante en medio de islas de lujosa vegetación. Como una muestra, véanse las siguientes estrofas, que contando siempre con la similitud

del idioma, he vertido casi al pie de la letra, y en que el poeta introduce á la bella Paraguassú y al valeroso Jeraraca, que la persigue con su amor y sus celos:

Dormida está Paraguassú la hermosa,
De un ribazo gentil sobre la playa;
Lánguida está como ella la albarosa
Que á sus plantas, besándola, desmaya;
Mas buscando la sombra deliciosa
De un gran maracujá que allí se esplaya,
Se interna en un boscaje que la ampara,
Su cuerpo oculta, y deja ver su cara.
Respira tan tranquila, tan serena,
Y en languidez tan dulce adormecida,
Como quien libre de temor ó pena
Reposa, dando pausa á dulce vida;
Allí pasar la ardiente siesta ordena
Jeraraca, valiente, á quien convida
De aquel sitio la sombra transparente
Y el dulce resplandor de la corriente.
En el reflejo de la onda pura
Ve brillar en el agua bulliciosa,
Temblorosa, la nítida figura.
Duda, sin creer que imagen tan hermosa
Sea copia de humana criatura.
Y volviendo á mirar su faz preciosa,
Inquiere á un lado y otro, y busca atento
Quien sea original de aquel portento.

El poema de Santa Rita Durão tiene también su episodio clásico: ese trozo que los poetas parecen haber escrito presintiendo los autores de antologías futuras. El de *Caramurú* forma un *pendant* perfecto con el del *Uru-*

guay. La muerte de Moema es digna de parangonarse con la muerte de Lindoya. ¿Cómo resistir á la tentación de hacer conocer entre nosotros, para los pocos aficionados á estos estudios, este cuadro que ha dado temas á pintores y escultores, y que es considerado como la joya poética más pura del inspirado fraile Mineiro? La escena, por otra parte, es interesante: Diego Álvarez, embarcado, se aleja de la tierra donde ha sido reconocido por señor, y las *damas*,—como dice ingénuamente Durão, —que lo persiguen, se lanzan al mar siguiendo la estela de la nave. Es el cuadro del *Don Juan* de Baudelaire, anticipado y sorprendido á la luz del medio día tropical, en medio de la esplendidez de una naturaleza virgen:

. . . . . .

Es fama que la pléyade angustiosa
De las Damas, que á Diego pretendían,
Viendo zarpar la nave presurosa,
Y que al objeto de su afán perdían,
Entre las ondas con pasión furiosa,
Tras él nadando por el mar seguían,
Y ni tanta agua que fluctúa vaga
El ardor de sus ánimos apaga.

Copiosa multitud, en la francesa
Nave, contempla el cuadro emocionada;
É ignorando la causa de esa empresa
Pásmase al ver la turba que allí nada.
Una, que á todas vence en gentileza,
Se muestra tan hermosa como airada;
Era Moema, que el amor tortura,
Y al timón de la nave se asegura.

«¡Bárbaro! (dice la infeliz, suspensa)
Eres fiera y no hombre: que aunque brame,
No hay tigre que el amor no dome ó venza;
Sólo á ti no domó por más que te ame.
Furias... rayos... borrascas, tromba inmensa,
¿Cómo no consumís á aquel infame?
¡Ah! pagar tanto amor con tedio y asco...
¡La borrasca eres tú... rayo... peñasco!...
»Bien pudieras, cruel, mostrarte esquivo
Cuando vencida me entregué á tu amaño;
Ni me ofendieras, al oirme altivo,
Que es favor, dado á tiempo, un desengaño.
Más ¡ay! dejando el corazón cautivo,
Sin mostrarte á mis súplicas huraño,
Me abandonas, traidor, y de esta suerte,
Por pago de mi amor me das la muerte.
»Tu dura ingratitud menos sintiera
Ni la pena vivaz que me devora,
Si á mi despecho, trémula, no viera
Á esa infame triunfar, á esa traidora...
Por sierva, por esclava te siguiera,
Si no tuviera que llamar señora
Á esa Paraguassú, que es necia y fea,
Sobre serme inferior, sin que lo crea.
»¿Tu corazón, siquiera, no se agita
Al verme moribunda entre estas ondas?
¡Ah! ni el pasado amor tu pecho incita
Á que á mis ayes de dolor respondas.
¡Bárbaro! si esta fe tu pecho irrita,
(Dice viéndolo huir) ¡ah! no te escondas:
Dispara sobre mí tu último rayo...»
Y, sin poder concluir, cae en desmayo...
Pierden la luz sus ojos, se estremece

Con aspecto doliente y moribundo,
Suelta el timón que apoyo no le ofrece
Y se abandona al piélago iracundo.
En las saladas ondas reaparece,
Y al surgir otra vez de lo profundo,
«¡Diego cruel!»—con emoción suspira,
Y, sin ser vista más, se hunde y expira.
La lloraron las ninfas de Bahía
Que nadando á Moema acompañaban,
Y viendo doloridas que seguía
El navío, á la playa regresaban...
No pudo el héroe con el alma fría
Mirar las pruebas que de amor le daban;
Y amante llora con angustia extrema
Cuando recuerda el nombre de Moema... (1)

El *Uruguay* y *Caramurú,* no tuvieron imitadores. El poema *Villa Rica,* de Claudio Manuel da Costa, á pesar de ocuparse de un asunto brasilero, según la opinión autorizada del señor Romero, es «chato, prosaico, duro.» No puedo detenerme en él, y menos seguir paso á paso la reseña que nos hace el distinguido historiador, antes de llegar á la época contemporánea. Esa tarea, grata por más de un concepto, me impondría un trabajo que no pretendo delinear ahora. Me limito, pues, á dejar señalada de paso la síntesis del juicio formulado por el distinguido crítico sobre Claudio Manuel da Costa, Peixoto, Gonzaga y Alvarenga, las más grandes figuras del lirismo

(1) *Caramurú,* Canto VI, estrofas XXXVI á XLIII.

brasilero del siglo XVIII, diciendo que ellos nos han dejado apenas un ejemplo interesante en el orden político y social, y en el literario unas pocas notas poéticas; el primero, más ó menos empañado en su brillo por las tergiversaciones del temor; los segundos, más ó menos obscurecidos por las ficciones y alegorías de un clasicismo inerte. La explicación de esta esterilidad relativa, la da el señor Romero con su acierto habitual: « vivieron en una época de transición, lejos de los grandes centros del pensamiento, entre poblaciones más ó menos groseras, amordazados por el despotismo colonial, privados de leer libros *peligrosos,* sin un público adecuado, sin prensa, sin las fecundas luchas de las ideas; y sin embargo, ellos concibieron la independencia política y literaria de su país. Por eso son eternamente acreedores á la gratitud del pueblo brasilero ».

El movimiento romántico, que se inicia en las primeras décadas del siglo XIX, es estudiado por el señor Romero con la misma competencia que campea en la reseña que nos hace de la época colonial. Sin referirse exclusivamente á los poetas, sus investigaciones penetran en otros órdenes intelectuales, y nos habla de los representantes de la historia, la crítica y la ciencia que figuran en ese período fecundo. Sus eruditas pesquisas no se detienen aquí, é inquiere con empeño la aparición de las primeras manifestaciones artísticas en el Brasil, sea en la pintura, en que se distinguen José Joaquín da

Rocha y sus discípulos, Fray Ricardo del Pilar, Fonseca y Silva, y otros que sería largo enumerar; sea en la música, donde descuella sobre todo el Padre José Mauricio, cuyas luchas con el célebre Marcos Portugal, en la época de Don Juan VI, son tradicionales, y de quien se ha ocupado con acierto el vizconde de Taunay en sus *Estudios críticos* y, más recientemente, en una hermosa serie de artículos que publicó el año pasado en la *Revista Brazileira.* Así, no hay manifestación intelectual que escape al análisis del señor Romero, aunque se detenga más en la disección de las producciones puramente literarias, y la poesía ocupe un lugar prominente en su *Historia de la Literatura.* La pasajera moda del indianismo, convertida casi en escuela por José de Alencar, con el *Guaraní* e *Iracema;* por Magalhães con la *Confederação dos Tamoyos;* por Fagundes Varella con su poema de *Anquieta* ó el *Evangelio nas Selvas,* y especialmente por Gonçalvez Dias en *Os Timbiras* y en *Y-Juca Pirama,* provoca sus críticas justicieras por encontrarla artificial y falsa, desde que ella poetiza al tipo fantástico del salvaje, prestándole sentimientos y aspiraciones que era incapaz de concebir, sumido en la barbarie en que vivía. La obra del señor Romero, en conjunto, presenta un cuadro colorido de la vida psíquica de su patria, desde la época de la conquista hasta nuestros días. Es la más detallada y extensa que sobre esa materia haya sido escrita en su país. Revela en su autor una inteligencia poderosa, un

amor apasionado de las letras, una independencia de juicio y un valor moral que inspiran respeto. Y, sin embargo, acabo de releerla con atención, y reconociendo todas estas condiciones, ella me deja un vacío en el espíritu, me parece confusa y poco ponderada, me hace difícil reconstruir en la mente el vasto todo que ha querido animar con el brillo de su palabra cálida y vibrante.

Después de la introducción filosófica á que antes me he referido, lo he dicho antes, el autor cambia de sistema, y las páginas siguientes, nutridas y compactas, se limitan al juicio cronológico de los escritores brasileros, precedido en algunos capítulos por reflexiones generales siempre dignas de atención. Es en esa parte que el notable libro del señor Romero se resiente de visibles defectos de composición, empleando este término en el sentido en que se aplica en la pintura. Los grupos literarios no están separados, las figuras no se destacan y concentran bajo una luz propicia que haga resaltar sus contornos y rasgos dominantes, los planos no están marcados, las épocas diversas no están suficientemente delineadas; en suma, aquel inmenso desfile de nombres y de obras, acaba por fatigar la imaginación, borrando y esfumando los detalles característicos de cada personalidad. Las repeticiones de conceptos y de ideas, son, por otra parte, frecuentes en la *Historia* del señor Romero. Sus teorías etnográficas, expuestas casi en los mismos términos, acuden muchas veces, como si se empeñara

en reproducirlas, animado de cierta displicencia que disuena con su buen gusto. El análisis literario, la crítica elegante y elevada, se interrumpen frecuentemente para dar paso á un desahogo ó á un artículo de polemista valeroso y violento. En medio de un retrato literario cualquiera, arroja los pinceles y se encara con un escritor que ha combatido sus ideas, ó se lanza en disertaciones políticas y económicas sobre los problemas del día. Pueden señalarse en su obra algunas contradicciones, cuyo origen debe buscarse en la impetuosidad de temperamento que he señalado. El señor Romero, por ejemplo, critica irónicamente al vizconde de Taunay, suponiendo que él no tiene confianza en los brasileros y que deplora que una tierra tan hermosa se encuentre en manos de esta raza, en vez de ser dirigida por franceses ú holandeses. Por injusta que sea esta acusación, el escritor olvida que en el primer tomo de su obra, en uno de esos momentos frecuentes en que la ruda franqueza de Alceste asoma á sus labios, al referirse á la expulsión de los holandeses y á la restauración de Pernambuco, él se ha preguntado con tristeza, si la victoria de los nativos, no ha sido más bien una desgracia, y si el triunfo del extranjero « poniendo esta porción del continente en contacto más directo con los pueblos germánicos, los más progresivos de los tiempos modernos », no hubiera convertido al Brasil en los « Estados Unidos de Sud-América », en vez de « una casi China americana ».

Más lejos, ataca la imitación extranjera y, especialmente, la influencia literaria francesa. La emancipación del pensamiento de su patria, es una de sus tesis favoritas. ¿Se concilia eso, acaso, con su admiración por el germanismo de Tobías Barreto y con sus esfuerzos por aclimatar en el suelo brasilero, el *criticismo científico* imbuído en los principios de la filosofía alemana? Influencia por influencia ¿no le parece que escapar de una para enfeudarse á otra es simplemente cambiar de amo?— Empero, todas estas pequeñeces que alteran la belleza artística de la obra del señor Romero, ¿bastan para amenguar su mérito á mis ojos? De ninguna manera. Comprendo demasiado su situación, y sé que esos *lunares*, como diría un preceptista clásico, son desgraciadamente naturales, dadas las dificultades de la producción literaria sudamericana. Muchos de ellos son puramente de forma, y ni siquiera dependen tanto del señor Romero cuanto de sus mismos editores, que no le han facilitado por las condiciones materiales del libro, una división más clara, regular y armónica de su trabajo. Por otra parte, esas mismas deficiencias muestran más de lleno su personalidad vigorosa, y permiten ver hasta el fondo de su alma de apasionado y de combatiente. Al terminar la lectura de ese libro extenso, desigual, pero nunca banal, nunca mediocre, se siente una viva simpatía por el distinguido escritor que se refiere con amargura á sus luchas tenaces y á sus íntimos sufrimientos, haciéndose

justicia á sí mismo al expresar que los ideales de su vida han estado concentrados en el sueño de la independencia literaria, de la independencia científica y el refuerzo de la emancipación política de su patria, y que ese triple faro luminoso ha guiado sus generosas empresas.

V

Antes de dar á luz su *Historia de la Literatura Brasilera*, en 1878, publicó Silvio Romero un opúsculo sobre la *Filosofia en el Brasil*. Debo decir algunas palabras á propósito de este ensayo crítico, cuyo examen me permitirá indicar alguna de las múltiples facetas del pensamiento brasilero contemporáneo. Temo que mi juicio sobre esa obra no sea todo lo benévolo que yo desearía. Empero, el tema que trata me parece altamente interesante, y la figura de Tobías Barreto, estudiada en él, llama fuertemente mi atención por los elogios apasionados que le consagra el señor Romero, tanto en este trabajo como en la obra á que me he referido anteriormente. Desde luego, la *Filosofia en el Brasil* revela un estado de efervescencia cerebral poco en consonancia con la calma y la frialdad analítica que reclama el criterio filosófico. El señor Romero principia por establecer la poca importancia de la contribu-

ción prestada á la filosofía por los escritores de su patria. No obstante, se propone estudiar las escasas obras que en ese orden de especulaciones intelectuales han visto la luz pública en ella, y todas las cuales acaban de ser envueltas en una misma condenación por el impetuoso escritor. La lista de sus víctimas se abre con la ejecución del *Compendio de Filosofía* del Padre Fray Francisco de Mont Alverne. No conozco ese libro sino á través de la crítica del señor Romero, pero las transcripciones que de él nos hace, así como las observaciones que le sugiere, demuestran que él realmente estaba imbuído en un espíritu de escolástica estrecha. Según el crítico mencionado, Mont Alverne coloca en el mismo rango, como ciencias gemelas «la elocuencia, la filosofía y la teología» y este rasgo de inocencia paradisiaca provoca la indignación del señor Romero. «La filosofía y la elocuencia—dice—igualmente se repugnan; en toda la historia de ambas, sólo dos hombres se nos muestra en que ese consorcio fué posible: Fichte y Cousin». De Fichte dice que «el patriota ofuscó al pensador»; y de Cousin que fué «gran orador porque no fué nada que se pareciese á un filósofo», es decir «un espíritu *sin norte, un literato* que errara su camino». Sintetizando su opinión sobre el desgraciado *Compendio,* el señor Romero encuentra en él «unos restos estropeados de Locke y de Condillac, reducidos á figuras mínimas por los discípulos y comentadores» y algunas frases enga-

ñadoras de Laromiguière, « brillantes por el estilo y frágiles por el análisis ». La anemia incurable de este libro, no le llama la atención, y cuando piensa en su autor, dice él con profunda lástima: « Tan pobre, tan insalubre fué el alimento que le dió la cultura de su patria, en su tiempo; tan ingratas las influencias á que tuvo que ceder, que la crítica siéntese con impulsos de absolverlo ».

El segundo escritor estudiado por el señor Romero es el doctor Eduardo Ferreira França, autor de unas *Investigaciones de Psicología* publicadas en Bahía en 1854. En el prefacio de esta obra, su autor declara que « imbuído en la idea de los llamados sensualistas, entusiasta de Destutt de Tracy, se afilió á la escuela materialista », hasta que después de largas lecturas sus ideas se modificaron « y el *profundo* Maine de Birán contribuyó especialmente para esclarecer su inteligencia ». Naturalmente, esta confesión desagrada profundamente al señor Romero que la compara con la análoga de Jouffroy, haciendo resaltar la enorme diferencia que existe entre el estilo del doctor Ferreira França y el del penetrante escritor francés. En suma, en el libro de éste encuentra falsas concepciones psicológicas, deficiencia de información científica, eclecticismo vago, imitado de Cousin, á quien el señor Romero trata con un desdén altivo y una acritud constante.

Abandonado el doctor Ferreira á su poca suerte, comparece en la barra de los acusados otro discípulo de

Cousin, ó peor que eso: «un discípulo de Mont Alverne desenvuelto por Cousin». Se trata del doctor Domingo de Magalhães, cuyo *Hechos del Espíritu Humano,* aparecieron en París en 1858. Para el señor Romero «él es un escritor vulgar, sin elevación de ideas, sin firmeza de doctrina, sin fuerza de análisis, sin habilidad de forma». Me extraña que después de esta pintura tan poco halagüeña, no haya concentrado su opinión en el conocido juicio que inspira á aquel filósofo, igualmente difícil, con quien antes lo he comparado, el desgraciado soneto de Oronte:

Franchement, il est bon à mettre au cabinet...

El señor Romero, sin embargo, se ocupa detenidamente de una obra á la que acaba de negar toda clase de condiciones, si bien es cierto que lo hace en una forma sarcástica y agresiva, y que mezcla en su análisis no pocas alusiones picantes á las veleidades poéticas del señor Magalhães, autor de unos quejumbrosos *Suspiros Poéticos,* que don Juan María Gutiérrez comparó con los *Consuelos* de nuestro ingenuo Echeverría, y de un poema épico anteriormente citado sobre la *Confederación de los Tamoyos.* El filósofo le parece tan lacrimoso y vetusto como el romántico cantor de Aimbire y Pindoburú.

El señor Romero, como el Lazarillo de Tormes pasaba del servicio de un fraile al de un caballero, abandona á un caballero para ocuparse nuevamente de un clérigo,

el Padre Patricio Muñiz, «pensador muy mediocre y orador en las mismas condiciones». Si las observaciones del señor Romero son exactas—y su alta inteligencia no permite dudarlo—este apreciable sacerdote no pertenecía á la edad teológica de Comte, tomada en un sentido figurado, sino á la edad inquisitorial de Felipe II. Era un teólogo de tomo y lomo, partidario del tizón y la hoguera, refractario á «la metafísica alemana», lo que subleva con razón al señor Romero, amante de la escolástica y del catecismo, lo que no me extraña teniendo en cuenta sus estudios y carácter sacerdotal. Reprochar á un cura párroco que crea en Santo Tomás de Aquino, en vez de creer en Augusto Comte, en Kant, en Schelling, en Hegel y Krause, me parece un colmo de propagandista y una exageración de sectario. El señor Romero gastará en vano sus apóstrofes más brillantes y su lógica más abrumadora. La *Teoría de la Afirmación Pura* del Padre Patricio Muñiz, será todo lo detestable y atrasada que quiera. Al hacerla así, él ha cumplido con sus deberes religiosos. Dirigirle reproches por esta causa, es casi cometer un atentado contra la libertad de conciencia. Juzgo más justo y más humano dejarlo gozar en paz de su tranquila mediocridad. Lo mismo debo decir de otro pernambucano, «médico, periodista, ultramontano», según el señor Romero, que escribió unas compilaciones de Santo Tomás y un *Compendio de Filosofia* según los principios y el método del

angélico doctor. La opinión que sobre él manifiesta es contundente y decisiva, en su misma concisión. Refiriéndose á aquel mamotreto indigesto de 700 páginas banales, dice con razón: «Ó se acepta en él todo, ó todo se rechaza. Nada existe que pueda analizarse. Un libro cadáver no se discute; la filosofía no es un anfiteatro anatómico».

El libro del doctor Américo Figuereido, *La Science et les Systèmes,* publicado en Bruselas, en 1869, ocupa luego la atención del señor Romero. El señor Figuereido es un distinguido pintor, y la obra mencionada, escrita en francés, constituye la tesis que presentó para adquirir el grado de doctor en la Universidad de Bruselas. Desde luego, el autor expresa que si su libro «hubiera sido escrito en el Brasil, carecería seguramente de *color local,* pues ninguna de las cuestiones que aborda, con algunos desenvolvimientos, se encuentra tratada allí bajo *un punto de vista nacional*». Prescindiendo del *color local,* que poco tiene que ver con las disquisiciones filosóficas, el señor Figuereido manifiesta en el fondo una opinión que está de perfecto acuerdo con las ideas del señor Romero sobre el atraso de los estudios filosóficos en el Brasil. Y sin embargo, el estimable crítico rebate ese juicio con ardor, y sale valientemente á la defensa de la ciencia que ha negado, y de los autores á quienes acaba de *rosser d'importance.* «En 1869,—dice,—cuando el digno doctor por la Universidad de Bruselas se expre-

saba en aquella forma, algunos de los sistemas que cruzaban sus armas delante del viejo público europeo, ya eran conocidos por pocos adeptos brasileros. De entonces para acá, gracias á la cooperación de algunos espíritus juveniles, las cosas han cambiado mucho de aspecto, y en la propia prensa diaria y en la tribuna de las conferencias públicas, algunas de las últimas luchas han sido debatidas ante espectadores nacionales. Para no citar otros hechos, fuera de aquellos de que me he de ocupar en el curso de este ensayo, nadie dirá que las *Tres Filosofias* del doctor Luis Pereira Barreto, el *Fin de la Creación* del Vizconde de Río Grande, las *Funciones del Cerebro* del doctor Güedes Cabral y los *Ensayos y Estudios* del doctor Tobías Barreto, no estén nutridos de las ideas *peligrosas* que dividen el pensamiento europeo y no revuelvan totalmente el viejo y empobrecido terreno en que dormitaba la ignorancia patria». Verdad es que pocas líneas después, y replicando nuevamente á una frase en que el señor Figuereido se felicita porque su patria «no ha experimentado la acción disolvente del *materialismo positivista*, el señor Romero se contesta á sí mismo diciendo que «no caerá en el irrisorio disparate de comparar la grandeza y seriedad de las actuales cuestiones debatidas en el viejo mundo, con las imitaciones cómicas que ellas están teniendo entre nosotros». Al penetrar, por fin, en el análisis de *La Science et les Systèmes,* el distinguido crítico brasilero hace notar con

razón que aquel título no corresponde á la obra y que en vez de una indagación filosófica sobre la ciencia en general y los diversos sistemas, sólo se encuentran en ella algunas notas biográficas sobre grandes artistas como Miguel Angel y Rafael, ó sabios como Galileo y Newton. Por lo demás, el señor Figuereido pertenece «á la parte liberal del eclecticismo francés, es espiritualista, sectario del método racional, un poco refractario á la teología». Esto basta para comprender si el señor Romero lo tratará con altura, máxime cuando antes se ha permitido la ligereza de acusar á la ciencia moderna de *empirismo*. La indignación del autor de *La Filosofia en el Brasil* estalla inmediatamente, y empieza por ensayar sus primeros dardos contra Victor Cousin, *la bête noire* de ese opúsculo interesante. «Sentaba bien á *un* Cousin,—dice,—acusar á Lamettrie ó á Helvecio livianamente de aquel defecto. Pero venir el doctor Figuereido á decirnos seriamente que Comte, Littré, Büchner y toda la cohorte de sabios y filósofos que ilustraron los últimos tiempos, no han practicado un exacto y verdadero método... es singular».

El ilustrado escritor brasilero toma aliento al llegar á este punto de su trabajo, sacude el polvo de los viejos libracos que lo han detenido y se dispone, alegre y satisfecho, sin «necesidad de que su pluma se agite trémula sobre el papel, porque *ideas amigas* le darán suave curso», á apreciar «los cuatro *espíritus brasileros de más*

saliente cuño en este siglo». Se refiere al doctor Luis Pereira Barreto, á José Araujo Ribeiro, Vizconde de Río Grande, al doctor Güedes Cabral y especialmente al doctor Tobías Barreto de Meneses. El primero de ellos, dice el señor Romero, es un Comtista aferrado, que como maestro, quiere reformar hasta el calendario. Su primer libro está datado en Jacarehy, en 18 de César de 86 (10 de marzo de 1874). El doctor Güedes Cabral y el Vizconde de Río Grande, siguiendo la misma clasificación, son *darwinistas* pronunciados «que suponen tal vez para siempre encadenada la verdad en los dobleces de su sistema». En cuanto á Tobías Barreto, el señor Romero no lo define de una manera clara. Para él es un *reactor*, un propagandista, un divulgador de los escritores de la Alemania moderna.

Véamos cómo trata ahora á esos cuatro privilegiados. Por lo pronto, nos manifiesta que «sin desdeñar las inapreciables ventajas que trajo á la filosofía la doctrina de Augusto Comte, hay en la grande obra del insigne pensador, ideas *completamente inaceptables* y peligrosas para la ciencia». Cree que ese sistema fecundo, á pesar de la pretensión de sus discípulos, ha quedado retardado. El señor Romero es amigo de la novedad, de la última palabra en la ciencia y en el arte. Así, confiesa que «en otro tiempo sectario de Comte, en la ramificación dirigida por E. Littré, sólo lo dejó cuando libros más desprevenidos y fecundos le llegaron á las manos», y que

«Comte sólo fué abandonado por amor á Spencer, á Darwin, á Haeckel, á Büchner, á Vogt, á Moleschott, á Huxley». El positivismo le parece uno de los grandes sistemas de filosofía que, en este siglo, han sufrido censuras menos fundadas. Recordando la frase de Stuart Mill sobre las dos maneras de juzgar la obra de Augusto Comte, «hallar buena la organización y malos los detalles, ó viceversa, reconocer un gran número de ideas de detalle como profundas y como malo juzgar el conjunto», el señor Romero dice que, á su juicio, hay defectos y aciertos en el plan general y hay defectos y aciertos en los detalles. Entre los aciertos encuentra la excelente clasificación de las ciencias, «superior á las propuestas por Ampère y por Spencer [1]»; también aplaude en esa doctrina el haber «abrazado, ayudado á desenvolver y á propagar los cuatro principios fundamentales del monismo contemporáneo: la relatividad, la inmanencia, la evolución y la unidad de los seres». Verdad es que inmediatamente de hecho este elogio, el señor Romero se contesta nuevamente á sí mismo diciendo que «estos elementos indispensables á la ciencia de nuestros días no fueron descubiertos por Comte; él los aceptó y es por esto un benemérito del pensamiento libre». Volviendo á los aplausos, encuentra que lo «que es altamente duradero

(1) En una publicación reciente de que me ocuparé más tarde (*Doctrina contra Doctrina*) el señor Romero combate esta clasificación que al principio tanto le satisfacía.

é inapreciable en la obra del reformador es su ley de la historia, la ley de los tres estados, teológico, metafísico y positivo». De esa ley deriva para él la guerra abierta contra los procesos de las dos filosofías anteriores y la preconización del método y tendencias positivas, cualidades que constituyen el lado inatacable del sistema y por los cuales éste se liga y se confunde con el realismo científico contemporáneo.

La doctrina positivista, para el autor de *La Historia de la Literatura Brasilera,* tiene sin embargo dos errores, dos falsas apreciaciones que importan al mismo tiempo dos graves injusticias: una es considerar el espíritu crítico como un dato de la metafísica; y otra el rechazar el materialismo, bajo el pretexto anterior. El señor Romero se encrespa al ver que Pereira Barreto, denomina *metafísicos* á hombres como Darwin, Haeckel, Moleschott y otros. Verdad es que se consuela pensando que, á su turno Laffite, que dirige el grupo llamado ortodojo, también arroja el epíteto terrible á la faz de Littré y otros discípulos de Comte. En suma, para Silvio Romero, «el positivismo, sistema truncado que degeneró en teología con su *Religión de la Humanidad,* sólo cuenta con un espíritu de primer orden: el de Augusto Comte». ¿Ha puesto en su verdadera luz al maestro, el libro del doctor Pereira Barreto? Según el señor Romero «no se conoce al grande hombre por las compilaciones del médico de Jacarehy». Más lejos lo llama «dilettante filósofo» y

le recomienda las obras de Büchner. Finalmente, acaba por clasificarlo de «sectario obcecado», de los que permanecen «terribles, intratables, irreconciliables en medio del ajeno triunfo, dejando oir de tarde en tarde el ridículo exconjuro: *metafísicos*». Sobre los estudios del doctor Pereira Barreto, el crítico no es más dulce: «á lo que parece,—dice,—conoce y juzga el sistema de Darwin por la incompleta exposición que de él hizo Quatrefages, como conoce á Schopenhauer por el librito de Dumont». Hasta ahora no encuentro,—hablando con ingenuidad,—que el señor Romero dé al autor de las *Tres Filosofias* un tratamiento de acuerdo con su posición privilegiada de uno de los espíritus de más valiente cuño de su siglo en el Brasil. Por fortuna, el elogio franco aparece al final del artículo, con motivo de las aplicaciones que el libro del señor Pereira Barreto hace en sus teorías á los acontecimientos del Brasil, «aconsejando á la nación que se regenere por la ciencia, emergiendo de la ignorancia en que ha estado ahogada».

El vizconde de Río Grande es *Darwinista,* y en su calidad de tal merece especiales consideraciones de parte del crítico de que vengo ocupándome. Sin embargo, como hasta ahora en sus más tiernas caricias, y aun cuando mayor empeño muestre en poner *patte de velours,* el señor Romero deja ver la garra del polemista, desde luego nos advierte que aquel filósofo «no obstante *disponer tan sólo de una erudición de segunda ó tercera*

mano, revela en toda la extensión de su escrito una gran tensión de espíritu y un sentido crítico elevado». El *Fin de la Creación* es para él una obra de mérito que dilucida muchos puntos obscuros de la geología brasilera, aunque su tesis principal, probar el crecimiento de la tierra, no sea original, sino sacado de autores como Meunier, el sabio belga Delbœuf y el sabio alemán Hartmann, «que admite y proclama que toda la materia que existe está dotada de vida, sensibilidad é inteligencia, en estado inconsciente en el universo y consciente en el hombre». Este espíritu de imitación filosófica, este sometimiento al pensamiento de maestros europeos, el señor Romero lo encuentra igualmente en el libro *Las Funciones del Cerebro* del doctor Güedes Cabral. «Este libro es una repetición,—dice,—de algo de lo mucho provechoso que se ha escrito sobre el asunto. En la parte filosófica el autor se adhirió especialmente á Büchner, Moleschott y Luys, adjuntos á Taine y Bain. El doctor Cabral estudia el cerebro y la sensación, el cerebro y el pensamiento, el cerebro y el sentimiento; y más especialmente, las localizaciones de las facultades intelectuales, el origen de las ideas llamadas morales y las cuestiones conexas con la pasión y el crimen. Á propósito de este último tema, el señor Romero hace una larga transcripción de *Las Funciones del Cerebro.* Debo confesar con franqueza que, como trozo de un filósofo, ella no me satisface del todo. Encuentro allí un eco apagado de esa ciencia de

fantasía, que es á la verdadera filosofía lo que las novelas de Ponson du Terrail á la literatura, y que hoy está puesta en boga por el profesor Lombroso y otros cultores de la antropología criminal.

VI

El libro de Silvio Romero termina con el estudio sobre Tobías Barreto, de quien también se ocupa extensamente en la *Historia de la Literatura,* transcribiendo allí una gran parte del juicio que le consagra en la *Filosofia en el Brasil.* No examinaré en este momento las dotes de poeta de este distinguido escritor. He leído todos los versos suyos que transcribe el señor Romero, y otros dispersos en publicaciones variadas, y me reservo decir algunas palabras á propósito de ellos, al ocuparme de las manifestaciones de la musa brasilera contemporánea. Lo que me interesa por ahora es el talento literario de Tobías Barreto, es su facultad crítica, ya que nada encuentro en él que autorice á llamarlo filósofo. Desde luego, su vida inspira una viva simpatía por su persona. Ese joven, destituído de medios de fortuna, que sale de Campos, un villorio de Sergipe, para conquistarse solo y sin apoyo de nadie una educación difícil de lograr en

su tiempo y en su residencia; esa llegada á Bahía y el ingreso al Seminario de donde sale después de un solo día de permanencia; sus largas peregrinaciones por la ciudad desconocida y hostil que parece querer expulsarlo de su seno, pues la primera noche en que se hospeda en ella, el hotel donde entró fué presa de las llamas; su estudio tenaz de la lengua francesa y sus coloquios consoladores con Victor Hugo y los románticos de la época; sus luchas en Pernambuco para terminar sus estudios de derecho, sosteniéndose con el producto que le proporcionaba una cátedra de latín, pues el pobre muchacho, no se sabe cómo, había tenido tiempo de profundizar esta lengua clásica: toda esta larga serie de contrastes, de sacrificios y de combates, forma una de las biografías más nobles é interesantes de que pueda enorgullecerse un escritor sudamericano. Los incidentes de esta vida, por otra parte, explican y disculpan cierta acritud altanera y cierto orgullo misantrópico que se trasluce en los escritos de Tobías Barreto. Debajo de su calma de hombre formado, de autor eminente, se adivinan los dolores pasados y las amarguras de los días de prueba. Es el lote común de los espíritus que se forjan en la batalla, en la tristeza, en el abandono. Su fibra se templa, su inteligencia se acera, pero es á despecho de sus cualidades afectivas y de su bondad ingénita. Al perder desde temprano las ilusiones y las dulzuras de la infancia, piérdese cierta ingenuidad de sentimiento, que nunca se re-

cupera en la vida. Tal sucedió entre nosotros con ese espíritu genial que se llamó Sarmiento, y tal pasa en el Brasil con Tobías Barreto.

Terminado su bachillerato en ciencias jurídicas y sociales y conquistado su título de abogado, el escritor sergipano se retiró á Escada, pequeña ciudad situada á trece leguas de Pernambuco. Allí se hizo dueño de una pequeña tipografía donde, dice el señor Romero:—« su sobrino, muchacho de dieciseis años, ha servido de impresor y él de regente de buena porción de periódicos, como *Un Signo de los Tiempos, La Comarca de la Escada,* y otros que han flagelado nuestra general ignorancia y los abusos cometidos por la oligarquía de aquellos lugares ». Al mismo tiempo, su sed inextinguible de ilustración, lo hacía abandonar las atracciones exclusivas de la musa francesa, para entregarse á estudios de crítica religiosa y literaria, de filosofía y lenguas. Según su afectuoso biógrafo « en el alemán es autodidacta, en toda la fuerza de la palabra, y tanto más admirable cuanto que escribe bien este idioma según afirman personas competentes ».

Los lineamientos de esta educación y de esta vida, desenvueltos en un medio obscuro de provincia, lejos del bullicio y el roce forzado de las grandes capitales, son por sí solos el mejor comentario de la mentalidad de Tobías Barreto. La independencia de sus estudios solitarios, le inspira una libertad de criterio de que usará

en todas las circunstancias de la vida. Sus largas meditaciones sobre los problemas morales y filosóficos que surgen á su paso y que analiza á través de sus autores favoritos, lo hacen sistemático, de vistas profundas pero estrechas. Acostumbrado á no conversar sino consigo mismo, á escucharse á sí propio, á buscar en su satisfacción íntima la recompensa y el consuelo de sus largas fatigas intelectuales, sin pulir los ángulos salientes de su naturaleza poderosa en esa convivencia de la vida social que dulcifica los caracteres y suaviza sus asperezas, posee una alta conciencia de sí mismo y un orgullo defensivo basado en la fe que tiene en sus propias fuerzas. Su horizonte intelectual debe ser limitado; sus gustos exclusivistas; sus amores escasos, pero ardientes. Y tal se presenta, en efecto, en las páginas de los *Estudios Alemanes,* que acabo de leer de nuevo, con atención y con interés, así como á través de la biografía y del juicio que le consagra su amigo más fiel, su discípulo más constante.

« Como poeta y como prosador, —dice Silvio Romero, —apoyando en el fondo esta síntesis psicológica de su espíritu, —es completo fragmentista; cortos, ligeros ensayos, dirigidos por una idea bien determinada y definida, y revestida de un estilo correcto y lleno de movimiento, es cuanto sale de su pluma. Nunca tentó el drama, el romance ó cualquier obra de aliento, á que ciertamente no se presta la naturaleza de su talento que,

en todo caso, no es heredero ni continuador de quien quiera que sea entre nosotros. Las durezas de su tierra natal, los solitarios arenales de la pequeña aldea de Campos, y la mala fortuna social del poeta, influyeron, es cierto, sobre él, dejándole en el espíritu alguna señal del abandono y de la aspereza; pero los provechos de la civilización, el comercio constante con los libros alemanes, neutralizadas las mórbidas influencias del medio que lo circunda, lo hacen en la Escada, entre campesinos semibárbaros, un entusiasta consciente de la cultura tudesca ». Ese entusiasmo, el crítico hace bien en advertirlo, no tuvo en él siempre la misma intensidad. En sus primeros escritos, también encorvóse « al extenuado espiritualismo francés, teniendo por iniciadores en filosofía á Birán, á Cousin, á Jouffroy, Simón y al escolástico español Balmes ». Este período de influencia francesa se dilata de 1865 á 1870, en que empieza á dominar en su espíritu de una manera tiránica la influencia germánica, hasta la época de su muerte (1889). Los ensayos que componen los *Estudios Alemanes,* publicación póstuma de 1892, pertenecen á las dos épocas, y dejan por consiguiente ver la evolución producida en las ideas de su autor.

La idea matriz de los *Estudios Alemanes,* es la superioridad de la cultura alemana sobre la de todos los pueblos modernos, y como contraste, el atraso terrible del Portugal y el Brasil. El señor Romero es inexacto é

injusto, cuando refiriéndose á la Francia, dice que escritores como Renan y Taine, que reconocían esta prioridad, trataron de negarla después de la guerra. Tomo al acaso cualquiera de las obras de Renan, para no referirme sino á este grande maestro, cuyo germanismo ha sido más caracterizado, las *Questions Contemporaines*, por ejemplo, y encuentro que desde 1857 al tratar de los trabajos intelectuales de la Alemania, su crítica no se confunde con el endiosamiento. « La filosofía alemana, —dice en una carta á los Directores de la *Revue Germanique*,—es algo muy particular, que no puede ser comparado á nada de lo que existe y cuyo valor sólo podrá ser apreciado con el tiempo. En cuanto al conjunto de las producciones que se llamaban en otro tiempo « obras del espíritu » y que se designa ahora con el nombre de « literatura », la Alemania no se ha escapado á la decadencia general que hiere á las obras de imaginación en nuestros días; ella ha tenido, en ese género, hombres de genio; en la hora actual posee apenas en él algunos hombres de talento. La verdadera excelencia de la Alemania reside, á juicio mío, en la interpretación del pasado. La Alemania ha comprendido la historia más como una ciencia que como un arte. No tiene grandes historiadores, en el sentido que damos á esta palabra; es necesario para merecer ese nombre un talento de composición que ella parece desdeñar; pero jamás raza alguna poseyó una aptitud más maravillosa para las inves-

tigaciones eruditas. La ciencia crítica é histórica del espíritu humano, la filosofía, instrumento de esta ciencia, he aquí su creación » [1]. La verdad es que durante la guerra, según lo dice Gabriel Séailles,—la conducta de Renan « fué la de un filósofo, valerosa, medida, su pensamiento de una sorprendente lucidez. Supo, sin caer en el ridículo, dar á los vencedores consejos de moderación; en el tumulto de las pasiones salvajes hace oir una voz tranquila, levanta el debate sin frases ni declamación. No conozco páginas más justas, más graves, de una filosofía más alta que las de su artículo de la *Revue des Deux-Mondes* (15 de Septiembre de 1870) y la de sus dos cartas á D. Strauss, trazadas por una pluma francesa durante la guerra. Sin esfuerzo, Renan se libra de las cóleras, de los odios que gruñen alrededor suyo; de un vuelo se eleva encima de la hora presente que reduce á sus verdaderas proporciones, poniéndola en su lugar, entre el pasado que la preparó y el porvenir que mantiene en incubación ».

Tobías Barreto y sus compañeros, neófitos entusiastas de la secta espiritualmente llamada por Carlos de Laët, *escuela teuto-sergipana,* no conciben ninguna limitación, ninguna reserva sobre el objeto de su pasión intelectual. Esa pasión invade su espíritu como el *coup de foudre* repentino de las novelas románticas. La época

---

(1) Renan. *Questions Contemporaines* (Les Études Savantes en Allemagne).

y el instante de su nacimiento, repugnan un poco á mis sentimientos personales, sin que deje de comprender el deslumbramiento que se produjo entonces en el ánimo de Tobías Barreto. Fué al día siguiente del triunfo sobre la Francia, en ese año de tan funesto recuerdo para el vencido, en que nuestro autor se sintió rendido por la grandeza de la nación preponderante. Su adhesión parece, en esos momentos, poco generosa, sobre todo tratándose de la Francia, nuestra madre común intelectual, el *alma mater* vigorosa y fecunda que durante tantos años ha guiado nuestros primeros pasos y ha disipado las primeras nieblas de nuestro espíritu. Sin embargo, —según dice Silvio Romero,—« con aquel ardor que él ponía en todo, con aquella enorme facilidad de aprender que lo distingue, Tobías Barreto entró en el almacén de libros de Lacaillard, en Recife, en la calle del Emperador—compró un diccionario y una gramática alemanas y pidió al librero que mandase traer de Europa el *Geschichte des Volkes Israel,* de Ewald. Fué este el primer libro alemán que poseyó el poeta sergipano. En el intervalo entre el pedido y llegada de la célebre obra, nuestro compatriota quedó estudiando la lengua alemana consigo mismo. Lo que después siguió, todo el mundo lo sabe: Barreto apasionóse por la lengua, por los autores, por las ideas, por todo cuanto venía de la Alemania y no abandonó hasta morir su querido *alemanismo.* Diecinueve años empleó él en su incesante propaganda; tuvo

que renovar todas sus ideas después de los treinta años, edad en que casi nadie tienta semejante aventura. Literatura, crítica, derecho, religión, política, filosofía, todo tuvo que recomponerlo y modificarlo al influjo de los autores alemanes, siguiendo de preferencia «la dirección monística, donde en esferas diversas fulguran los nombres de Helmholtz, Haeckel, Noiré, Spir, Hermann Post, Fröbel, Ihering y tantos otros de menor importancia».

La consecuencia de esta adoración súbita, de esta voracidad pantagruélica de lecturas de toda índole, se ve de una manera patente en los *Estudios Alemanes*. No es este libro una explicación del pensamiento alemán, una síntesis de la filosofía alemana, ni siquiera un alegato en favor de la cultura germánica opuesta á la cultura latina. Es una serie de artículos de gran variedad de temas, históricos, filosóficos, críticos, literarios, hasta humorísticos, que sólo responden á su título porque todos ellos reflejan el pensamiento de algún autor alemán, todos ellos citan algún libro alemán, todos ellos encierran algún himno, más ó menos vibrante, á la cultura, á la inteligencia, al arte, al poder de la Alemania. Si Tobías Barreto se ocupa del alma de la mujer es para decirnos lo que piensa sobre ella el distinguido israelita Adolfo Jellinck; si escribe sobre zoología, es para hablarnos de las teorías de Haeckel; mira la historia religiosa del Brasil, á través de Julio Fröbel y de Hartmann, lo que poco aclara su tema; más tarde traza

un «ensayo prehistórico de la literatura clásica alemana», fundado en las mismas bases, así como señala algunos rasgos de literatura comparada del siglo XIX, extractados de Georges Brandes, que, aunque creo no es alemán, aparece allí como si lo fuera. Analiza los estudios históricos de Renan para darse el lujo de deleitarse en Ewald, en Graetz y Ranke; como más tarde habla de la filosofía en el Brasil para evocar «un recuerdo de Kant». En fin, en todas las páginas de su libro, como él mismo lo dice, «la Alemania es el centro de sus operaciones, es su punto de partida, su *terminus comparationis*». Cuando este término se emplea en el terreno de la crítica histórica ó de la filosofía, nada tengo que observar, dadas las predilecciones manifiestas de Tobías Barreto. Lo que me parece de un buen gusto, por lo menos discutible, es que hable de los salones literarios de Francia, esos centros infinitamente cultos y espirituales, cuya pintura exige la mayor ligereza en el pincel, el arte consumado de los matices y las medias tintas de un Sainte-Beuve ó un Renan, apoyándose en un Herman Hettner, en un Carl Freusell y otros escritores igualmente autorizados, pero en cuyas manos poco sensibles, como alguien lo ha dicho, todas esas mariposas frágiles pierden el polvo dorado de sus alas. ¿Negaré por eso el esfuerzo intelectual respetable que importa ese libro, la seriedad y la importancia del trabajo que representa, los nobles ideales que lo han inspirado?

Sería una injusticia flagrante. Lo que encuentro es que nada de lo que nos dice Tobías Barreto es una novedad para espíritus cultos de nuestra época, para dilettanti más ó menos profundos que hayan frecuentado bibliotecas y que estén un poco al corriente del movimiento de las letras de Europa. Lo que desearía hallar en él no es lo que dice Ewald, Hartmann, Jellinck, Ranke y otros, porque ello me es fácil averiguarlo leyendo sus obras, si no algo original, algo nativo, sacado de su propia substancia, como es la *Historia de la Literatura Brasilera* de Silvio Romero, como son los estudios de José Verissimo y de Araripe Junior, como es ese admirable *compte rendu* del libro de Balfour, *Los Fundamentos de la Fe*, hecho por el señor Ruy Barbosa, y en el cual aparece con rasgos tan definidos y brillantes la distinción de ese talento extraordinario, que es hoy la más alta é indiscutible gloria de las letras en el Brasil.

VII

Fuera de la erudición alemana, el mismo biógrafo de Tobías Barreto lo confiesa, los conocimientos de éste eran deficientes en lo que respecta á otras literaturas. Vemos que cita á algunos italianos como Settembrini; en cuanto á los franceses, ya sabemos que considera mediocre el pensamiento de esta nación. Quedan los ingleses, poseedores de una literatura vasta, luminosa, profunda, encabezada por el inmenso poeta que uno de sus filósofos llamó «el rey Shakespeare», y que posee en todos los órdenes del pensamiento obras monumentales. Pues bien, Tobías Barreto parece que no sólo desconocía estos tesoros, sino que, usando la frase del señor Romero, «tuvo siempre una especie de ojeriza á la lengua, á la literatura, á la nación inglesa». Aquel filósofo que hablaba con énfasis de Darwin y Huxley, no tenía de ellos ni de Spencer un conocimiento directo. ¿Conocía á Hume, cuyos ensayos profundizan las pre-

condiciones del conocimiento, el origen de las ideas metafísicas y su capacidad, dando á la filosofía un tinte decididamente crítico y positivista? El señor Romero dice que si lo conoció fué á través de los alemanes, del mismo modo que si criticó algunas veces á Stuart Mill, á Buckle, á Draper y á Spencer fué rindiendo culto á las preocupaciones de algún autor de la misma nacionalidad. Este rasgo de sometimiento es indigno de un espíritu superior y abona poco en favor de la iniciativa intelectual de Tobías Barreto. He aquí por qué, divorciado de las tendencias peculiares á los hombres de su raza, aislado en su pagoda solitaria, en el culto exclusivo de sus dioses—él no ha sido popular entre la juventud brasilera ni ha dado la medida exacta del poder y la extensión de su inteligencia.

Á despecho de los elogios ardorosos del señor Romero, esto es lo que se transparenta de la lectura de *La Filosofia en el Brasil,* del estudio cuidadosamente elaborado sobre Tobías Barreto en *La Historia de la Literatura* y del prólogo que encabeza los *Estudios Alemanes*. El señor Romero ha seguido un maestro, no diré malo, sino desgraciado. Y tal vez algunos de sus defectos, que parecen en él artificiales, postizos, buscados como un desafío al vulgo y un reproche á la indiferencia general del público por los hombres de letras, los debe á la admiración que profesa por el ingenio de Tobías Barreto. Porque, es necesario decirlo, el libro del señor Romero,

que me ha dado tema para escribir todas estas páginas, tiene no pocos detalles reprochables é imperfectos. Ellos han sido señalados, con gran acierto, muchos años hace, en un artículo publicado en *La Revista Brasilera* por el doctor Souza Bandeira. Mi opinión coincide en un todo con la del distinguido escritor, si bien no me detendré en todas las deficiencias que él señala, por temor de que esto me lleve demasiado lejos. El principal defecto del libro del señor Romero, es que él es completamente negativo. El autor se queja de que sus compatriotas no obedezcan á ningún plan filosófico y empieza por declarar que su sistema filosófico « redúcese á no tener sistema ninguno, porque un sistema comprime siempre la verdad ». Nada es más vago, más amplio, más fluctuante que su profesión de fe filosófica. El señor Romero afecta en muchos párrafos de su libro tratar con un alto menosprecio á Victor Cousin, á Royer-Collard, á Jouffroy, á Janet, etc. « Sentaba bien á *un Cousin*—hemos visto que dice en alguna parte—acusar á Helvecio de empirismo. » Más lejos se refiere *al pobre librito* de Janet, sobre el materialismo contemporáneo. En ambos casos la injusticia es tan irritante, que ella puede confundirse con la petulancia. « La gloria de M. Cousin—dice Renan en el *Avenir de la Science*—será haber proclamado la crítica como un método nuevo en filosofía, método que puede conducir á resultados tan dogmáticos como la especulación abstracta. El eclecticismo no se ha debilitado

sino el día en que necesidades exteriores, á las cuales no ha podido resistir, lo han obligado á abrazar exclusivamente ciertas doctrinas particulares, que lo han hecho casi tan estrecho como ellas mismas, y á cubrirse con algunos nombres, que se debe honrar de otra manera que por el fanatismo». Podría, siguiendo el método del señor Romero, oponer á aquellos ataques repetidos á Cousin, muchas autoridades respetables. Prefiero recordar otro párrafo del mismo maestro encantador y profundo, cuyas obras ofrecen tan grandes seducciones á mi espíritu. En la primera faz de su vida, dice Renan: «Cousin fué un espíritu singularmente abierto á los ruidos del exterior, fué un elocuente y profundo intérprete de todo lo que se agitaba en la conciencia europea, un joven entusiasta, ebrio en su día de ideal y de alta especulación. Sus defectos de entonces son los de su tiempo—tiempo preocupado hasta el exceso de elocuencia, de poesía, de éxitos mundanos; son sobre todo los defectos de sus maestros los alemanes». Finalmente, refiriéndose al curso de 1818, añade: «Tengo la convicción de que muchos de los cuadros de mi espíritu vienen de allí, y he aquí por qué, sin haber sido jamás de la escuela de M. Cousin, he tenido siempre por él el sentimiento más respetuoso y deferente».

Es este sentimiento el que por lo menos, y á pesar de las flaquezas de Cousin, debió mostrar el señor Romero respecto al filósofo francés. Y digo por lo menos, porque

meditando fríamente sobre la obra crítica del señor Romero, no obstante sus conatos darwinistas, nada encuentro en él sino un vasto eclecticismo en que predominan veleidades de criticismo científico. Souza Bandeira es de la misma opinión. « El señor Romero—dice—es antes un ecléctico inconsciente que equivocó su camino y júzgase positivista solamente porque conoce algunos de los principios de la nueva escuela, y nunca tuvo ocasión de leer las doctrinas de Cousin sino en las páginas de Taine, un adversario ». Y más adelante: « El eclecticismo está aniquilado, mas lo que lo mató fué la falta de un criterio sólido; en cuanto á las vistas de Cousin, ellas eran enteramente aceptables, y el señor Romero juzgando hacer novedad con su criticismo, casi no hace sino repetir las frases del ecléctico ». Pero este eclecticismo es estéril é inconsecuente; él demuestra en el señor Romero una viva inteligencia, una independencia de criterio que merece aplaudirse, un afán devorador por abarcar todos los conocimientos filosóficos de su época; y toda esta actividad cerebral se gasta en pura pérdida, sin dejarnos un plan de renovación de la filosofía brasilera que él quería vivificar, ni una guía segura para alcanzarlo [1].

---

(1) «El autor de este ensayo, espíritu por cierto, inculto, incapaz, inhábil, huye de los sistemas. En poesía sigue el *naturalismo crítico*, porque es la tendencia del tiempo; en filosofía y literatura el *realismo científico*, y la verdad de donde quiera que venga. *Esto envuelve una serie de afirmaciones y negaciones*, que aparecieron en los diarios de Pernambuco en ocho años, de 1869 á 1876». (Silvio Romero, *Estudios de Literatura Contemporánea. Páginas de Crítica*. Rio de Janeiro, 1885).

¿Me será permitido, antes de separarme del interesante y sugestivo libro del señor Romero, repetir una vez más una frase del autor de la *Vida de Jesús*, que acude en este momento á mi memoria? Ella se refiere á Hegel y se encuentra en un precioso artículo sobre Henri-Frédéric Amiel. «Al salir del colegio—dice Renan—Amiel fué á Alemania, y abrazó con ardor la disciplina intelectual que dominaba allí entonces. La escuela hegeliana le enseñó sus maneras complicadas de pensar, y al mismo tiempo le hizo incapaz de escribir. Esta escuela tendía más á la facundia y á la disertación sobre toda clase de temas, que á la composición seguida que exige la prosa. Hegel tiene buenas cosas, pero es necesario saber tomarlo. Es necesario limitarse á una infusión; es un te excelente; pero no deben mascarse las hojas». Con esto está dicho todo, en lo que respecta á Tobías Barreto. No creo posible encontrar una fórmula más fina y expresiva, más dulcemente irónica y más exacta para caracterizar la enfermedad filosófica de que ha sido víctima ese espíritu tan distinguido como inquieto, tan impaciente como ávido de saber, tan respetable á pesar de todo, por su ambición generosa de propaganda, su fe inalterable en la potencia intelectual y su ardiente empeño por poseer la ciencia y la verdad.

VIII

La *Filosofia en el Brasil* es una obra de juventud. No debe olvidarse esta circunstancia para la apreciación justiciera de su valor intelectual. Ya en plena madurez, Silvio Romero ha publicado últimamente un nuevo libro de polémica filosófica destinado á atacar al positivismo, con el título de *Doctrina contra Doctrina*. No quisiera penetrar en el terreno candente de la política, estudiando detenidamente la acción ejercida sobre algunos de los primeros hombres de aquel país por las doctrinas de Augusto Comte. Al hacerlo, no sería tal vez enteramente exacto, corriendo el peligro de tomar por realidades lo que quizá no pasa de suposiciones de los adversarios del régimen militar, ó de los que han sido víctimas de los excesos de la dictadura que pesó sobre el Brasil en la época de la deplorable revolución encabezada por el almirante Mello. Lo que es un hecho evidente y conocido, es que la secta positivista cuenta con

numerosos adeptos en aquella nación y que está organizada en su doble aspecto filosófico y religioso bajo la dirección general del Apostolado dirigido por los señores Lemos y Teixeira Mendes. ¿Hasta qué punto deben atribuirse á las teorías de Comte, los accidentes dolorosos de la vida brasilera en los últimos años? ¿Es cierto, como lo pretenden algunos espíritus superiores, que la influencia tiránica del credo positivista ha deformado la conciencia de muchos de los mandatarios que han figurado en el período revolucionario, y cuyo nombre está ligado á vergonzosas escenas de sangre que parecían imposibles en un pueblo de índole apacible y noble? Y en caso de que esta deformación materialista y feroz se haya producido, ¿cómo explicar la degeneración del sistema del filósofo convertido en catecismo de venganza, de opresión y de degüello? « La Iglesia positivista, dice un escritor brillante que se oculta bajo un seudónimo, en su panfleto ardoroso sobre los *Hechos de la Dictadura Militar en el Brasil* [1], goza de todos los privilegios y fueros de una religión oficial. Es intolerante, dominadora, exclusiva y el Gobierno impone la opinión de ella, manifestada en sus divisas. Ella reguló el pabellón republicano, ella da interpretaciones legales y religiosas á los actos del Gobierno, en los editoriales del *Diario Oficial*». Y más

(1) Este folleto inflamado é interesante, escrito con *verbo* y desenfado, se atribuye con generalidad al doctor Eduardo Prado, autor de *La Ilusión Americana*, panfleto igualmente interesante y elocuente.

adelante, refiriéndose á los neófitos de la religión de la Humanidad, añade lo siguiente: «El clero numeroso y el pequeño número de fieles de la nueva religión oficial dirigieron un mensaje al dictador Deodoro de Fonseca, elogiáronle la violencia, pidiéronle que no tuviese miedo de ser déspota, sugiriéronle que no hiciese caso de elecciones ni de representación nacional... Contáronle en ese Mensaje que en Francia el parlamentarismo por poco no fué derribado últimamente, pero que lo sería en breve... La tiranía que ejercen (los militares gobernantes y los abogados que se sirven del ejército) necesita un apoyo moral, y la dictadura juzga encontrarlo en el pedantismo de la clerecía positivista, discípula fanática del apologista del crimen del 2 de diciembre y del filósofo que convidó á Nicolás de Rusia á conquistar la Europa y reducirla al despotismo. En el Brasil, los positivistas de secta aplauden ese despotismo, cuando él aparece, y quieren destruir el pasado, esclavizando el presente, para dominar el futuro». He querido traducir aquí esa opinión radical, de un combatiente franco, porque deseo limitarme á dejar sentados los términos de este arduo problema. En frente de ella, conviene leer los párrafos que dedica á la influencia positivista uno de los escritores que figuran en las filas situacionistas, el doctor Felisbello Freire, exministro de Hacienda del Mariscal Peixoto. En su *Historia Constitucional de la República de los Estados Unidos del Brasil,* expresa este distinguido

escritor que «aunque Benjamín Constant no fué un representante genuino del Positivismo, fué él entre tanto quien en la cátedra del profesor inculcó sus principios en la juventud de las escuelas militares, dependiendo de él su generalización entre los alumnos». Las tendencias de aquel profesor, que pasa en el Brasil por ser el verdadero fundador de la República, datan de 1867. En ese año, según Felisbello Freire, escribía Benjamín Constant á su esposa una carta concebida en estos términos curiosos: «Recuerda que soy tu mayor y verdadero amigo, que te amo más que todo y á todos en este mundo, que eres mi única felicidad, mi religión, mi única ventura. *Tu eres para mí más, mucho más que lo que Clotilde de Vaux era para el sabio y honrado Augusto Comte.* Sigo, como sabes, todas sus doctrinas, sus principios, sus creencias; la religión de la Humanidad es mi religión, sígola de corazón con la diferencia empero de que, para mí, la familia está encima de todo. Es una religión nueva, sin embargo la más racional, la más filosófica, y la única que dimana naturalmente de las leyes que rigen la naturaleza humana. No podía ser la primera *porque ella depende del conocimiento de todas las leyes de la naturaleza,* es una consecuencia natural de este conocimiento, y por tanto, no podía aparecer en la infancia de la razón humana, y cuando las diversas ciencias estaban en embrión; no habría aparecido aún, si el genio admirable de Augusto Comte no hubiera sabido, por la amplitud

de su inteligencia, transponer los siglos que han de venir, sorprendiendo por su sabia previdencia las ciencias en su término y dándonos en su religión positiva la religión definitiva de la Humanidad». ¡Qué párrafos tan sugestivos en su ingenuidad declamatoria y banal, en su ridiculez inconsciente! y ¡cuánta luz proyectan sobre el alma y el cerebro de aquel político que desempeñó un papel tan prominente en la evolución republicana de su patria!

El psicólogo necesita documentos de esta especie para penetrar en los pliegues y en las modalidades que caracterizan á un personaje é iluminan las complicaciones de su ser íntimo. Por mi parte, ese grito de prosélito dirigido por Benjamín Constant á su esposa, me enseña más, á propósito de su acción y su personalidad, que todo lo que he leído á su respecto, ya sea la crítica de sus enemigos, ya sea el himno de sus turiferarios. Entre tanto, es indudable que la influencia del positivismo se ejerció de una manera marcada en el comienzo de la República, y todos los escritores brasileros que se ocupan de esa época lo dicen claramente. « Por un singular fenómeno cuyo estudio será muy interesante para el futuro, —leo en el libro *Imperio y República Dictatorial* de A. Carvalho, —de súbito manifestóse en ciertas regiones próximas al gobierno, una decidida tendencia hacia la supresión, aunque sólo fuera temporal, de todas las libertades, y surgió el más decidido entusiasmo en favor del régimen dicta-

torial, que unos declaraban indispensable para contener al mismo tiempo á los monarquistas y á los socialistas, y que otros, más científicos, exigían en nombre de la filosofía positivista de Augusto Comte ». ¿Cómo comprender, me pregunto nuevamente, que la religión de la Humanidad haya producido después esos resultados mezquinos, opresores, y hasta sangrientos que le reprochan sus adversarios?...

Hay en esto algo obscuro para el observador extraño, algo que no puede ser concebido de una manera clara y evidente, sino por los que están en el secreto de muchos detalles y antecedentes que escapan forzosamente al extranjero. Por mi parte, he sido siempre un poco incrédulo á propósito de la influencia de Comte sobre el espíritu de los militares que ordenaron los atroces asesinatos de Santa Catalina y de Curitib, por ejemplo. La barbarie y la crueldad de sentimientos me parecen por desgracia bastante comunes en naturalezas inferiores sin que necesiten explicarse por silogismos filosóficos. Ni López ni Oribe leyeron seguramente á Comte, y cualquiera de ellos, como nuestro famoso Cuitiño, puede mostrar en su activo algunas, aunque no tantas de las hazañas sangrientas que hicieron célebre al coronel Moreira César, una de las personificaciones más caracterizadas del verdugo político, que puede enseñar la historia de nuestras pobres naciones americanas. La propaganda positivista de los señores Lemos y Teixeira

Mendes en el Brasil, como la del señor Lagarrigue en Chile, me pareció siempre inofensiva y excesivamente lírica. Sus publicaciones frecuentes en la prensa de Río de Janeiro, oponiendo su inocente veto á las medidas y proyectos más diversos, pueden explicarse como una manía que á nadie perjudica y que hasta tiene su mérito como medio de solaz para el observador indiferente [1]. Algunas veces, —es necesario decirlo con franqueza— su crítica misma está fundada en bases sólidas y generosas. Tal sucedió con motivo de la llegada de una comisión uruguaya, portadora de las medallas conmemorativas de la guerra del Paraguay, recibidas con gran fausto por las autoridades brasileras. El apostolado positivista, hizo oir su voz para hablar en nombre del vencido y

(1) Una de las representaciones más curiosas del Apostolado Positivista del Brasil es la que dirigió al Congreso Constituyente de 1890, proponiendo modificaciones al proyecto de Constitución presentado por el gobierno. Los considerandos que la preceden son caracteristicos. Véase en calidad de ejemplo los que fundan el pedido para sustituir en el articulo 1° las palabras *perpetua é indivisible* que se refieren á la República del Brasil: «Considerando: 1°, que las leyes naturales de la sociedad demuestran, según Augusto Comte, *que las patrias verdaderamente libres, no pueden componerse de más de uno á tres millones de habitantes* en la tasa media de sesenta habitantes por kilómetro cuadrado; 2°, que las grandes nacionalidades resultaron de violentas agregaciones politicas que siguieron á la ruptura del lazo católico; 3°, que por lo tanto el sistema federal constituye apenas la forma empirica de coordinar por medios politicos la unión histórica de ciertas patrias; 4°, que tal sistema está destinado á desaparecer, en futuro más ó menos próximo, luego que surja la unidad religiosa, determinada por una fe universal cientifica, sustituyéndola á la fe católica, actualmente en disolución; 5°, que las fórmulas politicas *actuales deben desterrar los compromisos absolutos, cuya ineficacia social y moral para garantir el orden y el progreso está demostrada todos los dias,* y especialmente lo evidencia la revolución que inauguró la república brasilera, etc., etc.».

mostrar la inconveniencia y la poca generosidad de manifestaciones de esta especie después de veinticinco años de terminada la campaña; y sus frases sencillas, morales y levantadas me parecieron lo mejor que se dijo en aquellos momentos de expansiones oficiales tan entusiastas. Luego, á primera vista, creo que el apostolado positivista tiene bastante en que ocuparse con sus rencillas internas y con sus pleitos de familia, para entretenerse en envenenar el alma de caudillos más ó menos bárbaros, enseñándoles el exterminio del adversario. Por lo pronto, él no manifiesta una virtud muy grande de subordinación y disciplina, á juzgar por su separación ruidosa del pontífice Pierre Laffitte y las cartas-brulotes dirigidas por el señor Lemos á aquel San Pablo de positivismo [1].

De todo lo que, disperso en artículos de polémica ó en publicaciones de otra índole, he leído en el Brasil á propósito de la acción y la influencia del positivismo, nada me satisface más que un estudio publicado por José Verissimo en la *Revista Brazileira* [2]. El libro de Silvio Romero queda excluido de este juicio, porque más que una obra de exposición filosófica es un vigoroso panfleto de combate, en que resaltan de una manera elocuente, todas las condiciones que para este género de literatura posee el ilustrado escritor. El ensayo á que me refiero

(1) *L'Apostolat positiviste au Brésil. Rapport pour l'année 1885 par M. Lemos.*

(2) *O Positivismo no Brazil por José Verissimo. Revista Brazileira,* 1895.

ha visto la luz con motivo de la obra del autor de la *Filosofia en el Brasil*. Es un análisis imparcial y sagaz de *Doctrina contra Doctrina* y, á pesar de su concisión ó tal vez á causa de ella, desarrolla su tema con tal firmeza de criterio, con un conocimiento tan perfecto de sus fases diversas, — que nada me parece más conveniente que extractar aquí sus principales ideas.

Para José Verissimo, la influencia del positivismo ha sido en el Brasil «más extensa que profunda, pero aun así incontestable y sensible». El despertar de las ideas comtistas sucedió en aquella nación á la filosofía clásica: «el evolucionismo spenceriano, el monismo haekeliano, como el positivismo comtista, fueron las principales formas del pensamiento nuevo introducidas en el Brasil». Las dos primeras, defendidas por personas que en general carecían de una sólida preparación científica, no ejercieron una acción directa social; mientras que el comtismo, atrajo á sus filas á algunos espíritus preparados «en lo que es la base misma del sistema, las ciencias físico-matemáticas». En el Brasil, por otra parte, no había ninguna organización que pudiera oponerse á la acción y al objetivo de un grupo enérgico y animado de propósitos definidos; «no lo estaba el Estado, á pesar de sesenta años de monarquía, no lo estaba como aun no lo está la Iglesia, y menos aun el academicismo, el oficialismo; en suma, cualquiera de esos elementos de la vida nacional que en otras partes son un obstáculo á la

intrusión de ciertas ideas». Esa falta de cohesión entre las diferentes moléculas del cuerpo social, preparó el terreno á los avances del positivismo. Fué mediante las matemáticas que él penetró en el seno de las escuelas militares «ganando así su mayor número de adeptos y propagadores en la corporación que, entre nosotros, era tal vez la única que tenía una organización tal cual y mantenía algún espíritu de clase; y por una de esas fenomenales incoherencias de que parece tenemos el privilegio, fué de la sementera del ejército que salieron, sino los sacerdotes, los acólitos de la doctrina fundamentalmente hostil á los conflictos armados, al régimen militar, á los ejércitos permanentes». Al mismo tiempo que el positivismo, se introdujo en la milicia la idea republicana. Á la caída de la monarquía la influencia y el prestigio de la escuela de Augusto Comte, se traslucen en la nueva Constitución. Á ella se debe principalmente el hecho de la separación de la Iglesia y el Estado y el establecimiento del régimen presidencial federal. El señor José Verissimo coincide con la opinión, anteriormente transcripta, de A. de Carvalho respecto al carácter que tomó el positivismo, convirtiéndose casi en la religión del Estado. Los neófitos de la nueva secta pulularon entonces, de una manera sorprendente. «Vióse en Roma la misma cosa, — dice José Verissimo, — cuando, con Constantino, los Césares se hicieron cristianos. El argot positivista, «la anarquía mental», «la pedantocracia»,

«el régimen normal», «el orden es factor del progreso», «la integración del proletariado», «los muertos gobiernan á los vivos», «las patrias brasileras», todas las formas y variaciones de las palabras sistema, integración, incorporación y otras favoritas de la escuela, entraron á hacer parte obligada de todos los discursos, de todas las arengas, de todas las discusiones; y viéronse diarios de provincia, que de Augusto Comte hasta el nombre ignoraban la víspera, mechar con frases positivistas su prosa sobre política local. En ese período, el positivismo, oficialmente dominante bajo la égida del más influyente miembro del Gobierno provisorio y de sus lugartenientes inmediatos, sólo encontró, sino neófitos muy convencidos, catecúmenos condescendientes, devotos espontáneos ó por lo menos paganos simpáticos. En los propio jefes, á despecho de sus protestas en contra, siéntese que no les repugna esa alianza de su capilla con el Estado, que determinará primero la adjudicación y después la canonización de Benjamín Constant, de quien ellos harán, á pesar de los hechos y de sus mismas afirmaciones olvidadas en interés de la secta, el padrino, el patrono del positivismo en la República. Los artículos de nuestra Constitución, el lema de nuestra bandera, algunas fechas de nuestras fiestas nacionales,—bastan para probar su influencia en ese momento, sin exagerarla».

En *Doctrina contra Doctrina,* el señor Romero estudia

también esta invasión del positivismo, considerando á la secta de Augusto Comte «como uno de los nuevos partidos políticos del Brasil». Para combatir sus principios y detener su marcha triunfante, él impulsa á los «sectarios del materialismo evolucionista, cuya fórmula sintética puede ser bebida en Herbert Spencer, á que se organicen también en un centro de propaganda y procuren reaccionar por el diario, por el libro, por la conferencia, por la lección oral, contra el neojesuítismo que invade el país». José Verissimo encuentra el título poco feliz y el consejo poco factible. «Lo que justamente distingue al positivismo de todas las construcciones filosóficas, — dice, — es ser una doctrina completa: una filosofía, un dogma, una política. Siendo sobre todo una religión, porque para él el punto de vista moral prima sobre todos los otros, da á sus fieles un criterio único, les impone el mismo dogma y los sujeta á la misma disciplina. Condenando el libre examen y la libertad de conciencia, erige á su fundador en Maestro (con mayúscula) infalible. Ninguna relación del hombre con el universo, de orden científico, de orden literario, de orden social, de orden económico, de orden sentimental, escapó de ser explícita ó implícitamente prevista y asentada en la obra copiosa y difusa de Augusto Comte». Y más lejos: «El spencerista ó evolucionista puede ser en política republicano ó monárquico, en religión, por lo menos ateo ó deísta, en arte, idealista, realista, naturalista ó simbo-

lista, en ciencia quedar en Darwin ó en Haeckel; puede ser partidario ó enemigo del divorcio, favorable ú hostil al libre cambio, al presidencialismo ó al parlamentarismo, al café, al alcohol, á las comidas pimentadas. El positivista, no; el mismo dogma que le determina una convicción científica, le da un criterio moral y artístico y le reglamenta la familia, la mesa, la actividad política, económica y hasta sexual. Es en esto justamente que reside, sino su originalidad, su distinción y su fuerza. Por eso sus adeptos pueden constituirse en corporaciones, en iglesia, y en virtud de la ley de gravitación, verdadera también en el mundo moral, obrar sobre las masas inconscientes y desorganizadas que lo rodean ».

No obstante estas observaciones, el libro de Silvio Romero, quedará como un nuevo esfuerzo brillante del distinguido escritor en pro del adelanto y la cultura de su patria. Es una de sus más interesantes publicaciones, porque en ella se expanden, sin trabas ni cortapisas, las cualidades realmente sobresalientes de este autor en el terreno de la polémica. Su espíritu vivaz, su flexibilidad intelectual, sus facultades de analista,—todo se subordina en él á sus tendencias de combatiente. No concibe la crítica como un examen frío, desapasionado, sino como un alegato ó una filípica. Los escritores que no han luchado, que no han probado el bautismo de fuego, son para él mediocres ó detestables. Á Machado de Assis, en sus *Estudios de Literatura Contemporánea*, lo trata con

visible injusticia, desconoce toda la seducción artística de su estilo primoroso, y le reprocha principalmente que «sin convicciones políticas, literarias ó filosóficas, *no es, nunca fué un luchador*». El mismo cargo dirige en otra parte al Visconde de Taunay, y al poeta Luis Delfino, diciendo que «nadie conoce sus opiniones científicas, políticas ó literarias» y se ha limitado á «tener la cabeza erguida, querer intimidar á los otros, sin haber escrito, *discutido, luchado;* conservándose como un incógnito, *mientras los otros batíanse pecho á pecho*». Podría multiplicar las citas de este género. En *Doctrina contra Doctrina,* como en sus numerosas publicaciones anteriores, aparecen bajo una luz vivísima todas las cualidades y los defectos de Silvio Romero; sus hallazgos frecuentes de excelente crítica filosófica y sus desahogos repentinos; la valerosa impetuosidad con que se lanza á cuerpo descubierto en la batalla, y la exageración preconcebida de alguna de sus opiniones extremas. Á pesar de todo, su obra vasta y variada es un producto intelectual valioso, que revela en su autor un alto grado de cultura científica y convicciones morales dignas del mayor elogio. Ella es al mismo tiempo un timbre de honor para su patria, al mostrar la seriedad y la competencia con que en el Brasil se discuten y desmenuzan las más arduas cuestiones que preocupan el pensamiento contemporáneo.

IX

En una serie interesante de artículos publicados en Buenos Aires, el distinguido escritor Franklin Tavora, señala la existencia de dos escuelas literarias en su patria. «Si ellas no están del todo formadas, —dice,— por lo menos se revelan visiblemente en las producciones de las dos grandes regiones en que se divide naturalmente el país. No fué impunemente que la Naturaleza colocó el gran río San Francisco entre las Provincias del Norte y las del Sud. Ni es materia que causa asombro que en un territorio de 291.000 leguas cuadradas, la naturaleza y el clima provoquen diferencias que modifican al hombre, porque esas diferencias son leyes del medio físico que han de influir forzosamente en la formación de su individualidad» (1). Sin pretender dilucidar este punto que ha dado origen á violentas discu-

(1) *La Literatura Brasilera. Escritores del Norte del Brasil*, por Franklin Tavora. *Nueva Revista de Buenos Aires.*

siones en el Brasil, me parece que el juicio del doctor Tavora tiene fundamentos sólidos y que está sobradamente apoyado por las obras de Inglez de Souza, de Santa Elena Magno, y especialmente de José Verissimo. El norte, de todos modos, ha contribuído á la vida intelectual del Brasil con una pléyade notable de hombres políticos, de oradores y de literatos, entre los cuales se cuentan, además de los citados, de Tobías Barreto, de Silvio Romero y muchos otros, estadistas como Saraiva en el pasado, y actualmente hombres de ciencia como el doctor Francisco de Castro y escritores de la talla de Joaquín Nabuco y Ruy Barbosa. Tal vez está allí la cepa genuinamente brasilera; por lo menos, es allí donde se conserva más la originalidad nativa de la raza, adulterada ya en el sud por la infusión de sangre extranjera, sobre todo en San Paulo donde predomina el elemento italiano y en Río Grande donde existen sólidos núcleos de población alemana.

José Verissimo, de quien voy á ocuparme ahora, dejando para más tarde al doctor Inglez de Souza y á su novela *O Missionario,* es un representante perfecto del literato del norte, no sólo por su origen, sino por la inteligencia y el colorido con que ha pintado la región amazónica. Nació en el Pará, en la pequeña ciudad de Obidos, situada en la margen izquierda del Amazonas, el 8 de Abril de 1857. No pudiendo proporcionarle allí su familia una educación conveniente, fué enviado á

Manaos, de donde pasó á la capital del Pará hasta terminar sus primeros estudios y seguir á Río de Janeiro con el objeto de matricularse en la Escuela Politécnica. Poco tiempo después, el mal estado de su salud le obligó á regresar al Pará, de donde se dirigió á Europa. Allí tomó parte, de una manera brillante, en el Congreso Internacional Literario que se reunió en Lisboa en 1880. Antes de ese viaje había publicado un libro con el título de *Primeras Páginas* y había redactado en el Pará la *Gaceta del Norte*. Más tarde, en 1887, publicó una obra sumamente interesante, *Escenas de la vida Amazónica* y dos volúmenes de *Estudios Brasileros* (1889 y 1894), que contienen ensayos literarios y juicios críticos tan dignos de ser leídos por su estilo fácil y elegante, como por la firmeza y solidez de criterio que manifiesta su autor.

Las cualidades distinguidas del talento de José Verissimo se destacan ampliamente en el terreno de la crítica. Es lástima que no haya reunido sino los artículos que llenan los dos tomos á que me he referido, dejando dispersa en revistas y periódicos una gran parte de su producción intelectual. En la parte que nos es dado juzgar, el escritor paraense muestra un espíritu serio, sobrio y cultivado al mismo tiempo. Es un guía en que uno puede fiarse para profundizar el estudio de la literatura brasilera. Benévolo sin condescendencias culpables, erudito sin pedantería, de preparación litera-

ria sólida y de ideas moderadas y sensatas, ocupa hoy un lugar prominente entre sus colegas brasileros y ha sabido rodear su nombre de indiscutible autoridad.

La primera serie de los *Estudios Brasileros* empieza con la eterna lamentación que arranca á todo cultor de las letras sudamericanas la falta de estímulo y los obstáculos con que lucha en nuestras regiones la producción intelectual. Si ello puede consolar á José Verissimo, desde ahora le aseguro que ese mal es común á todas las secciones de nuestro continente. Y bien mirado, ni los brasileros ni los argentinos tenemos derecho de quejarnos, cuando nos comparamos con nuestros colegas de Colombia, de Venezuela, del Perú, de Centro-América. Allí, como aquí, por lo menos rodeamos de cierta consideración á algunos de nuestros escritores, hay nombres y reputaciones consagradas, hay uno que otro editor que emplea sus capitales en las aventuras de la publicidad. ¡Ah! cuando recuerdo la triste silueta de algunos de los más distinguidos poetas sudamericanos que he conocido, aquel exquisito espíritu que se llamó Eloy Escobar y que pasaba como un espectro por las calles de Caracas, doblegado, raído, casi harapiento, en su sonambulismo genial, en medio de la multitud que lo designaba con el epíteto de *De Profundis;* cuando pienso en otro de esos talentos malogrados de aquella misma tierra, el desventurado Francisco G. Pardo, asistiendo melancólico al derrumbe de su for-

tuna, hundiéndose minuto por minuto en la obscura miseria en que le sorprendió la muerte, sin apoyo de nadie, sin sentir siquiera á su alrededor ese ambiente de cálida simpatía que dulcifica las amarguras íntimas y da fuerzas para vivir; — cuando evoco á Miguel Antonio Caro, expresidente de Colombia, detrás del mostrador de una librería, á Rufino Cuervo fabricando cerveza, á Diego Fallon dando lecciones de música y de inglés, — comprendo que no tenemos derecho de quejarnos los que vivimos en esta región de América, donde el hombre de letras, salvo escasas excepciones, ha dejado de ser el *bohemio* famélico de que tantos ejemplares quedan en otras partes. Esta digresión no obsta á que reconozca la justicia con que deplora José Verissimo la desorganización de la instrucción pública en el Brasil, primaria y superior, industrial ó profesional, « la carencia de una escuela superior de literatura ó de ciencias, donde se pueda estudiar la antropología y la lingüística, la historia de las religiones y la filología, las lenguas orientales del grupo indo-europeo ó del grupo semítico, las lenguas románicas, la etnología, la paleografía, la filosofía, las literaturas antiguas y modernas, en fin todo ese formidable trabajo intelectual que se hace á nuestro alrededor y al que permanecemos prácticamente extraños ». La misma deficiencia puede señalarse entre nosotros sin que esta circunstancia me impida compartir la fundada crítica del distinguido escritor.

Los *Estudios Brasileros* se abren por un corto artículo que sintetiza el estado de la literatura de aquel país con franqueza y exactitud. Allí se señalan los grandes vicios de que adolece su intelectualidad, y entre ellos se indica primeramente el espíritu de imitación. « No es simplemente la autonomía política y la separación geográfica lo que constituye una nacionalidad », — dice con razón José Verissimo ; son las tradiciones, la lengua, las creencias, las ideas, las costumbres, lo que forma, por decirlo así, el alma de un pueblo y caracteriza su propia individualidad. El espíritu brasilero carece de carácter nacional, según José Verissimo, por falta de una educación principalmente científica, tanto como por la indiferencia por el estudio que muestran las masas populares, y por la carencia absoluta de una crítica que se separe de los viejos estilos horacianos y quintilianescos. La poesía, para él, se encuentra vaciada en moldes de un lirismo convencional cuya sola originalidad es la abundancia de formas *sensuales* que presta al verso la sangre del mestizo. En la novela, á pesar de la mayoría de las obras que se limitan á copiar modelos europeos y que son sólo *pastiches* de la literatura francesa, hay algunas creaciones originales, tales como la *Innocencia* del vizconde de Taunay y algunos de los tipos de José de Alencar. Lo mismo puede decirse del teatro, en que figuran con éxito el mismo Alencar, Penna y Guimaraens. Para dar á la literatura el carácter nativo de que

carece se necesita remontar á las fuentes de la raza y analizar los elementos étnicos que la componen. Sólo ese estudio, detenido y crítico, puede explicar las modalidades del espíritu brasilero, y proporcionar una comprensión exacta de las ideas é inclinaciones populares. Es el examen del hombre salvaje, del portugués colonizador y del africano esclavizado lo que dará la *clave* de la intelectualidad brasilera actual. En esto, José Verissimo sigue fielmente las ideas de Silvio Romero. « Á la indolencia heredada del tupy — dice — desenvuelta y favorecida por un clima caliente y un suelo pródigamente fértil, se unió la influencia nefasta de la esclavitud, que, degradando el trabajo, nos hizo tontamente *afidalgados*. No fué esto sólo. El tráfico de los africanos hizo aparecer repentinamente fortunas colosales y con ellas desarrollóse el amor al juego y al lujo, tan peculiares á los brasileros. El elemento africano, en contacto íntimo con nuestra familia y cruzándose ampliamente en todo el país, forma hoy con los otros dos, el tupy y el portugués, la nacionalidad brasilera, y cumple notar que fué él quien, por la esclavitud, nos trajo las mismas costumbres nuestras que pueden llamarse originales. ¿Y cómo no había de ser así, si desde la cuna hasta la tumba, bebiéndole la leche, oyéndole los cuentos en el hogar, jugando con ella, recibiendo de ella sus creencias fetiquistas, esa raza desgraciada y hecha mala por la esclavitud es nuestra compañera y auxi-

liar? Esto, entre tanto, escapó á nuestros literatos, que no vieron que había en nuestra sociedad algo pintoresco que estudiar, algo atroz que combatir. Y con excepción de la *Madre* de Alencar, de las *Víctimas y Verdugos* de Macedo, de la *Historia de una joven rica* de Guimarães, muy pocos fueron los libros que se ocuparon de ese importante problema ».

Pocos escritores de su país han realizado investigaciones tan minuciosas como José Verissimo á propósito del elemento indígena que entra como un factor tan primordial en la formación de la raza brasilera. Estos estudios constituyen varios capítulos interesantes del libro de que me ocupo, así como una gran parte de las *Escenas de la vida Amazónica*. Escritos á propósito de las publicaciones etnográficas de Couto de Magalhaes, Barbosa Rodríguez y otros distinguidos hombres de ciencia del Brasil, ellos son, sin embargo, profundamente originales y contienen observaciones directas del autor sobre la curiosa psicología del salvaje, que ha tenido ocasión de conocer y estudiar en sus excursiones por la región amazónica. El señor Couto de Magalhaes, al ocuparse de las razas salvajes del Brasil, sigue las huellas de don Vicente Fidel López, admitiendo el origen *ariano* de los *tupys*. Las teorías de este escritor han sido francamente combatidas por Silvio Romero en su *Etnografía Brasilera* y lo son por José Verissimo en varias partes de su interesante libro, y especialmente en el en-

sayo consagrado á la *Religión de los Tupys-Guaranys.* Para él es exacto el juicio de los primeros cronistas portugueses, respecto á la carencia de noción de la divinidad y á la falta absoluta de cualquier forma de religión que tenían los salvajes del Brasil. Si es cierto que sus groseras imaginaciones sentían el pavor del relámpago y del rayo, también lo es que la intuición de un ente sobrenatural cuya manifestación visible fueran aquellos fenómenos naturales, fué infundida en su espíritu por los primeros exploradores de su territorio. «En el período fetiquista muy atrasado,—dice José Verissimo—la nueva creación no podía, sin embargo, recibir ni siquiera un culto politeísta, cuando más una veneración monoteísta; de allí las continuas quejas de los misioneros en vista de la frialdad, de la poca devoción de los neófitos y de sus continuas deserciones de un culto cuyo sentido no podían comprender. Su pobre mitología estaba compuesta de algunas entidades sobrenaturales, engendradas por el miedo y bajo la influencia de la curiosidad para la explicación de fenómenos naturales, como los sueños, á los cuales no prestaban más culto que el del terror supersticioso, el mismo que aun hoy les prestan los espíritus que creen en las *almas del otro mundo.* En medio de estos espíritus fué lanzado *Tupá,* siendo de notar que, al revés de lo que se podría esperar, quedó representando en su supernaturalismo un papel secundario, de verdadero intruso, mal grado todos los esfuerzos

de los jesuítas para colocarlo en el lugar que le competía. Es que en la religión tupy-guarany, *Tupá* es una creación reciente, debida más á la influencia cristiana que al sentimiento del salvaje que la adoptó.»

El estudio de José Verissimo se completa con un análisis de las leyendas y mitos indígenas, análisis sagaz, interesante y digno de ser leído por todos los que se interesan en la vida y los sentimientos de los pobladores de nuestro continente en la época del descubrimiento y la conquista. El espíritu que informa las investigaciones del distinguido autor, es siempre frío, reposado, puramente científico. Huye de las generalizaciones atrevidas, de las inducciones poco fundadas, de las teorías tan gratas para la insaciable curiosidad de algunos arqueólogos como Augustus Le Plongeon que encuentra en su reciente libro sobre las ruinas del Yucatán, en las reliquias de los antiguos *Mayas,* analogías sorprendentes entre su lenguaje, sus concepciones religiosas, sus nociones cosmogónicas, sus maneras y costumbres, sus tradiciones y su arquitectura, y las concepciones, lenguaje, nociones cosmogónicas, costumbres, maneras, tradiciones y arquitectura de las antiguas naciones civilizadas de Asia, Africa y Europa, creyendo que hay entre ellas un parentesco cercano, que mantuvieron íntimas comunicaciones, y que se encuentra tal vez en Centro-América, entre otras, la cuna de la civilización egipcia [1]. La

(1) «*Queen Móo and the Egyptian Sphinx,*» by A Le Plongeon.—New-York, 1896.

misma seguridad de criterio demostrada por José Verissimo en el examen de los ídolos amazónicos, campea en sus pinturas de los indígenas que se agrupan aún en pequeñas tolderías *(malocas)* en las márgenes de los grandes ríos y en medio de las frondosas selvas de la región norte de su país. El estado de degradación y de miseria de esas tribus, poetizadas por los románticos brasileros y desfiguradas por una falsa leyenda á que han contribuído la escuela *indianista* y las producciones de José de Alencar, de Gonçalves Días, de Magalhaes y otros, — le inspira una profunda emoción y una viva simpatía, sin que estos sentimientos generosos nublen la perspicacia de su sentido crítico y lo lleven á deplorables extremos de ridícula sensiblería. «La impresión que deja en el espíritu del observador atento y de buena fe el estudio de este medio, — dice, refiriéndose á las poblaciones indígenas que se agrupan en las márgenes del Maués y del Canumán, — es mala. Asáltanos, por más que luchemos contra ella, la convicción de que el indio es un individuo con quien la civilización no debe contar. Nada más desolador que estas tolderías en ruinas, sin cultura, sin trabajo, sin progreso, sin vida, donde vegeta, sin vivir, una población mezquina de gente débil, sin ningún vigor moral, ni salvaje ni civilizada, miserable, indolente, paupérrima, en medio de las mayores riquezas naturales». El contraste que presentan esos desgraciados salvajes con los héroes de *Caramurú* y del *Uruguay*

en el pasado, ó de *Y-Juca Pirama* y el *Guarany* en el presente, no puede menos de hacerlo sonreir « de las teorías sentimentalistas de los románticos de la política ó del arte », y preguntarse « si estos sujetos darán jamás ciudadanos aprovechables, ó indagar dónde están entre estas mujeres feas y sin gracia las *Iracemas* y entre estos hombres rudos y groseros los *Ubirajaras.* »

X

Una de las preocupaciones constantes del espíritu de José Verissimo es la que se refiere al *nacionalismo* de la literatura de su patria. Acompañado en la brecha por Silvio Romero, por Araripe Junior, por Mello Moraes y otros escritores de talento, él es uno de los más ardientes propagandistas de la independencia intelectual de la tierra de su nacimiento. Todo lo que concure al propósito de esta emancipación despierta profundamente su interés. Así lo vemos estudiar con empeño la poesía popular brasilera, los cuentos y tradiciones originarias de su país, el folk-lore amazónico, todo lo que puede proyectar alguna luz sobre los sentimientos y aspiraciones de su raza, expresados en forma literaria. «En el estudio del carácter y de la manifestación del sentimiento estético en el Brasil—dice á este respecto—la forma más vigorosa de ese sentimiento, la poesía popular, debe ser estudiada con todo criterio como elemento indispen-

sable para la creación y desenvolvimiento de una poesía conscientemente nacional ». Remontando al pasado, José Veríssimo hace notar qne en los antiguos cronistas del descubrimiento, no se señalan vestigios de manifestaciones poéticas en el salvaje. Él cree, sin embargo, que debían existir, no sólo porque « la poesía es tal vez la manifestación primera de la palabra en la humanidad» sino también porque en « la lengua de esa raza encontramos el verbo cantar, *nêengari,* derivado de *nêen,* hablar ». Aceptando que los tupy-guaranys poseyeran una poesía indígena, espontánea y rudimentaria, según José Veríssimo, nada autoriza á creer en la traducción de ese sentimiento estético en forma de canto ó himno. Para él es evidente que en el tiempo de la conquista del Brasil el indígena no podía tener poesía sino tan primitiva y rústica, que la invasión europea la ahogó sin esfuerzo; y así, sofocada en la cuna, ella no pudo, como su lengua y sus costumbres, influir sobre la raza conquistadora. Las manifestaciones más conocidas de la poesía popular brasilera no son sino variantes degradadas de las viejas cántigas portuguesas, como lo demuestra con numerosos ejemplos el distinguido crítico brasilero. No obstante, esa imitación muchas veces sobrepasa al original, por la intensidad del sentimiento apasionado, por la belleza de la forma poética, por la traducción elocuente de sentimientos tiernos y amorosos. José Verissimo cita algunas estrofas populares muy interesantes y que re-

velan, en su ingenuidad sin afeites, el alma misma de la raza que confía á ellas sus lamentos, como la que copio á continuación y en que se escucha el grito de protesta del esclavo encorvado bajo el látigo del capataz:

Un negro cuando se muere
Es que el alcohol lo mató;
Un blanco cuando se muere
Es porque Dios lo llamó...

Ó esta otra empapada de ironía:

Cuando un blanco está comiendo
Con un negro en compañía,
Es el blanco el deudor
Ó del negro es la comida...

« La historia de nuestro país—dice José Verissimo en una página elegante en que define la *modinha* brasilera y que transcribo como una muestra de la belleza de su estilo —nos enseña que su primera sociedad fué compuesta de malos elementos. Las primeras inmigraciones fueron solamente de hombres que no queriendo casarse con la mujer que habitaba esta región, por motivos fáciles de comprender, hicieron de ella su concubina. Así constituída, si á eso se puede llamar constitución, la primitiva sociedad brasilera, á la cual faltaba el más poderoso de los elementos sociales, la familia, no podía ser sino inmoral. Bajo un sol ardiente y en una naturaleza exuberante, el temperamento amoroso del portugués, libre de todas las trabas que lo refrenaban en la patria, ganó aquí

nuevo vigor y produjo el mestizo voluptuoso, impresionable, apasionado. Fué en este medio en el que la poesía popular portuguesa se desenvolvió y fué aquél el individuo que la asimiló y que le dió el vigor erótico que la caracteriza bien como nuestro genio artístico. Es en el seno de ese elemento mestizo, del hijo del portugués, de la india ó de la africana que nacen sus más bellas formas, y es de allí que algunas de ellas se nacionalizan tanto que diríais constituyen una forma espontáneamente nacional, como la *modinha*. La *modinha* es la más rica de las formas con que se manifiesta la inspiración poética de nuestro pueblo. En ella transformóse la *jácara* de los trovadores y castellanos guitarristas, ó más inmediatamente el *fado* del pueblo portugués. El temperamento melancólico amoroso del brasilero, su voluptuosidad, las lúbricas pasiones que se desenvuelven en un medio no educado por el casamiento, como era y todavía es hoy, aunque en menor escala, nuestro medio popular, contribuyeron fácilmente para esa transformación. Así, esa forma caracteriza bien la tendencia mórbida de nuestra poesía popular, el abandono, la indolencia de nuestra raza, proveniente de la prodigalidad extraordinaria de nuestra naturaleza y de la felicidad de nuestra vida, casi eximida de la ley de la lucha por la existencia, lo que engendra esa tendencia de nuestro carácter á producir los amores fáciles, la fuente única de nuestra inspiración popular. En nuestra no pequeña

colección de *modinhas* ese tema repítese con fastidiosa monotonía. Es siempre el amor y los sentimientos que de él derivan: los celos, la *saudade*, el deseo, en lenguaje gongórico é inflado, pero á menudo sentido é interesante. Y leyendo las colecciones de nuestras *modinhas* que corren impresas, llégase á la conclusión á que nos lleva este estudio de la poesía popular brasilera y es que ella, por falta del elemento tradicional, es profundamente individual, pobre y monótona. Su desenvolvimiento no es igual en todas partes del Brasil, habiendo sido mayor en el sud que en el norte, donde la vida pastoril no sólo es más desconocida sino menos acentuada, y es generalmente en ese medio donde han nacido casi todos los grandes poemas populares, como entre nosotros fué allí donde tuvo mayor expansión el sentimiento poético de nuestro pueblo. »

Las líneas transcriptas bastan para diseñar la fisonomía del crítico, la sencillez elegante de su expresión, la solidez de su criterio, la seguridad de sus juicios, siempre fundados en la reflexión y en el estudio. Las cualidades de su estilo corresponden á estos dones nativos del escritor. Corriente y flúido sin caer en la dilución de las ideas que aqueja á tantos autores meridionales y á tantos *dilettanti* sudamericanos, se le lee siempre con placer, sabe captar el interés y mantenerlo durante el curso de toda una obra. Entre los literatos de su raza, es uno de los que han consagrado al trabajo intelectual

una dedicación más constante y abnegada. «Literatura sin libros» llamó Valentín Magalhaes á la de su patria, expresión que casi puede aplicarse en conjunto á la América latina. Si ello es así, se debe sin duda á otros hombres que los que, como José Verissimo, han puesto de su parte una inmensa suma de esfuerzos generosos en favor de los ideales que han impulsado su acción y alentado sus trabajos. Su vida entera está repartida entre los afanes de la enseñanza universitaria y las preocupaciones del hombre de letras. Su labor de educacionista y pedagogo es tal vez más conocida y apreciada en su país; por lo menos, los resultados de ella son más populares. Sus esfuerzos literarios, sin embargo, son igualmente considerables y dignos de simpatía. Cuando otros se han sentido heridos por el desaliento, él ha persistido en la lucha; y hoy mismo se le ve al frente de la más importante publicación literaria de Río de Janeiro, *La Revista Brazileira,* que dirige con entusiasmo y acierto, y donde sus artículos distinguidos dan la nota crítica del día. Su silueta es una de las más familiares para todos los que frecuentan el pequeño mundo literario de la bella ciudad fluminense. Se le ve siempre en compañía de un libro ó un amigo en aquella curiosa *Rua do Ouvidor,* que es el ágora de Río de Janeiro, en la puerta de alguna librería ó de alguna redacción de diario, pasando de Laemmert á Garnier, con escalas en *O Jornal do Commercio* ó la *Gazetta de Noticias;* y donde él está

podéis estar seguros de encontrar un hombre de espíritu y un corazón leal, un grupo de amigos fieles al arte y á la ciencia, preocupados como él del adelanto intelectual y moral de la tierra de su nacimiento.

Y esta generosa dedicación es tanto más digna de elogio cuanto que José Verissimo no se disimula la verdadera inferioridad del hombre de letras en su patria. Las reflexiones que hace respecto á este tema son de una sensatez y una verdad abrumadoras. Nuestra situación en este asunto es tan semejante á la del Brasil que no puedo menos de transcribir párrafos como el siguiente, relativos á las agitaciones literarias intermitentes que suelen sacudir á nuestras sociedades y especialmente á la que se produjo en aquel país después de la guerra del Paraguay, y coincidió con los esfuerzos eficaces de la propaganda republicana. Ese movimiento, dice José Verissimo, jamás se condensó en una corriente unida y cerrada que produjese grandes resultados, esto es, grandes obras, de esas que hacen la gloria de un hombre y la honra de una literatura. «Para ello hay una causa de valor capital: el no poder el escritor brasilero vivir de sus obras, lo que le obliga forzosamente á no pasar de un simple aficionado, un *dilettanti*. Y en la literatura, como en la ciencia, como en el arte, el aficionado es, en regla general, un ente sin valor, de perniciosa influencia. Es sólo la profesión la que hace las grandes personalidades literarias ó científicas, por el trabajo de todas

las horas; por el constante é incesante estudio. Ya se trate de nuestros literatos ya de nuestros sabios, ellos lo son á horas perdidas, sustraídas á las ocupaciones del trabajo diario. Un país en que la mentalidad queda así sin base material, no puede aspirar á producir un movimiento intelectual fecundo en resultados. Con todo—y honor sea hecho á los trabajadores que, sin recompensa, ni, la mayor parte de las veces, la de la consideración pública, no desmayan en la labor—á pesar del medio poco propicio al estudio, el movimiento se acentúa y la literatura—dése á esta palabra su más lata acepción—toma un desarrollo hasta hoy nunca visto entre nosotros ».

XI

En la segunda serie de los *Estudios Brasileros*, José Verissimo toca interesantes cuestiones de la actualidad política de su patria. Señala al principio de ese libro una especie de renacimiento intelectual, un despertar inquieto y quizá incoherente del espíritu nacional, estimulado por causas complejas, entre las cuales ocupa un puesto muy importante el cambio de las instituciones y el profundo sacudimiento social que fué su consecuencia inmediata y que persiste aún después de once años de república. Pocos estudios más curiosos y más llenos de enseñanza que el de las peculiaridades del nuevo régimen implantado en aquel país, y el de la transformación rápida que á su influjo se ha operado en los sentimientos é ideas de su pueblo. La más expresiva de las formas en que se ha concentrado el espíritu nacional en el Brasil, en los años de agitación que empezaron con la caída del Imperio y tal vez no han ter-

minado aún,—parece estar caracterizada por una exacerbación del orgullo patrio, que se manifiesta en despego y hostilidad al elemento extranjero, que aspira á la completa independencia y desvinculación del Brasil de todo lazo y relación extraña, programa negativo que busca el aislamiento, rechaza la colaboración ó el concurso del capital y del brazo europeos, y en torno del cual se agrupan las masas populares. Esta tendencia curiosa, de que participan hombres de mérito real y de verdadero valor, y que en las letras ha sido defendida y practicada tal vez con un *parti pris* de originalidad por el infortunado Raul Pompeia y por el distinguido crítico Araripe Junior, — ha sido llamada *jacobinismo* ó *nativismo*. Deberé ocuparme de ella con mayor detención en otra oportunidad más favorable. Por hoy basta consignar que las proyecciones intelectuales de ese movimiento preocupan con razón á José Verissimo. « La agitación nacionalista, de que hay en este momento evidentes señales,—se pregunta con inquietud,—¿excitará á su vez la inteligencia nacional y servirá de estímulo de producción y de trabajo, ó, artificial y desorientada, será apenas la manifestación, tal vez inútil, tal vez funesta de un jacobinismo inhábil y sin criterio?. . . » El distinguido escritor abriga dudas fundadas de los resultados benéficos que para las letras brasileras puede tener la crisis social y política que hace presa del organismo de su patria. Él se levanta sobre las preocupaciones estrechas del espíritu de secta,

de la intransigencia de círculo, y contempla el porvenir con desconfianza y alarma, señalando el peligro con valor y con franqueza. «Para que ese despertar sea fecundo—dice—y se transforme en una corriente perenne de vida científica, de vida literaria, de vida artística, preciso sería que no hiciésemos del movimiento que lo ha de producir un negocio de facción ó de partido, que no fuésemos á beber lecciones en un período que deshonra á la gran revolución, ni confundiésemos el nacionalismo con el nativismo, pretendiendo, con menos inteligencia de los tiempos, resucitar viejas teorías que, impertinentes en las propias tradicionales sociedades europeas, son aquí, en la América joven, despoblada y sin pasado, absolutamente absurdas».

La expresión de estas ideas acude frecuentemente á los puntos de la pluma del distinguido escritor. Su clarovidencia en estas materias es notable, como lo es la lealtad con que expone sus opiniones de crítico y de educacionista. Ocupándose del movimiento intelectual brasilero en 1891, encara el mismo tema bajo una faz más amplia, deplorando una vez más el jacobinismo que medra en la sociedad política de su patria, y en el cual ve «una amenaza para la libertad espiritual, sin la cual no puede haber un fecundo movimiento intelectual». Para que la evolución de las ciencias, de las letras y de las artes, vuelva á tomar su punto de partida y prosiga su marcha sin tropiezos, José Verissimo acon-

seja, separándose de la corriente de la nueva moda de su tierra, del culto ciego del *monroísmo* americano, del sometimiento pasivo á la influencia yankee, «que la república sepa ser inteligente y que, imitando las exterioridades norteamericanas, no sacrifique á los intereses del momento, ni á un estrecho y bronco espíritu práctico, los intereses superiores del espíritu nacional». De esta suerte el simpático escritor se alista bajo la bandera levantada con decisión por Eduardo Prado en su interesante é irónico panfleto — *Ilusión Americana* — y acompaña á Ruy Barbosa y á Nabuco en su resistencia contra el enfeudamiento de su patria á la influencia y al poder de la gran república del norte. La independencia de su juicio es digna del mayor elogio, en esta como en otras materias, al huir del lugar común del endiosamiento americano, tan grato á los huecos declamadores políticos de nuestro continente, para expresar cuáles son sus ideas respecto al importante problema de la educación de su patria. «Lo que nos ha diferenciado de las Américas,—dice,—es no haber hasta ahora sido un pueblo «americano» en el sentido filosófico de esta palabra. Yo no veo qué imposibilidad habría en conservar esa, para mí por lo menos, simpática distinción bajo la república; para conseguirlo no habría sino que ocuparnos seriamente del problema de nuestra educación pública, realizándola bajo la base de una alta cultura científica, literaria y artística, animada en todas

sus partes del sentimiento y del espíritu nacional. Mi ideal en este punto sería—y creo que no tomarán á mal que lo diga — no los Estados Unidos de la América del Norte, sino la Francia. No es tan grande mi ignorancia que desconozca el desenvolvimiento intelectual de la gran república del norte, pero no puedo descubrir allí, naturalmente por defecto de visión, el mismo carácter espiritual, si me permiten decirlo así, que veo en la civilización francesa. Hay aún, perdóneseme esta confesión, en esas civilizaciones germánicas y protestantes, principalmente cuando ellas están empeoradas por el industrialismo americano, algo que las hace antipáticas».

Deliberadamente, al ocuparme de José Verissimo, he querido insistir en esta faz peculiar del escritor, sin circunscribirme á la pintura exclusiva de su talento literario. Para ocuparme de éste, y analizarlo de una manera completa, debería seguir paso á paso la obra extensa y variadísima del crítico, y esto exigiría extensos desenvolvimientos. Sus libros, en efecto, abordan los temas más diversos y pasan con facilidad de la crítica al comentario político, á la reflexión filosófica ó á la investigación etnográfica. Todas las ideas matrices de la literatura contemporánea del Brasil se encuentran resumidas y contenidas en ellos. Así, en el curso de estas impresiones y notas trazadas á vuela pluma, deberán hojearse muchas veces, y la opinión de su autor me será de suma utilidad para ilustrar ó explicar ciertas materias

en que es necesario desconfiar de la impresión de los extraños. Entre tanto, y antes de abandonar este atractivo tema, deseo decir algunas palabras sobre una de sus primeras publicaciones, mencionada de paso algunas páginas antes, y que es tal vez la más característica é interesente salida de su pluma. Me refiero á las *Escenas de la vida Amazónica*, una de las obras más nacionales, más representativa de la inteligencia y del medio brasilero, más interesante bajo su doble aspecto de estudio de psicología de la masa nativa de la región del norte y representación artística, real y palpitante, de sus costumbres y sentimientos, y de los accidentes de su vida en medio de la naturaleza esplendorosa de aquellos lugares.

La primera parte de este libro hermoso está consagrada al lenguaje, á las creencias y costumbres de las poblaciones indígenas y mestizas de la Amazonia. Á pesar de lo nuevo de las escenas descritas en ella, no es ésta la más notable, á mi entender, sino la segunda parte, en que se encuentran algunas narraciones desbordantes de color local y que revelan en toda su amplitud el talento descriptivo de José Verissimo. ¿Es acaso el prestigio de esa región misteriosa y poco explorada, de ese mundo admirable bañado por una red espesa de ríos colosales, de ese laberinto de selvas y de montes frondosos, en que la naturaleza tropical ha desplegado toda su poderosa lozanía, todos los infinitos

recursos de su belleza, lo que me hace mirar la obra de José Verissimo con tan viva simpatía?... ¡La Amazonia! Este solo nombre exalta mi imaginación y la transporta á otras épocas, haciendo revivir á mis ojos episodios épicos borrados por el tiempo, desplegando en una evocación repentina paisajes tropicales vistos en la juventud y nunca olvidados: los monstruosos árboles de las orillas del Magdalena, la entrada soberbia del Orinoco, el esplendor de las florestas paraguayas, el lujo grandioso de la naturaleza de las Antillas!... Los que nunca han estado en contacto con la tierra tropical, los que no han probado sus efluvios magnéticos ni se han sentido dominados por su voluptuosa embriaguez,—no comprenderán nunca toda la seducción que inspira esa región magnífica. Por mi parte, al leer las *Escenas de la vida Amazónica* confieso que he sentido con inusitado ardor la nostalgia de la *Tierra caliente*, una tentación poderosa de seguir las huellas del viajero en aquel dédalo de ríos y de selvas en que se agrupan los restos dispersos de la raza *tapuya;* y he quedado largas horas melancólico, con el libro en la mano, pensando en aquel Eldorado inaccesible, y rehaciendo en la mente las impresiones que debieron sentir los compañeros de Orellana, al desembocar con su rústica nave, labrada con el hacha y la espada del soldado, en aquel inmenso mar dulce, el más grande y admirable de los escenarios soñados para la epopeya!

¿Quién no ha sentido, por otra parte, en esos momentos de desaliento profundo, de cansancio mórbido que produce la tiranía de la vida social, las exigencias implacables de los deberes mundanos, la necesidad de observarse á todas las horas, de medir todas las palabras, de vivir en una perpetua excitación cerebral, un ansia irresistible, un deseo indomable de abandonarlo todo y hundirse en tierras inexploradas, lejos de los hombres y del tumulto de las ciudades, en el seno de la selva virginal, en íntima comunicación con la naturaleza? Otras veces, el deseo es diverso. Arrastrados en el torbellino, fatigados de contemplar rostros indiferentes, siluetas más ó menos elegantes, maniquíes puestos en movimiento por Worth ó por Pacquin, haciendo vis-à-vis á fantoches aderezados por Pool ó por Cumberland, hastiados de la lucha de los intereses sórdidos, de las vanidades de la feria en que se mueven los héroes de Thackeray,—nos asalta un interés enorme por los pobres y los humildes, una simpatía afectuosa por los que viven en las aldeas, al borde del mar ó en el fondo de las montañas, un febriciente ardor por participar de las alegrías y las tristezas de ese vasto mundo que yace á nuestro alcance y que sin embargo no conocemos ó miramos con indiferencia, sociedad en que se mueven los labriegos y pescadores santanderinos de *Sotileza,* los fantásticos habitantes de los *boarding-houses* de Dickens! ¡Oh! huir de la banalidad insulsa y chismográfica de los

clubs á la moda, de los clisés convencionales de los salones del día, y poder estrechar la mano de Mister Micawber, escuchar de sus labios la historia de sus tribulaciones pecuniarias, ó comer en *table d'hôte* en la taberna de Jolly-Sandboys con Mrs. Jarley, «la única, la incomparable Mrs. Jarley», recibiendo informes preciosos sobre las complicaciones de las figuras de cera y teniendo en frente, del otro lado de la mesa, al gigante bonachón que despacha una pata de cordero regada de abundante mosto, mientras le llega la hora de salir á las tablas é introducirse en el esófago puñales y estopas encendidas!...

XII

Sin ir tan lejos ni aspirar á tanto, leyendo las *Escenas de la vida Amazónica*, confieso que he sentido deseos vehementes de conocer al indio José Tapuio, y que me sentiría feliz compartiendo con D. Porfirio Espírito Santo da Silva, *el tambaqui moqueado* ó « poisson grillé » de la cocina obidense, la *manicoba* preparada con *trippes de paca* y albóndigas de mandioca; y después de aquella buena refacción, extendiéndome en la hamaca « colgada en uno de los rincones del corredor, con el largo cachimbo apretado en los labios, esperando que la negrita viniera á encenderlo ». Las peripecias de ese simpático ciudadano y la historia de su hija Rosinha, forman el argumento de *O Bóto* [1], narración escrita con

(1) El *bóto (delphinus pallidus?)*, el *uyara* del indio, ocupa largo espacio en su imaginación y nuestro interior está lleno de cuentos maravillosos sobre este animal. El *bóto*, como la sirena antigua, canta, y cual el de ella, su canto tiene el dón de seducir. ¡Ay de la doncella que lo oye en noche de luna! Los indios creian que el *bóto*, aprove-

un colorido admirable y que á mi juicio es una verdadera joya de la literatura *nacional* brasilera. La escena de esa novela corta se abre en Obidos, en la estrecha calle Bacuri. D. Porfirio aparece de mal humor, traga con displicencia los platos del complicado *menu* tropical preparado por su esposa Doña Feliciana, no dirige una palabra á su hija Rosinha, una mestiza de grandes ojos apasionados, y, finalmente, después de satisfecho su apetito y antes de recostarse en la hamaca, anuncia á los suyos su resolución de dirigirse al Parú, á dedicarse á la fructífera industria de la salazón de pescado. Naturalmente, esta noticia no es del agrado de Rosinha, que tiene su correspondiente novio, un portuguesito almacenero, de 22 años de edad, llamado Antonio Bicudo. El desarrollo de ese amor está trazado con perfiles de una realidad sorprendente por José Verissimo. Las miradas en la iglesia, las rondas por la ventana de la amada, las conversaciones en la puerta de calle, toda la escala obligada del cortejo de aldea, está descripta por el novelista con un lujo de detalles que mantiene siempre despierto el interés. A los apretones de mano, á las caricias robadas á la vigilancia paterna, suceden pronto las exigencias del amante por tener una entre-

---

chábase de las ocasiones en que las mujeres se bañaban para seducirlas, y aun más, que revistiendo las formas de un mancebo gentil, venia á veces en la alta noche á dividir la humaca de las vírgenes de la selva, atribuyendo á este Don Juan fluvial, la concepción de muchas. (José Verissimo, *Escenas de la vida Amazónica*).

vista á solas con la incauta muchacha. Celos fingidos, amenazas de rompimiento y de ausencia, Antonio Bicudo apela sucesivamente á todas las astucias del caso, sin lograr el éxito ambicionado.

«Al cabo de cuatro ó cinco días—dice el escritor—Rosinha recibió una carta, por intermedio de una esclava del nuevo patrón de éste. «Mañana, decía, pasa por aquí el *Tapajós;* si hasta entonces no hubieres hecho lo que te pedí, es que ya no me quieres, y por eso me iré para siempre. Acepta, ingrata, un adiós eterno de quien mucho te amó.» La letra era disfrazada y la carta no llevaba firma. Esta resolución de Antonio la puso fuera de sí. La idea de perderlo la abrumaba. Y, sin poder resistir aquel amor, que conocía ahora tan grande, resolvió de pronto responderle diciendo que viniese esa misma noche, á las once, á esperarla en el cerco de la casa, que daba á un espeso matorral. Fué á la cocina, sacó un carbón y metiólo con un hilo de *túcum*, en que dió once nudos, dentro de un cartucho de papel. Escondiendo todo en el seno—ese cómplice inconsciente y siempre pronto de las mujeres—fué á colocarse en la ventana esperando ocasión propicia para enviar á Antonio aquel singular paquete. De allí á poco pasó una muchachita, una indiecita de diez años, de aire enfermizo y tonto, con una botella en la mano, como quien va á la taberna.

—«Vas á la casa de *nhõ* Antonio?—preguntó á la muchacha.

—« Sí, señora...

—« Toma—dijo—dándole el cartucho de papel—dále esto y dile, no te olvides, dile: en el cerco de la quinta de la casa.

« Antonio Bicudo recibiendo el paquete y el recado, halló aquello ridículo, tanto más que no comprendía el enigma. Poco después una muchacha que entró en la tienda á comprar no sé qué, y á quien él consultó, explicóle que el carbón quería decir noche, y los nudos de hilo *túcum* las once, cada nudo una hora. Y rióse mucho queriendo saber por fuerza quién lo esperaba á aquella hora, declarando que iba á contar á la hija de *nhõ* Porfirio, á *nhã* Rosinha, que él ya tenía otra novia. Él reíase también, pellizcábale los brazos flacos, acariciábale la cara, haciéndole muchas fiestas, diciéndole tonterías, hasta que ella se fué repitiendo:

—« Y bien, ¡voy á contarlo!... cantando mucho la frase... »

La cita de los amantes, en aquella hora nocturna, en la cerca de la quinta, mientras todos dormían en casa del procurador, termina como todas las de su clase, con juramentos de fidelidad y de casamiento de parte del mancebo, y con lágrimas de felicidad y de placer de parte de la doncella. La resistencia de Rosinha no se prolonga largamente. Su sangre de mestiza se inflama con facilidad al sentir el contacto de los labios de su adorado. Estaba vencida antes de luchar.

Entre tanto, los preparativos para la marcha de la familia al lago Parú se encuentran casi completos. Don Porfirio obedece á la dura ley de la necesidad y se ve forzado á alejarse de la ciudad de sus amores, aquel centro donde se había acostumbrado á las charlas y chismografías de las puertas de tienda ó el mostrador de las boticas. Aquella vida de pereza, pasada entre las delicias de la calle y las sesiones de la Cámara municipal, de que era procurador, había agotado todos sus recursos y conducídolo á dos dedos de la ruina. Su *finca* estaba abandonada, entregada al cuidado de un viejo tapuyo. Para salvarla de la hipoteca y de la venta era forzosa aquella peregrinación al Parú, donde aquel año abundaba el *Pirarucú*. Todos estaban ya embarcados en la *igaritá* ó canoa, listos para zarpar, y Rosinha, sentada al borde del toldo de paja que le servía de techo, buscaba en vano, con los ojos turbios, entre la muchedumbre que se aglomeraba en la playa á presenciar la llegada de un vapor de la *Corte*, el ingrato amante que parecía haber olvidado tan pronto sus votos y sus protestas de pasión eterna. Al fin, llega el momento de la partida y la desgraciada muchacha se siente llena de rabia, desesperada por haber cedido á las súplicas del pérfido Lovelace obidense.

¡Qué bellos son los paisajes que se suceden, entre tanto, mientras la ligera embarcación se desliza sobre la corriente! «La canoa remada por tres *tapuyos* y un

negro, que manejaban diestramente el remo elíptico y chato como una raya, corría ligera costeando la margen lo más cerca posible, de manera de evitar la corriente del río. El Procurador, desde que quedara fuera del alcance de las vistas de la ciudad, se sacó el paletó y los zapatos, y descalzo y en mangas de camisa fué á ponerse en el *jacuman* (timón), fumando un largo cigarro de *tauarí,* en una posición muelle y beatífica, sin mirar el paisaje que se desarrollaba al lado, á su vista. Eran primero altos barrancos de *tabatinga,* una tierra blanca zebrada de grandes pinceladas bermejas, acribillada de agujeros cilíndricos, de donde se escapaban gritando, llenando el aire con su alharaca disonante, bandadas de aribambas de alas cenicientas y pecho rojo y blanco. En aquella tierra de aluvión crecía una vegetación exuberante y verde, intrincada y densa aquí, rala más allá, en que las trepadoras con sus hojas tupidas y claras ponían una nota alegre. Pasaron por algunas fincas, cuyos perros llegaban á la orilla á ladrar á la canoa; la excolonia con sus casas en ruinas, la iglesia por concluir, desmantelada y llena de árboles, todo medio zumido por el matorral y dominado por una gran cruz ennegrecida por la intemperie que, encima de un pedestal, al norte, extendía sus brazos sobre aquella triste soledad de un lugar en otros tiempos habitado, y donde, según la tradición aun viva, pasáronse días alegres y felices.»

Las páginas que siguen contienen una descripción tan interesante de la región del Parú, aglomeración de lagos formados por las bajantes en el triángulo constituído por el río Trompetas de un lado, el cauce del Caxiury del otro y el Amazonas, —que resisto con pena al placer de transcribirlas en toda su extensión. Pero esto exigiría un gran espacio, y debo limitarme á extractar los lineamientos de aquel admirable cuadro de la naturaleza trazado por José Verissimo con un vigor de colorido y una intensidad de rasgos que revelan toda su potencia de escritor y la riqueza y variedad de recursos de su estilo. Al leerlo, nos parece contemplar aquellas tierras, « sumergidas durante más de cuatro meses», surgiendo en la época de la bajante húmedas y verdosas del seno de las aguas, « diseñando allí un amplio mapa de *bacias* de todos los tamaños, de todas las profundidades y de todos los aspectos, un verdadero sistema de lagos, teniendo por base el largo río Parú, con el cual todos se pegan y alrededor del cual se extienden, se complican, se engarzan, se enmarañan, comunicándose los unos á los otros por pequeños brazos de agua ». Allí, en las barrancas más elevadas del *igarapé* (riacho de canoas) los que acuden á la salazón arman sus pequeñas habitaciones de paja. Es toda una población nómade, afanada en su trabajo fecundo, población semianfibia que vive la mitad de las horas dentro del agua de los canales, y entre la cual figuran no pocos « perros flacos, que

también emigran para los lagos, en la época de la pesca, con las costillas salientes como si hubiesen engullido arcos de barril, y que pasean por las orillas ladrando á los yacarés con la rabia impotente de egoístas famélicos, lamiendo á intervalos las espinas secas ó las pieles bermejas de los pirarucús, única pitanza ofrecida á su gula». En medio de este escenario, una vegetación de invernáculo, una maravillosa sábana de graciosas gramíneas y de gigantescas ninfeas. «De trecho en trecho esta orla es truncada por las playas negras de tembladerales ó esteros de lodo, frecuentadas por legiones de mariposas amarillas y blancas que, á la distancia y posadas, parecen flores nacidas en el barro sólido. Agarrados á la margen vense compactos ramilletes de pasto acuático y de caña brava por sobre los cuales revolotean leves, alegres y chirriantes pajarillos microscópicos, doblando las delgadísimas ramas de pasto, en las que hacen un apéndice que engaña al peregrino ajeno á esta tierra; el húmedo murerú de grandes hojas gruesas, redondeadas, cóncavas, forma campos de un verde cargado, haciendo sobresalir sus flores rojizas con las que el *bóto* compone los ramilletes destinados á sus amadas. Sobre el agua sobrenadan, condensados y unidos, los *uapés* de mil formas. Entre éstos, destácase uno de hojas redondas, verdes, bermejas, del medio de las cuales brotan albas flores salpicadas de escarlata en forma de estrellas, cuyas finas raíces carmesíes se ven sumegirse

á través del agua cristalina con ondulaciones airosas de serpiente. Aislada casi, formando un punto aparte en los remansos tranquilos de un lago menos frecuentado por los pescadores, y más cerca de la tierra firme, la victoria regia, el horno de yacaré de los naturales, desdobla enormes hojas circulares de bordes con caíreles de vivo carmesí doblados hacia arriba como un horno indígena y yergue un poco sobre la superficie del agua sus grandes flores semiesféricas, por la mañana blancas como la pluma de la garza, color de rosa como el penacho del cardenal por la tarde, dominando á pesar de contraída, por su extraña y salvaje belleza y por las extraordinarias proporciones de tamaño, toda la exuberante flora acuática de la región. »

Fué en una de esas riberas encantadoras, donde el Procurador amarró su canoa y levantó sus provisorias viviendas de paja. Allí pasaba los días, en un sonambulismo melancólico, la abandonada Rosinha, sin que la imagen de su ingrato amante provocara en ella sino aborrecimiento y fastidio, por haber confiado en sus promesas. Un día, vagando por aquellas soledades, ve acercarse una *montaría* ó canoa pequeña, y en ella descubre á Antonio Bicudo, enviado por su patrón á comprar pescado y á cobrar algunas cuentas olvidadas. Sus primeras palabras, pérfidas y mentirosas, fueron de cariño: « Vine por tu causa, ingrata ». Después, al contemplar las formas más acentuadas de la muchacha, le

halagó la idea de reanudar el dulce vínculo roto por su causa. Rosinha se resistió al principio; pero después de algunos esfuerzos de parte del amante y de la intervención oficiosa de la *madre tapuya,* la vieja Thomazia, que le sirvió de nodriza y que cedió á los atractivos poderosos de unas copas de aguardiente, — la antigua aventura siguió su curso y el idilio tomó nuevo vigor en el seno de aquella naturaleza discreta y virginal. Al fin, las precauciones de los culpables fueron relajándose con la impunidad, hasta que la vieja Thomazia se apercibió con horror de las consecuencias de sus complicidades. Y, como siempre, el galán feliz, recibió las sugestiones moralizadoras de la vieja tapuya con una negativa rotunda. — « Oiga, ustedes son un poco hechiceras... Vea si hace desaparecer aquello con cualquier morondanga y así queda todo en paz y yo le doy alguna cosa... Por mi parte pueden quedar tranquilas; juro que no digo nada. Quedo más mudo que un pescado... » La vieja tapuya comunicó á su hija de leche la actitud del portugués, y la desgraciada muchacha con la apatía de su raza, indiferente y humillada, se resignó á beber el repugnante brevaje. Un vago terror de su padre, mezclado con un sentimiento de vergüenza, ocupó en su espíritu el vacío dejado por la ingratitud de su amante. Trató de olvidarlo del todo, y empezaba á conseguirlo, cuando éste volvió á buscar á Don Porfirio, para una compra de pescado. « Había animada reunión esa tarde en frente

de la choza de Porfirio. Él y la familia, Antonio y algunos pescadores, comerciantes y dueños de otros establecimientos análogos á los del Procurador, de visita en casa de éste, estaban bajo un árbol frondoso que crecía solitario casi en el declive de la pequeña barranca para el «puerto», nombre generalmente dado al sitio donde arriman las canoas. Unos, los más importantes por su posición, estaban sentados en bancos groseros de palo, otros en raíces de árboles vetustos. Versaban las conversaciones sobre la pesca, la abundancia ó escasez de peces, su precio, el estado del comercio en Obidos... El riacho estaba desierto de pescadores. Entre tanto hacía un cuarto de hora que un enorme *pirarucú* saltaba de minuto en minuto, haciendo remolinos de agua, que se rompían luego, coloridos de rojo por los últimos rayos rubios del sol inclinándose hacia el ocaso».

Aquel espectáculo tienta á los *habitués* del Procurador. Se calcula el peso del *bicho*, su tamaño, su precio en el mercado próximo. Antonio exclama que siente deseos de harponear al animal, y sus palabras producen risas sarcásticas. Toda esta escena es admirable en el original por su naturalidad y exactitud. Una apuesta sigue luego; y el joven portugués monta en una canoa y se lanza en busca del pescado. El pirarucú parece á su turno mofarse de su torpeza. Al fin salta delante de su vista, vuela el harpón con fuerza, y, perdiendo el equilibrio, el desgraciado cae en las aguas fangosas, seguido

por los ojos redondos y entornados de los yacarés que dan caza al enorme pescado. Los terribles anfibios y las *piranhas* feroces, pequeñas, chatas, de dientes afilados y cortantes como navajas afiladas, despedazan en un instante su cuerpo palpitante. Rosinha desde el primer momento lanzó un grito estridente y cayó desplomada medio muerta. La medicina de la tapuya y la horrible impresión moral produjeron sus efectos naturales y la vieja Thomazia, ante el asombro y estupor de Doña Feliciana, no encuentra otra explicación de la catástrofe que atribuir, en una media lengua intraducible, todos los males al pescado maravilloso que sirve de título á la historia: «Sosiegue, *nhõ* comadre, sosiegue. No sé lo qué pensar. Oiga, para mí esto es el *bôto* que anda por ahí. Yo todavía me acuerdo que su merced me contó que vió una noche en la ciudad, en el fondo del quintal, un *burto* que se sumió cuando *Martinta-pereira* silbó, no bien se alzó su *mercé*. Después de eso, ña Rosinha andaba triste que ni jurutí sin pareja. ¿Su *mercé* no recuerda? Ella casi ni comía, pobrecita... Aquí ella iba siempre al pozo de la Sumauma. Yo fuí allá y no ví nada, mas paréceme á mí que era el *bôto* que la llamaba. Aquel *peje* maldito tiene atracción y es travieso. Fué él quien hizo el mal á la mujer de López, cuando el marido estaba en la plaza, en el Pará. *Ñá* difunta abuela, que Dios haya, contaba que una vez uno vino de noche á sacar de la hamaca una moza, hija de

tucháua, y nadie supo más de ella. Sólo allá por esas horas oía cantar en el medio del río una cántiga triste que metía dolor. Él anda mucho allí, en aquel paraje; todavía el otro día yo ví dos saltando uno tras del otro, los malvados. Para mí es él, *ña* comadre, es él...» concluyó Thomazia, que para hacer este discurso se había sentado también en el petate junto á la dueña de la casa y hablaba bajito, de modo de no despertar á Rosinha, ó para que ella no la oyese... »

Esta narración, como las que la siguen *El crimen del tapuyo, La suerte de Vicentina*, etc., debe ser leída en el original portugués para gozar plenamente con ella. El extracto más minucioso, todas las explicaciones posibles, no alcanzan á reflejar la elegancia, riqueza y precisión de su estilo, el color local de todos sus cuadros, la admirable penetración de psicólogo con que están sentidas y retratadas las almas de los groseros personajes que forman su acción interesante y dramática. En su género, las *Escenas de la vida Amazónica* pueden figurar sin desdoro al lado de las más curiosas páginas de Pierre Loti. «Por cierto, amo las novelas de Loti por muchas otras razones, escribía Lemaître á propósito del autor de *Aziyadé;* pero las amo también por esta idea de que están impregnadas todas, que el alma de un pescador ó de una paisana bretona tiene mil probabilidades de ser interesante, más digna de ser mirada de cerca que la de un jefe de división, de un negociante ó de un hombre

político.» Los lectores de José Verissimo encontrarán este mismo encanto al recorrer la obra de que me ocupo, obra original, nacional en el verdadero sentido de la palabra, tal vez diría la más nacional que he leído en aquel país, si no existiera *O Missionario,* de Inglés de Souza, y especialmente la deliciosa *Innocencia* del vizconde de Taunay, que es para mí una de las más hermosas creaciones de la novela contemporánea.

XII

El vizconde Alfredo de Escragnolle Taunay, pertenece á una familia tan noble por sus blasones como distinguida por sus excepcionales cualidades intelectuales y artísticas. Por los condes de Escragnolle y por los barones de Taunay, está vinculado á la más vieja nobleza de Francia. Su abuelo, Nicolás Antonio, barón de Taunay, miembro del Instituto, «después de los desastres de Napoleón, en 1814 y 1815, poseído de invencible melancolía por la suerte de la patria amada y no queriendo asistir á una desmembración que suponía infalible, aceptó, con otros artistas de fama, los ofrecimientos del marqués de Marialva, en nombre del rey don Juan VI, para fundar una Academia de Bellas Artes en Río de Janeiro» [1]. Ese artista eminente, *el Nicolás Poussin de la miniatura,* según la frase de Le Blanc,

(1) Tomo estos datos de la *Biografía de Alfredo d'Escragnolle Taunay*, escrita por Carlos von Koseritz.

llegó al Brasil en 1816, con todos sus hijos y con su hermano Agusto María Taunay, «discípulo de Moitte, gran premio de Roma en escultura en el año de 1792, autor de las figuras monumentales que adornan el arco del Carrousel en París, y de los bajo-relieves y de la espiral de la columna Vendôme». El vizconde de Taunay ha narrado en algunas páginas hermosas, publicadas en la *Revista del Instituto Histórico* y ampliadas más tarde en un estudio sobre *La ciudad de Matto Grosso* (1), el fin trágico que cupo en las aguas desbordadas del Guaporé á uno de sus tíos, Amado Adriano, á quien la naturaleza prodigó todas las dotes físicas y morales que pueden adornar á un ser humano. En esa misma obra, su autor transcribe algunos elegantes versos franceses de su propio padre, dedicados á aquel hermano, y de uno de sus tíos como despedida de la marquesa de Gabriac, esposa del diplomático francés que en 1829 representaba á su patria en el Brasil. Todos los demás miembros de la familia Taunay fueron hombres de espíritu superior. Carlos Augusto, tío del autor de que me ocupo, tradujo en verso francés las comedias de Terencio; Hipólito dejó una versión de la *Jerusalén Libertada;* Teodoro compuso los espléndidos versos latinos de los *Idilios Brasileros* y el poemita *Callirhué*. Ampliando estos datos, que consigna el vizconde de Taunay, he tenido el gusto de ha-

(1) *A Cidade de Matto Grosso (antiga Villa-Bella) o rio Guaporé e a sua mais ilustre victima. Estudio histórico pelo vizconde Taunay.*

cerle conocer la ligera mención que hacen de su abuelo, calificándolo de eximio *gouacher*, los hermanos Goncourt en *La Maison d'un Artiste*.

Pocos escritores pueden demostrar un abolengo tan ilustre, y él basta para satisfacer la vanidad más exigente en materia de antepasados. Alfredo Taunay nació en Río de Janeiro el 22 de Febrero de 1843. A los informes referentes á su abuelo y sus tíos, debemos añadir que su padre fué también un letrado distinguido, traductor de Píndaro, del griego, y de Persio, del latín, autor de *L'astronomie du jeune âge* y de un poema en que trabajaba en edad avanzada sobre *La Bataille de Poitiers*. A los doce años entró Alfredo Taunay en el Colegio Pedro II, y en 1858, cuando apenas tenía 15 años, se bachilleró en letras, después de dar brillantes exámenes preparatorios. Pasó entonces á la Escuela Central, hoy Politécnica, y tres años después sentó plaza en el ejército, en 1861. En 1863, es promovido á 2º teniente y recibe el grado de bachiller en matemáticas y ciencias naturales. En Abril de 1865 sale para Matto Grosso, como secretario de una comisión de ingenieros, y allí forma parte de la columna expedicionaria cuyos sufrimientos ha perpetuado en un libro famoso. Más tarde acompaña al conde d'Eu, como secretario particular, y redacta el *Diario del Ejército*. Terminada la guerra, el vizconde de Taunay regresa á Río de Janeiro y entra en la vida política, en 1872, como diputado por la provincia

de Goyaz. Algunos años después es enviado como presidente á Santa Catarina y al Paraná. Ligado por tradición y por afecto á la familia imperial, el vizconde de Taunay era, sin duda, á la caída del Imperio, una de las más brillantes personalidades jóvenes del antiguo régimen. Como senador vitalicio, su palabra elocuente ilustraba á la opinión. Sus obras habían rodeado su nombre de una fama merecida. Distinguido especialmente por el anciano emperador, su fidelidad política á la monarquía no ha claudicado un instante, y hoy vive retirado en Petrópolis, entregado al estudio de la literatura y al cultivo de la música, de que es apasionado.

La actividad mental del vizconde de Taunay se ha ejercitado en los más diversos géneros de la producción artística. Como músico, son populares sus fantasías á la manera de Chopín; en sus grandes trozos de música religiosa, su *Ave María*, su *Pange Linguæ*, su *Dies Iræ*, palpita un soplo de inspiración ardiente (1). Entre sus dotes características, figura la facilidad de la concepción y la rapidez de la ejecución. Es uno de los más fecundos novelistas del Brasil, y al mismo tiempo ha abordado la historia, el arte, el estudio político, la oratoria parlamentaria. Organización equilibrada y ricamente dotada por la naturaleza, su persona irradia la simpatía. Sin

(1) Por un raro capricho, el vizconde de Taunay ha firmado casi siempre con seudónimos sus obras, eligiendo el de *Flavio Elysio* para las musicales, y el de *Silvio Dinarte* para las literarias. Su último libro *O Encilhamento*, lleva el de *Hector Malheiros*.

jactarse de erudito, su ilustración se revela en cualquiera de sus producciones. Ha tenido el gusto de las aventuras lejanas y de los viajes difíciles, y sus exploraciones en las selvas vírgenes de Matto Grosso y del Paraná, sus largas excursiones por desiertos y montañas desconocidas, han puesto su alma en íntima comunicación con el alma de su patria. De aquí deriva la primera causa de su originalidad como escritor. Ninguno de sus compatriotas refleja mejor que él la luz y el tono del paisaje y del aire ambiente, en esos cuadros repletos de poesía y de colorido en que se siente el atavismo artístico de su sangre y en que su pluma rivaliza con el pincel de Nicolás Antonio de Taunay, que se llaman *Scenas de Viagem, Viagem de Regresso, Ceos e Terras do Brazil,* y, finalmente, *Quadros da natureza Brazileira.* Muchos de estos libros han sido vertidos al francés, al italiano y al alemán. De los dos últimos se publicaron algunos fragmentos en español en *La Nueva Revista de Buenos Aires* del doctor Quesada.

Esta familiaridad con la naturaleza se une al conocimiento perfecto de la psicología del habitante del desierto, del *sertanejo*, nombre intraducible en nuestra lengua. En todas las obras del vizconde de Taunay resalta esta cualidad, que le hace pintar con sobriedad y con exactitud la vida de estos errantes señores de la soledad. Recorramos, por ejemplo, las primeras páginas de *Innocencia:*

« El *sertanejo* que de nada cuidó, que no oyó las armonías de la tarde, ni reparó en los esplendores del cielo, que no vió la tristeza cerniéndose sobre la tierra, que de nada recela consustanciado como está con la soledad, se detiene, gira los ojos en torno suyo, y, si en el lugar presiente alguna aguada, por mala que sea, apéase, desensilla el caballo y reuniendo luego algunas astillas de leña bien seca, saca fuego del yesquero, más por distracción que por necesidad. Siéntese de veras feliz. Nada le perturba la paz del espíritu y el bienestar del cuerpo. Ni siquiera monologa como cualquier hombre acostumbrado á conversar. Raros son sus pensamientos: recuerda las leguas que anduvo, ó calcula las que debe vencer para llegar al término de su viaje.

« Al día siguiente, cuando á los fulgores de la aurora, despierta toda aquella expléndida naturaleza, empieza á caminar de nuevo, como en la víspera, como siempre. Nada le parece cambiado en el firmamento; las nubes para él son las mismas. Dale el sol, cuando mucho, los puntos cardinales, y la tierra sólo le llama la atención cuando alguna señal más particular puede servirle de marca miliaria en la ruta que va trillando. — « ¡Bueno! exclama en voz alta y alegre al divisar algún madero agigantado ó una disposición especial del terreno, — allí está la *peiva* grande... Llegué al Barranco Alto. Hasta el pozo del Yacaré hay cuatro leguas bien andadas. » Y mirando el sol, concluye: — « De aquí á tres

horas estoy batiendo fuego. » En ocasiones, le da por silbar; cantar es raro; aun así lo hace á la sordina; más bien una voz íntima, un murmurar consigo mismo, que notas salidas del robusto pecho. Responder al pitido de las perdices y al llamado agonizante del esquivo *jão*, es su diversión en días de buen humor. Le es indiferente el rugido de la onza. Sólo por acaso repara en los muchos rastros que en todos sentidos cortan el camino. « ¡Qué *bichazo*! — murmura contemplando una huella más fuertemente impresa en el suelo; — con un buen *oncero*, nada se me daría arrinconar á este diablo y meterle una perdigonada en el hocico». El legítimo sertanejo, explorador del desierto, no tiene en general familia. Cuando mozo, su único afán es descubrir tierras, pisar campos donde antes nadie pusiera el pie, vadear ríos desconocidos, despuntar nacientes y calar malezas, que ningún descubridor hasta entonces penetrara. Crécele el orgullo en razón de la extensión é importancia de los viajes emprendidos; y su mayor gusto cífrase en enumerar los caudales correntosos que transpuso, los ribazos que bautizó, las sierras que trasmontó y los esteros que atrevidamente vadeara, á menos de emplear días y días rodeándolos con rara paciencia. Cada año que termina trae un valioso conocimiento más y añade una piedra al monumento de su inocente vanidad. « ¡Nadie puede conmigo! — exclama enfáticamente. En los campos de la Vaccaría, en el despoblado del Mimoso y en los

pantanos del Pequiry soy rey. » Y esta presunción de realeza infúndele cierto modo de hablar y de gesticular majestuoso en su sencilla manifestación... »

La pintura se prolonga aún más, pero lo transcripto basta para dar una idea del talento desplegado por el autor de *Innocencia* en la reproducción de las escenas y los tipos del interior de su país. Sus cuadros de la naturaleza son igualmente interesantes. En ellos el vizconde de Taunay ha querido sorprender los diversos aspectos del paisaje natal al aclarar de la aurora, en el sopor tropical del mediodía, á la luz melancólica de la tarde y en el silencio rumoroso de la noche. Reproduzcamos sucesivamente algunas pinceladas de estos esbozos para ver la variedad y la riqueza de tonos de su paleta. « En ese fondo blanquecino que se tiñe de dudoso rosicler, — dice el vizconde de Taunay describiendo el alba, — enciéndese tímidamente un rasgo bermejo que se eleva más de lo que se extiende. Paralelo á éste, rompe de allí á poco otro ya más extenso y luminoso; algunos instantes después el tercero abrasado ya como una línea de fuego... Son las barras del día. De nuevo sopla con vivacidad la brisa que fuera gradualmente muriendo; pero viene ahora más tibia, con un hálito perfumado de blando calor. En esa hora de misteriosa indecisión, se oye de cuando en cuando algo como un golpe sonoro, acompañado de estridente grita cromática. Es el canto de las *anhumas-pocas* que en la margen de los ríos, ó á la orilla

de los esteros, anuncian la alborada y despiertan á los *aracuanes* posados en los macizos ribereños. Yérguese también el alarido más fuerte de los *quero-queros* cuyas blancas bandadas giran vertiginosas sobre las aguas corrientes. Lentamente, sin embargo, se va difundiendo la claridad por el firmamento. Se acumulan y condensan las nubes diseñándoseles los contornos como rojizas curvas. Otras, más distantes, cambian del color de rosa al rojo lirio. Luego, principia la naturaleza á sacudir el letargo que la postra. Desperézase lánguida, pero alegre y llena de savia. Mánchanse de fulgores los pináculos de las montañas cuyos declives y dorsos se levantan gradualmente de la uniforme obscuridad. En la tierra brilla el ruido de la vida. Dulce rocío baña las yerbas de los valles; zumba un mundo de insectos, y en las ramas de los arbustos los menudos pajarillos, canarios de la tierra, *sierra-sierras*, azulejos, lavanderas, jilgueros, picudos, tico-ticos, chirrian suavemente como si no hubieran sacudido aún los vapores del sueño. En las copas de los árboles más elevados se esparcen millares de volátiles de las plumas más variadas y ricas, y de todos lados asoma la caza de precio, sea en aves, sea en animales selváticos. El espectáculo, hace poco sereno y melancólico, transfórmase ahora en deslumbrante... Como centro de todas las riquezas, el sol, antes de surgir y todavía en la cima en que rutilan la púrpura incandescente y montes de oro y plata en fusión, despliega un abanico

de ofuscadores rayos, unos en haces que todo lo traspasan, otros divididos que parecen van á detenerse y embeberse en las brumas de la madrugada... Por su parte, cada vez se ilumina más el cielo. Encima, como hermoso peplum, se desdobla el cerúleo manto, mientras junto al horizonte se avivan los colores más gratos á la vista embelesada del hombre, que contempla absorto todas aquellas manifestaciones de la naturaleza eterna. Rompe en fin una onda de luz que se desploma sobre el Universo, como enorme ola de océano transbordado, la tierra lanza un clamor ingente y álzase el sol. Es de día. »

XIV

Sería necesario multiplicar las citas, ó, mejor dicho, transcribir todos los *Cuadros de la Naturaleza* para mostrar el arte consumado con que está sentida la opresión de la siesta, la acción implacable del calor que « enrojece el suelo rechupado y lleno de hendiduras como labios que agrieta la sed hasta hacerlos brotar sangre ». Vense sucesivamente pasar entre los torbellinos de polvo que se expande á la manera de un gas, lenta y pesadamente, una tropa de animales, dividida en lotes de once bestias, alzando nubes de tierra que como una nube rojiza interceptan y quiebran los fulgores del sol ardiente. El pecho se oprime, pensando en la atmósfera de la mañana abrasada, envuelta en un vaho seco, ceniciento, en cuyo fondo camina chato y pequeño el disco del sol, « como una hostia de sangre ». La tormenta se prepara, toma al fin aires de huracán y su violencia tropical parece anunciar un cataclismo: « impetuoso ven-

daval revienta encima de aquellas planicies, ronca en las quebradas, galopa desenfrenado, detona, vuela, cortado por trombas de agua, que en las inclinaciones de las tierras cavan súbitos barrancos de arena y barro, tan grande es la caída y tan terrible el choque ». Llega la tarde tranquila y hermosa, y las primeras sombras de la noche se precipitan sin la transición de la luz crepuscular. « En la prolongación del brazo de la Cruz ya se alternan también las dos radiantes estrellas del Centauro, y al lado, como larga falla ó insondable abismo del infinito, se obscurece extensa superficie que el hombre del pueblo y el de ciencia denominan « el saco de carbón». En las noches de calma, en nuestras noches tropicales, llenas de extraños encantos, todo aquello, planetas, estrellas, vía láctea y nebulosas refulge con tal vivacidad que místicamente se esclarece la tierra. Parece entonces que la luz viene bajando en millones de lentejuelas casi imperceptibles que rompen el aire y se insinúan en él... Se diría que la naturaleza no del todo vencida por el sueño, se revuelve, se agita, busca posición más cómoda para el descanso, articula sonidos, balbucea, gime, divaga. Hay voces de resistencias que se quiebran, alborozos de alegrías que terminan; sobresaltos que se ablandan, como traviesa criatura que adormeciéndose aún llena de los juegos y turbulencias del día, los ve reproducidos en la mente infantil y maliciosamente sonríe, se agita y á veces hasta solloza ». Al fin el silencio reina en

el inmenso espacio, pero sólo corto tiempo dura esa pausa. « Poco á poco vuelve á comenzar el bullicio: insectos que chirrian en el césped; agoreros *oitibós* que vuelan á ciegas en la sombra; *acuanes* que sueltan el profético alerta; susurros repentinos de hojas muertas; ramas y gajos secos que se desprenden y caen; pequeñas figuras de animales que huyen atolondrados, sonidos lejanos, estrépitos sordos, clamores que cesan luego, una especie de lucha entre el mundo real que quiere el reposo y el mundo fantástico que despierta, se levanta y se puebla de seres y cosas imposibles ».

Los seres humanos que el vizconde de Taunay hace moverse y actuar en este escenario, inspiran por su parte la más viva simpatía. Sin hablar aún de la más hermosa de sus creaciones, de aquella flor del desierto, que se llama *Innocencia*, quiero limitarme á presentar rápidos lineamientos de los más humildes de estos personajes. Son soldados obscuros que van á la guerra, y al regreso encuentran en otros brazos el objeto de su amor *(Yuca o tropeiro)*; viejas indígenas que mueren abrazadas al cadáver del hijo amado *(Cariman a Kinikinao)*; íntimos dramas de pasión desgraciada *(Yerecé a Guaná)*; clérigos de provincia que sufren hondas torturas, desgarramientos profundos de todas las fibras sensibles, luchas implacables entre la carne que se rebela y la fidelidad á un culto abrazado en el delirio de la fé *(O vigario das Dôres)*. En todas estas narraciones hay, sin

duda, algo artificioso, algo que será desdeñado por los lectores de los naturalistas actuales y los que buscan en las bajas inspiraciones de un arte malsano una excitación material. Lo que domina en ellas es la sinceridad de la impresión poética, la verdad del paisaje, la novedad del exotismo que tanto deleita en las obras de Pierre Loti.—Por lo demás, sus argumentos son de la mayor sencillez, y aun algunos carecen propiamente de fábula. Recorred por ejemplo, *Camiran a Kinikinao.* Se trata de una india que llora la ausencia de su hijo, muerto por los paraguayos en la época de la invasión de Matto Grosso. Se asiste allí á la fuga de las tribus despavoridas delante de las hordas enemigas; se evocan hechos de heroísmo como la resistencia de Gabriel Barboza, se penetra en un mundo nuevo, en medio de gentes semisalvajes obligadas á abandonar sus hogares diseminados en torno de una población campestre, para buscar un refugio en los desfiladeros de la sierra de Maracayú. En esta peregrinación forzosa se revelan las dotes de cacique de Pacalalá, el hijo de Camirán. Es él quien protege á los débiles y salva á los timoratos. Sus hazañas obscuras lo alientan, poco á poco, á intentar mayores empresas, y, al fin, un día se bate con un destacamento paraguayo y muere como un valiente, en defensa del suelo natal. Su cuerpo es encontrado por su vieja madre, que, con sus propias manos, le cava la sepultura y cae muerta sobre el cadáver del hijo, sin terminar su pia-

dosa obra. He aquí la síntesis de ese episodio. Lo que no es posible reflejar en estas líneas es el tono de su estilo, la originalidad de sus descripciones, el sabor nativo de esas páginas destituídas de pretensión.

En *Yerecé a Guaná* aparece un nuevo elemento. Un joven viajero, acometido por el paludismo de las tierras bajas de Matto Grosso, se ve obligado á pedir hospitalidad al viejo Moreví «hechicero ó mandingueiro» de la tribu kinikinao. Su cabaña se alza en una ondulación del terreno á cuyos pies corre el agua de una fuente, en medio de los esplendores de una naturaleza hermosa y virginal. Acogido con la mayor amabilidad, merced á un puñado de sal y á un vistoso collar de vidrio y cuentas doradas, Alberto Montero recobra pronto la salud gracias al buen clima y á los cuidados de la nieta de Moreví, la bella *Yerecé*, á quien toma por mujer, con la adquiescencia del viejo, después de una ceremonia primitiva. «Alberto vaciló, pero Moreví, sin esperar por la respuesta, tomóle la diestra y abriéndola colocó en ella la delicada mano de la nieta, al paso que pronunciaba unas palabras cabalísticas, con los ojos medio cerrados. Yerecé no fué consultada y durante el acto sumario que la ligaba, según las costumbres de su gente, á aquel hombre desconocido, por un lazo que no ella sino sólo él podía romper, mostróse completamente indiferente. Una sola cosa la ocupaba: era el collar de cuentas doradas que en su pecho los últimos rayos del sol ilumi-

naban con puntitos deslumbrantes que despedían chispas y que aguijoneaban dulcemente su vanidad femenina». No es necesario más para imaginar el idilio que sigue á aquella fácil unión. La acción de la naturaleza y el renacimiento de la salud, en medio de los ardores de un clima tropical, aquel profundo olvido de todo, aquella soledad apacible en que la imaginación se adormece y la mente se aletarga, cayendo en un voluptuoso sopor, ejercen una influencia violenta sobre los sentidos de aquel mundano, arrojado como en un naufragio al obscuro rincón de una Tahití mediterránea. El nacimiento de la pasión de Yerecé llena algunas páginas delicadas del cuento. Alberto se siente envuelto en el ardor de ese amor, y se abandona á él, esclavizado, sin saberlo, por las influencias del medio que lo rodea. Su vida transcurre placentera en una sucesión tranquila y dulcemente monótona. Pronto se habitúa á las costumbres de su compañera, y encuentra un atractivo imperioso en los ardores de su carne juvenil. Al principio se encrespa contra el fastidio de las hechicerías del viejo brujo kinikinao, hasta hacer imposible la repetición de sus evocaciones. « Á veces, en la alta noche, el viejo Moreví rompía el silencio del valle con un canto lúgubre, cortado de notas agudas y desafinadas. Para esas rumorosas vigilias, se vestía con una saya adornada de lentejuelas, sujetas á la cintura por un cinturón bordado de cuentas de color y se pintaba el cuerpo con urucú y jenipapo. Los com-

plementos de su traje sacerdotal eran un plumero de grandes plumas de ñandú, adornado de diseños caprichosos y una sonaja que sacudía pausadamente, en tanto que recorría, avanzando y retrocediendo, un cuero pelado extendido delante de la puerta. Eran las conferencias del hechicero con el *acauán*, especie de gavilán pequeño que suelta finos chillidos, acentuando las sílabas que le dieron el nombre, pájaro agorero, al decir de los indios y con cuyas consultas pueden los brujos penetrar lo futuro. De madrugada, el canto de Moreví sufría una interrupción larga; de repente oíase muy lejos el grito del milano á quien el viejo respondía con voz de súplica á fin de hacerlo aproximarse. Así parecía acontecer. Los píos resonaban cada vez más distintos y al final en los aires tronaba un estridente himno de triunfo en que el ronco canto del viejo se ponía al diapasón del vocear del pájaro adivino». — Los atractivos de estas y otras escenas unidos á los encantos físicos de la Guaná, no bastan, como es fácil comprenderlo, para fijar definitivamente la tienda del turista, que al fin siente la necesidad de poner término á la aventura. La separación es melancólica, y la dulce hermana de Aziyadé, sin fuerza para dominar su pasión, siente que ella mina lentamente las fuentes de su vida. En vano el viejo Moreví, «conferencia con el *acauán;* en vano como hechicero canta noches enteras; en vano, como médico, chupa el lugar en que latía el corazon para ir á escupir

en una cueva distante el terrible mal»... Nada disipa la tristeza del alma de Yerecé á quien mata la ausencia de su amor...

Las *Historias Brazileiras* contienen aún dos narraciones: *O Vigario das Dôres* y *Yuca o tropeiro*. El Padre Monte, héroe de la primera, es una de esas almas atormentadas que se desgarran en lucha consigo mismas y que buscan un calmante á la rebelión inconsciente de sus pasiones en el amor de la naturaleza y en los peligros de una misión lejana. Los accidentes de su vida son puramente morales. Dedicado al sacerdocio, sin verdadera vocación, siente ya tarde todo lo que le falta para llenar cumplidamente su sagrada misión. Vacilante al borde de la apostasía, trémulo ante las tentaciones que lo asaltan y sintiendo agonizar en su pecho la llama que debía reconfortarlo, encuentra en un fondo de ingénita honradez una inspiración salvadora y se hunde en las selvas impenetrables, en busca de las tribus del desierto, donde se pierden sus huellas y se borra para siempre su dolorosa silueta de peregrino. El argumento de *Yuca o tropeiro* carece de novedad. La única originalidad de esta narración está en los tipos retratados, en la bondad alegre de aquel ingenuo campesino que, reclutado para la guerra, cuando el amor y la familia lo detienen en su hogar, cuando todo lo invita á huir de las filas militares, se resigna murmurando al recordar el juramento prestado á su bandera: ¡Ah, si yo no hubiera jurado!—

Y sigue su marcha fatigosa, cumple con su deber en el combate, guiado por la perspectiva del retorno, esperando ver en los alrededores de su aldea el blanco pañuelo de la prometida que lo saludará á la distancia, soñando con el hogar campestre en que le espera la felicidad. . . Todos sus sueños se disipan y mueren al contacto de la terrible realidad. Su amada lo cree muerto y, al aproximarse al rancho de sus amores, el corazón de Yuca Ventura recibe una herida incurable que hiela para siempre la risa en sus labios joviales.

Con mayor ó menor fuerza, en todas estas publicaciones, aparecen en resumen las cualidades distintivas del espíritu del vizconde de Taunay. En *Camirán* se presiente la honda emoción despertada en su alma por el espectáculo de la guerra, que resaltará más tarde, de una manera tan elocuente, en la *Retraite de Laguna*. Yerecé, como lo hemos dicho ya, tiene un parentesco lejano con *Innocencia*. Del mismo modo, el sentimiento genuinamente nacional que campea en todas las páginas de *Ceos e Terras do Brazil*, en *Scenas de Viagem* y en las *Historias Brazileiras*, es el que inspira las escenas de la vida de fazenda de una gran parte de *A Mocidade de Trajano*.

Libro juvenil, *A Mocidade de Trajano*, á pesar de sus debilidades, despierta el interés y lo mantiene en una larga sucesión de dramáticas escenas. Una parte de ese interés es retrospectivo, pues se refiere á la vida de la esclavitud y los vicios morales inoculados en el alma

por la horrible degradación de una raza. La deformación lenta y amarga producida en el carácter y los sentimientos del padre de Trajano, su vida opulenta de fazendeiro caído en las garras de una aventurera que invade el hogar y lo acompaña como el genio del mal hasta la hora de la muerte, la tentativa de seducción de la mulata que aspira á recibir los halagos del hijo del potentado; la brutalidad de las costumbres y la monstruosa ferocidad de los castigos y de las venganzas que agitan ese mundo sombrío y desatan en él pasiones embravecidas; toda la bajeza y el horror de un régimen justamente execrado por los hombres de corazón y que felizmente pasó como una vergonzosa pesadilla, constituyen la trama de esta novela que merece conocerse, no tanto por su importancia literaria, que es escasa, cuanto porque ella debe figurar como uno de los más vibrantes alegatos en favor de la causa abolicionista que durante largos años de propaganda dió temas inagotables á los escritores brasileros. Algunas de las páginas del libro sublevan el corazón, como la pintura del martirio del látigo dado á un negro sorprendido por el bárbaro capataz en pleno crimen de pereza. Ellas traen á la memoria, instintivamente, una de las más hermosas producciones líricas del Brasil, aquel *Mauro o escravo* en que la musa de Fagundes Varella aplicó el hierro candente de la inspiración épica sobre el cáncer social que minaba su organismo y amenazaba perpetuar en su seno gérmenes de

irreparable decadencia. En *A Mocidade de Trajano* se advierten tanteos, desfallecimientos y digresiones poco conexas con el tema principal, como son las cartas de turista literario que escribe Trajano á su padre y en que la impresión que le causan nuevos pueblos y paisajes se une á la reflexión de un crítico que aprovecha cualquier ocasión para mostrar que ha ganado concienzudamente su bachillerato. Los mismos reparos pueden hacerse al drama de *Amelia Smith*. Su exposición es demasiado larga. Las escenas se multiplican, aunque escritas con indudable talento, antes de penetrar de lleno en el asunto. La caída de Amelia, víctima de un *mariage de raison* y que, sin embargo, respeta y considera á su marido, produce el efecto de ser demasiado brusca. Sin embargo, todos estos lunares desaparecen al entrar en la verdadera materia del drama y al ver ante nuestros ojos, dislacerada y sangrienta, el alma de aquella madre que expía un instante de vértigo, viendo sucumbir poco á poco el adorado fruto de su culpa. Al fin, la emoción que se apodera del lector es irresistible. La confesión de la caída es una de las más conmovedoras situaciones que registra el drama contemporáneo. Ella se anticipa á la cruel confidencia de *Denise*, y oprime el corazón en su trágica sencillez. Las heces del martirio deben ser apuradas gota á gota por aquella alma agonizante, y el destino la hiere sin piedad, haciéndola recoger el último soplo de la agonía en los labios de su hijo idolatrado.

XV

La *Retraite de Laguna*, obra escrita en francés y reimpresa recientemente en París [1], es una de las más palpitantes narraciones con que cuenta la historia militar de nuestras repúblicas. La emoción que despierta ese libro no decrece un instante durante el curso de su lectura. Su estilo, severo y elegante al mismo tiempo, la sobriedad y la realidad de sus detalles, la concisión y poder de sus descripciones, realzan de una manera elocuente la historia de los sufrimientos de la pequeña tropa cuya valerosa campaña ha sido historiada por el vizconde de Taunay con todos los prestigios de su bello talento literario. El episodio mismo á que se refiere su trabajo es poco conocido y mencionado por los historiadores de aquella guerra deplorable, sobre la cual no se ha formado todavía de una manera decisiva

(1) *La Retraite de Laguna*. Épisode de la guerre du Paraguay, par A. d' Estragnolle-Taunay, vicomte de Taunay. 3e edition. Librarie Plon. Paris.

el juicio de la posteridad. Los actos aislados de heroísmo que en ella demostraron los contendientes, la resistencia tenaz del país invadido y el empuje noble y varonil de los asaltantes, mucho me temo que no basten para disculpar el error fundamental envuelto en la triple alianza, y la destrucción de un pueblo cuya existencia interesaba al equilibrio político del Río de la Plata. De todos modos, los resultados de esa guerra han sido negativos, el desarrollo de sus operaciones se presta con facilidad á críticas importantes, y sus ventajas para las naciones interesadas en ella han sido precarias, especialmente para nuestra patria.

La retirada de Laguna es uno de los sucesos más deplorables de aquella larga y encarnizada campaña. Un pequeño cuerpo de menos de tres mil hombres que se interna en territorio enemigo, desprovisto de recursos, á cuerpo perdido, á la buena de Dios que es grande, sin guardar comunicaciones regulares con la que debía ser su base de operaciones,—da pruebas de una inconsciencia de intrepidez sólo comparable con la dolorosa ineptitud que un esfuerzo semejante demuestra en los jefes que dirigen tan descabellada empresa. Los resultados, en el hecho especial á que se refiere el vizconde de Taunay, no pudieron ser más aterradores. Atravesando por regiones palúdicas, mal alimentados y mal vestidos, los cuerpos comienzan por perder la tercera parte de su efectivo. Alentado por no se qué infantil sentimiento

de orgullo, su jefe no se da por vencido, y sigue adelante sin plan y sin objetivo práctico. El enemigo atosiga á la columna debilitada con una tenacidad indómita. El alimento escasea, las municiones disminuyen rápidamente y al fin los responsables de aquella trágica aventura miden todo el alcance de ella y se deciden á retroceder. Entonces empieza el martirio lento, terrible, despiadado de aquel puñado de soldados, encorvados por el cansancio, perseguidos por el hambre, hostilizados día y noche por la caballería paraguaya, devorados por la sed, con los campos incendiados á su alrededor por el enemigo, con el cólera morbo diezmando sus filas, arrebatando sus jefes, haciendo estragos terribles en medio de aquella turba de espectros, cuyos restos regresan por fin al seno de la patria habiendo logrado salvar sus banderas y sus cañones.

Es imposible detenerse en el análisis detallado de esta obra eximia, y menos reproducir sus incidentes principales. Todos ellos están á la misma altura y su conjunto constituye una de las más conmovedoras historias que es posible leer. Pero hay entre ellos algunos detalles de una emoción salvaje en su trágica sencillez. Tal es el cuadro de los ciento treinta coléricos abandonados por la columna en marcha, al borde de un bosquecillo, en vista de la carencia absoluta de medios de transporte, y pasados á cuchillo por las tropas paraguayas indiferentes al grito de la humanidad y á la invocación des-

esperada de los expedicionarios, escrita sobre una tabla clavada sobre el tronco de un árbol: « Piedad para los coléricos ». Los personajes que aparecen en el curso de ese libro despiertan del mismo modo una viva simpatía. La figura severa y romántica del viejo López, el guía de la expedición, de su hijo y de los desgraciados jefes que pagan con la vida su deplorable error, están trazadas con rasgos firmes y brillantes, con colorido intenso y con elegante concisión. En suma, *La Retraite de Laguna* es una obra de primer orden, que revela un talento de escritor y cuya lectura deja en el ánimo fuertes é inolvidables impresiones.

Innocencia me parece sin disputa la más hermosa novela escrita en Sud-América por un sudamericano. Publicada en 1872, ha seguido desde entonces una carrera de triunfos. No conozco ninguna obra de su género, aparecida en nuestro continente, á quien se haya deparado una fortuna semejante. Y el hecho de que la mayor consagración recibida por esta creación admirable lo haya sido en el extranjero, basta para mostrar cuánto es su mérito real y cuál la seducción irresistible que ejerce sobre el espíritu de sus lectores. Ese libro, en efecto, ha sido traducido al francés dos veces, habiendo aparecido como folletín en 1883 en el *Courrier International* y el año último en la misma forma en el *Temps*, vertido á aquel idioma por Olivier du Chastel. Al inglés fué traducido con fidelidad y elegancia por James

W. Wells; al italiano por G. P. Malán; al alemán por Arns Philipp; al dinamarqués por Björving-Petersen, y, finalmente, al japonés por Kwana-Kwandjo, que se sirvió de la traducción inglesa.

Las escenas de la novela se desarrollan en los *sertoës* de Matto Grosso, en medio de la imponente soledad de aquellos campos ilimitados, donde la selva sólo se interrumpe para dar lugar al paso de ríos caudalosos ó muere al borde de ciénagas inmensas cubiertas de plantas acuáticas exuberantes. La poesía de aquella región salvaje está intensamente sentida y explicada en la obra del vizconde de Taunay. Las costumbres y peculiaridades de los habitantes de aquellas zonas solitarias son estudiadas y descritas por él con un relieve poderoso. El drama que se desencadena en aquel medio primitivo, los personajes que actúan en él poseen una vida y una realidad extraordinarias. Son, desde luego, el minero Pereira, charlatán infatigable, hombre rudo, de cerebro estrecho, pero de buen corazón, imbuído en todas las preocupaciones de la barbarie en que vive. Inocencia, su hija, *Nocencia*, como la llama dulcemente el rústico hacendado, — una flor silvestre, nacida en los campos, al amparo de aquella naturaleza brillante, criada en la soledad, dulce y esplendorosa al mismo tiempo, como esos frutos tropicales de perfume capitoso cuya sola vista halaga el paladar. Su vida transcurre silenciosa y oculta, sin otra compañía que la de la esclava negra, la María

Conga, que prepara el alimento y la ayuda en las labores íntimas, y el enano Tico, un extraño monstruo del desierto, acurrucado á los pies de la doncella como un pequeño Quasimodo doméstico, y, como aquel de Esmeralda, tal vez enamorado de la hija de Pereira. La figura interesante de Cirino de Campos aparece en seguida y merece detener nuestra atención. Es el *doctor* ambulante, la providencia inspirada por el manual de Chernoviz, que, con su caja de remedios en una mula y su inseparable *vademecum* bajo el brazo, recorre las soledades campestres de aquellas regiones infestadas de malaria, propinando á sus enfermos dosis formidables de quinina. De índole caballeresca y delicada, dotado de una inteligencia vivaz, si bien no muy cultivada, imbuído en la importancia que desde Hipócrates hasta los médicos de Molière es uno de los rasgos inseparables de la distinción clínica, joven y bien parecido, buscando en el alejamiento de las ciudades y en el ejercicio de sú lucrativa carrera el medio de pagar una deuda contraída alrededor del irresistible tapete verde de un club de aldea, — Cirino es encontrado por Pereira en medio de su camino hacia el Camapuán, y conducido á su casa con el objeto de ver si consigue librar á la bella Inocencia de los gérmenes insidiosos del paludismo, tan común en aquellos parajes. El drama se adivina sin dificultad. Aquella niña hermosa, oculta como en un gineceo en habitaciones donde nunca ha pisado el extranjero, re-

cluída en el misterio, según los curiosos hábitos del hogar del *sertanejo*, — acaba por sentirse irresistiblemente atraída hacia el primer hombre que ha vislumbrado en su vida. La dulzura de Inocencia, los atractivos juveniles de su belleza hacen palpitar el corazón del *doctor* con un sentimiento desconocido para él, que acaba por vencerlo y posesionarse de su ser entero como una de esas sutiles invasiones de los males que está obligado á combatir con los recursos de su inocente terapéutica. La pasión que nace al mismo tiempo en el alma de aquellos dos seres debe mantenerse en el secreto, ocultarse en la sombra, alimentarse de miradas furtivas, de tímidos contactos, velarse á la sospecha del padre receloso, incapaz de comprender y admitir que su hija pueda tener una predilección ó una voluntad, y que la ha destinado de antemano á un arriero brutal, el Maneção, que aparece al fin del idilio para dejar tras sus pasos una huella sangrienta.

Durante la permanencia de Cirino en la casa de Pereira aparece un nuevo personaje, el sabio alemán Meyer, naturalista viajero, un entomólogo convencido que aspiraba á catalogar todas las *borboletas* ó mariposas brasileras, y que da fondo en la habitación de Pereira, introduciendo en el alma de éste inquietudes que antes jamás sintiera. Aquel hombre inocente, sin comprender las modalidades especiales del *sertanejo*, habla continuamente á Pereira de su hija, elogia su belleza, y hace

creer al hacendado que tiene que habérselas con un terrible seductor. Las más inocentes alusiones del sabio son consideradas por Pereira como sugestiones capciosas que amenazan su honor y empañan el de su hija. Las situaciones alternativamente cómicas y á veces con tendencias trágicas que surgen de este continuo *malentendu*, dan á la obra del vizconde de Taunay un nuevo y poderoso atractivo. Para el *sertanejo*, en efecto, la mujer ocupa un puesto semejante á aquel en que la confina el árabe. Hay un fondo de desconfianza injurioso en la opinión que se tiene de ella; y esto obliga á confinarla y mantenerla en el encierro hasta que es entregada por la familia al cuidado del que le ha sido destinado por esposo. Pereira participa de esta creencia; su fondo receloso se agrava en él con un real amor paternal, comprendido en una forma salvaje, y con un sentimiento exagerado del honor que le parece siempre en peligro mientras tenga á su lado á la desgraciada criatura de cuyo sexo tiene tan mal juicio. En el caso de Meyer su alarma aumenta por la grotesca figura rubia del alemán. Los rizos albinos de su cabellera, su rubicunda fisonomía, la blancura de su piel, hasta sus ojos microscópicos, ocultos por espejuelos de miope, le parecen otros tantos encantos de aquel don Juan, de cuyas asechanzas debe precaverse á todas horas. Es necesario leer el libro del vizconde de Taunay para saborear todos estos incidentes, imposibles de reproducir con todos sus detalles. La traducción de

M. de Chastel facilitará este placer á aquellos de mis lectores que quieran gozar con las bellezas de esa obra tan distinguida.

Entre tanto, la pasión de Cirino y de Inocencia va tomando incremento á pesar de todos los obstáculos que se oponen á ella, ó tal vez á causa de estos mismos obstáculos. La dulce niña se promete sin reserva á su amante, jurándole que morirá antes de ser esposa de Maneção. Pero Pereira ha dado su palabra, siente comprometido su honor en el cumplimiento de ella y es inflexible al exigirle sometimiento cuando llega á reclamarle su promesa el feroz arriero á quien está destinada. La desgraciada Inocencia no tiene más armas que sus lágrimas y su debilidad femenina. Con el heroísmo que da el amor á las naturalezas más frágiles, ella se atreve á desafiar la voluntad de su padre y los estallidos impotentes de su furor. Maneção se aleja sospechando que alguien se ha cruzado en el camino de su felicidad, dispuesto á vengarse. Un soplo trágico pasa por sobre todas aquellas almas primitivas y arma el brazo asesino del bárbaro indisciplinado que sigue las huellas de Cirino con el instinto sanguinario del *puma* que olfatea el rastro del viajero. Al fin, lo encuentra en una encrucijada desierta y lo hiere á traición sin darle tiempo para defenderse. El desgraciado joven cae herido de muerte y expira poco después con el nombre de Inocencia en los labios, helados por la agonía.

He aquí toda la trama de esa historia tan íntima, tan interesante, tan humana y conmovedora. La narración descarnada de su argumento, no da sino una pálida idea de sus bellezas. En toda ella circula un encanto misterioso, una poesía latente, un algo indefinible que hace de esa obra una de las creaciones más puras de la novela contemporánea y, sin duda, la más hermosa producción de su género publicada en el Brasil... ¡Inocencia! ¡dulce hermana de Esmeralda, de Margarita y de Liana! Al pronunciar tu nombre desfilan en la mente otras siluetas igualmente dolorosas y se entrevé á Ofelia sostenida por sus blancas vestiduras sobre las aguas del lago, y se recuerda el gesto de supremo pudor de Virginia salpicada por las espumas del naufragio. ¿Por qué encontramos en tí ¡oh pobre enamorada! un atractivo mayor que el que nos inspira el desfile de almas dolorosas que arrastra el inmenso torbellino de la vida, como las ráfagas dantescas los cuerpos entrelazados de la pareja inmortal? ¿Por qué? ¿No hay acaso en tu sencillez y en tu candor una seducción secreta, una embriaguez misteriosa para los que estamos habituados á penetrar en los repliegues de organizaciones más complicadas, en los meandros de conciencias más obscuras, en el análisis y la intimidad de naturalezas, deformadas por la civilización, desprovistas de toda su espontaneidad, de toda la belleza de su temperamento nativo? ¡Inocencia! ¡los accidentes de tu vida están comprendidos

en tu nombre humilde! Dos toscos palos en cruz, sujetos por el lazo del cipó, cubren la tumba en que duerme tu cuerpo hermoso en el desierto de Santa Ana de Parahiba, pero tu nombre vive y vivirá largo tiempo, rejuvenecido por el talento del artista que diseñó tu figura y relató la historia de tu amor y tus sufrimientos! . . .

XVI

La última novela del vizconde de Taunay, *O encilhamento*, es la antítesis más perfecta de *Innocencia* que podía imaginar su autor [1]. ¿Pero es realmente una novela este libro inflamado de pasión generosa, destinado á retratar y execrar una época de delirio, en que la fiebre de la especulación enloqueció á la sociedad brasilera y que pasó como un ciclón por Río de Janeiro después de haber dejado montones de escombros humeantes en Buenos Aires?... Es cierto que en el cuadro vigoroso y exacto de aquel período vergonzoso aparecen algunos personajes preocupados de otros sentimientos que los exclusivamente mercantiles, y hasta se desarrolla entre ellos uno de esos frecuentes dramas del adulterio que han dado temas tan palpitantes al romance contemporáneo. Pero los tipos que predominan en *O*

---

(1) Hector Malheiros. *O Encilhamento. Escenas Contemporáneas.* 1894.

Encilhamento, los que caracterizan de una manera perfecta el tiempo que ha querido perpetuar el distinguido escritor, son personificaciones de todas las variedades del jugador y del bolsista que actúan en el torbellino de los negocios, son los representantes de la alta banca cosmopolita, que acuden como los cuervos al festín de los despojos, contando con las complicidades de los seides nativos que entran en la saturnal,—y el retrato de todos ellos está trazado con empuje y verbosidad admirables, con una verdad de detalles y una penetración de psicología que infunde vida á sus creaciones y deja sentir el músculo y la carne debajo del ropaje artístico con que están velados los originales de aquellos admirables *instantáneos*.

La tendencia política y doctrinaria, la desviación de la novela hacia el panfleto se acentúa á medida que se suceden los capítulos y acaba por predominar en la última parte en que el autor fustiga sin piedad los delirios y los escándalos de la jugarreta desenfrenada, olvidándose en absoluto de las acciones de sus primeros personajes para atacar con furor el estado social de su patria en los primeros años de la república. La pintura es vigorosa y merece reproducirse aunque no sea más que para recuerdo y vergüenza de lo que también hemos visto nosotros desde tan cerca:

«El gobierno, en la enloquecedora ansia de destruirlo todo, de derrumbarlo todo, metido en los escombros de

la demolición, cubierto de polvo y de cal, anhelante de las glorias de la reconstrucción en el más corto plazo, á la carrera, sin demora, desdeñando la naturaleza y la calidad de los elementos y materiales de que se iba sirviendo, buscando efectos inmediatos, como olvidado del futuro y del rigor de la lógica, amontonando premisas de que debían fatalmente resultar las más peligrosas consecuencias,—el gobierno, con la barreta y el pico en la mano, promulgaba decretos sobre decretos, expedía avisos y más avisos, concesiones de todas las especies, garantías de intereses, subvenciones, privilegios, favores sin fin, sin cuenta, sin sentido, sin plan, y de ahí otros tantos contragolpes en la Bolsa, pila poderosa, rebosante de electricidad y letal pujanza, maderos enormes, impregnados de resina, prontos á llamear, arrojados á la hoguera colosal.

»Pululaban los bancos de emisión y casi diariamente se veían en la circulación monetaria notas de todos los tipos, algunas nuevecitas, hechiceras, artísticas, con figuras de mujeres hermosas y símbolos elegantes, otras garabateadas de prisa, emplastadas en grandes y equívocos borrones. Contratos de inmigración por gruesas, localización de millares y millares de familias europeas en todas las tierras baldías imaginables, un nunca acabar, la mitad de la Europa empujada para aquí, sin estorbos, sin dificultades que no fuesen superadas, — surgían á millares, bastando para darles forma la peti-

ción sencilla de cualquiera, ya rico, ya pobre, barón señalado ó más que modesto incógnito, sobre todo y especialmente, parientes, amigos, aduladores y paniagudos del momento. Presentaciones borroneadas sobre la pierna, en el intervalo de ruidosas conversaciones, entre dos bocanadas de perfumado habano, en los gabinetes ministeriales, sin indicación cierta de los lugares, todo en el aire, á ciegas y tontas, eran luego transferidas por buen dinero, centenas si no miles de contos, á compañías que de la noche á la mañana surgían como irisados y radiantes hongos después de los chubascos, y que vivificaban los incontables microbios de la podredumbre y de los estercoleros. Trabábase la responsabilidad del país en sumas pavorosas y jugábase con el crédito, el nombre y el porvenir de la nación... Por el empeño de los corrillos, por las maniobras de la abogacía administrativa impudente, — veíanse atendidas las más escandalosas reclamaciones, mil veces rechazadas y enterradas en los rinconos más obscuros de los archivos; é indemnizaciones que clamaban al cielo abrían en los costados del tesoro público verdaderas brechas, más que sangrías, descubiertas á cada momento por los caprichos del dictador... ¡Oh! Sólo el estilo de Tácito ó el látigo de Juvenal... »

Los seres que se mueven en medio de ese torbellino financiero son familiares á todos los que conocen la crónica íntima de la época pintada por el vizconde de

Taunay. Los nombres de Meyer-Mayer, doctor Ferreira Sodré, barón de Lamarín, barón de Corcundal, William Drows, yankee ennoblecido y decorado con el título pomposo de vizconde de Petrolina, el doctor Barreto Costa, y otros que sería largo enumerar son la máscara que oculta á personificaciones reales, no sólo brasileras, sino casi diría universales, y dignas de figurar en *La Curée* y *L'Argent* de Zola, como antes en las novelas de Balzac ó en las sátiras humorísticas del Dickens de *Dombey and Son* y de *Martin Chuzzlewit*. En este sentido, *O Encilhamento*—término de argot hípico, aplicado por el pueblo de Río de Janeiro á las ruedas callejeras en que los *corredores* se preparaban para entrar en la pista bursátil y disputarse el premio—tiene un mérito especial retrospectivo, un interés histórico, como retrato de un momento único de la vida fluminense, como reflejo de las preocupaciones de aquellos días, de los sucesos que ocupaban la atención pública, de las individualidades que se movían en el escenario agitado de los primeros años del nuevo régimen. Algunas veces la alusión á estas es demasiado clara: la sátira del escritor va á herir de frente á personas á quienes ni siquiera se ha tomado el trabajo de disfrazar, por un desdén valeroso del convencionalismo,—y este procedimiento no merece mi aprobación. Hubiera preferido, por ejemplo, no ver figurar en aquella feria al ministro Serrano, á quien el autor de *O Encilhamento* describe en los si-

guientes términos primero, y á quien acaba por ridiculizar después: «Insinuante, amable, sagaz, habla bien portugués, casi sin acento. De allí también su grande aceptación en las ruedas femeninas, que buscaba siempre con muchas intimidades y elegantes cuchicheos. Después de proclamada la República, sobre todo, nada sobrepasa su amor al Brasil. Afirmaba con gran tono de sinceridad que, á veces, olvidábase de haber nacido del otro lado del Plata, tan ligado sentía el corazón á las tierras en que cantaba el *sabiá*. ¡Qué naturaleza—todavía decía *naturaleza*—qué hombres, qué oradores, qué financieros, qué futuro, qué prosperidad! Cordialidad á todo trance, unión siempre, indisoluble, concordia en todo, sin la menor sombra, el más leve vestigio de desconfianza, completa lealtad de parte á parte, es la base que proponía para el debate de la secular cuestión de las Misiones, la mesa sobre la cual urgía repartirse como rosado jamón, de medio á medio, sin más Chopines y Chapecós, Pepirys y Santo Antonio *mirins* y *guazús*, aquel bravío territorio, tantos decenios litigioso»...

La filosofía de *O Encilhamento* es amarga, la moral que se desprende de sus páginas está velada en tintas sombrías. ¿Podemos creer, en tanto, enteramente justo el juicio del autor sobre la época que pinta y los hombres que analiza? ¿No habrá algo de prevención, de hostilidad inconsciente, de antipatía de creencias y de opi-

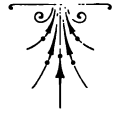
niones en su temible catilinaria novelesca? Por mi parte creo que, sin dejar de ser exacto en la descripción de los accidentes que relata, el autor de *O Encilhamento* no es enteramente justo, y se muestra tal vez airado en demasía al apreciar las intenciones de los hombres públicos de su país, que, con propósitos sanos, querían transformar el molde tradicional de la sociedad brasilera, é infundir sangre nueva en su organismo anémico y debilitado. Pero el análisis de esta cuestión me conduciría demasiado lejos, y prefiero insinuar esa duda como única respuesta á muchos de los arranques de genialidad y de exageración que salpican las páginas elocuentes y vibrantes de ese libelo interesante, que parece haber sido escrito después de una lectura asidua de las cartas de Junius y las irónicas reflexiones de Courier.

Para diseñar, aun de una manera incompleta, la personalidad intelectual del vizconde de Taunay, debería detenerme en el examen de sus discursos de política y de sus estudios críticos. Los primeros tocan todas las cuestiones que más han interesado al Brasil y á las naciones sudamericanas: la inmigración, la colonización, el problema de la esclavitud. Todos estos temas han sido tratados por él con altura y honradez de mira y de tendencias, con acopio de datos informativos y con la preocupación celosa del estadista que consagra su vida al servicio de su patria. Los segundos forman dos opúscu-

los, dedicados á la *Historia de la guerra del Pacífico* y á estudios de *Literatura y Filología,* entre los cuales se encuentran dos largos juicios sobre Zola y sobre el novelista italiano Salvatore Farina.

El vizconde de Taunay ha sido militar y tiene una predilección justificable por todo lo que se refiere á su antigua carrera. Así, no es de extrañar que haya dedicado un extenso trabajo á la contienda entre Chile y la malhadada alianza perú-boliviana. Desgraciadamente, al trazar la historia de aquella campaña, él se limita á seguir servilmente la obra de Barros Arana sobre el mismo asunto, sin haberse tomado el trabajo de controlar ó rectificar sus apreciaciones y sin advertir el espíritu de odio ciego é implacable contra el vencido que inspira á aquella obra destinada á mistificar á la opinión extranjera. No me es posible ocultar la impresión deplorable que produce la ligereza con que un hombre de inteligencia tan cultivada y de sentimientos tan nobles como el vizconde de Taunay, se decide á estampar afirmaciones como aquella en que asegura que en la contienda del Pacífico, Chile «fué provocado por la arrogancia y la falta de consideración de vecinos envidiosos y turbulentos»... Los que poseen el más superficial conocimiento de la verdad de los hechos saben que lo contrario es la verdad; que Chile se preparó pacientemente para ella, con el objeto de apoderarse de Tarapacá, que hasta hoy es la fuente más importante de sus recursos.

No es necesario documentar estas cosas, que son conocidas por todos y basta mencionarlas de paso para mostrar la injusticia y la inexactitud con que ha procedido en este caso el distinguido escritor.



XVII

En el viaje á Río de Janeiro, en las largas horas de esos tres días monótonos en que la mirada se pierde en la inmensidad del mar y en la profundidad del firmamento, tuve ocasión de recoger mis primeras nociones sobre la literatura brasilera, de boca de uno de los más finos espíritus de la nueva generación. Assis Brasil, autor de *La República Federativa*, libro de propaganda que gozó un tiempo de envidiable popularidad, poeta dulce y soñador en la adolescencia, llevaba entre su bagaje una nueva obra dedicada á estudiar uno de los más interesantes problemas de la democracia representativa, el que se relaciona con el voto y la manera de votar (1). Nuestros paseos en el puente del *Portugal* se prolongaban hasta altas horas de la noche, leyendo y comentando juntos durante el día, en su lengua nativa, aquel inte-

(1) *Democracia representativa. Del voto y del modo de votar* por J. F. de Assis Brasil, 1894.

resante libro, y dando por la tarde rienda suelta á la memoria que evocaba en una sucesión interminable los más notables productos de la mentalidad sudamericana.

No necesito detenerme en el retrato intelectual del amable diplomático, cuyas condiciones son conocidas y apreciadas entre nosotros. *Democracia Representativa,* traducida al castellano por B. Mitre y Vedia, es un estudio reflexivo, que revela en su autor, junto con las dotes estimables de un político, la madurez de criterio de un estadista. Su estilo elevado, despojado de galas postizas, de una austeridad gravemente sencilla, es al mismo tiempo de una corrección meticulosa y de una nitidez de formas que revela la claridad y penetración de espíritu del joven escritor. Se diría al leerlo que uno recorre el ensayo político de algún *essayist* anglosajón, una página transparente en que transciende el método de Herbert Spencer y un capítulo trazado con viril elegancia por un discípulo preferido de Summer Maine ó de James Bryce. «Pensador y hombre de letras — ha dicho un crítico cuyo nombre acudirá frecuentemente á los puntos de mi pluma — Assis Brasil une á la profundidad del concepto, la belleza de la forma, simple, concisa, clara y esplendente de verdad; lo que mucho concurre para dar á sus escritos el carácter clásico y la autoridad que tienen los libros verdaderamente sugestivos [1] ».

(1) Araripe Junior, *Retrospecto literaria de 1893,* publicado en *A Semana,* 1895.

La brillante monografía de Assis Brasil examina sucesivamente los fundamentos del voto, sus defectos y su utilidad; la competencia del pueblo para influir en su propio destino; el modo con que gobierna la sociedad y no la mayoría, siendo su acción la resultante de diversas corrientes de ideas que se equilibran; el derecho universal del voto y las limitaciones de su ejercicio; la incapacidad de los analfabetos para votar; la conveniencia de la igualdad del voto y las diversas formas de su manifestación; la crítica del mandato imperativo; la representación de las opiniones y los peligros de la exclusión de una parte de ellas;—y, después de hacer una ligera reseña de los principales sistemas electorales, — consigna el proyecto de enmienda á la respectiva ley brasilera que, como diputado del Estado de Río Grande, sometió á la consideración del congreso de su patria. Cada una de las materias sumariamente indicadas en las líneas anteriores, es expuesta, discutida, profundizada y analizada con un poder de raciocinio y una penetración de talento que no flaquea un instante y que hacen del libro de Assis Brasil un todo perfectamente ensamblado, un organismo completo en que el sistema preconizado se desenvuelve en una línea lógica inflexible, sin una vacilación ni un extravío...

Estas condiciones resaltan en cualquiera de las páginas de *Democracia representativa*. Veamos, como ejemplo de forma de pensamiento y fuerza de estilo, el exa-

men del peligro que entraña el voto de la clase militar. « La fuerza, — dice Assis Brasil, — es la sanción del derecho. Ella sólo se explica, en un pueblo culto, por la obediencia que debe guardar al principio soberano que está llamado á servir. Si la sociedad, después de haber depositado en las manos de cierto número de sus miembros, armas, disciplina y todos los elementos materiales de la fuerza, aun les confía el poder de declarar los casos de aplicación de esa misma fuerza, no hay duda de que esa sociedad habrá enajenado su soberanía y pasado á vivir de la buena ó mala voluntad de los pocos hijos á quienes haya confiado tan extensas atribuciones. En principio, pues, los militares no deben gobernar »... Y más adelante: « Persistiendo en la afirmación de que los militares no dejan de ser ciudadanos, y apenas por accidente están inhibidos del ejercicio de ciertas funciones cívicas, conviene establecer algunas reservas referentes á la dificultad de acertar en la elección de miembros de esa clase para confiarles atribuciones de gobierno. Los ciudadanos armados son hechos de la misma masa de sus demás compatriotas; — no son, sin embargo, perfectamente iguales á ellos, si atendemos á las cualidades adquiridas por unos y por otros en el ejercicio de sus recíprocas actividades, cualidades que en el correr de la vida les pueden desviar mucho del fondo de igualdad originaria. Es indudable la influencia de la costumbre sobre el carácter. Puede afirmarse que cada profesión crea

su idiosincrasia. El carácter civil se forma de la práctica de gobernar ó ser gobernado; el militar, en la de mandar y ser mandado. Entre el gobierno y el mando hay diferencias tan esenciales, que sería invariablemente funesto aplicar á uno de esos órdenes, no ya las reglas, sino el espíritu de la otra. Y tan enérgica es la influencia impresa por la educación de la costumbre, que solamente es lícito esperar que consigan dominarla hombres de cualidades superiores, verdaderos tipos geniales á quienes sea dado sobreponerse á las contingencias que esclavizan á la generalidad de sus semejantes ».

La forma de talento que revelan las líneas anteriores es poco común en nuestros países, donde tanto abunda la palabrería retórica y donde, como lo hace notar Bryce señalando vicios análogos del carácter intelectual de otra raza, predomina la pasión por los efectos teatrales, la preferencia por las generalizaciones y las teorías amplias, la disposición nativa á dejarse atraer más que por la delicadeza de la obra, por su brillo general, la tendencia á confundir la hinchazón con la grandeza, la falta de madurez y de percepción de las diferencias que existen entre las obras de primer orden, escritas en estilo sobrio y las banalidades insulsas, frutos de la mediocridad [1]. Assis Brasil huye de las fórmulas abstractas, convencido de la verdad de la observación que

(1) James Bryce, *The American Commonwealth.*

consigna que « todos los ineptos que han querido salvar el mundo, no han hecho otra cosa que reemplazar la realidad por la fórmula, el hecho por las palabras, la práctica por la teoría, la verdad por la quimera, lo posible por lo absoluto ». Sin duda, el distinguido publicista no ignora todos los obstáculos que presenta la situación actual de su patria, como la del resto de América, para hacer una realidad de instituciones que requieren un alto grado de desarrollo intelectual y una preparación especial en el pueblo que las adopta. La valerosa franqueza con que declara que « un sentimiento, que podría calificarse con propiedad de pudor, lo hace desistir de la tentativa de hacer una ligera estadística de la instrucción popular en su patria », y que, « basta decir á título de observación genérica sobre el particular, que el electorado brasilero, inscriptos en él todos los ciudadanos que no saben leer ni escribir, sería casi un electorado de analfabetos », es la mejor prueba de que, teniendo conciencia del mal que se opone al triunfo de sus ideas avanzadas, conoce también el medio de corregirlo y extirparlo. Así *Democracia representativa* es un libro noble, lleno de ideas sanas y generosas, inspirado en móviles benéficos. Nada más opuesto á sus principios y conclusiones que la ferocidad tan común del cacicazgo político y que esa limitación de vistas que caracteriza á los caudillos de aldea, tan influyentes y funestos en sociedades rudimentarias como las nuestras. Los

«restauradores de leyes», los «defensores de lá república» y los «ilustres americanos» con su séquito numeroso de cortesanos y de parásitos, han sido el azote de la América y una de las causas más eficientes de nuestro atraso social. Assis Brasil lo reconoce sin ambajes, cuando afirma que «nada hay que desvíe tanto el sentido común como la pasión partidista». Es por eso que lucha por establecer un equilibrio legítimo, humano y necesario en la representación de las opiniones como resultado de la elección. Mucho debe esperar su país de un publicista tan ilustrado é independiente, imbuído en las ideas modernas y levantadas que desenvuelve en su programa de reformas á la ley electoral, de cuyas deficiencias revela una comprensión tan envidiable, como puede verse en este análisis fino y sutil del carácter de las oposiciones en el mecanismo de la vida política:

«Piénsase, en general—dice Assis Brasil—que el público es opositor por índole, mas no es así; el público es por índole, desde que no intervenga el interés inmediato de los individuos que lo componen, amigo de la virtud, y para mí es regla que *la oposición es virtuosa.* Esta regla tendrá sus excepciones, pero no dejará de ser una regla. Imagínense los peores hombres, cimentando con odios los intereses diferentes que los aproximaron; si tales individuos hállanse en la oposición, la primera verdad que les hiere la conciencia es que están privados de satisfacer sus inconfesables apetitos.

No se ocuparán más de las cosas despreciables que los animaron en un principio. Necesitan, además, hostilizar á la mayoría, dedicando atención muy asidua á la más pequeña irregularidad de cualquier orden que aquélla cometa. En una palabra, la oposición tiene por oficio, casi por exclusiva preocupación, combatir vicios y predicar virtudes. Todos sabemos cuánto influye en el organismo individual y social el ejercicio constante de una función determinada. La oposición, si no lo era ya, acaba por ser virtuosa, á fuerza de funcionar como órgano de la virtud, por lo menos mientras es oposición. ¿Quién sabe si se encuentra igualmente en este raciocinio la explicación de esta otra verdad, que todo gobierno se gasta y desmerece en ejercicio? Una filosofía muy frágil, que desgraciadamente inspira á la gran mayoría, atribuye á hipocresía los verdaderos arranques de patriotismo con que tan frecuentemente vemos á hombres señalados por el estigma social lidiar ardorosamente en las asambleas en defensa del bien público. Yo veo en ellos algo, si no más respetable, por lo menos más natural: son instrumentos de una función social. Y como el corazón del hombre es fundamentalmente bueno, y el público como tal es un amontonamiento de hombres despojados de miserables intereses, ese público está en el caso de amar la virtud: la aplaudirá siempre, aun cuando la vea ejercida por el truhán de la víspera, transformado en tribuno popular.»

Fuera de las dotes reveladas en este libro tan interesante y de propósitos tan fecundos, Assis Brasil posee una ilustración literaria general y un buen gusto exigente y que le hace desdeñar sin piedad todo lo que no lleva impreso la señal del talento y de la belleza artística. Su palabra elocuente y pintoresca me trazó á grandes rasgos el perfil de los principales publicistas del Brasil; su espíritu crítico penetrante me señaló las modalidades de los unos y las tendencias subjetivas de los otros. Casi ninguno de los nombres que acudían á sus labios me era ni siquiera conocido. Hoy, en su mayor parte, ellos me son familiares, y he podido, después de estudiar sus obras, controlar ó ratificar muchas de las opiniones é impresiones literarias recogidas en nuestras largas conferencias, mientras llegaba á nuestros oídos el arrullo constante de las olas del golfo de Santa Catalina, y veíamos brillar sobre nuestras frentes los clavos dorados y luminosos de la Cruz del Sud.

XVIII

Los problemas políticos estudiados por Assis Brasil en el libro de que acabo de ocuparme, han merecido otra vez su atención y le han inspirado una nueva obra, á propósito del *Gobierno Presidencial en la República Brasilera*. En ella campea la misma firmeza de estilo y de pensamiento, la misma seriedad de análisis que distingue á su autor y caracteriza de una manera marcada su personalidad intelectual. Las proporciones de ese libro son considerables y los temas profundizados en él merecen que se le consagre una atención preferente por todos los que se interesan en el presente y el futuro de los sistemas políticos adoptados por las principales naciones de nuestro continente. Refiriéndose á su patria, Assis Brasil confiesa, desde luego, que la Constitución que rige en ella está lejos de «ser una obra que pretenda inalterabilidad desde sus primeros pasos». En lo que atañe á la adopción de esos principios generales que

forman la base de toda sociedad adelantada, aquel pacto le parece satisfactorio; sus deficiencias se encuentran en las disposiciones relativas al modo peculiar de la nación para que fué creado. Esta parte débil de la obra se explica por las circunstancias anormales en que fué realizada, por la rapidez con que se procedió á su confección, por la diversidad de elementos que concurrieron á ella y finalmente, hasta por la estación estival en que se celebraron las sesiones, y que influyó de una manera perniciosa en el espíritu y en la energía de los constituyentes brasileros.

Partiendo de esta base, en el tratado sobre el *Gobierno Presidencial,* Assis Brasil indica la conveniencia de efectuar algunas reformas á la ley suprema de su patria. Por buenas que sean en principio ó en abstracto las teorías políticas que inspiran las leyes análogas de otros países, para él lo esencial es que las instituciones adoptadas por el Brasil respondan á los rasgos característicos, históricos, naturales, sociales y políticos de aquella nación. La simple imitación ó copia de formas benéficas para otros organismos, le parece un error deplorable. Una rápida reseña de las peculiaridades fundamentales de algunos países que han adoptado también la república federal como molde gubernativo (especialmente de Suiza, los Estados Unidos y la República Argentina), le permite mostrar cuán grandes y profundas diferencias existen entre esas tres naciones y el Brasil

y cómo esas desemejanzas deben reflejarse en sus cartas respectivas. «No es sin motivo, dice, que insisto en estas explicaciones. Cometen generalmente en el Brasil, tanto los defensores como los adversarios del gobierno presidencial, el error de suponer que el sistema no puede existir sino como copia de los Estados Unidos. Es de ahí que nace la extravagancia de presentar la crítica de las instituciones americanas cuando quieren comentar las nuestras, del mismo modo que hacen el elogio de las inglesas como apología del pasado ensayo de parlamentarismo que tuvimos. Huyendo de ese método radicalmente falso, daré siempre por entendido que la Constitución del Brasil debe ser, ante todo, brasilera, que no hay tipo alguno concretizado ó ideal para las instituciones que nos convienen y que, si en algunos ó en muchos puntos nos confundimos con lo que está admitido por otros pueblos, es porque tales casos entran en el número de aquellos que son comunes al género ó á la especie á que pertenecemos».

Después de esta advertencia, el libro de Assis Brasil entra de lleno, y con plausible franqueza, en el análisis del conjunto de hechos de la actual política interna brasilera. Interesante como es esa parte de su estudio, ella sin embargo adolece de deficiencias que no pueden reprocharse á su autor, porque se explican por el ardor natural de su patriotismo. Su filiación de republicano militante, de antiguo propagandista del credo

de su partido en las páginas volantes de *La Evolución* y en el libro sobre la *República Federal*, imponen restricciones forzosas á sus facultades analíticas y circunscriben el campo de sus visiones intelectuales. Es cierto que la caída súbita del imperio, desmoronado de golpe, derrumbado de un soplo cuando parecía más sólido, indica que el sentimiento monárquico no había arrojado raíces poderosas en el Brasil. Las nuevas instituciones fueron implantadas sin dificultades, impuestas por la voluntad del Ejército y la Armada y aclamadas ó soportadas sin un leve conato de resistencia por la inmensa mayoría de la nación. ¿Cómo se explica entonces la reacción producida poco tiempo más tarde y las agitaciones incesantes de que, durante los años de su vida nueva, ha sido teatro el Brasil? En todas las secciones de nuestro continente, esas agitaciones han precedido generalmente á la época de la organización definitiva del país. Se comprenden las luchas tenaces entre federales y unitarios en la República Argentina, porque en ellas se debatía un principio político fundamental para el desarrollo futuro de nuestra nación. Pero en el Brasil actual, entrado de golpe y sin obstáculo en el goce de una forma de gobierno que parecía ser el ideal de la mayoría de su pueblo ¿cómo explicar y comprender el malestar político que ha sobrevenido al triunfo de aquella forma y los síntomas de anarquía y descomposición interna que han aparecido precisamente en los momen-

tos en que parecían estar más plenamente satisfechas las aspiraciones de la masa popular?...

Assis Brasil afronta el problema y trata de resolverlo aplicándole un criterio doctrinario. Desde luego, después de discutirla, elimina la hipótesis de que las agitaciones que han perturbado la marcha de la nación, nazcan del desacuerdo de sus miembros en cuanto á la forma de gobierno. ¿Será por la *cuestión social*, se pregunta entonces, que, á semejanza de otros pueblos, se dividen los brasileros? Su respuesta es categórica y definitiva: no existe cuestión social en el Brasil, en el sentido que á esta expresión se da en Europa; y no existe porque no hay falta de trabajo ni abundancia de trabajadores, ni pauperismo, ni proletarios, ni siquiera lo que económicamente se llama capital. ¿Será, por fin, la causa del malestar político que ha aquejado y aqueja al Brasil, el modo de hacer funcionar la república que se ha dado aquel país? ¿Será una cuestión de naturaleza administrativa ó de naturaleza política? Sobre lo primero, Assis Brasil no halla motivo de duda. Para él la opinión nacional se encuentra de perfecto acuerdo con el orden administrativo de la nueva forma de gobierno. La federación le parece colmar las aspiraciones más caras del pueblo de su patria, y afirma este principio con una convicción que estoy lejos de compartir, basado quizá en un examen deficiente de los acontecimientos contemporáneos. En resumen, por medio de este proceso de eliminación, el distinguido es-

critor llega al punto que se proponía y concluye que la cuestión que domina á todas en su país en estos momentos es la que se refiere á la organización del gobierno republicano federal. El arduo problema se sintetiza para él en estos dos términos: república *presidencial* ó república *parlamentaria*. Procurar descubrir lo que hubiere de verdadero ó de falso en las razones de los partidarios de uno ú otro sistema, cotejar las disposiciones de la Constitución brasilera con la doctrina más conveniente á las condiciones de su país, interpretándola y proponiendo algunas modificaciones que la hagan más capaz de conquistar el respeto y el amor de la mayoría de sus conciudadanos, es el objeto que, casi en los mismos términos, declara haberse propuesto el estimable publicista en la obra de que me vengo ocupando.

Sin duda, el propósito es elevado y la forma como están tratados los diversos temas que desfilan en sus páginas merece los mayores elogios por la correción de la frase, la finura del análisis y el criterio de serena imparcialidad que campea en todas sus partes. No obstante, es forzoso preguntarse si el diagnóstico de Assis Brasil es exacto, y esta duda asaltará á más de uno de sus lectores brasileros, sobre todo de los que no siguen ciegamente las sugestiones del partidismo ciego ó no se dejan cautivar por las deducciones de una ideología doctrinaria. Profundizar este punto importaría descender á consideraciones muy extensas y entrar en un género de desarrollos que

no se avienen con la índole de estas notas literarias y me conducirían á un terreno del que deliberadamente quiero y debo apartarme. La insinuación de esta duda basta para quedar en paz con mi conciencia de crítico y para señalar el punto débil del vasto edificio levantado por el talento de Assis Brasil.

Porque si, en efecto, el origen de las perturbaciones y el malestar que ha caracterizado los primeros años de la República brasilera, no se encuentra en el conflicto latente ó declarado entre los partidarios del *presidencialismo* ó del *parlamentarismo;* si son otros motivos menos didácticos, menos transcendentales en su sentido filosófico y doctrinal; si para desentrañarlos hay que descender hasta la raíz histórica del pueblo brasilero y examinar la raza, el medio en que ella se ha desenvuelto, los caracteres sociológicos y morales que la distinguen, su falta de educación para la vida democrática, todo ese vasto conjunto de elementos que es necesario tener en cuenta para definir y comprender una situación dada en un período de transición y en una nación despojada de caracteres propios definitivos,—todas las hermosas teorías del libro sobre el *Gobierno Presidencial* perderán el carácter práctico de que ha querido dotarlas su autor y esta obra tan distinguida ocupará el puesto honroso que le corresponde entre sus congéneres destinadas á exponer, de una manera abstracta, teorías de gobierno más ó menos acertadas y ventajosas. Mucho temo que este sea

el lugar que corresponda al estudio de Assis Brasil ; no por falta de preparación ni de inteligencia de parte del distinguido escritor, sino por las peculiaridades de su talento y por la elevación de su criterio científico y filosófico. En mi humilde opinión, me parece que en el estado actual de la mayor parte de las secciones de nuestro continente no se pueden someter á los rigores de una crítica elevada y principista ciertos movimientos espontáneos y brutales de la masa popular, que no obedecen á ninguna razón lógica y no se explican ni comprenden sino por la misma ignorancia de esa masa y por las pasiones feroces que nacen á su amparo. La verdad deplorable y que todos ocultamos por un sentimiento tal vez noble de orgullo nacional, es que en el fondo de la mayor parte de las miserables contiendas políticas sudamericanas no se debaten cuestiones de principios, sino luchas de pasiones y de apetitos vergonzosos. Todas esas palabras pomposas de «federalismo», «presidencialismo», «parlamentarismo», etc., sirven sólo para mechar los manifiestos de los libertadores, de los Barrios ó Cáceres de hoy, como de los Rozas ó López de ayer, y para cubrir con una grotesca máscara de patriotismo y convicción política lo que en el fondo no es sino el amor del poder y de la riqueza, el ódio ciego del adversario, el desenfreno brutal de la *bestia* política que lucha con las fauces enrojecidas por gozar largo tiempo de los frutos del botín.

Á pesar de todo, y á despecho de esas restricciones, Assis Brasil ha escrito una obra notable, inteligente, digna de ser apreciada y leída por todos los hombres de su país que se sienten superiores al medio político en que viven, y pugnan por educar y preparar á su pueblo para el ejercicio franco y leal de sus derechos de ciudadano. Son obras de esa clase y autores de su talla los que traerán la regeneración verdadera de nuestra América, tan poco preparada todavía para el ejercicio de la democracia. En ese sentido, ella merece la mayor consideración y simpatía, no sólo por las ideas elevadas y generosas que la inspiran, sino también por el acierto con que propende á poner en descubierto muchas de las raíces de los males que nos devoran y encuentran una personificación funesta en los últimos tipos del caudillaje continental, ya próximo á desaparecer. En efecto, cualesquiera que sean las reservas que puedan formularse sobre la eficiencia de la obra de Assis Brasil para el fin que él se ha propuesto al trazarla, lo cierto es que todas sus partes son armónicas y estimables, tomadas separadamente, y que de su lectura pueden sacarse ideas sanas, fecundas y exactas sobre muchos de los problemas políticos de actualidad que preocupan la atención del mundo.

Tal sucede, por ejemplo, con el *parlamentarismo*. Sin caer en las sátiras más ó menos justas de Max Nordau, Assis Brasil examina con altura las ventajas é inconve-

nientes del sistema parlamentario, acabando por convenir, con Emile Laveleye, que el parlamentarismo ha burlado muchas esperanzas y que su absolutismo *sui generis* es capaz por sí solo de arruinar las bases del sistema representativo. Sus opiniones coinciden en este punto con las de uno de los más distinguidos pensadores contemporáneos, William Hartpole Lecky, autor del precioso estudio *Democracy and Liberty*, que sin duda conoce Assis Brasil, no obstante su horror á las citas de autoridades extrañas. Según el eminente publicista inglés, uno de los más característicos rasgos de los últimos años del siglo en que vivimos es el descontento general que provocan los cuerpos representativos, no solamente en Europa sino también en los Estados Unidos. « En algunos países — añade — el sistema parlamentario significa variación constante de gobierno, finanzas en ruina, rebeliones militares frecuentes, sistemático manejo de constituyentes. En la mayor parte de los países se ha mostrado singularmente estéril en altos talentos. Parece haber caído más y más bajo en el control de hombres de estampa inferior; de habilidosos charlatanes ó intrigantes; de intereses seccionales ó de grupos reducidos, y la afección y el respeto que él inspiraba á varias naciones ha disminuído visiblemente. Laveleye ha hecho notar con verdad el suspiro de alivio que se siente en algunas partes cuando el parlamento suspende sus sesiones, y el creciente sentimiento de que

América ha obrado cuerdamente restringiendo muchas de las legislaturas de sus Estados á sesiones bienales. Observa, con alguna crueldad, que Italia tiene una ventaja especial en su capital — la malaria de Roma — que limita eficazmente las sesiones del Parlamento ». En el fondo, estas mismas opiniones aplicadas á su patria, se desprenden de la obra vasta é interesante del escritor brasilero destinada á probar, como lo dice su autor en las últimas palabras de su estudio, que la índole y las más esenciales condiciones del Brasil son inconciliables con el parlamentarismo, en tanto que ellas se armonizan fácilmente con el espíritu del gobierno presidencial.

XIX

Para dejar diseñada la fisonomía de los más distinguidos críticos del Brasil actual, debo ocuparme, aunque no sea con la extensión que reclamaría un estudio completo de su intelectualidad, de Tristán Alencar Araripe Junior, cuyo nombre he mencionado frecuentemente en el curso de las páginas anteriores. Con Silvio Romero y José Verissimo, él ha emprendido la obra interesante y difícil de *explicar* el espíritu brasilero á sus contemporáneos y en algunos de sus libros ha llegado á resultados notables de penetración y clarovidencia. Pero, menos ecléctico que sus compañeros, menos abierto á las influencias exteriores, su originalidad reside principalmente en su apego al terruño nativo, en su adaptación perfecta al medio en que vive, en una palabra, al *nativismo* literario que se confunde en él con el nativismo político. El carácter intransigente de la pasión patriótica es el distintivo del

hombre y del escritor; tal vez por eso él interpreta con más verdad en su estilo y en sus ideas los rasgos característicos de la modalidad brasilera.

Los primeros ensayos literarios del señor Araripe Junior se limitaron al campo de la novela. Acabo de recorrer rápidamente una de sus primeras obras *O ninho do beija-flor* (El nido del picaflor) publicada en 1874, y debo confesar que este primer aleteo de su musa debió parecer á sus contemporáneos una promesa mediocre de dotes literarias. Parece que antes había publicado una serie de *Contos brazileiros* (1868) y una *Carta sobre la literatura brasilera* (1869), que no ha llegado á mis manos. Si he de atenerme, sin embargo, al *Nido del picaflor* y teniendo en cuenta el progreso natural en que debe confiarse tratándose de un escritor que lucha por adquirir una forma y un estilo propios, aquellos primeros frutos de su vergel no debían ser famosos. Conozco pocas obras más infantiles, más simples en su forma y en su argumento, que el *Nido del picaflor*. El romanticismo extravagante y ridículo de su héroe, la pintura de Alice, que se complace en torturar el corazón de aquel infeliz con una inconsciencia perfecta del martirio á que lo somete, todo es allí flojo, diseñado al tanteo, escrito en ese tono ditirámbico que acusa al principiante literario y delata los primeros ejercicios de una mano que se ensaya. El desgraciado Theobaldo aparece en la novela en un estado de excitación nerviosa extraordinario,

como un poseído ó un maniático. Sombrío como los héroes byronianos, se dirige al Jardín Botánico, toma allí un narcótico, y después de varias tiradas trágicas, suspiros, maldiciones, lamentos y despedidas, resuelve poner fin á sus días y se dispara un tiro de revólver. Felizmente, en ese mismo instante, un médico á quien ha confiado por medio de una carta su resolución, llega en su auxilio y tiene tiempo de recogerlo y conducirlo á su casa, donde los cuidados maternos acaban de reanimarlo. Su carta de despedida es un verdadero «trozo selecto» de literatura de catorce años: «Un insecto venenoso, Marcos, picó la flor de mi juventud como al Werther de Goethe. Mi madre infeliz, al lanzarme á este mundo, no pensó en dar el ser á un triste condenado. El estigma de que habla el héroe de Shakespeare, esa facultad deforme que suele anular las más bellas cualidades del hombre, alzóse desde el fondo del alma, abriendo la más tremenda lucha contra la razón y el entendimiento. Fué así que las cosas empezaron á presentárseme sólo por el lado negro y horrible. Y mi temperamento sensible y enfermo, llevado al auge de su desenvolvimiento, hízome sucumbir aplastado y perdido en el vacío que se rasgó en las profundidades de mi alma. Debilitado el espíritu, á poco me sentí paralítico moral. La parálisis moral es el mayor tormento que pudo infligirse al mísero mortal que en este valle de lágrimas habita»... *Et sic de ceteris.* Esta curiosa «exposición de motivos», continúa en el

mismo tono durante veinticinco páginas impresas. En fin, y para no torturar más á mis lectores que estarán ansiosos de conocer el final de la historia de este Manfredo «al opoponax», les diré que después de salvar á Alice que cae en las aguas del río de la Tijuca, Theobaldo, á pesar del «estigma» y del «insecto venenoso», acaba por casarse con la casquivana, y, como dice uno de los personajes de la novela, «el ángel de los castos amores abriga á la pareja bajo sus cándidas alas».

Sentiría que se pretendiera encontrar un móvil satírico en el rápido análisis de esa obra juvenil. En realidad, ella es lo que debe ser, y creo que todos los que han pasado por la época de la iniciación, deben mirar con simpatía estas primicias de un talento que se ignora á sí mismo. No todos tienen el envidiable privilegio de ser «niños sublimes» en la aurora de la vida. *El nido del picaflor* está á la altura de las demás obras de su especie, escritas en la adolescencia, con una feliz ignorancia de las dificultades del arte. El error tan disculpable y humano, por otra parte, que no me atrevo á condenarlo, está en dar á la estampa esos ensayos prematuros, que carecen de importancia y de interés. Pero en Sud-América es raro el escritor que no se haya hecho reo de un delito semejante. ¡Felices todavía los que como el señor Araripe Junior, pueden hacer absolver, con sus obras posteriores, los pecados veniales de su infancia intelectual!...

En el *Reino Encantado,* publicada en volumen en 1878, se nota un visible progreso. Sin duda, muchas objeciones pueden hacerse á esa novela ó «crónica sebastianista», como la denomina su autor, y no hay poco que observar respecto al desarrollo de su argumento y á las escenas que ocupan su segunda mitad. Pero, con todo, el interés que ella despierta desde el primer momento, se mantiene vivo durante la mayor parte de la obra, y aunque ese interés sea del género del que inspira *Alí Babá y los cuarenta ladrones* ó cualquier otro cuento árabe igualmente inverosímil, lo cierto es que ese libro se lee fácilmente. La vida de las *fazendas,* durante la época de la esclavitud, la sublevación de los negros, el tipo de Vasconcellos y de su esposa, todos los primeros capítulos del libro son acertados y felices. En la segunda parte misma, en el cuadro de las escenas brutales y terribles del campo de los fanáticos, hay detalles de una realidad viviente mezclados por desgracia á exageraciones y extravagancias que acusan todavía la mano juvenil. El tema de la narración es emocionante y curioso; pero los incidentes de la vida de los sectarios del «Rey Divinidad» se alargan demasiado, y á fuerza de querer prolongar la emoción que inspiran aquellas prácticas sangrientas, la imaginación se fatiga y se ven con demasiada claridad las «ficelles» de la historia fantástica. Las hecatombes horribles que preceden al asalto de los invasores, el suplicio brutal de Juan Ferreira, la deca-

pitación de la inocente criatura que quiere bañar con su sangre el ara de la Piedra Hermosa, producen un efecto de monstruosidad inútil y falsa, y en vez de aumentar el interés del lector lo debilitan y enervan. Pero el estilo de la novela es más firme, más colorido, más literario y hay en ella cierto soplo inspirado que falta en absoluto en ese idilio gris del *nido de picaflor*. La misma ferocidad romántica y artificial de la leyenda que sirve de base á la obra, tiene cierto sello de grandeza indiscutible. Á través de muchos años y en medio de las brumas del recuerdo, al terminar la lectura de *El Reino Encantado* he sentido una impresión mucho más débil, pero análoga á la que, en los días de mi adolescencia lejana, me produjo la lectura de *Bug-Jargal*.

Los ensayos novelescos de Araripe Junior terminan con la publicación de *Chico Melindroso* y de *Luizinha*, un romance de costumbres cearences. No conozco ninguno de estos libros, pero el silencio en que ambos han caído me autoriza á suponer que, sin carecer tal vez de condiciones apreciables, ellos no darán la medida del talento de su autor. Para apreciar ese talento en toda su amplitud, debo, pues, penetrar de una vez en el análisis de sus obras críticas.

XX

Según Araripe Junior, la reconstitución de sus ideas data de 1873. «Fué en ese año,—dice en la advertencia que encabeza el volumen de su estudio sobre *José de Alencar*, — que leí por la primera vez las obras de Spencer, la *Historia de la Civilización de Inglaterra* de Buckle y los trabajos críticos de Taine. Residía yo entonces en la provincia del Ceará, cuando se formó allí un círculo de jóvenes estudiosos, del cual se constituyó centro el fallecido Raymundo de Rocha Lima, discípulo fervoroso de Comte. En este círculo pasáronse en revista, en cuanto lo permitían las fuerzas de cada uno, todas las ideas del siglo. Como era de esperarse, no pasó mucho tiempo sin que las conversaciones se hicieran diario, y el diario tribuna. La cuestión religiosa estaba en su auge. Organizáronse conferencias contra el clero, y ese movimiento llegó á conmover de tal modo la opinión católica, que un ilustrado jurisconsulto no vaciló en dar

á Fortaleza el nombre de la Tubingia brasilera. Al lado de Capistrano de Abreu, de Thomas Pompeo, y de otros fuertes del círculo, entré en esos ensayos... Sin estudios científicos, tan poco accesibles aún hoy á los bachilleres en derecho, después de esto, fué lenta para mí la ascensión de la montaña filosófica. Yo no podía ser indiferente al ingreso en el país de nuevas ideas; pero estaba obligado, por higiene, á sujetarme á un proceso de asimilación cautelosa. Si lenta fué, pues, la transformación mental, más lento debía ser todavía el cambio de los bastidores literarios, de los engranajes empleados en la composición, de los hábitos en fin adquiridos en la primera lección... »

He transcripto todo este párrafo, porque en su noble franqueza, y á pesar de sus afirmaciones inexactas de sobriedad en la adopción del nuevo credo, él da una clave perfecta de la modalidad crítica de Araripe Junior, y explica con claridad la forma de su estilo. En efecto, ese esfuerzo de voluntad que él no hace sino insinuar, esa iniciación repentina en un mundo de ideas nuevas que lo deslumbran y se apoderan de su espíritu con el «rayo» de las pasiones instantáneas, se refleja en una cierta contracción, cierta dureza de que se resiente su estilo de crítico hasta en sus obras últimas. Se diría que aquella lucha por ahogar el romántico que existía en el fondo de su naturaleza, por matar ese «*poète endormi, toujours jeune et vivant*» á que se refiere el precioso soneto

de Musset, ha dejado impresa en su espíritu una señal indeleble. Desde entonces, su frase laboriosa y cincelada pierde en gran parte el fuego de la espontaneidad y la alegre ligereza de su genialidad nativa. Su pensamiento se funde en moldes severos, se enfeuda al canon de principios filosóficos inflexibles. Un prurito de conciencia exagerado lo obliga á encarrilarse en un camino invariable y le impide esas escapadas bruscas, esas digresiones alegres en que la fantasía se abandona á sí misma y ocupa un asiento en el carro ligero de la reina Mab. El crítico se entrega con austeridad al cumplimiento de su misión filosófica. Hay cierta exageración de puritanismo de neófito en esa fría voluntad con que él encara el estudio de la obra literaria, en la lenta disección de su análisis cauteloso y tranquilo. Basta recorrer su larga é interesante obra sobre José de Alencar para ver la verdad de estas observaciones. El señor Araripe Junior está estrechamente ligado por vínculos de familia con el autor de *Guarany* é *Iracema*. Su estudio es excelente y deja poco que desear en cuanto se refiere al examen de la vida intelectual del novelista brasilero. Araripe Junior desmonta sus obras, examina sus resortes, muestra los más pequeños rodajes de ese mecanismo frágil y complicado, con una minuciosidad y paciencia de joyero suizo... Y, sin embargo, al terminar la lectura de ese trabajo lleno de mérito y que revela un talento distinguido, la imagen de José de Alencar

permanece turbia en nuestro espíritu, ella no se diseña con rasgos definidos á nuestros ojos. Todo lo que se refiere á la psicología del «literato» es acertado... El retrato del escritor parece uno de esos esbozos al carbón que los pintores preparan sobre la tela blanca para llenar sus contornos con la pincelada colorida. Los rasgos de la fisonomía de José de Alencar se encuentran allí diseñados con fidelidad, las proporciones han sido concienzudamente guardadas, y el trazo de las líneas seguras, revela un pulso firme y una ciencia apreciable del dibujo... ¿Qué falta á la obra para que sea completa? Falta la tonalidad cálida del pincel que mezcla sin temor los colores de la paleta, falta el relieve que da la sombra bien distribuída, falta en suma ese golpe atrevido del artista que confía en los hallazgos de su audacia, ese *coup de pouce* irresistible que en la esfera de la escultura es lo único que hace que una *terra cotta* industrial, armoniosa y tranquila, se diferencie de un boceto de Carpeaux ó de Falguière.

Sin embargo, es necesario no exagerar el sentido del símil, para no caer en una gratuita injusticia. La obra crítica de Araripe Junior es una obra de arte verdadera, y tiene un valor real, á pesar de las exigencias de su método exclusivista. Lo que se echa de menos en ella es lo que para su autor sería más fácil añadirle, si al escribir como lo hace no se sometiera de antemano á un programa inflexible. Y es necesario agregar que esa

misma disciplina de sobriedad, de análisis frío, de observación positiva y científica, ha sido quebrantada más de una vez por el distinguido autor en sus últimas publicaciones, en el notable estudio sobre *Gregorio de Mattos* [1], que es un modelo del género, en el *Movimiento de 1893* y especialmente en la fantasía desenvuelta y brillante titulada *O crepusculo dos povos* [2].

Consideremos, por ahora, el estudio ya mencionado sobre *José de Alencar* [3]. Siguiendo el método de Taine, Araripe Junior principia por enumerar las fuerzas primordiales que obran sobre el novelista. «No estará de más recordar—dice—que el autor de *Guarany* vió la luz del día en un clima tórrido, donde la tierra y concomitantemente sus habitantes pasan por sacudimientos periódicos, ocasionados por el terrible fenómeno de las *sequías*». Considerado el medio en que se desenvolvió el escritor, Araripe Junior estudia el conjunto de circunstancias ambientes hereditarias, etc., que pudieron ejercer una acción importante sobre su desarrollo intelectual. La historia psicológica de los padres de Alencar tiene su puesto señalado en esta parte del libro, el transplante del adolescente del centro tropical en que na-

(1) T. A. Araripe Junior, *Litteratura Brazileira; Gregorio de Mattos,* Fauchon y Cª, 1894.

(2) T. A. Araripe Junior. *Litteratura Brazileira. Movimiento de 1893. O crepusculo dos povos,* Rio de Janeiro. Typographia da empresa Democrática Edictora. 1896.

(3) T. A. Araripe Junior, *Litteratura Brazileira. José de Alencar,* 2ª edición, Fauchón y Cª. Rio de Janeiro. 1894.

ció á la capital del Brasil, su educación en San Paulo «y la convivencia en esa tierra donde todavía son tan vivaces las tradiciones respecto á los primeros exploradores del Brasil». Siguiendo en este camino, el crítico llega al análisis de la facultad dominante de su modelo y la encuentra en el «dón de lo grácil» que le parece el rasgo característico y permanente de su talento literario. Es inútil seguir más lejos el desarrollo de las formas del análisis de Taine aplicado por el distinguido crítico brasilero á la obra vasta y compleja de su pariente y maestro. Con lo dicho basta para que se vea cuán sincero es Araripe Junior al expresar la influencia ejercida sobre su método por el gran filósofo francés, que si bien no puede ser llamado el verdadero iniciador de la crítica natural, porque este honor correspondería con más justicia á Sainte-Beuve, ha sido el organizador de esa crítica, «á la que ha impreso el carácter de un espíritu esencialmente organizador, sujetándola á una disciplina sistemática» (1).

---

(1) George Pellissier, *Nouveaux Essais de Littérature contemporaine*, 1895.

XXI

Los resultados de la aplicación severa de este método son, por otra parte, excelentes. Para verlo, creo suficiente transcribir este párrafo en que están indicadas las influencias psíquicas que pesaron sobre la intelectualidad de José de Alencar, en aquellos años que Goëthe ha llamado «de aprendizaje». «En sus *Cartas sobre la Confederación de los Tamoyos*—dice Araripe Junior — hállanse registrados todos los progresos de esta influencia. Como en la costra de un terreno de formación reciente, encuéntrase allí la historia de todas las capas que fueron superponiéndose á la lava primitiva y con ella se amalgamaron. Un examen cuidadoso de esas cartas muestra cuánto atrajeron su imaginación los Hafiz de todas las literaturas, los fulgores del genio oriental; pero como su sensibilidad no congeniaba con los rigores y las enormidades fulminantes, con las acritudes apocalípticas de las imaginaciones puras, más de

una vez tuvo que evadirse por la melancolía que le inspiraban ciertos aspectos de la naturaleza. Así, vense las brutales y candentes manifestaciones de Hugo quebradas por la fibra chateaubriánica, una claridad benigna que envolviendo á toda la naturaleza, la transforma en una fantasmagoría. Á sus ojos, el sol no abrasa, antes nos obliga á vivir deliciosamente; á su influjo todo se dora, todo se diafaniza, todo se deshace en suavidades, en medio de las cuales el amor vívido se dilata en ondulaciones voluptuosas. Ocúltase lo enorme, deshácense los aspectos terribles, para sólo revelarse las lozanías, el ánimo, el donaire, los caprichos y las coqueterías de la prolífica Ceres. Es así como él lamenta «que el sol de su tierra, ese astro lleno de luz y esplendor, no inspirase á Magalhaes versos más empapados en entusiasmo y poesía». «Si fuese poeta—dirá el futuro autor de *Iracema*—si quisiese componer un poema nacional, pediría á Dios que me hiciese olvidar por un momento las ideas del hombre civilizado, y embreñado en los matorrales seculares, contemplaría las maravillas de Dios; vería al sol erguirse en el seno del mar de oro, á la luna deslizarse en el azul del cielo, oiría el murmullo de las ondas y el eco profundo y solemne de las florestas»... La patria de tal artista es una especie de Arabia encantada, donde la vara mágica del genio en todas partes imprime tintas de felicidad. Esta es la tierra del amor. ¡Pero qué amor! un amor edénico y al mismo

tiempo caprichoso como sólo el Oriente sabe producirlo. El amor á que él aspira es «uno de esos amores poéticos, inocentes, que tienen el cielo por dosel, los llanos verdes por cortinas, el césped del campo por diván y que la naturaleza consagra como madre extremosa». No es de admirar, pues, que la mujer, atravesando esos sueños, no se presente sino como una *nimiedad* gentil, cercada de candores y toques infantiles, y que todas sus concepciones propendan hacia lo que la naturaleza contiene de más tenue, perfecto y delicado «en el débil rozar de los árboles, en los murmullos de las ondas, en los ceceos de la brisa, en las *hojas de rosa de la armonía*». Los tipos que más le entran en el corazón, son la Eva de Milton, la Haydée de lord Byron, la Atala de Chateaubriand, la Cora de Cooper. Todo en aquellas cartas está denunciando que lo *grácil* para José de Alencar habíase constituído en la fórmula de la poesía».

El análisis de las producciones de Alencar no es menos exacto y delicado. Araripe Junior empieza por examinar aquellos fáciles folletines que el distinguido escritor reunió después con el título de *Al correr de la pluma*, mostrando la alegre ligereza del estilo de esas páginas brillantes en que se da rienda suelta á la imaginación poética de su autor. Algunos de los párrafos que nos transcribe, recuerdan la manera lírica y los interminables arabescos de las fantasías de Jules Janin. Á estas juveniles divagaciones literarias siguen los pri-

meros ensayos novelescos, hasta culminar en el *Guarany*, que es hasta hoy el más hermoso florón de su diadema. Acabo de releer ese libro simpático y, á pesar de lo artificial de su trama, de lo poco real de sus escenas, confieso que encuentro en él una seducción inocente é irresistible. Sería cruel desmenuzar á la luz de la crítica positiva y con el criterio realista de nuestra época, ese cuento azul donde todo es falso, legendario, fantástico, inverosímil. Pero así y todo, ¡qué entretenida es la lectura de esas páginas que corren insensiblemente, qué dulzura se encuentra en ese estilo imaginativo y pomposo que no fatiga un solo instante, y con cuánta suavidad se hamaca el pensamiento al ritmo de esa frase corta, armoniosa, en que transciende un vago compás de exámetro latino! Los hechos heroicos de aquel indio que habla con las sutilezas de un cortesano de Luis XIV [1], y que bajo su primitivo traje de plumas esconde el corazón de un Bayardo, ennoblecen á nuestros ojos la naturaleza humana y seguramente producen un bien moral superior al que hallarán los jóvenes de nuestra época en la biografía de Copeau ó de Claudio Lantier. Las páginas que consagra Araripe Junior á la

(1) Véase, por ejemplo, la escena en que Pery explica á Cecilia, que la llama *Cecy* porque esta palabra indígena traduce lo que él siente respecto de ella y *Cecy* «es lo que el indio tiene dentro del alma». La criatura inocente pregunta á su padre el significado de la palabra *Cecy* y éste le indica que es un verbo que equivale á *doler, sufrir*. Con razón dice el señor Araripe Junior: «¿Qué gallardo mancebo de los más eximios en las justas del galanteo conseguiría herir á su amada con tanta dulzura y delicadeza?»

crítica de esa obra son hermosas, y reflejan fielmente el tono y el espíritu de la mágica narración. La impresión que ella produce ha sido traducida de una manera excelente, con una delicadeza de tintas y una seguridad de criterio que revelan la nítida penetración del artista y del psicólogo. No es posible transcribir todo ese trozo interesante, que se prolonga durante varias páginas, y mutilarlo sería hacerle perder una gran parte de su mérito. Sin embargo, para dar á mis lectores una idea del método y del estilo del crítico, voy á traducir aquí el fragmento final del análisis del *Guarany*.

« Si hubo talento en los idealistas, dice Araripe Junior, ese talento consistió en convencernos de la verdad de sus caprichosas creaciones. No puede negarse que José de Alencar, en el epílogo del *Guarany*, á pesar de romper á cada paso con lo real, llega á embebecernos en la posibilidad de aquellas fiestas de la naturaleza, en aquel despuntar de amor en Cecilia por el brusco Goytacáz. ¡Está la ilusión tan bien dispuesta, las luces y los cambiantes expresados en la tela por el mágico pincel nos postran en una languidez tan dulce, en una tan grande *nostalgia celeste!* ¿Quién hay que no siga con el corazón palpitante aquella canoa que resbala como una sombra por la faz lisa del Parahiba, arrebatando la intangible *Yara* á las devastaciones de los Aymorés? ¿Y la transfiguración de ese humilde Pery, que por último tiene más de ángel de las florestas que del antropófago descrito por

Hans Stade y Lery? En plena selva, la fantasía del poeta expándese en descripciones de un color nativo admirable, en las cuales, usando una expresión suya, encuéntranse todas las acritudes de la manga y del cajú; los paisajes despliéganse en un tropicalismo intenso; recuerdan incontestablemente á Chateaubriand, pero desprendido de ese ofuscamiento de un espíritu exaltado por el desierto, de esos éxtasis histéricos que impulsaron á Proudhon á calificar de *femmelins* á todos los escritores que se ligan á Rousseau. El sentimiento de la soledad es quebrado á cada instante por el perfume de las gardenias y por el vuelo de los colibríes. La inmensidad retráese para formar un grupo conciso y nítido, donde el espíritu del lector atiénese á una visión concreta y viva.

«Cecy, despertando de la pesadilla que la perturba, colocada en medio de aquella soledad, abrigada únicamente por el brazo del salvaje, después de consolarse y someterse al destino, anestesiada por los cariños del amigo que la conduce invulnerable y respetada por las fuerzas brutales de la naturaleza bravía, vése por la primera vez sola, delante de «aquel silencio que parece hablar », donde «las sombras se pueblan de seres invisibles, y los objetos en su inmovilidad parece que oscilan en el espacio ». El indio duerme postrado por el cansancio en el fondo de la canoa, y ella, la debilidad entregada á la fuerza, no tarda en conmoverse en frente del esclavo que se transforma en héroe. «Como los cuadros de los grandes pin-

tores que necesitan luz, un fondo brillante y una moldura simple, para mostrar la perfección de su colorido y la pureza de sus líneas, el salvaje necesitaba del desierto para revelarse en todo el esplendor de su belleza primitiva». Cae la capa del Goytacáz « surge el hombre ideal, el amante desprendido de todas las preocupaciones sociales, fuerte, con esa fortaleza que sólo poseen las naturalezas virginales. El hijo de las selvas, el señor de las florestas transfigúrase á los ojos de Cecy: «las montañas, las nubes, las cascadas, los grandes ríos, los árboles seculares, sirven de trono y de dosel á ese monarca de los bosques». Admíralo y agradece su abnegación; contémplalo besado por la brisa matutina, acariciado por las aguas del río que palpitan dulcemente, por los abanicos de las palmeras que se agitan rumorosas. Una filosofía que no es de la tierra, una filosofía celestial introduce en su alma una gran resignación. Recuerda ligeramente su vida de otrora y una lágrima asoma á sus ojos y cae sobre el rostro de Pery. El indio despierta y un mundo de nuevas y desconocidas sensaciones comienza para ella en esta dulce intimidad. Su encanto crece á medida que el indio se expresa en su lenguaje pintoresco. Ella « es como la tortolilla, cuando atraviesa el campo, siéntese fatigada y descansa sobre el ala de un compañero que es más fuerte»; él es quien «guarda su nido mientras duerme, quien va á buscar el alimento, quien la defiende, quien la protege». Estas comparaciones la sobresaltan al prin-

cipio, pero no impiden que sus almas se confundan, que los ojos de Pery brillen con más ardor, que él se repute su esclavo... su hermano. Cecilia, por fin, olvidada de todo, familiarizada con la selva, que gracias á Pery conviértese en el verdadero *boudoir* de una sultana para satisfacer sus menores deseos, se adormece en un lecho de flores arrullada por los sonoros ruidos que se difunden á su alrededor. Pery, sin embargo, presiente la convulsión de los elementos que lo rodean, ve al Parahiba erguirse en las ferocidades de una inundación y prepárase para disputar su *señora* á las garras del cataclismo. La niña es colocada en la canoa y el indio vuela delante de la tormenta; no tarda en ser alcanzado por el peligro, y trémulo, con la inocente criatura adormecida en sus brazos, acógese al tronco de una palmera. El torrente, entre tanto, recrudece con todos los horrores de los fenómenos de esta clase; las aguas, poco á poco, suben amenazando el abrigo; llega el momento crítico; el indio es un héroe, baja, se sumerge, y realizando un trabajo de Hércules, consigue desarraigar la palmera. En medio de la inmensidad de las aguas boya el improvisado esquife «como una isla de verdura, bañándose en la corriente». Por la primera vez el valeroso salvaje desespera por no poder ahorrar á su señora un momento de terror; pero, aun así, él que venciera al tigre, que venciera á los hombres, que venciera al veneno, cree vencer los elementos, y perdido en la soledad tumultuosa del río,

piensa en salvarla en un pliegue del horizonte. La palmera deriva, arrastrada por la corriente, para perderse en lo infinito de los mares, y los dos amigos, embebiendo su alma en un sentimiento de ternura inmensa, coronan el romance con las tintas más delicadas y gráciles de que se sirvió la inspiración de José de Alencar: « el hálito ardiente de Pery pasó por su rostro; el semblante de la virgen se convirtió en un nido de castos rubores y límpidas sonrisas; sus labios se abrieron como las alas purpúreas de un beso que alza su vuelo ». ¡La dulce nostalgia que deja en el alma este final vago y vaporoso disculpa bien las violencias cometidas por esa musa femenil contra los documentos de la vida real! »

XXII

En el estudio sobre Gregorio de Mattos, aparecen bajo una nueva luz las cualidades notables de Araripe Junior. En el prefacio de su libro, el autor nos hace saber una vez más que, «orientado en el evolucionismo spenceriano y adiestrado en las aplicaciones de Taine, procuró después fortalecerse en el estudio comparado de los críticos modernos». Añade en seguida que «todos los puntos de vista de la exégesis nueva han sido objeto de sus preocupaciones, que toda idea buena ó mala, aprovechable ó inútil, es siempre humana y no debe ser despreciada»; el propio pesimismo y sus variadísimos dialectos literarios le van enseñando á discernir mejor las cosas humanas y á dirigir el espíritu poniendo á un lado lo que es fortuito. La curiosa fisonomía literaria de Gregorio de Mattos lo atrae, por otra parte, por tratarse de un hombre y de un poeta que tuvo el valor de ser *nacionalista*. «Gregorio de Mattos, dice,

hízose *nativista* sin saberlo, pero halló todas las formas del nativismo que están en boga en la actualidad». Á pesar de mis esfuerzos, confieso que no he podido encontrar en el viejo coplista brasilero ninguno de esos rasgos jacobinos que constituyen el credo y programa de los patrioteros de nuestros días. Lo que veo en él es un chistoso de la vena y de la escuela de Quevedo, aunque, como lo hace notar Araripe Junior, sin el fondo filosófico, sin la ciencia y las grandes cualidades del maestro español. Desenvuelto en aquel medio curioso de la vida colonial de Bahía, tan admirablemente retratado en el crítico brasilero, la vena sarcástica de Gregorio de Mattos debió ensayarse en la pintura de los modelos que se presentaban á sus ojos. No era extraño que el satírico *declassé* tomara por blanco de sus ataques á los representantes del gobierno portugués, porque, en su vida de bohemio, él debía sentirse herido por los avances de toda autoridad. Pero de sus burlas y de sus epígramas contra los *Braço de Prata* y otros funcionarios prevaricadores, al sentimiento hostil y feroz con que los nativistas del día convierten al *galego* en macho cabrío expiatorio y descargan sobre él todas sus iras, hay una diferencia marcadamente sensible.

La biografía de Gregorio de Mattos es el trabajo literario más completo que haya sido escrito en Sud-América, á propósito de un poeta de la vida colonial. Se conoce que ese estudio ha sido hecho con amor. Los de-

talles en que abunda arrojan una luz vivísima sobre la vida de aquellos tiempos y constituyen un cuadro histórico lleno de novedad é interés. El análisis de las deformaciones producidas en el carácter de los pobladores europeos por los ardores y el resplandor de la naturaleza tropical, llega á una altura de verdad y de franqueza á que raras veces alcanzan los escritores de nuestro continente. La riqueza del vocabulario de Araripe Junior, el uso frecuente de términos de *slang* y de criollismos brasileros, imprimen á esas páginas un colorido local extraordinario y hacen que su expresión se aguce y traduzca con fidelidad los más variados matices, los detalles más característicos. Su teoría de la *obnubilación,* de que he hablado á mis lectores al comienzo de esta obra, aparece con todo su prestigio, y á través de ella se ve el proceso de deslumbramiento que como pródromo de su adaptación posterior á aquel medio capitoso, sienten los primeros aventureros europeos. La descripción del erotismo enfermizo, de la sensualidad mórbida en que caen los colonos enervados y excitados sucesivamente por aquel medio ardiente y afrodisíaco, posee una fuerza indiscutible. Esa página cruda explica con tanta franqueza toda una faz curiosa de la vida del mestizo, que me parece interesante hacerla conocer de mis lectores.

« No tardó en unirse á ese elemento erótico, el fuerte sensualismo de los africanos. Ese importantísimo elemento de nuestra colonización impregnó á Bahía, más

que á cualquiera otra región del Brasil, de unas tonalidades originales de mestizaje, dignas de ser analizadas á la claridad de la crítica de un Taine ó de un Hennequin. La negra *mina,* cariñosa, inteligente y bella, seduciendo por la hermosa carnación y por el busto lustroso y escultural de la Venus africana al portugués libidinoso, no tardó en vencer á la indígena en ese concurso de procreación. Es verdad que la mujer tupinambá tenía la indolencia de las orientales, el abandono de las naturalezas mórbidas, la molicie, la indecisión, la oscilación eterna de la hamaca y un gozo vago, intermitente, casi indefinible. Enervantes, depravadoras, es bien cierto que, si no hubiese ocurrido el otro mestizaje, el colono portugués no hubiera salido nunca de la choza *(tejupar)* ni abandonaría la hamaca para empuñar la azada ó el machete y desmontar la floresta. Pero esa enervación no podía dejar de causarle miedo. Los instintos saben buscar sus caminos. Añádase, que la india desconfiada no era capaz de constituir *foyer.* Al contrario de eso la negra *mina* presentábase con todas las cualidades para ser una excelente compañera y una criada útil y fiel. Esclava, resistente á todos los trabajos, sana, ingeniosa, sagaz, fina, cautelosa, al mismo tiempo que nutría un fuego inextinguible, ella sabía dirigirlo y aprovecharlo en beneficio de la propia prole. Con semejantes predicados y en las condiciones precarias en que en el primero y segundo siglo se hallaba el Brasil en

materia de bello sexo, era imposible que la *mina* no dominase la situación. Y, en efecto, en toda la región del país donde hubo esclavatura ella influyó poderosamente sobre el *galego* y *vacunó* la familia brasilera. Podía entre tanto el padre Nóbrega vociferar cuanto quisiese contra lo que reputaba «grande mal», escribiendo al padre maestro Simón Rodríguez que «la gente de la tierra vivía en pecado mortal y ninguno había que dejase de tener muchas negras de las cuales se llenaban de hijos»; la *mina* no retrocedería, y, victoriosa, daría tono á ese mismo libertinaje, á esa desenfrenada poligamia de que tan ofendido se mostraba el misionero jesuíta. Cada vez más entronizada en el seno de la familia colonial, la africana, cuando no señora del lar, era la mediadora de la cocina y la providencia de los cuartos bajos. No poseyendo fuerza intelectual para elevarse sobre la fatalidad de su raza, ella empleaba toda su sagacidad afectiva en mantener al blanco y á su gente en el entibiamiento de su seno muelle y acariciador... En ese medio lúbrico, pimentado por los *vatapás* y por el *dendé*, fortalecido, intensificado por el coco y por las delicias de la *moqueca* [1], enlanguidecido por las cánticas y *lundús* y por mil otras cosas menudas que la imaginación de la africana inventaba á fin de hacer la vida tan acre como ella la sentía en los adustos desiertos del continente negro; en ese nido de

(1) Especie de *ragoût* hecho de pequeños pescados y de camarones y sazonado con mucha pimienta y aceite de *dendé*.

voluptuosidad engendróse una raza de mestizos, elocuente, resonante, apasionada y un tanto llena de paradojas en las costumbres, la cual, mestiza por la sangre, á su vez se encargó de mestizar las ideas, los sentimientos y hasta la política de los blancos dominadores de la tierra. »

Gregorio de Mattos, según aparece en el estudio de Araripe Junior, fué uno de los más asiduos adoradores de los representantes femeninos de la raza mezclada. La galería de mulatas endiosadas por su musa zafada y retozona, y catalogada por el crítico, es realmente admirable. Araripe Junior sintetiza el carácter del héroe clasificándolo como un *fauno*, y así aparece realmente en ese desborde de himnos en que la más refinada pornografía alterna con los estallidos de la naturaleza irritable de un viejo sileno desdeñado. Toda esa parte de la vida del poeta, tal como ha sido descripta por su biógrafo y comentador, es de un interés palpitante y revela una existencia de juglar y de parásito, digna de figurar en un medio menos primitivo que el de la colonia portuguesa, por lo menos en aquella Venecia artística y pintoresca en que, rodeado de su corte de concubinas, tronaba el Aretino, como un príncipe de las letras, á pesar de que en el fondo no era sino un Gregorio de Mattos con jubones de terciopelo. No me es posible traducir algunas de las estrofas del satírico bahíano, y lo siento, porque todas ellas son altamente divertidas. Me ha lla-

mado la atención encontrar en medio de todas esas trufas del sadismo, un soneto no muy inferior á los millares de la misma clase que nos ha legado el cultismo y el gongorismo español, italiano y portugués de aquella época sonetista. Ese grito de piedad, alzándose desde las sombras de una conciencia tan obscura, vale la pena de ser registrado, máxime cuando puede ser vertido á nuestro idioma sin cambiar una sola palabra. Hélo aquí:

Pequé, Señor, mas nó porque he pecado
De Vuestra alta piedad yo me despido;
Si mayor es el mal que he cometido
Á perdonarme estáis más empeñado.

Si basta á os ofender tanto pecado
También basta á calmaros un gemido;
Si al pecar, sin razón os he ofendido,
Al pediros perdón os he halagado.

Si una oveja perdida y recobrada
Gloria tal y placer tan repentino
Os dió, como se ve en la Sacra Historia,

Soy, Señor, una oveja descarriada;
Cobradla y no dejéis, Pastor Divino,
Perderse en vuestra oveja vuestra gloria.

Sin embargo, es necesario no dejarse alucinar por esta confesión de pecador arrepentido. La conciencia de su falta no debió ser muy duradera para el poeta mor-

daz, y así pronto lo vemos, por las transcripciones de sus versos, que se encuentran en el estudio de Araripe Junior, desatarse en improperios contra la Sede de Bahía á quien clasifica de «pesebre». Otro de sus sonetos se contrae á hacer una caricatura implacable de la procesión del Miércoles de Ceniza, tal como sale en Pernambuco. Y finalmente, sus acusaciones impúdicas á la vida de monjes y de enclaustradas á quienes presenta en un *sabbat* infernal de desórdenes y libertinaje, muestran cuál era el fondo real de su naturaleza y la violencia de las pasiones de su corazón impenitente (1).

Para dar una idea siquiera aproximada del mérito y el interés del retrato trazado por Araripe Junior, sería necesario transcribir todas las páginas del libro que ha consagrado al más brasilero de los poetas primitivos de aquella nación. Pero, como lo he dicho antes, no estriba solamente la importancia de este trabajo en el estudio crítico de las producciones de Gregorio de Mattos. El fondo histórico sobre el cual se destaca la figura del ga-

---

(1) La tradición refiere, según el crítico de Gregorio de Mattos, aunque el hecho no es seguro, que en su lecho de muerte, al ver aproximarse al obispo de Pernambuco con un crucifijo en la mano y al mirar la figura del Cristo con los ojos ensangrentados, el sarcástico poeta, recordando á unos niños de la vecindad que sufrían de una enfermedad en la vista, improvisó la siguiente cuarteta:

Cuando mis ojos mortales
Pongo en vuestros ojos fijos,
Creo que veo á los hijos
De Gregorio de Morales.

napán rimador, del aventurero famélico, está diseñado con pinceladas intensas. La vida colonial del siglo XVII en el Brasil, las pasiones que agitan aquellos centros curiosos, aquellos núcleos estragados por la barbarie que los rodea, las malversaciones de los funcionarios reales, las debilidades del clero sometido también á la influencia enervante del medio tropical, la exuberancia de la tierra que enriquece á los segundones de la madre patria, infundiéndoles los vicios de la opulencia y el orgullo de los advenedizos, todos los detalles de aquella existencia desenfrenada y sensual son registrados por el crítico con una potencia de evocación que admira; y en la sombra nocturna se ve á todo aquel mundo de mercenarios y leguleyos, de mandatarios y plumitivos, de fazendeiros y trovadores precipitarse, en los ardores de un celo impetuoso, á las plantas de las heroínas cantadas por Gregorio de Mattos, esas mulatas que torturan su corazón é inflaman sus sentidos y cuyo reinado efímero ha pintado con rasgos indelebles el crítico brasilero al seguir las correrías del satírico libertino.

XXIII

Además de Gregorio de Mattos, Araripe Junior ha estudiado la figura romántica de Dirceu, en un opúsculo publicado en 1890. El poeta de las *Lyras* es más conocido y popular que el satírico de *Marinícolas*. Sus condiciones personales y literarias son más *humanas*, por decirlo así, menos excepcionales y por tanto más aptas para inspirar la simpatía. Gonzaga es ante todo un lírico á la manera del español Meléndez y de todos los cantores de ese diluvio de Filis, de Cloris, Iris y demás pastoras fingidas que inficionaron la decadencia literaria del siglo XVIII. Nada más artificial, nada más pulcro y remilgado que esas anacreónticas empalagosas y esas chocheces líricas. Su fecundidad es sorprendente; pero todas sus producciones están escritas en el mismo tono, todas caen en la misma vaguedad y amaneramiento que hace tan insulsa la lectura de sus congéneres literarios. Lo más curioso de este poeta, á mi juicio, consiste en el contraste de su vida y sus

ocupaciones jurídicas, y su papel de amante y zagalete virgiliano. La historia lo representa como un espíritu amamantado en la cultura clásica; lo que no obsta para que, en sus momentos perdidos, lo veamos « bordando un vestido para Marilia con un dedal de oro » [1]. « Aquella ocupación en hora tan peligrosa—dice Araripe Junior—escogida por un ex-oidor, nombrado para una Relación, conspicuo entre los más conspicuos, versado diurna y nocturnamente en la lección de los clásicos, y todavia más aguerrido en jurisprudencia por el manoseo constante de las leyes y de los reinícolas; ese capricho de ejercer el papel de Hércules junto á Onfalia, en un hombre que ya había llegado á los cuarenta y cuatro años de edad, es, á mi juicio, de una importancia capital para la crítica del carácter de Gonzaga; y pintando la situación exacta del espíritu del poeta, descubre la fuente verdadera de donde emanó todo el lirismo de Dirceu ».

He tenido ocasión en otra obra, y al estudiar rápidamente algunos de los representantes de la musa española del siglo XVIII, de señalar los ridículos y deplorables balbuceos del género pastoril, á que pertenecen la mayor parte de las inspiraciones de Gonzaga. Aquel gé-

---

1) Traduzco una estrofa de las *Lyras* citada por Araripe:

Pintan que estoy bordándote un vestido
Y que un niño brillante, ciego, alado,
Me enhebra en las agujas, el flexible
Hilo de oro delgado.

nero artificial y falso, está condenado de antemano á perderse en divagaciones grotescas y á dejar en el paladar la impresión de náusea de un dulce revenido. Ese mal general de la época de Gonzaga, esta enfermedad cerebral, por otra parte, no pervierte solamente las manifestaciones de la poesía española y portuguesa, sino que nace en Italia, penetra en Francia y hace estragos en Inglaterra. Refiriéndose á Sedley, Villiers, lord Backhurst y otros escritores del siglo XVIII, dice Alejandro Beljame, en su admirable estudio sobre Dryden: «Su musa, es necesario decirlo, no posee una inspiración muy poderosa. Ella se agota, en general, en algunas estrofas, ó por mejor decir en algunas coplas, pues hace más bien canciones que otra cosa, aunque á veces también intenta la elegía. No tiene, por otra parte, aspiraciones muy altas, no busca ni las grandes ideas ni el grande estilo; un pequeño pensamiento delicado, envuelto en una forma fácil y armoniosa, he ahí su ideal. Su poesía se llama «gracia»; el epíteto más elogioso que pueda dirigírsele es decirle que es «ingeniosa». Los temas que canta varían poco. Se consagra por entero á las «bellas», á la «belleza», y lord Backhurst, la víspera de un gran combate naval contra los holandeses se cubre de gloria escribiendo versos «á las damas que han quedado en tierra» [1]. Las tiernas confesiones y los desdenes, los

(1) Exactamente el caso de Gonzaga haciendo enhebrar su aguja por Cupido, mientras se prepara el movimiento que llevó al cadalso á Tiradentes.

deseos y los desprecios, la ausencia, los suspiros, la inconstancia, son los temas ordinarios sobre los cuales bordan sus monótonas variaciones. Ella ofrece dulzuras á Chloris (Dorset); á Amoret, á Sacharissa (Waller); á Celimena, á Filis, á Celia, á Thircias, á Aurelia, á Amaranta (Sedley). No desdeña las insulseces y las sutilezas: «Cuando canto en este parque, dice un amante, los ciervos atentos me escuchan y olvidan el temor; cuando confío mi ardor á los olmos, inclinan sus cabezas como si sufrieran á la par mía: cuando dirigiendo mi llamamiento á los dioses, elevo mis quejas ruidosas hasta su morada, ellos me responden con chubascos. Solamente á tí ha sido dado poseer una alma bárbara y cruel, más sorda que los árboles y más orgullosa que el cielo». He ahí el tono, cuando no se llega hasta la simpleza. Wallis dirige sus versos «á una dama que lo puede hacer todo excepto dormir cuando quiere». Canta á «un árbol recortado en papel», á «una tarjeta desgarrada por la Reina». El conde de Roscommon, citado por la gravedad de sus inspiraciones en ese siglo ligero, escribe estancias «sobre una señorita que cantaba bien y que tenía miedo de resfriarse», ó una elegía «sobre la muerte de un cachorro» [2]. Añadiré á mi vez, que en esta misma época, y como un *pendant* del cachorro de Roscommon, en España Forner enderezaba una oda

(1) Alej. Beljame, *Le public et les hommes de lettres en Angleterre au* XVIII. *siècle.*

vergonzante *Á un caballo del Excelentísimo Príncipe de la Paz.*

El perfil literario de Dirceu, trazado por Araripe Junior en una forma concisa, pone de relieve todos los rasgos distintivos de la fisonomía ingenua y simpática de esta víctima del culteranismo anacreóntico. Su juicio se sintetiza en algunos párrafos que valen la pena de transcribirse porque ellos hacen la psicología del género poético, convencional y afeminado, á que acabo de referirme y que, lo repito, inundó las letras del siglo pasado con sus productos incoloros. «Dirceu no era un triste», dice el crítico brasilero. El lirismo nacíale jovial, cristalino, sin brumas, casi siempre matinal. Aunque destituído de imaginación, incapaz de análisis, sin instintos de psicólogo, poeta objetivo, de inteligencia limitada, nada sugestiva, él sabía penetrar el amor que se presenta por la revelación de las formas carnales de la mujer amada y lo hacía original. La idealización se le formaba por las categorías más conocidas del sentimiento humano. Por más que leamos y volvamos á leer las *Lyras,* no encontramos verso que denuncie una tendencia, siquiera fugitiva, para lo épico, para la percepción del cosmos, ó aun para el sentimiento de la naturaleza pintoresca. Fáltale totalmente la adjetivación, que tanto abunda en Homero, en Tasso, en Ariosto; y cuando el poeta por acaso se refiere á algún héroe, á algún tirano, cuando, por ejemplo, habla de César, ó des-

cribe las hazañas de Alejandro, apenas le saltan á los labios un «dichoso pirata» y un «salteador valiente», su musa, como arrepentida, retráese y acaba por espaciarse en la tenuidad afectiva de quien ya confesaba que tratando de decir «héroe y guerra», sólo pronunciaba *Marilia.*»

Sin embargo, Gonzaga ha escrito algunas poesías en que, apartándose del molde uniforme de la lírica pastoril, revela condiciones literarias dignas de ser alabadas. Á ellas se refiere con elogio un distinguido y joven escritor brasilero de quien me ocuparé más tarde [1]. Véanse, por ejemplo, las siguientes estrofas que traduzco libremente de aquel libro interesante y en que se ve un esbozo de los trabajos mineros y agrícolas de la colonia:

Tú no verás, Marilia, cien cautivos
Traer el cascajo y la opulenta tierra,
Ó del cauce de ríos caudalosos,
Ó de las rocas de minada sierra.
No verás separar al hábil negro
Del pesado esmeril que centellea
La gruesa arena, y las pepitas de oro
En el fondo brillar de la batea.
No verás derribar la virgen selva
Ni arder el nuevo matorral lozano;
Su ceniza abonar el blando suelo
Y en el surco sembrar el fértil grano.
No verás enrollar negros paquetes

1 M. Oliveira Lima. *Aspectos da Literatura Colonial Brazileira*, 1896.

Del tabaco fragante con la hoja
Ni en las ruedas dentadas exprimirse
El dulce zumo que la caña arroja [1].

Los estudios histórico-literarios de Araripe Junior, se completan con un libro cuya síntesis nos ha hecho conocer recientemente, y cuya publicación esperan con impaciencia los lectores del distinguido crítico. Se trata de un retrato de cuerpo entero de la curiosa figura del catequizador y misionero jesuíta José de Anchieta [2].

---

(1) He aqui el original de estos versos:

Tu não veras, Marilia, cem cativos
Tiraren o cascalho, e a rica terra,
Ou dos cercos dos rios caudalosos
Ou da minada serra.

Não veras separar ao habil negro
Do pezado esmeril a grosa areia,
E já brilharem os granetes de ouro
No fundo da bateia.

Não veras derrumbar os virgens mattos;
Queimar as capoeiras ainda novas;
Servir de adubo a terra a fertil cinza;
Lanzar os graos nas covas.

Não veras enrolar negros pacotes
Das seccas folhas do cheiroso fumo;
Nem espremer entre as dentadas rodas
Da doce cana o zumo.

(2) Con motivo de la celebración del centenario *anchietano*, el distinguido critico ha dado á la imprenta el indice de su obra y ha escrito en algunas lineas brillantes y elocuentes la síntesis filosófica de su trabajo, que continúa y completa la serie de estudios á que pertenecen Gregorio de Mattos y Dirceu.

Según Araripe Junior, el poeta sarcástico y el propagandista evangélico, á la distancia de un siglo, están vinculados por un eslabón estrecho, no obstante la diversidad de naturalezas. Ambos « representan las necesidades sociológicas del Brasil de aquellas eras ». La dulzura angelical de Anchieta, su talento de dominador y de apóstol, forma el contraste más saliente con el « furor iconoclasta » del autor de *Marinícolas*. Sin embargo, el uno maldiciendo la tierra donde se encuentra y flajelando los vicios de su tiempo con su verbosidad implacable, y el otro derramando la plácida luz de su moral elevada y pura para reducir al salvaje y esparcir las santas semillas del cristianismo, los dos han concurrido en su esfera para la depuración de los vicios coloniales.

« Anchieta, —dice Araripe Junior, en una bella página de severa elocuencia, que sintetiza su juicio sobre la acción providencial del santo misionero, — era lo que se llamaba en aquellos buenos tiempos *una vocación, carácter* en la expresión técnica de psicólogos británicos, — esto es, la obstinación que desde luego domina á ciertos hombres en la juventud y los obliga á ejecutar ó realizar *una vida*. Anchieta nació místico. Á los catorce años era triste, cabizbajo, pensativo; grave, más de lo que permitía la edad; todavía niño, ya tomaba el mundo como una cosa seria, si no misteriosa y digna de la oración. Obstinados han existido para todo: para la virtud, para el vicio, para el arte, para el mundo, para las vic-

torias, para las derrotas, para los actos de genio y para los horrores del crimen. Si son de genio fuerte, hélos convertidos en grandes capitanes, tiranos, déspotas ó criminales célebres; si de índole blanda, mansos, ejecutivos en la meditación, poetas, santos, misioneros ó sublimes delicuescentes. Anchieta pertenecía á la clase de los ejecutivos *en la meditación*. Tenía lágrimas en la voz y fuego en los ojos; y cuando se expresaba producía un dolor delicioso en los corazones de los grandes y de los pequeños, y á todos enternecía con su mirada de cordero celestial. Este fenómeno á que el paganismo no fué extraño, y que le dió el mito de Orfeo, en los tiempos más próximos de la fe religiosa constituía una fuerza extraordinaria para los que podían servirse de ella... Fué con este escudo con el que el padre José se apercibió para su misión. Á esa fuerza debió él todos los milagros que practicó, el prestigio que ejerció y la admiración porque se hizo acompañar de portugueses y de indios, de legos y religiosos y hasta de las fieras salvajes que salían de las florestas para obedecer su mandato.»

XXIV

El último libro de Araripe Junior acaba precisamente de aparecer, pero su contenido me era familiar por haberlo leído casi completo en las columnas de *A Semana* (1). El objeto de esta obra es dar una rápida idea del movimiento literario brasilero durante el año 1893 y el tema es por sí tan interesante que valdría la pena consagrarle una atención mayor que la que permite el tono de estas páginas. Aquel año fué crítico para la política brasilera, y el distinguido escritor empieza por extrañar que la literatura no refleje las agitaciones de aquellos días revolucionarios. La razón de este hecho se encuentra para mí en el carácter de la lucha de que era teatro el Brasil. Las contiendas entre hermanos, por grande que sea el móvil con que quiera disfrazárselas, no son propias para exaltar el espíritu, como sucede con

(1) T. A. Araripe Junior, *O Movimiento de 1893; O crepusculo dos povos*. Rio de Janeiro, 1896.

las luchas nacionales, que irritan y hacen vibrar todas las fibras del patriotismo. Por otra parte, según el mismo autor, «no se puede decir que el movimiento republicano en el Brasil haya sido completamente estéril para el incremento de las letras; pues, por el contrario, más de un hecho denuncia que el cambio de las instituciones, la adopción de nuevas costumbres políticas, el sacudimiento de las ideas, las agitaciones de los espíritus crearon una atmósfera intensa, donde se agitan no sólo ambiciones de poder y de fortuna, sino también de glorias olímpicas y literarias».

He tenido ocasión de señalar anteriormente las veleidades del señor Araripe Junior respecto al movimiento de intransigencia política que se ha denominado en su patria «jacobinismo» ó «nativismo». Conviene advertir, sin embargo, que al ocuparse el distinguido escritor de uno de los libros publicados en aquel año *(Festas Nacionaes)* en que más vivamente aparecen las ideas de este nuevo credo social, él encuentra que el escritor encargado de hacer el prefacio de aquella obra «exageró un poco el punto de vista en que se ha colocado al estudiar el nacionalismo brasilero». Á pesar de todo, Araripe Junior disculpa esta exageración, sobre todo teniendo en vista que ella está destinada á corregir una verdadera enfermedad de indiferencia patriótica y de escepticismo que aqueja á la juventud de su patria. Naturalmente, los culpables de esta epidemia escéptica debían

ser los portugueses, que, según Araripe Junior, al colaborar en los más conspicuos diarios de la prensa fluminense, se consagraban á demoler el sentimiento de la nacionalidad. No podría decir hasta qué punto puede creerse exacta esta acusación de maquiavelismo político. Sea lo que fuere, el crítico brasilero afirma que el dogma de Ramalho Ortigão y otros publicistas era el más soberano desprecio por las patrias. Y todo esto ¿á cambio de qué? se pregunta el autor de *Gregorio de Mattos*. «Á cambio de una patria idealizada por diletantes fatigados por el gozo, la cual andaba huyendo por los buenos hoteles, por las playas de baños, por los *foyers* de las óperas líricas, por los salones de recepción de las cortes europeas, por los canales de Holanda, por el puente confortable de los transatlánticos, por los *boudoir* de las *cocottes* célebres, por las asambleas de grande aparato, por los *caravanserails* de los excursionistas, por las montañas de la Suiza, por las barcas del Nilo, por los museos, por los talleres de artistas y por el mundo del *Tendre*. Esos evadidos de la patria responsable, para la cosmópolis egoísta del placer, cuya situación mental sería inofensiva si ellos no procurasen influir sobre el público y sobre la juventud, bestializándola con las hechicerías del estilo, usaban de un recurso perverso. Del mismo modo que antiguamente en las escuelas el profesor de filosofía racional obligaba al discípulo audaz á detener sus ingenuos raciocinios profiriendo las solem-

nes amenazas: «así iréis á caer en el panteísmo», los embusteros á que me refiero inventaron el ridículo contra el nativismo, y trataron de fascinar á los inexpertos. Nativista importaba lo mismo que ser estúpido; y no existe nada que aterre más á un joven que pasar por incapaz de progresar. La granada, pues, reventaba en el aire, y todos se apartaban, seguros de que los hombres superiores eran precisamente aquellos que más despreciaban la solidaridad con la tierra que les diera la vida y para la cual debían trabajar».

Es interesante conocer el modo cómo Araripe Junior encara la cuestión del nativismo, no tanto por la autoridad legítima de que el distinguido escritor goza entre la juventud de su patria, sino también porque él refleja fielmente las opiniones de una gran parte de los hombres intelectuales del nuevo régimen. En lo que, á pesar del respeto que merecen sus opiniones, no estoy de acuerdo con él, es en considerar al *lirismo* sinónimo de *brasilerismo,* por lo menos teniendo en vista las manifestaciones con que nos ha favorecido durante el año 1893. En ninguno de los poetas cuyas obras examina, y aun en aquellos que menciona para deplorar su silencio, como Olavo Bilac, encuentro yo la más pequeña partícula de nativismo. Lo que ellos no se cansan de manifestar es una intoxicación de parnasianismo, de simbolismo y de decadentismo, adquirida en la lectura inmoderada de los maestros de la escuela francesa modernista

á que pertenece el pontífice Verlaine y el gran sacerdote Mallarmé. Otro de los síntomas que me llaman la atención en las transcripciones que contiene su revista de las últimas producciones en verso, es la tendencia á caer en una sensualidad mórbida, á evocar imágenes que dejan de ser naturalistas la mayor parte de las veces para convertirse en francamente obscenas. Algunos de los jóvenes poetas, sin embargo, poseen una fuerza de expresión interesante y ajustan admirablemente el verso á los cánones de su escuela. Uno de ellos, Arthur Lobo, concluye un soneto de esta manera atrevida :

Es el dolor un animal perverso,
Que domestico, que subyugo y doblo
Al rudo són del cálamo del verso.

La influencia de los maestros es aquí visible; pero ella aparece aún con mayor claridad en otra composición del mismo autor, que también transcribe y elogia Araripe Junior, titulada *Propuestas deshonestas* (1) y que no

(1) Hé aquí el soneto original:

«Disse-me a Estrella: A còr mais bella e optima
Dou-te da minha rutila palheta.
Volve a Harmonia: «E eu dou-te a estranha rima
Mais sonora, mais rica e mais completa».
Vé a epiderme que meu collo anima?
Gemeu á Rosa. «O' venturoso poeta,
Falla por fim o Aroma, a essencia-prima
Dentre todas recolhe a mais discreta.»

es otra cosa que una floja paráfrasis de la célebre canción de *Tragaldabas:*

Le plongeur sur qui la vague déferle
M' a crié du fond des gouffres grondants:
—»Contre Maria, veux-tu cette perle?
—«Merci, fils, j' en ai trente-deux: ses dents!
. . . . . .

Casi todos los compañeros literarios de este joven poeta cojean del mismo pie. Luis Rosa toma como epígrafe el verso de Musset «*Faire une perle d' une larme*», y es un parnasiano transplantado al Brasil. Silvio de Almeida se esfuerza por emanciparse de la acción extranjera, por lo menos así lo afirma Raymundo Correa en el prefacio de su libro *Poesías*. Figuereido Pimentel, según el mismo Araripe Junior, posee «un talento insuperable para falsificar escuelas» y pasa sucesivamente del *Aborto*, espécimen de realismo feroz, á las *Fototipías*, «modelos de plástica parnasiana», y á *Leonor*, donde «se enmaraña en el más fluctuante decadismo francés que es posible imaginar». La panteísta Francesca Julia da Silva, hace sonetos impecables, imitados de los inimitables *Trofeos* de Heredia; Cruz e Souza en el *Missal*

E eu riome, então, ouvindo uma por uma,
As propostas de toda a gente aquella
—Gente invejosa e presumida, em summa.
¡Ingenuidade alvar! porque mais bella
Prenda haverá que valha, e em si resuma,
A côr, a voz, o aroma e o beijo della?

y en *Broqueis* ensaya «una tentativa de adaptación del decadismo á la poesía brasilera», y esa transplantación literaria «se hace tanto más curiosa cuanto que se trata de un artista de sangre africana, cuyo temperamento cálido parecía el menos apropiado para servir de vehículo á la placidez y la frialdad hierática de la nueva escuela» (1). Y en cuanto á los poetas de la pléyade que ha constituído la curiosa *Panadería Espiritual* del Ceará, todos ellos muestran con mayor ó menor intensidad la influencia tiránica, opresora, del espíritu literario francés.

Ocupándose de Cruz e Souza, Araripe Junior, en una interesante digresión, trata de explicar el origen, el programa, y las tendencias del movimiento «decadente», que tantos estragos está haciendo en la juventud sudamericana. Confieso que su explicación no me ha ilustrado mucho respecto al verdadero carácter y propósitos de ese cisma literario. Pero no culpo por esto al distinguido crítico, y debo atribuir más bien este fracaso á mi impermeabilidad para ciertas ideas, ó tal vez á las dificultades de explicar lo inexplicable. Por otra parte, el movimiento decadente no me inspira ni curiosidad ni simpatía. Lector infatigable en mi adolescencia de los románticos franceses, devorador de bibliotecas literarias enteras, como me jacto de haber sido, es lo cierto

(1) T. A. Araripe Junior, *Movimento de 1893*, capítulos III y IV.

que no he llegado á leer á ninguno de los simbolistas y delicuescentes contemporáneos, que los conozco de oídas y sobre todo por el juicio de Lemaître sobre Verlaine y por alguno que otro artículo de Ruben Darío — un escritor de verdadero talento literario — á quien su «ecuación personal» basta para distinguirlo y darle un puesto aparte entre los insulsos imitadores de las extravagancias de los nefelibatas.

Muy lejos estoy de jactarme de esta ignorancia *voulue* y carezco de la autoridad suficiente, hasta en el medio reducido de nuestra vida intelectual, para que esta confesión sea otra cosa que la expresión ingenua de las circunstancias que me impiden dar un juicio cualquiera sobre aquella parte del *Movimiento de 1893*. Para ser enteramente franco, confieso que alguna vez he tenido tentaciones de recorrer las obras de los maestros del género; pero casi siempre me ha detenido la reflexión de que podría emplear mi tiempo con más placer y provecho, volviendo á las obras consagradas del pasado. Por otra parte, por insaciable que sea la curiosidad del espíritu, la producción intelectual moderna es de tal manera considerable que ella hace imposible para los simples diletantes toda aspiración á penetrar á fondo en las corrientes científicas y literarias que agitan á nuestro tiempo. La selección se impone, de una manera implacable. Y, colocado en este dilema, ante mi deficiencia de conocimientos relativos á la literatura inglesa por

ejemplo, y mi carencia de datos exactos respecto al grupo fantástico de los simbolistas, he optado por tratar de poner un pronto remedio á la primera con afán ardoroso, dejando para más tarde ó para nunca el problema de saber si el *Zar Peladán* es un genio ó un loco, si es un apóstol ó un *blagueur*.

Sin duda, después de esta declaración franca, mi crítica sobre cualquier poeta decadente debe quedar forzosamente desautorizada pues mal puedo sentir lo que soy incapaz de comprender. El señor Cruz e Souza, por consiguiente, puede desde ahora escuchar como quien oye llover la franca impresión que he sentido al hojear, porque no los he leído, sus libros. No ha sido una impresión de horror, de sublevación, de rebelión íntima. Ha sido un tenaz cansancio, como el que produce un *radotage* que se escucha con la mente perdida en divagaciones, un invencible fastidio ante ese palabrerío infatigable, esa verborragia de vocablos sin sentido, esa afectación de una originalidad que consiste en encontrar que en la boca «sulfurina» de la amada «hay músicas, hay cánticos, hay vinos» ó en pedir al Sol «que los *monigotes* no puedan grotescamente, chatos y rombos, con *grimaces* y gestos innobles, imperar sobre él». Es de esperar que el Sol habrá tomado en cuenta la solicitud del simbolista brasilero. Entre tanto, Araripe Junior señala en los ardores sensuales de muchas de las composiciones de Cruz e Souza la manifestación de un atavismo de raza

y hasta cita párrafos de un poeta moderno de Senegambia en quien no encuentro la más remota semejanza con las producciones de su compañero de raza. La obscenidad de algunas de las composiciones de éste, como el soneto titulado *Dança do Ventre,* sin entrar en tantas teologías — es para mí una simple manifestación de mal gusto ó tal vez un prurito de llamar la atención con alguna atrocidad «catedralesca», para emplear por la primera y última vez en mi vida, uno de los epítetos favoritos del ardoroso Toussaint-Louverture del nefelibatismo fluminense.

XXV

Ningún escritor brasilero es más conocido y apreciado entre nosotros que el Sr. Joaquín Nabuco. Durante su visita á Buenos Aires, la juventud argentina tuvo ocasión de conocer y tratar á ese hombre de palabra tan brillante, de condiciones personales tan atractivas y de inteligencia tan excepcional. Ruy Barbosa y él, lo he dicho al empezar estas notas, son las dos columnas más sólidas de la intelectualidad brasilera, los más altos representantes del espíritu y el ingenio de su raza. Apartado de la política activa por sus tendencias conservadoras no me ha sido dado oir á Nabuco en las asambleas parlamentarias ó populares, campo favorito de sus mejores triunfos en el pasado. En cambio, he tenido la buena suerte de encontrarme varias veces con él y sentir por mí mismo la acción simpática de su magnetismo individual. Educado en un medio culto y aristocrático, acostumbrado al espectáculo y á la vida

de las sociedades europeas donde ha residido mucho tiempo, políglota distinguido, el trato de Nabuco es uno de los más agradables de que se puede gozar. Sus condiciones caballerescas, la nobleza y altura de su carácter, la elevación moral con que defiende su causa sin apelar al insulto ni á la denigración, tan común en nuestras luchas políticas, le conquistan el respeto general y la consideración de sus adversarios. En el fondo, todos saben que la pasión dominante en su alma generosa es el amor de la patria brasilera y que subordina á ese culto íntimo la acción vibrante de su propaganda varonil.

Hace ya diez años, y cuando la prédica abolicionista había llegado á su período álgido, husmeando folletos viejos en el Paraguay con esa fruición del *bouquiniste* que cuando se apodera de nosotros no nos abandona ya más,—encontré y leí el primero de sus libros que caía entre mis manos (1). Desde entonces ese folleto me ha acompañado en mis largas excursiones, como si hubiera tenido la intuición de que algún día debía escribir estas impresiones de la vida intelectual del Brasil. Acabo de reelerlo con el mayor placer, encontrando en él la misma fuerza de dialéctica, brillo de exposición y encanto de estilo que lucen en sus más recientes publicaciones. Sin duda, la desaparición total de aquella enfermedad

(1) *Reformas Nacionaes—O abolicionismo* por Joaquín Nabuco. Londres Typography of Abraham Kingdom and Co., 1883.

terrible que inficionaba al organismo brasilero, hace que el libro pierda actualmente una parte de su interés; pero como documento histórico, como alegato en favor de una causa humanitaria, como estudio filosófico y moral,—su lectura es aún hoy de la mayor importancia para todo el que quiera conocer el progreso social del grupo brasilero contemporáneo. El movimiento abolicionista está estudiado en ese libro de una manera completa, desde su origen hasta la época de su publicación, que precedió pocos años á la famosa ley de 13 de Marzo de Isabel «la Redentora». Las deformaciones y vicios inoculados en el carácter nacional por el régimen nefando arrojan una luz vivísima sobre muchos de los acontecimientos de que ha sido teatro el Brasil de diez años á esta parte. Previendo ya la manumisión absoluta, Joaquín Nabuco comprende que una vez que los últimos esclavos hayan sido arrancados al poder siniestro que representa para la raza negra la maldición del color, «*será preciso todavía desgastar, por medio de una educación viril y seria, la lenta estratificación de trescientos años de cautiverio, esto es, de despotismo, superstición é ignorancia*». Para él, uno de los primeros efectos del abolicionismo será «la desagregación de los actuales partidos». Por de pronto, en su libro se ve que el partido republicano, por boca del consejero Cristino Ottoni, defensor de los intereses de la gran propiedad, aprovechó la hostilidad de los propietarios de esclavos

en contra del Emperador, á quien se suponía instigador del movimiento abolicionista, hasta que más tarde el abolicionismo se impuso al espíritu de gran número de republicanos como una obligación mayor que la de la mudanza de gobierno con ayuda de aquellos propietarios [1]. Con la noble lealtad, que es uno de los rasgos característicos de la personalidad de Joaquín Nabuco, éste no vacila en hacernos saber que la acción personal del emperador, en la cuestión de la emancipación, estuvo lejos de ser tan decidida como se podía haber esperado. «Su parte en lo que se ha hecho—dice en una extensa nota que me limito á extractar—es muy grande, es casi la esencial, por cuanto él podría haber hecho lo mismo con otros hombres y por otros medios, sin recelo de revolución. Lo que yo digo, sin embargo, es que si don Pedro II, desde que subió al trono, hubiese tenido como norte invariable de su reinado la realización de la emancipación, como su padre la de la Independencia, sin ejercer más poder personal del que ejerció, por ejemplo, para llevar la guerra del Paraguay hasta la destrucción total del gobierno de López, la esclavitud á esta hora ya habría desaparecido del Brasil. Verdad es que, si no fuese por el emperador, los peores traficantes de esclavos habrían sido hechos condes y marqueses del Imperio, y que, su majestad siempre mostró repugnan-

---

(1) *O abolicionismo*, página 11.

cia por el tráfico é interés por el trabajo libre; mas comparando la suma de poder que él ejerce ó posee, lo que se ha hecho en favor de los esclavos en su reinado es muy poco. Baste decir que todavía hoy la capital del imperio es un mercado de esclavos». Más lejos, el distinguido escritor traza un cuadro, diseñado al agua fuerte, de la situación moral del Brasil durante el régimen esclavócrata. «La esclavitud—dice—así como arruina económicamente al país, imposibilita su progreso material, *corrompe su carácter*, desmoraliza sus elementos constitutivos, le quita la energía y la resolución; *rebaja la política,* habitúalo al servilismo, impide la inmigración, deshonra el trabajo manual, retarda la aparición de las industrias, promueve la bancarrota, desvía los capitales de su curso natural, aparta las máquinas, *incita al odio entre clases, produce una apariencia ilusoria de orden, de bienestar y de riqueza,* la cual cubre los abismos de anarquía moral, de miseria y destitución que desde el norte al sur de nuestro país limitan todo nuestro futuro». Si esta pintura es exacta, y no tenemos por qué dudarlo—¿no se encuentra acaso en ella la explicación más clara, más racional y filosófica del movimiento que derrocó la dinastía reinante, á raíz de la emancipación? ¿No era lógico que al caer derribada la horrible institución, ella aplastara entre sus ruinas todo el sistema político históricamente vinculado con la esclavitud, y que el régimen monárquico fuera el objeto

principal de la odiosidad mancomunada de los abolicionistas, que debían mirarlo con antipatía como representante de un período funesto, y de los señores de esclavos cuyos intereses al fin no había querido ni podido defender? ¿Qué responsabilidad y qué fuerza moral podía oponer el Imperio al avance de la ola popular, el día que la libertad de los esclavos minara una de sus bases tradicionales y abriera una ancha brecha en sus reductos? El señor Nabuco va á decírnoslo, en esta viva disección de la actualidad política de su patria durante aquellos tiempos de agitación liberal: « Es por no existir entre nosotros esa fuerza de transformación social por lo que la política es la triste y degradante lucha por sueldos que todos presenciamos: *ningún hombre vale nada, porque ninguno es sostenido por el país.* El presidente del consejo vive á merced de la corona, de quien deriva su fuerza, y sólo tiene apariencia de poder cuando se le juzga un lugarteniente del emperador y se cree que tiene en su bolsillo el decreto de disolución, esto es, el derecho de elegir una cámara de paniaguados suyos. Los ministros viven en una escala inferior á merced del presidente del consejo, y los diputados en el tercer plano, á merced de los ministros. *El sistema representativo es así un injerto de formas parlamentarias en un gobierno patriarcal,* y senadores y diputados sólo toman en serio el papel que les cabe en esa parodia de la democracia por las ventajas que ella les produce. Suprí-

mase el subsidio y oblígueseles á no servirse de su posición para fines personales y de familia, y ningún hombre que tenga que hacer se prestará á perder su tiempo en tales *skiamaxiai,* en combates con sombras, para emplear una comparación de Cicerón... *Ministros sin apoyo en la opinión,* que al ser despedidos caen en el vacío; presidentes del consejo que viven noche y día investigando el pensamiento esotérico del emperador; *una cámara consciente de su nulidad y que sólo pide tolerancia; un senado que se reduce á ser un Pritaneo;* partidos que son apenas sociedades cooperativas de colocación ó de seguro contra la miseria; todas esas *apariencias de un gobierno libre* son preservadas por orgullo nacional como lo fué la dignidad consular en el imperio romano; pero, en el fondo, lo que tenemos es un gobierno de una sencillez primitiva, en que las responsabilidades se dividen al infinito y el poder está concentrado en las manos de uno solo. Éste es el jefe del Estado. Cuando alguien parece tener fuerza propia, autoridad efectiva, prestigio individual, es porque le acontece estar en ese momento expuesto á la luz del trono; desde el momento en que da un paso á la derecha ó á la izquierda y se aparta del séquito, nadie lo nota en la obscuridad».

Estas francas expresiones son interesantes al compararse con juicios posteriores del señor Nabuco respecto á la aplicación del sistema republicano en su patria y á la nostalgia con que recuerda las excelencias del antiguo

régimen. Ellas podrían dar argumentos fáciles para los que quisieran combatir al señor Nabuco con sus mismas palabras, papel que no me corresponde en mi carácter de espectador imparcial y neutral del debate que apasiona á la opinión del Brasil. Si las he citado, no ha sido con el objeto de señalar una contradicción en el criterio político del señor Nabuco, pues en todo caso, él puede decir que desde 1883 hasta hoy ha tenido motivo para modificar sus opiniones juveniles, y que los vicios de la política imperial no disculpan las escenas sangrientas ni el desorden de la política republicana. Por lo demás, no soy de los que se regocijan y dan una gran importancia al hecho de encontrar dos modos de pensar aparentemente opuestos en un mismo escritor (1). Si he señalado, pues, los párrafos anteriores, ha sido porque al emprender la ardua tarea de exponer á mis compatriotas algunas de las fases del movimiento intelectual del Brasil, he querido agrupar ante ellos la mayor suma posible de informaciones y de elementos que les permitan sacar por sí mismos las deducciones y consecuencias oportunas. Es rindiendo culto á este propósito por lo

(1) El señor Nabuco mismo ha dicho en una de sus últimas producciones, su notable *Carta al Almirante Jaceguay:* «Es cierto que la disolución de nuestro sistema político-administrativo data de la monarquia, pero es también un hecho que la dinastia no concurrió para ella, y la mejor prueba es que, el efecto de la retirada del emperador, aun sobre el antiguo medio politico, fué como si se hubiere cesado de repente, en un posible foco de infección, la acción continua de un poderoso antiséptico». La confesión es expresiva y hace poco honor al medio en que se agitaba la dinastia.

que he debido indicar, aunque sólo sea de paso, las tendencias positivistas de los unos, el jacobinismo de los otros, el radicalismo de los demás. Todos estos estados morales son síntomas que explican el pensamiento contemporáneo brasilero y que se reflejan en la producción literaria contemporánea de aquel país. En este sentido, su especificación cabe en el marco de estas notas é impresiones, recogidas en mi contacto rápido con los hombres y las obras representativas de la hermosa tierra de Santa Cruz.

Si el análisis de las influencias sociales y políticas de la esclavitud sobre la vida brasilera que contiene el libro *O Abolicionismo* está hecho con la mayor habilidad, no es menos interesante y sugestivo el estudio del señor Nabuco sobre la influencia ejercida por aquella vergonzosa institución sobre la nacionalidad, sobre el territorio y sobre la población. Hay allí páginas aterradoras, que merecerían ser meditadas todavía por los estadistas brasileros. Por fortuna, la extinción completa de aquella terrible lepra, unida á la acción del tiempo, va resolviendo paulatinamente muchos de los problemas étnicos que plantea el señor Nabuco, y la incorporación de grandes masas de inmigración europea, que se asimila fácilmente al organismo brasilero, se encargará de borrar lentamente los últimos vestigios de la sangre de la raza oprimida. El distinguido escritor hace notar con acierto la diferencia que se observa en el Brasil y en los

Estados Unidos en esta materia, mostrando con cuánta mayor facilidad se efectúa en su patria el cruzamiento que elimina el peligro de la presencia de dos núcleos de población diversos y enemigos. En la segunda nación el problema permanece en pie, hasta el punto de que, para resolverlo, algunos estadistas, como el señor Frederick L. Hoffman, sólo confían en una extinción total de esa raza en un tiempo más ó menos largo, fundándose en que los negros acuden á las ciudades en grandes masas y que en los centros poblados la proporción de su mortalidad supera á la proporción de su natalidad, de manera que este exceso de pérdida contrabalanceará el aumento que se nota en aquella porción de la raza que permanece en los distritos rurales (1).

---

(1) *Race traits and tendencies of the american negro,* by Frederick L. Hoffman. F. S. S. Macmillan and Co., New York 1896. He aquí las conclusiones á que llega el señor Hoffman, que sostiene que la abolición de la esclavitud produjo la ruina del negro americano: «Nada se ve más claro por esta investigación que el hecho de que el negro del sud, en el tiempo de la emancipación, era sano de cuerpo y de mente alegre. Ni sufría extraordinariamente de enfermedades, ni de vigor corporal debilitado. Su capacidad industrial como labrador no era de un orden inferior, ni la clase de su servidumbre tal que produjera en él condiciones mórbidas favorables á enfermedades mentales, suicidio ó intemperancia. ¿Cuáles son las condiciones que hallamos treinta años después? Las páginas de esta obra dan una respuesta que es la más severa condenación de las tentativas modernas de las razas superiores por levantar á las razas inferiores hasta su propia posición elevada: una respuesta tan llena de enseñanza que pareceria criminal indiferencia de parte de un pueblo civilizado el ignorarla. En el lenguaje claro de los hechos agrupados, se muestra que la raza negra va decayendo á un grado inferior, tendiendo hacia una condición en que las cosas serán cada vez peores, en que las enfermedades serán más destructoras, la resistencia vital menor, en que las defunciones superarán á los nacimientos y la extinción gradual de la raza se producirá.»

XXVI

Las condiciones eminentes del escritor, que se diseñan en el panfleto sobre el *Abolicionismo*, son las mismas que hacen tan interesante la lectura de su ensayo sobre *Balmaceda*. En el fondo de los procedimientos literarios de Joaquín Nabuco, se ve su completa familiaridad con los críticos ingleses, especialmente con Macaulay. En el arte consumado con que nuestro distinguido autor agrupa los hechos, hace resaltar los detalles de sus cuadros, prepara y disciplina los argumentos que desenvuelve en el curso de su trabajo, encuéntrase el método imaginativo y preciso al mismo tiempo del gran historiador británico. Nabuco posee una imaginación brillante, un buen gusto exquisito, una forma transparente, flexible, llena de elocuencia. La claridad de su pensamiento y la sobriedad de su estilo son extraordinarios. Su frase es generalmente diáfana, rápida, cortante. Pero se liga á la siguiente y á la que

la precede por un hilo de lógica fina y estrecha, y el período amplio, sonoro, se desarrolla con vigorosa majestad, casi lírico por la perfección armoniosa de su ritmo musical. La lectura de sus libros proporciona así un placer intenso. La atención del lector se despierta desde las primeras sentencias, y una vez tomado en el engranaje de su magnífica prosa, es imposible romper el círculo encantado. Añadiré, para ser justo, que en esa forma cincelada y artística, se encuentran pensamientos fecundos y originales; el vino es digno del ánfora que lo contiene. Y todo esto, que representa una reconcentración intelectual poderosa, un método minucioso y exacto, una labor persistente y tenaz, aparece sin angustia, como trazado de una plumada, en una abundancia que desborda, sin que la suave tersura del músculo vibrante denuncie la contracción dolorosa del esfuerzo. Ciertamente, ese es el estilo de un gran escritor, y casi diría que, fuera de su compatriota Ruy Barbosa, no conozco nadie que lo supere en nuestro continente. Las fórmulas de condescendencia generosa con que es necesario tratar á la mayor parte de los literatos sudamericanos, teniendo en cuenta las dificultades con que luchan y lo poco que reciben en cambio de sus trabajos, son aquí inútiles é inoportunas. Emplearlas al tratar de Nabuco ó Ruy Barbosa sería ofensivo. Con ellos el elogio puede hacerse sin reservas, la palabra debe tomarse en la amplitud de su significado, de tal

manera se apartan ambos del terreno de la medianía para ocupar el alto rango que les corresponde en la literatura contemporánea.

Pero esta misma superioridad impone á la crítica deberes más estrictos y un control más minucioso. Siento no poder ejercitar éstos en toda su amplitud al ocuparme de la obra sobre *Balmaceda*. El tema de este libro es difícil é ingrato por tratarse de un hombre político y del héroe de un episodio histórico que despierta todavía pasiones rencorosas y apoteosis exaltadas en una nación amiga, cuya historia reciente no estoy en condiciones de poder analizar con independencia. Entre los bandos rivales que ensangrentaron á Chile, en mi caso especial, el extranjero no puede sino guardar una prescindencia àbsoluta y respetuosa. Conozco á muchos de los actores que tomaron parte en la tragedia, he visto de cerca á algunos de los principales de ellos, puedo decir que en el Perú he estado junto al *deus ex-machina* del derrumbe final. El autor del libro que sirve de base á Joaquín Nabuco para su brillante creación literaria, ha sido mi compañero y mi interlocutor durante muchas semanas de convivencia estrecha. Recorrí á Chile de sur á norte en medio de la dictadura. Hablé largamente con el malogrado Sanfuentes, el intendente de Concepción, tan brutalmente sacrificado luego en Mendoza por dos *bravi*, por desgracia argentinos. Poseo abundancia de documentos, publicaciones, datos, apuntes personales sobre

detalles de aquella lucha... No obstante, considero más oportuno abstenerme de formular un juicio que podría ser mal interpretado ó mal entendido. El señor Nabuco, que tiene un temperamento tan exquisito de hombre de letras, comprenderá cuán duro me es tener que limitarme á rozar apenas la materia de su libro, cuando poseo tantos elementos para abordar su crítica y analizarlo punto por punto.

Para comprender la índole de ese libro es necesario tener en cuenta el carácter de su autor y la época de su publicación. El señor Nabuco, lo he dicho ya, figura entre los desafectos de la actual república brasilera, es un escritor del «antiguo régimen»; y su obra apareció poco después de la revolución encabezada por el almirante Mello y vencida por la astucia y la persistencia del mariscal Peixoto. Es en vano que el señor Nabuco se defienda de la imputación de estar inconscientemente prevenido en favor de la causa que en Chile se llamó del Congreso. La auto-sugestión, en su caso es inevitable y se revela ingenuamente desde el principio hasta el fin de su estudio. El señor Nabuco milita entre los sudamericanos amantes del orden y de la ley, que consideran el estado revolucionario y anárquico de nuestro continente como uno de los más desgraciados síntomas de atraso político. ¿Por qué entonces él mismo nos confiesa que, aun antes de tener datos exactos sobre la contienda chilena, su opinión era adversa á Balma-

ceda? «Nada de esto, dice, me habilitaba para convertir en razón suficiente *la predilección espontánea que desde el principio sentí por la causa revolucionaria*». La razón de esa simpatía estriba en su situación personal de amenazado y «sospechoso» durante una parte de la dictadura de Peixoto; era una razón de íntima resistencia contra la violencia del poder que dominaba á su patria, de confraternización secreta con todos los que suponía se encontraron en Chile en el mismo caso que él, viéndose, por su seguridad personal, obligados á apelar á la generosidad del asilo bajo la salvaguardia de un pabellón extranjero.

Y conste que no sostengo que su juicio sobre la revolución chilena sea absolutamente inexacto é injusto, sino que carece de raíces sólidas, que es instintivo, sugerido por la actualidad política de su patria (1), por su amor á la libertad, por su repugnancia ingénita por todo lo que representa un caudillo, un mandón, un detentador de «la suma del poder público». El señor Nabuco «esperaba con ansiedad la aparición de cualquier obra que explicara la acción política de Balmaceda», porque con su talento jurídico, con su sagacidad crítica y con la lealtad que constituye el fondo de su carácter, quería darse el placer de la refutación de esa obra,

(1) Excusado es advertir al lector que estas, como las páginas anteriores, fueron escritas en 1896 y que sus observaciones se aplican á condiciones sustancialmente modificadas por el tiempo.

quería disecar ese tipo del «tirano» forjado por su imaginación, ajustándolo al molde y al patrón que de antemano se había trazado de él; y esa tarea de demolición, de réplica, ese papel de fiscal ardiente y despiadado, congeniaba admirablemente con sus raras cualidades de penetración, con su talento fino y sensible, con los recursos de su retórica consumada, con la lógica severa de su método crítico. Así, desde el primer momento, después de tributar elogios generosos á la «parte contraria» y encontrar en el señor Bañados Espinosa condiciones de defensor notable, aunque insinuando que no de la mejor buena fe [1], lo vemos feliz al empuñar su bisturí cortante y extender el alegato chileno sobre la mesa del anfiteatro. Hay una fruición de artista en esos primeros cortes en la carne viva de su sujeto. Una vez más, me recuerda á Macaulay mostrando con un lujo admirable de gracia, de intensidad y de elocuencia de qué manera la mediocridad de Boswel ha inmortalizado la *Vida de Johnson,* ó más bien, al retratar la figura ambigua de Barère, empezando con sentencias majestuosas y tranquilas hasta fulminar al terrorista y mostrar desnuda el alma del político sanguinario, como

---

(1) «Como recursos de escritor político posee claridad de forma, movimiento en el estilo, gran pericia en la presentación de los hechos, *el talento de disfrazar las reconvenciòne,* el manejo del claro-obscuro, por último, el arte del lugar común escogido y *la falsa lógica,* que son los dos principales efectos del abogado» *(Balmaceda,* páginas 7 y 8).

el Dios mitológico la piel ensangrentada de su víctima.

La obra de Bañados Espinosa, es necesario decirlo, se resiente de las condiciones en que fué escrita, de su carácter de panfleto de propaganda, y en su misma frondosidad de detalles y por su deseo explicable de querer probar demasiado, da un asidero fácil á estudios del género del que ha hecho el señor Nabuco. Pero aun suponiendo que esa obra tuviera una perfección de que está distante; aunque ella en vez de un panegírico discutible fuera un alegato tan perfecto y tan elocuente como los de Cicerón contra Verres ó contra Catilina, el señor Nabuco posee bastante talento literario, bastante penetración de criterio, bastante flexibilidad de dialéctica para poder darse el lujo de descubrir los puntos débiles de la coraza de su adversario y mostrarnos que la terrible rapacidad del primero no pasaba de una modesta manía de coleccionista de objetos artísticos, y la fuga del segundo al campo de Mallio, después de la primera oración del orador romano, de una simple excursión campestre convertida más tarde en sublevación militar por circunstancias accidentales. Sin necesidad de exagerar, diré más bien que la auto-sugestión del señor Nabuco, á que antes he aludido, le hace mirar todos los detalles y peripecias de la contienda chilena con un criterio especial. Á pesar de las reservas que explícitamente él nos hace respecto á las conclusiones de su estudio, se ve que no es un juez imparcial y que su fallo está decidido, aun

antes de haber tenido ocasión de escuchar al acusado. El señor Nabuco nos advierte que « por Chile sintió siempre una gran admiración ». Encontraba « más cuerpo nacional en esa estrecha faja de terreno que en todo el resto de la América del Sur ». Durante el reinado de don Pedro II, recuerda con satisfacción que « sólo había dos naciones organizadas y libres en la América Latina: *el Imperio de Chile y la República del Brasil* » usando un *bon mot* falso, como la mayor parte de los de su clase, pero que tuvo su cuarto de hora de éxito en aquella época. La larga paz de Chile, en contraposición con las agitaciones periódicas de otras repúblicas del mismo origen y de la misma raza, es para él un ejemplo admirable y digno de imitación. Aquel pueblo « gobernado por una oligarquía parlamentaria », se le representa como amante de la ley y respetuoso de sus preceptos. Los gobiernos que se han sucedido en Chile, desde Montt hasta el anterior á Balmaceda, son para él modelos de justicia y sabiduría política... Con estos antecedentes y estas ideas arraigadas de antemano ¿qué juicio debía formarse el señor Nabuco de la sublevación de la escuadra en Valparaíso? La respuesta es tan sencilla que cae de su propio peso: Chile ha disfrutado de paz porque sus gobiernos han sido justos; una parte de sus hombres políticos se ha levantado en armas contra el presidente, acusándolo de violar la Constitución; luego, el presidente es el culpable de los males que sobrevengan por su actitud. Los

partidarios del presidente,—que forman hoy un grupo muy importante y poderoso en la política chilena,—planteaban el silogismo exactamente al revés y sacaban de él una consecuencia contraria. No importa: el señor Nabuco había condenado á Balmaceda *a priori,* en un arranque generoso, y sólo necesitaba fortalecer su opinión por medio de la lectura de documentos confirmatorios de su fallo instintivo. Añadiré otra causa de sugestión: la calidad de los elementos armados que encabezaron la resistencia chilena. El señor Nabuco profesa una gran admiración por la armada de Chile y sabe que ella se compone, en sus capas superiores, de elementos distinguidos y de oficialidad brillante. Con razón ó sin ella, su composición y su poder le recuerdan el de la propia escuadra de su país, y la imagen caballeresca del bizarro Saldanha y del almirante Mello se confunde á sus ojos con la de Montt y sus compañeros de campaña. No le parece posible que la escuadra inicie un movimiento de esa especie, ella que «es en política un elemento neutro», sin razones legítimas y patrióticas. La derrota de la tentativa brasilera, para un hombre de corazón cálido y amante del infortunio, debía hacer más simpática la actitud feliz de los marinos del Pacífico. Finalmente, no pocos de los agentes de Balmaceda, en los apuros de la proscripción, habían ofrecido sus servicios al dictador brasilero, entre otros Moraga, el jefe de la torpedera que echó á pique al *Blanco,* y aun-

que en el nuevo medio en que vinieron á actuar ellos sólo se hicieron conspícuos por sus desórdenes é indisciplina [1], este detalle no está calculado para hacer muy grato al recuerdo de los opositores del mariscal Peixoto la acción de los defensores del presidente chileno.

Me he referido al juicio del señor Nabuco sobre el carácter de las escuadras en las contiendas civiles, y él constituye una página tan elocuente, tan expresiva como manifestación del estilo y de la manera literaria habitual del escritor, al mismo tiempo que confirma tan claramente mi análisis anterior, que no resisto al placer de transcribirla:

« Nunca Balmaceda imaginó la defección de la escuadra chilena, el señor Bañados Espinosa lo dice deplorándolo, y esa sorpresa revélase en el hecho de estar la escuadra pronta para cualquier emergencia, en vez de hallarse prácticamente desarmada, inmovilizada ó apartada de Chile, como hubiera estado si Balmaceda imaginase que de ella podría partir la reacción. La verdad es que un *pronunciamiento* naval era una novedad para la América, donde aun no había surgido un Topete. Siempre que los partidos enumeran sus recursos dejan á un lado la fuerza naval, y en el hecho, por su naturaleza, la escuadra es en política un elemento neutro. El carácter nacional de la armada es en todas partes más

(1) Véase: *A Intervenção Estrangeira durante a Revolta*, por Joaquín Nabuco, página 88.

acentuado que el del ejército, aunque ambos sean igualmente patrióticos. El marinero es un ausente, tiene que ser, por su género de vida, mucho menos regional que el soldado, vinculado á la guarnición. La lucha del hombre de mar es la mayor parte del tiempo contra los elementos, por lo menos lo era en la antigua marina de vela, de la cual procede, y esto imprime á su energía un carácter de grandeza que empequeñece las discusiones civiles. Para que un sentimiento se apodere de su corazón es necesario que tenga algo de vasto, de insondable. El océano es el molde en que se arroja la individualidad. De allí resulta una gran extensión del horizonte interior. La bandera tiene sobre él una influencia que sólo puede tener en el ejército entre los soldados que alguna vez entraron en el combate; para los que nunca vieron las banderas del enemigo, ondeando á lo lejos como un desafío de valor, la nacional no puede ser el objeto que es para los marinos, habituados á llevarla á los confines del mundo, como el distintivo de su país lejano. Hay en el acto de hacer flamear el pabellón en la soledad del océano, cuando dos navíos se encuentran, una sugestión de patriotismo que penetra el alma hasta el fondo. Delante del extranjero se educa, se eleva, se depura el sentimiento patriótico, y el marino está siempre delante del extranjero. De allí su apartamiento natural, su incomprensión de todo lo que divide el país; su amor á todo lo que lo une. Él tiene el sentimiento de la patria uni-

taria, nacional, impersonal: por eso las viejas tradiciones del país consérvanse vivas en los buques después de casi apagadas en tierra. Á ese sentimiento únese su simpatía por las ideas y por las cosas que él sabe ser universales, porque las encontró en la redondez del globo, en las diversas escalas de su navío... En todos los países, la marina tiene una popularidad suya, un prestigio propio sobre las masas. El ejército es otra cosa: popular como se va haciendo en nuestros días, aun así no fué posible al pueblo, en parte alguna, desprender del uniforme militar la antigua idea de la opresión, resto del uso que los gobiernos hicieron siempre de la tropa para imponerse. Una revolución militar, por más liberal que fuese su propósito, tendría siempre en contra suya una prevención, el carácter autoritario de la fuerza armada. La tendencia del gobierno militar es el militarismo. No puede, empero, haber despotismo naval. Ha habido hasta hoy tiranos de toda especie, pero no se ha visto un tirano embarcado. Todavía desde el mar no se gobierna la tierra. De á bordo puede partir la iniciativa de un movimiento, como en España partió de una señal de la *Zaragoza* la revolución de Septiembre, pero no fué Topete, fué Serrano, fué Prim, fué el ejército quien se hizo cargo del gobierno. La marina no tiene medios de acción en tierra. Los campaneros de Santiago no recelan que el cañoneo de todas las escuadras del mundo interrumpa una nota de sus repiques. De ahí la seguridad de que de un mo-

vimiento de la escuadra no puede resultar una tiranía, y la presunción de que él procede de un impulso nacional desinteresado... » [1].

He tratado de indicar, de una manera somera, cuál es el espíritu que predomina en el libro de Nabuco, absteniéndome voluntariamente de decidir respecto á su mayor ó menor exactitud histórica. Como lo he dicho al principio, la cuestión que él examina es una de las más ingratas que se puede tratar, y no deseo profundizarla. En regla general, el principal defecto que encuentro en ese libro, no obstante las declaraciones del señor Nabuco, es su tono demasiado absoluto, su manera *tranchante* de resolver problemas políticos que parecen muy complicados y sinuosos. Se diría que la misma impresión hubiera sentido José Verissimo, cuando escribió su interesante artículo sobre *Balmaceda* en la *Revista Brazileira* [2]. Si el señor Nabuco, como lo creo, ha se-

(1) Los partidarios de Balmaceda, naturalmente, miran la cuestión desde un punto de vista completamente diverso, y á la afirmación del señor Nabuco de que «desde el mar no se gobierna la tierra», responden que desde el mar, por lo menos, se gana el gobierno, como lo ganó el almirante Montt, jefe de la escuadra sublevada, si bien es cierto que para hacer de él un uso prudente y moderado.

(2) En ese artículo, que es uno de los mejores de su autor, se señalan algunas contradicciones del señor Nabuco en su manera de juzgar á Balmaceda, y se muestra la parte débil de la argumentación del distinguido escritor brasilero. «Desde el punto de vista estrictamente legal, dice José Verissimo, y esto el señor Nabuco no lo indicó suficientemente, aunque de paso parezca reconocerlo, creo que la razón estaba con Balmaceda.» Como se ve, no faltan escritores eminentes del Brasil que saquen de la lectura del ensayo sobre *Balmaceda* una conclusión totalmente diferente á la del señor Nabuco, como le aconteció á éste con el libro de Bañados Espinosa.

guido hasta hoy el curso de los acontecimientos que se han sucedido en Chile, después de la caída del gobierno dictatorial, estoy seguro de que él mismo sentirá vacilar un poco sus primeras opiniones respecto al verdadero papel que cupo en la terrible crisis de aquel país al mandatario que purgó con su sacrificio voluntario sus errores. Por lo pronto, la cuestión política envuelta en la contienda no ha sido resuelta, porque no puede llamarse parlamentarismo al régimen que impera en aquella nación. Luego, el triunfo completo del partido vencido en Concón y la Placilla, parece cuestión de tiempo solamente, si hemos de atenernos á las posiciones que él ocupa al presente y á los resultados futuros de la unión liberal que se diseña en el escenario político chileno y que el día en que se realice, sin reticencias ni reservas mentales, llevará al poder á los balmacedistas. Todo esto sería digno de examen, pero me llevaría muy lejos y quiero sólo insinuar estas dudas, antes de penetrar en el apéndice de esa bella obra, destinado á tratar de « la cuestión de la América Latina ».

XXVII

En las líneas que preceden al ensayo sobre *Balmaceda,* el señor Nabuco hace notar que la América del Sud «no ha tenido todavía un historiador»; que no existe ningún esbozo completo de su existencia política ni nada escrito sobre ella desde el punto de vista universal. «Lo que tenemos, añade, ó ha sido hecho, superficialmente, por extranjeros que no conocen las cosas de estos países y escriben por informaciones que no verifican, hilvanando de preferencia datos parciales de falsa estadística; ó es obra de partidarios de los diferentes gobiernos, encargados de glorificarlos y que ingenuamente, por no decir imbécilmente, desempeñan su grande empresa de inmortalización con la seguridad infalible de momificadores egipcios. Esa laguna sensible de la literatura histórica moderna ha de ser llenada, sin embargo, más pronto tal vez de lo que se piensa, cuando surja la cuestión de la América Latina, á que me refiero

en las páginas finales.» La filosofía del libro sobre *Balmaceda,* como lo hace notar José Verissimo, aunque temiendo que el término filosofía parezca demasiado pretensioso, está resumida en el capítulo destinado al examen de aquel problema. Tratándose del señor Nabuco, me parece excusado decir que el lector no encontrará nada banal, nada mediocre en esa parte interesante de su publicación. No obstante, creo que la «cuestión de la América Latina» no ha sido encarada por él desde un punto de vista práctico y que la panacea que aconseja para curar la enfermedad orgánica de nuestro continente es completamente inaplicable y empírica.

Pero antes, veamos cómo plantea el señor Nabuco el problema que se propone examinar. Y eliminemos, desde luego, los argumentos que saca del éxito de la república en Chile y de las ventajas de dicho régimen político para aquel país, con el objeto de probar la incapacidad del Brasil para mantener la misma clase de instituciones. En rigor, se diría que el señor Nabuco considera á todos los Estados de la América Latina igualmente incapaces para esta forma de gobierno desde que «Chile, aunque de raza española, es, para él, una excepción tanto como los Estados Unidos, excepción que se *puede considerar un capricho de orden moral en la formación de la América del Sud*, como hay aparentemente tanto capricho en su formación geológica». Como se ve, aquí nadamos en plena fantasía, en pleno delirio de la apología.

Chile, gobernado invariablemente hasta hoy por una oligarquía aristocrática, como el mismo señor Nabuco lo reconoce en el curso de su libro, es el menos republicano, —y no digo que esto sea una desgracia para él, —de los países de Sud América. Esta proximidad de sus instituciones reales con el régimen monárquico, es tal vez lo que en el fondo deleita al señor Nabuco, cuyo celo por la dinastía lo llevaría así insensiblemente á tomar como modelo de república... la menor cantidad posible de república que existe en nuestro continente. El señor Nabuco continúa afirmando que si en el Brasil existió libertad durante el reinado de don Pedro II, «fué porque el poder se contenía á sí mismo». Quien ha leído la gráfica descripción de la vida política del Imperio, hecha por el señor Nabuco en *O abolicionismo*, apreciará sin duda esta blanda disposición de un monarca que, según parece, era el señor absoluto en aquella sociedad [1], cuyo poder no tenía nada que pudiera limitarlo.

---

(1) «Autónomo, dice el autor de *Balmaceda* en *O abolicionismo,* sólo hay un poder entre nosotros: *el poder irresponsable;* sólo ese tiene la seguridad del dia siguiente; sólo ese representa la permanencia de la tradición nacional. Los ministros no son más que las encarnaciones secundarias, y *á veces grotescas,* de la entidad superior. Mirando en torno suyo, el emperador no encuentra una sola individualidad que limite la suya; *una sola voluntad, individual ó colectiva á que él deba sujetarse;* en ese sentido *él es absoluto como el Zar ó el Sultán,* aunque se vea en el centro de un gobierno moderno y provisto de todos los órganos superiores, como parlamento, que no tiene la Rusia ni la Turquía, la supremacia parlamentaria, que no tiene la Alemania, etc.» Como sabemos ya, según el mismo señor Nabuco, lo que era el Parlamento en el Brasil, confesemos que la pintura no es halagadora.

Así, añade, «desde el momento en que el despotismo se manifestase en el Brasil, yo sabía que él se llevaría todo por delante, por la completa falta de resistencia. Nuestra sumisión sería mayor que la de las otras naciones sudamericanas, porque éstas, devastadas como están por la guerra civil, quedaron también endurecidas por ella; sus hombres públicos, como los cónsules romanos, saben todos hacer maniobrar legiones. Entre nosotros, declarada la dictadura, habría de un lado el despotismo militar, del otro la pasividad, la inercia del país. Si la dictadura asumiese el tipo sudamericano, la sociedad brasilera, creada en la paz y molicie de la esclavitud doméstica y de la libertad monárquica, enervada por una ausencia total de peligro en más de cincuenta años, habituada á la atención que el emperador siempre mostró á todos, mucho mayor que la que él recibía, presa del pánico, renunciaría á su libertad, á sus intereses, á sus propiedades, como en los últimos tiempos del imperio la vieja sociedad romana abandonaba sus palacios dorados de la ciudad y sus villas de mármol, todo su sibaritismo refinado, para aparecer como esclavos suplicantes ante los jefes bárbaros».

No necesito decir que no encuentro completamente exacta esta pintura del sometimiento de la sociedad brasilera á lo que el señor Nabuco llama el despotismo porque pasó su país. La resistencia política no fué tan pequeña ni indiferente; ni la dictadura, conviene recordarlo,

se ejerció allí sino como un corolario de la resistencia contra una sublevación armada. El sacrificio de Saldanha basta para probar lo primero, sin necesidad de referirse á la larga guerra de montonera de que ha sido teatro el Estado de Río Grande. Sea lo que fuere, lleguemos de una vez á la cuestión que ocupa al señor Nabuco á propósito de las perturbaciones de nuestro continente... «Dado el progreso de la moral universal,—dice el distinguido estadista brasilero,—no es posible que la civilización asista indefinidamente impasible al desperdicio de fuerza y actividad humana que se da en tan gran escala en una de las más considerables secciones del globo, como es la América Latina. El mantenimiento de un vasto continente en estado permanente de desgobierno, de anarquía, es un hecho que dentro de cierto tiempo ha de traer forzosamente la atención del mundo, como al final la atrajo el desaprovechamiento del Africa. ¿Cómo se hará la redención de los países centro y sudamericanos? ¿Dónde hallarán ellos amparo contra sus gobiernos de extorsión? ¿Cómo se hará nacer y crecer en cada uno de ellos la conciencia del derecho, de la libertad, y de la ley, que no existen en ellos porque no pueden tener sanción alguna? Semejante problema, según el eminente literato, no puede ser resuelto por la propia generación que lo formule. Nada deja por ahora imaginar «el modo que la civilización ha de encontrar para introducirse en nuestro continente». Ese modo no ha de ser por la ab-

sorción europea, á menos que se la entienda en el sentido de una recolonización europea de la América con elementos que aseguren el predominio de los nuevos aluviones, porque es muy probable que la inmigración se realice en el próximo siglo en escala tal, que nuestros organismos anémicos, algunos hasta raquíticos, no tengan capacidad para asimilarla». Tampoco será por el protectorado, pudiendo tenerse por cierto «que la Europa dejará al nuevo mundo hacer bancarrota con los capitales é intereses que ella le hubiere confiado, sin pensar un solo instante en compensaciones territoriales ó en extender á través del Atlántico su área de influencia». ¿Será entonces por el monroísmo?—pregunta el brillante escritor. Y su respuesta es adversa á esta suposición, aunque fundada en razones tan erróneas como la de que «los Estados Unidos rechazarían para Estado de la Unión á cada uno de los candidatos de la América Latina». Parece imposible que un hombre de la ilustración y de la inteligencia del señor Nabuco, estampe esa afirmación en presencia de la política americana con Cuba y de los enjuagues que al fin van á producir la anexión del Hawaï, archipiélago semibárbaro, poblado por razas inferiores y que no creo considere el señor Nabuco más apetitoso para cualquier potencia que la más humilde y atrasada de las secciones de nuestro continente. «La solución del problema,—concluye el distinguido autor de que me ocupo,—tiene que ser procurada

dentro de cada uno de nuestros países, pero depende de la formación en torno de ellos de una opinión interesada en su rescate, que auxilie los esfuerzos, ó cuando más no sea, registre los sacrificios de los que en cualquier parte lucharon por la causa común. En todos esos países hay hombres cuya cultura rivaliza con la más brillante cultura europea y que pueden formar la liga liberal del continente. La causa es, en el hecho, común. La libertad argentina tornóse en interés directo para el Brasil, como lo era para los argentinos la libertad chilena en el tiempo de Rosas. Es del interés del peruano y del boliviano que el estado más vecino les ofreza un asilo seguro, sirva á su país de estímulo y hasta de vejamen. No es, sin embargo, en la frontera donde la irradiación se ejerce; ella alcanza al continente entero. El efecto de un gobierno moralizado es ilimitado, y, de un modo indirecto, universal.»

Hace muchos años que nuestro gran Alberdi señaló este papel reservado á nuestros vecinos, de moderadores y salvaguardia de la libertad sudamericana. En un momento pesimista, llegó á afirmar que el asilo en el extranjero era la única garantía efectiva de dicha libertad. Pero no por ser tan antigua la solución que encuentra el señor Nabuco, es ella, en la forma en que la renueva, menos vaga, utópica y fluctuante. Es cierto que las repúblicas de nuestro continente han pasado, con más ó menos fortuna, por un período de agitacio-

nes constantes desde principios del siglo, y que en algunas parece haberse entronizado un espíritu anárquico difícil de corregir. Pero, es necesario también reconocer que las condiciones políticas de las más importantes secciones de nuestro continente mejoran sensiblemente y todo hace esperar que la entrada en un régimen normal no es sino cuestión de tiempo. Las causas de esas perturbaciones, por otra parte, son perfectamente conocidas y han sido estudiadas á fondo, especialmente por los estadistas de la República Argentina. El hecho histórico de que seamos nosotros los que más hayamos profundizado la enfermedad, es una presunción de que seremos los que más pronto dominen sus postreros estragos. Si el señor Nabuco conoce, como no lo dudo, la fantasía política de Alberdi titulada *Luz del Día*, allí podrá ver explicada la cuestión de la América Latina de una manera insuperable. Pero no es solamente este distinguido escritor, tan poco apreciado todavía en nuestras sociedades americanas, el que ha llegado á conclusiones de una rara penetración en estas materias, sino que también las han tratado admirablemente Sarmiento, Mitre, López, Avellaneda, Rawson, José Manuel Estrada y otros argentinos contemporáneos. Para mostrar hasta qué punto es lírico el escritor brasilero en su manera de analizar este punto, me bastará recoger en las obras de esos distinguidos compatriotas el diagnóstico y los remedios destinados á domi-

nar el mal político que aqueja á nuestro continente.

La «cuestión de la América Latina» debe ser considerada desde tres puntos de vista diferentes pero armónicos: los antecedentes históricos de nuestra vida política y administrativa, los caracteres étnicos del núcleo de las poblaciones latino-americanas, las condiciones sociales de nuestro continente en la época de la independencia y posteriores á nuestra emancipación. En cuanto se refiere al Río de la Plata, uno de nuestros elocuentes profesores universitarios, cuya ciencia y cuyo carácter han dejado una huella imperecedera en el corazón de las nuevas generaciones argentinas, ha hecho el estudio de la primera faz de ese problema complejo (1). No quisiera extenderme demasiado á propósito de este tópico y deseo sólo señalar á grandes rasgos los lineamientos de esta cuestión. El régimen colonial á que España sometía sus posesiones sudamericanas parecía especialmente calculado para ahogar la expansión de su progreso material ó institucional. Él se caracterizaba en el orden político por un despotismo irresponsable; en el orden material por el monopolio comercial, el privilegio, el impuesto que mataba la iniciativa individual y era establecido sin participación

(1) Véase en las *Lecciones sobre la Historia Argentina* de José Manuel Estrada, publicadas en la *Revista Argentina* y recientemente reimpresas en volumen en Buenos Aires, las primeras conferencias destinadas al estudio del régimen político y administrativo del Rio de la Plata durante la época colonial.

del pueblo, así como la constitución de la propiedad territorial, adecuadas ambas al interés expoliador de la corona. Todos los vicios de la conquista española se sintetizan en la economía absurda que absorbía la riqueza pública y en la incapacidad para el trabajo á que había sido reducido el pueblo, contagiado por el ocio del campamento y el amor al botín de las batallas [1]. Sobre el fondo de esa organización política y económica deplorable, se destacan las rivalidades de los jefes que aspiraban al mando supremo, las discordias intestinas de los conquistadores que inoculaban un germen anárquico en aquellos núcleos rudimentarios. La masa nativa, por otra parte,—y aquí entra en juego el segundo elemento que se debe considerar para resolver la cuestión de la América Latina,—estaba compuesta de indios en estado enteramente salvaje, nómades en su mayor parte y esclavizados y degradados desde el primer momento por la codicia del guerrero invasor. «Los indígenas,—dice el señor Miguel Samper en un hermoso estudio hace poco publicado sobre este mismo tema [2], —eran relativamente poco numerosos en las tierras bajas, y su civilización más atrasada que en las altiplanicies del interior. Sin la sed insaciable de metales preciosos que traían los conquistadores, tal vez la colo-

(1) Estrada, obra citada, lección III.

(2) Miguel Samper, *La Política en Hispano-América. Repertorio Colombiano.* Bogotá, volumen XVI, número 1, página 57.

nización hubiera dirigido sus esfuerzos hacia la agricultura, como sucedió en el norte del continente, y los indígenas no hubieran desaparecido tan rápidamente como sucedió con el trabajo de las minas. Menos sumisos, aunque menos civilizados que los moradores de las altiplanicies, los indígenas de las islas, las costas y los valles de los ríos, tratados con menos crueldad, habrían ofrecido tal vez mejores aptitudes para convertirse en ciudadanos, que aquellas muchedumbres amoldadas para la servidumbre y la estupidez por gobiernos de que hacían parte la teocracia, el absolutismo y la feudalidad. La vida colonial se concentró en el interior de los países, ya por la benignidad del clima, ya por la presencia en ellos de una población numerosa, menos bárbara y más sumisa que la de las tierras bajas. Con esto quedaron los países principales aislados del movimiento comercial con Europa, y también entre unos y otros. La introducción de negros africanos trajo á las colonias un nuevo elemento perturbador para el desarrollo de una población homogénea y compacta, como la que en el norte preparaba la formación de una nacionalidad propia para la democracia.»

La raza blanca no recibió más contribución que la que le venía de España, ya despoblada por las guerras y por la expulsión de los infieles. Las razas inferiores necesitaban de una educación que las elevara al nivel de la conquistadora, tan deficiente ella misma en punto á habi-

tos de trabajo, á pureza de costumbres y á desarrollo político. El régimen colonial ahogaba toda tentativa de estudio intelectual, hostilizaba el comercio de las ideas, mantenía la rutina y la desconfianza de todo lo que importara una novedad. El gobierno se concentró en dos grandes centralizaciones: la que desempeñaba en España el Consejo de Indias y la que se encargaba á los mandatarios de las colonias, subordinados en absoluto á aquella corporación. Los altos empleos, en fin, estaban reservados á los súbditos peninsulares.

Así, al empezar la guerra de la emancipación política, las naciones latino-americanas entran en la lucha con fuerzas suficientes para lograr su independencia, pero destituídas de elementos de gobierno, sin pueblo apto para el ejercicio de los derechos conquistados y de las libertades con que soñaban. Nada más contrario á sus antecedentes y costumbres, que el sistema republicano que adoptaron como norma de gobierno. «Todo tenían que improvisarlo para el presente—dice el general Mitre —y crearlo para lo futuro: hombres de estado, espíritu civil, gobiernos, constituciones, costumbres, política, población y riqueza». He aquí la obra magna en que estamos empeñados desde hace cerca de un siglo, he ahí el ideal á que marchamos en medio de los tropiezos y desfallecimientos de una evolución difícil y peligrosa.

El caso del Brasil, á pesar de los largos años de tranquilidad interna de que gozó este país bajo el Imperio,

es semejante al de las demás naciones del continente, y para probarlo bastaría hacer la disección, apenas iniciada por el señor Nabuco, de su régimen político y de su vida social fundada sobre la horrible explotación de una raza y sometida á la voluntad omnímoda de un soberano irresponsable. Para él, como para todas las naciones que componen la América latina, la gran tarea del presente y la única que promete resultados fructíferos para lo futuro, es la formación de ciudadanos, es la creación del pueblo. « En el pecado colonial, dice Estrada —está el secreto de nuestras convulsiones populares; así está en la educación del pueblo el único remedio y el único resorte de la conservación de la democracia. Eso han comprendido los Estados Unidos, transformando y fundiendo á todos los hombres, cualesquiera que sean su sangre y sus tradiciones, en su gran laboratorio democrático: la Escuela Común. La Educación forma los pueblos. La escuela es el germen de la historia » (1).

La « cuestión de la América Latina » queda así reducida á un problema de educación. Alberdi, espíritu eminentemente práctico en este asunto, veía el mejor y más rápido medio de efectuar esta educación atrayendo la inmigración europea. Su fórmula famosa « gobernar es poblar », no se refería solamente al hecho brutal y descarnado de la población del territorio. Él miraba al

(1) J. M. Estrada, obra citada.

extranjero, especialmente, como un elemento de civilización. Comprendía que no es con representantes de razas indígenas mantenidas en la ignorancia y el embrutecimiento con lo que se puede formar un pueblo libre y consciente de sus destinos. Tratándose del Brasil, que por su sistema monárquico no entró en el cuadro de los estudios de Alberdi, á lo menos desde este punto de vista especial, ya que es conocida su oposición á nuestra alianza con el Imperio, creo que él hubiera coincidido en absoluto con el señor Nabuco en la pintura que nos ha trazado éste de los horrores sociales del régimen esclavócrata mantenido allí hasta hace diez años. El que lea el libro *O abolicionismo* no encontrará ninguna dificultad para comprender la ineptitud del Brasil para entrar de pronto y sin combates en un sistema democrático de gobierno. Se sorprenderá más bien que las agitaciones de ese país no hayan sido mayores, y que con la educación política que él ha tenido haya podido entrar ya en un camino enteramente normal. «Cuando se dice que todo hombre es libre de gobernarse á sí mismo, escribe Alberdi en el libro á que antes me he referido y cuyos aforismos citaré tomándolos indistintamente de cualquiera de sus páginas—se entiende que lo es á condición de saber gobernarse á sí mismo, de tener costumbre de ejercer y practicar ese saber. ¿Cómo se adquiere esta costumbre? ¿Cómo se gana este saber? Á esto *se reduce todo el problema del establecimiento de un gobierno*

libre y de la libertad en Sud-América... La tiranía no reside realmente en el tirano. La tiranía, como la libertad, está en el modo de ser del pueblo mismo. La tiranía es la causa; el tirano es el efecto: así como Washington es el efecto de la libertad de su país, así el caudillo de Sud-América es el efecto de la ausencia de la libertad en su país; *es decir, de la incapacidad de su país para gobernarse á sí mismo*... No hay sino un medio de crear el gobierno del país por el país, en qué consiste la libertad (entendida á la inglesa ó á la angloamericana), ese medio consiste en poner al país en camino de adquirir la inteligencia y la costumbre de la libertad y de educarse por sí propio en la práctica del gobierno de sí mismo... ¿Por cuál método, según que sistema de educación? La historia de la América libre, es decir, de los Estados Unidos, ha dado ya la respuesta única que esta cuestión tiene en el nuevo mundo. La emigración de la Europa civilizada ha educado á la América libre, antes y después de ser independiente... La libertad es una conducta, una educación, una dirección, una costumbre de vivir y de conducirse. Vive arraigada en el hombre, no en el papel escrito, y la costumbre engendra la costumbre, como el hombre al hombre... Los que quieren ser libres, deben saber una cosa y es que todo pueblo que no aprende y adquiere por sí mismo la inteligencia y práctica del gobierno de sí mismo, no debe esperar jamás á que el depositario de ese gobierno sea el que le

enseñe á no necesitar de él. Baste decir que educar al pueblo en la libertad, es equivalente á devolverle su poder... La educación política, es decir, la costumbre inteligente de ejercer el poder, es la verdadera y sola libertad. Así, en los países libres, la educación pública es una especie de soberanía cuyo ejercicio no se delega ni se saca de las manos del pueblo; como la prensa, la educación es una garantía que el país se reserva contra la propensión natural de los delegados del poder á convertirse en dueños del poder ajeno, que les está delegado, siempre que el dueño verdadero no le pone obstáculo. Por eso, en Inglaterra, en los Estados Unidos el pueblo corre con su propia educación.»

¿Pero para qué insistir, si el mismo escritor brasilero, en su brillante monografía tantas veces citada por mí, previó con admirable sagacidad los males de que sufría la sociedad política de su país y los peligros que ella tendría que salvar en lo futuro? «El proceso natural por el cual la esclavitud fosilizó en sus moldes la exuberante vitalidad de nuestro pueblo,—escribía Nabuco en 1883,—duró todo el período de nuestro crecimiento, y *en tanto que la nación no tenga conciencia de que le es indispensable adaptar á la libertad cada uno de los aparatos de su organismo de que se apropió la esclavitud,* la obra de ésta persistirá en sus efectos, aunque no existan más esclavos». Todas las secciones de la América Latina necesitan apelar á ese proceso de adap-

tación, que en algunas de ellas ha dado ya resultados considerables y en otras menos felices se inicia hace poco en nuestros días. La educación de las masas, la transformación del indio analfabeto, del negro liberto ó descendiente de esclavo, del gaucho, del roto, del charro, la transformación del elemento criollo y la amalgamación del elemento extranjero por medio de la escuela,—he aquí la vieja y única solución que tiene la «cuestión de la América Latina». Buscar otra con los medios indicados por el señor Nabuco, es desvirtuarla y extraviarla en un empirismo vago y generalizador. La liga liberal del continente, cuya formación aconseja el distinguido escritor brasilero, debía formarse para propagar estas ideas, para traer al carril de estas verdades sencillas á los espíritus brillantes que se extravían en sueños utópicos, y, abordando la tarea sólida y modesta, pero noble y grande en sus resultados, de educandos, formar ciudadanos. Cuando el señor Assis Brasil exclama con tristeza, «que el electorado brasilero es un electorado de analfabetos», con esa sola frase él muestra que el régimen democrático deberá ser forzosamente falseado en su patria, como lo está en todo nuestro continente. Unamos nuestros esfuerzos para continuar la obra civilizadora de Sarmiento y entremos en el camino de la salvación. Hace treinta años, desde la gran ciudad de la América del Norte, el estadista genial señalaba el programa de la regeneración á los pueblos latino-ame-

ricanos, con palabras que son de la mayor actualidad y que contienen la mejor y única solución que puede encontrar el problema planteado por el señor Nabuco con su elocuencia habitual, pero resuelto por él de una manera tan vaga y fantástica. «No nos detendremos á examinar,—decía Sarmiento, resumiendo esta cuestión de una manera definitiva,—las causas históricas, de raza, de nación, de clases, de costumbres, de formas sociales, que nos complacemos, con sobrada justicia, en dar como explicación del más chocante contraste, que se haya presentado jamás á la contemplación humana: atraso, desórden crónico, despoblación, pobreza de un lado, y prodigios en contrario del otro, en dos secciones de un mismo continente, á un tiempo descubiertas, casi á un tiempo independientes, á un tiempo republicanas. Admisibles son las diferencias, las gradaciones; pero la antítesis, la negación de una parte, la afirmación luminosa de la otra de verdades y hechos no cuestionados en teoría; la noche y el día produciéndose á la misma hora en las mismas latitudes, jamás lo aceptará como natural, ya que ve que es posible, la conciencia humana. No es este el caso de discutir las causas atenuantes. Vamos derechos al mal donde está. ¿Qué le falta á la América del Sud, para ser asiento de naciones poderosas? Digámoslo sin reparos: *instrucción*, *educación difundida en la masa de los habitantes*, para que sean cada uno elemento y centro de producción, de riqueza, de resisten-

cia inteligente contra los bruscos movimientos sociales, de instigación y freno del gobierno. El despotismo, la libertad, la monarquía, la república, no cambian la esencia de las cosas: la libertad, porque deja libre las pasiones sin inteligencia; el despotismo, porque aplasta las pocas fuerzas útiles y agrava el mal futuro en busca de un reposo efímero; la república, porque no se gobierna á sí misma; la anarquía, porque á los males conocidos añade el trabajo de crear uno nuevo y el dispendio de mantenerlo ».

XXVIII

El último libro del señor Nabuco, *A intervençâo Estrangeira durante a Revolta*, se ocupa bajo un aspecto especial de uno de los incidentes de la «cuestión de la América Latina» en sus relaciones con el Brasil. Tratándose de un episodio histórico, perfectamente documentado y analizado por el distinguido escritor, no debo tener reparo en ocuparme de esa obra, aunque ella se refiera á detalles de una lucha interna sobre la cual no me toca ni deseo manifestar una opinión. Las pasiones de la última lucha están aún demasiado vivas en el Brasil, para que sea fácil desentrañar la verdad de las acusaciones de los unos y los endiosamientos de los otros. Entre el detractor y el turiferario, el juicio vacila sin saber por cuál de ambos decidirse. Naturalmente, el señor Nabuco no pertenece á ninguna de estas categorías de exaltados. El mérito principal de su estudio, como de todos sus trabajos, es la elevación de criterio y

de estilo con que examina las cuestiones más candentes y enconadas. Si es cierto, como se ha dicho, que «todo lo que entra en un espíritu toma sus dimensiones», puedo afirmar que en el amplio espíritu del literato de que me ocupo, las cuestiones más odiosas se depuran y ennoblecen. Un caudillo político militante hubiera hecho de la historia de la intervención de las escuadras extranjeras en la rebelión del Brasil un libelo acusador. El señor Nabuco ha hecho un estudio jurídico de la mayor importancia y ha examinado esa cuestión con un criterio científico de historiador é internacionalista, que le quita sus asperezas y la eleva sobre el nivel de la polémica local.

Aquella obra se abre con el tono frío y severo de un alegato. El señor Nabuco examina las publicaciones oficiales del gobierno del Brasil, los libros azules y memorias de diversas cancillerías, los documentos dados á luz en Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos sobre la acción de los representantes diplomáticos y de los jefes de las respectivas fuerzas navales de aquellas naciones en la bahía de Río de Janeiro, durante la revolución del almirante Mello, y de todo ese cómputo de elementos saca conclusiones de una exactitud matemática, conclusiones definitivas é incontrovertibles sobre los acontecimientos de aquella época turbulenta. Para los que miramos con la mayor simpatía al Brasil, para los que tenemos una fe arraigada en los progresos

y el futuro inmenso de esa nación grande por su territorio y sus recursos materiales, noble por el carácter de sus hijos y las condiciones caballerescas de su pueblo; para los que soñamos con una América culta, independiente, soberana, libre de la presión exterior y de la influencia extranjera, venga de donde venga, debemos confesarlo sin ambajes, esas conclusiones son humillantes y dolorosas. Ah! bastaría la cruel lección que se desprende de las páginas palpitantes de inspiración y de talento del libro del señor Nabuco, para hacernos odiar esas rencillas internas que nos desacreditan y nos rebajan, entregando inermes los pueblos de nuestro continente á la audacia interesada de los que explotan nuestras miserias. ¿Qué vallas respeta el desborde de las pasiones feroces de la lucha civil? ¿Ante qué consideración es capaz de detenerse la fiera embravecida que olfatea el rastro del adversario y se deleita de antemano con la imagen brutal de la *vendetta?* Las sugestiones del patriotismo, los vínculos de la antigua confraternidad política, el recuerdo de un pasado de comunes sacrificios y análogos esfuerzos, el sentimiento de propia dignidad de la nación, todo es pisoteado en esos momentos de delirio insensato en que no se piensa sino en la ruina del contrario, aunque ello sea á costa de la independencia amenazada, de la soberanía deprimida por el auxilio del extranjero. Sólo así se explica que, en el período álgido de la lucha brasilera, como lo recuerda el señor

Nabuco y lo prueba con transcripciones fidedignas, una parte de la prensa gubernista de su país se regocijara con la idea de que los buques rebeldes podían ser echados á pique por los cruceros norteamericanos é incitaban á los marinos de esta nación á la obra nefanda de derramar la sangre de sus hermanos... He ahí los frutos de maldición de la guerra intestina. Muchos de los hombres que entonces se expresaban de esta manera son de índole blanda, tienen arraigado, como pocos, el sentimiento de la patria y el amor de su raza... ¿Á quién culpar entonces sino á esta embriaguez brutal de la pasión política desbordada, de la monstruosidad inconsciente de su propaganda?

Pero el episodio histórico á que se refiere el señor Nabuco tiene, por desgracia, una importancia transcendental para la América del Sud, como un precedente funesto que podrá ser invocado en circunstancias análogas, por poderes extraños, para tratar de imponer á nuestras naciones el régimen inicuo de una protección forzosa y apoyada en la fuerza naval. Ninguno de los partidos sudamericanos, después del caso de Méjico, que produjo la aventura monárquica y el patíbulo de Querétaro, había buscado el apoyo de la fuerza extranjera para resolver cuestiones políticas internas. Cuando las pasiones se enfríen, cuando la calma vuelva á los espíritus y se pesen los errores y las responsabilidades del pasado, el acto del mariscal Peixoto solicitando la intervención de la escua-

dra extranjera y aceptándola por el acuerdo del 5 de Octubre, que analiza el señor Nabuco, no podrá encontrar sino opositores que lo lamenten como un inmenso error y una desgracia nacional. Ese sentimiento se afirma día por día en el noble espíritu del pueblo brasilero, como un corolario lógico de la forma ofensiva con que se refirió á su acción en Río de Janeiro, el principal de los protectores del gobierno constituído en el Brasil durante la lucha con la escuadra sublevada. Conocidas sus palabras, se admitirá sin discusión la verdad del aforismo del señor Nabuco: « Entre el principio de la autoridad y el de la soberanía, es mejor que la transacción recaiga sobre el primero » (1).

Después de haber establecido los hechos con una precisión y una exactitud admirables, y apoyándose siempre en documentos fehacientes, el señor Nabuco examina todas las cuestiones que suscitan esos hechos en una conclusión á su obra que hace el más alto honor á sus condiciones de jurista y de escritor. En lo que respecta á la historia militar de la rebelión, él advierte que no se juzga habilitado para emitir una opinión por falta de

(1) « El almirante americano Benham, en un banquete que, á su regreso, le dió en Nueva York el « United States Service Club », resumió de este modo, entre carcajadas y aplausos, su acción en Rio de Janeiro: « En cuanto á mi procedimiento en el Brasil y á los efectos que él haya producido, pienso que, sin discusión, concurrió para hacernos buenos amigos de aquel pais. Esa amistad *se basa en el respeto y tal vez en alguna cosa más* ». (Cita hecha por el señor Nabuco de una correspondencia de Nueva York para *O Paiz,* á que se refiere Eduardo Prado en *A Illusão Americana).*

datos auténticos. «Hasta hoy, añade, refiriéndose á las publicaciones de aquel período sombrío, lo que hemos tenido es la glorificación, sin tacto y sin medida, propia de todas las decadencias; es el espíritu del arquitecto que propuso dar al monte Athos la figura de Alejandro». La primera cuestión que examina el eminente escritor es la que se refiere á la legitimidad de la intervención de las fuerzas navales europeas «con el fin de proteger en Río de Janeiro la vida y la propiedad extranjera». Para él, los principios positivos que circunscriben esta cuestión son tres. El primero, «que la revolución interna no interrumpe la soberanía y la independencia de las naciones, por lo cual el extranjero no puede ser el juez de la legitimidad de un movimiento de carácter político»; segundo, que apoyando á uno de los beligerantes, la nación extranjera se hace enemiga del otro y entra así en una guerra en que no tiene papel; tercero, como consecuencia lógica de las anteriores «que, reconocido el derecho de intervención en una guerra civil declarada, existe el mismo derecho para impedir que ella estalle, y por tanto el derecho de protección implica el de protectorado». Si la intervención se justificaba por el carácter *naval* del movimiento y «las potencias tenían el derecho de impedir un ataque *por mar* á la ciudad, por haber en ella vida y propiedad extranjera, tenían el mismo derecho para impedir cualquiera operación en tierra que afectase aquellos intereses, y aun más próximamente,

cualquier operación contra la escuadra que provocase el bombardeo». Si se pretende explicar el hecho de la intervención en nombre de los «intereses superiores de la humanidad», debe hacerse notar que «no existe en Río de Janeiro una sola obra *única* por la cual se pudiera interesar hasta aquel punto la humanidad, que no intervino para salvar la catedral de Estrasburgo ó el Museo del Louvre». Si se pretende que «una ciudad sin defensa no puede ser bombardeada ni atacada», se puede contestar que la «Alemania no reconoció tal carácter á Río de Janeiro y se abstuvo de cooperar con las otras potencias». «Además, éstas no sólo prohibieron el bombardeo de la ciudad, sino cualquier ataque contra ella, términos que comprenden todo desembarco ó tentativa de apoderarse del litoral; es decir, quedaba prohibida toda la serie de operaciones de guerra; lo que impedía á la rebelión prácticamente era expulsar de Itamaraty al gobierno legal, ó en otras palabras, era triunfar, por cuanto nunca podría triunfar sin atacar á Río de Janeiro.» Así, el procedimiento de las potencias extranjeras «quebraba completamente el equilibrio de las fuerzas». Ese procedimiento dió una inmensa superioridad de posición al gobierno. Por eso, la justicia exigía que las potencias reconocieran á los rebeldes el carácter de beligerantes. Fué á eso, sin embargo, á lo que ellas se negaron hasta la última hora «ó para hablar con más precisión, sólo á la última hora iban decidiéndose á ha-

cerlo, á no ser, con sorpresa del mismo Mr. Gresham, el cambio brusco del almiranto Benham. Fué en eso en lo que consistió el papel decisivo de aquel almirante ».

Establecida la responsabilidad que corresponde á las potencias extranjeras en la derrota de la rebelión naval, el señor Nabuco no tiene inconveniente en reconocer que « no pueden ser acusadas de haber concurrido para el plan de operaciones que debilitó y extenuó las fuerzas de la revolución: no fué por inspiración de ellas por lo que el almirante rebelado aceptó una lucha parcial, ingrata é inútil, contra las fortalezas de la barra, al otro lado de la bahía, y los tiradores de tierra, en vez de preferir el bloqueo, ó, en todo caso, conservar las fuerzas de la revolución reunidas para apoyarse recíprocamente; no fué, sobre todo, por disuasión de ellas, por lo que la revolución en seis meses no trató de organizar un gobierno regular, con división de poderes, separación de lo político y lo militar, no obstante haber estado en posesión de dos Estados y de las aguas de Río de Janeiro. Admitido todo eso, sin embargo, fué siempre la intervención extranjera la que inutilizó el poder de la escuadra, encerrada en un puerto enemigo, haciendo á éste inatacable ». Esta circunstancia indudable, evidente, indiscutible, es la que con justicia alarma al señor Nabuco como un funesto « precedente nacional ». El reflexiona que «todo gobierno puede ser sorprendido por el levantamiento de la escuadra, y, siendo esa escuadra

poderosa, puede ella, bloqueando los puertos y recorriendo la costa, colocarlo en situación peligrosa; cualquier escuadra extranjera más fuerte que se ofrezca á apresar los navíos rebeldes ó á impedir que se sirvan de sus cañones, mientras el gobierno prepara la resistencia, será para él un aliado eficacísimo. La cuestión es saber lo que conviene más á la nación, verificada la imposibilidad de resistir el gobierno sin concurso de fuera; si llamar al extranjero en su socorro, ó, aun sin llamarlo, aprovecharse de su actitud hostil á la rebelión, ó procurar transigir con el adversario. El primer impulso es de aceptar el auxilio salvador, venga de donde viniere; la razón política, sin embargo, establece, casi como axioma, que es preferible hacer al adversario todas las concesiones, á recibir el apoyo material del extranjero». ¿Serán de temer las consecuencias futuras de ese control de las cinco potencias internacionales? se pregunta, con temor, el distinguido escritor brasilero. Y su respuesta, es tan sensata, tan mesurada, como todo su trabajo: «¡Quién sabe! El precedente internacional, sin embargo, la lección dada por el gobierno al país y al mundo, fué esta: que á la primera dificultad súbita, á la primera perturbación en la vida política del país que los recursos del gobierno no basten para sofocar, el pensamiento de todos debe ser solicitar el concurso extranjero. No hay absolutamente diferencia alguna entre pedir á navíos de guerra extranjeros que apresen ó contengan

navíos de guerra nacionales rebeldes, y pedir á batallones extranjeros en la frontera, ó en los puertos á fuerzas extranjeras de desembarco, que vengan á batir batallones de línea insurgentes».

Uno de los hechos históricos curiosos que señala el señor Nabuco es la propaganda de los diarios extranjeros en Río de Janeiro, hostiles á la intervención y pidiendo al pueblo que no cayera en el error de solicitar el apoyo extraño para dirimir cuestiones domésticas. Es el mismo sabio consejo, dado hace muchos años en forma sanchesca y en versos pedestres por Andrés Bello en su fábula *el hombre, el caballo y el toro*, que sin duda nunca leyó el mariscal Peixoto, (1). La verdad es que, bajo la presión del odio y de la pasión política, como lo dice perfectamente el autor de que me ocupo «hubo un profundo desequilibrio, una confianza crédula en el apoyo desinteresado del extranjero, un impulso para envol-

---

(1) He aquí la moraleja de esa *fábula:*

Pueblos americanos,
Si jamás olvidáis que sois hermanos,
Y á la patria común, madre querida,
Ensangrentáis en duelo fratricida,
¡Ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
El costoso favor, falaz, precario,
Más de temer que la enemiga saña...
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre.

verlo en nuestras cuestiones internas, lo que importa ignorar que la protección, la intervención, el socorro es siempre en la historia el modo como primero se proyecta sobre un Estado independiente la sombra del protectorado ». Con esta síntesis brillante, podría cerrarse el libro del simpático escritor. Sin embargo, él contiene aún no pocas páginas de gran belleza y alcance profundo, sobre la personalidad del jefe de la resistencia brasilera y el génesis de la revolución encabezada por Mello y Saldanha. Todo el que quiera conocer una faz importante de la política de nuestros vecinos debe leer esas páginas con la mayor atención. Encontrará en ellas ideas nobles expuestas en un estilo lleno de encanto, y después de recorrerlas sentirá una simpatía cada vez mayor por el pensador que las ha trazado con pulso firme y conciencia levantada.

XXIX

La independencia de espíritu del señor Nabuco y la imparcialidad de su criterio, lo he dicho ya, infunden el respeto por las cualidades morales del hombre y los principios del escritor. Es esta tal vez una de las condiciones que más admiro en su talento atrayente: la sinceridad, la cultura refinada que no excluye la energía sino más bien la aguza y la adorna como un arma de lujo igualmente pronta para el juego de salón y el duelo sobre el terreno. Las antipatías instintivas de raza, de educación, de medio ambiente, de profesión, de credo político, son inmensas entre él y el mariscal Peixoto. No obstante, el autor de la *Intervención extranjera durante la rebelión* trata á su adversario con la mayor caballerosidad, y no le escatima el reconocimiento de las condiciones que mostró durante la lucha tenaz de 1893. Si esas cualidades no son de un carácter más noble, ello no es culpa del señor Nabuco. Si así

hubiera sido, la conciencia del historiador no habría vacilado en reconocerlo. Tales como aparecen, él las clasifica como «cualidades de primer orden» y las consigna sin subterfugios: «Fueron éstas la tenacidad, la solidez férrea con que en una época de debilidad, y delante de una revolución dueña de la bahía, provocó la obediencia, la fidelidad, la sumisión del ejército, desde los más altos grados, hasta convertirlo en el instrumento que fué en sus manos». Sin duda, para llegar á estos fines, el mariscal Peixoto se valió de medios discutibles y muchos de ellos reprobados. Pero la verdad es que su decisión, su actividad, su resolución fueron extraordinarias: «es difícil decir si fué la ambición ó el papel que le atribuyeron, ó la venganza jurada,—dice Nabuco en un hondo sondaje de psicólogo — lo que le prestó un alma que antes nunca imaginó que cupiera en sí, diferente de todo lo que hasta entonces se había visto en nuestra raza y que por eso impresionó á ésta fuertemente, aunque era entre tanto la fibra ordinaria de los antiguos caudillos del Plata». El doble papel, de una habilidad innegable, que desempeñó en la crisis el mandatario brasilero no está explicado con menos acierto por su historiador. «Á esas cualidades enteramente excepcionales de fuerza y dominio... es preciso añadir tres cualidades políticas maestras: la sagacidad, el desdoblamiento gradual y la aparente negligencia del diplomático que negociaba con los rebeldes, por intermedio de las

potencias, el acuerdo del desarme, para, á la sombra de él, levantar fortificaciones en la ciudad; que, salvado por la intervención europea, hacía creer á los Estados Unidos que la Europa procuraba intervenir contra él en favor de la restauración; que, sostenido y defendido por la escuadra extranjera, esparcía, para despertar el amor propio nacional y amenazar á la población extranjera, acusada de simpatía por la revolución, que aquella escuadra era el auxiliar eficaz con que ésta contaba. Este libro mismo no es sino la historia de la duplicidad, de la astucia y de las adaptaciones de esa diplomacia dilatoria á la que, principalmente, debió el triunfo».

La misma penetración de espíritu, la misma seguridad de vistas, la misma fuerza de observación campea en todo el curso del libro sobre *La intervención extranjera* y en los estudios posteriores en que, como en el titulado *El deber de los monárquicos* que apareció primitivamente con el título de *Carta al Almirante Jaceguay,* el brillante escritor analiza el estado político de su patria y manifiesta sus ideas sobre la forma de gobierno que más se adapta á la índole histórica del pueblo brasilero. Cualesquiera que sean las opiniones de los lectores del señor Nabuco y aunque ellas estén en completo desacuerdo con su manera de juzgar los accidentes de que es teatro el Brasil desde la caída del antiguo régimen, ninguno de los que recorran sus libros con buena fe dejará de sacar de ellos una lección pro-

vechosa de patriotismo y adhesión al bien público. No tengo autoridad para dar consejos á la juventud de la joven república; pero si el sentimiento de simpatía que ella me inspira me autorizara para ello, yo diría sin vacilar á los representantes de las nuevas generaciones: «recorred con respeto y con cariño la obra elocuente de vuestro eminente compatriota, por lejano que esté el ideal político que seguís del que él enaltece con sinceridad y con altura. Hacedle sentir, á falta de un sentimiento de adhesión incompatible con vuestras convicciones, el calor de vuestra simpatía por su talento, de vuestra atención por su persona. Su inteligencia poderosa es un patrimonio común, es una gloria que á todos os pertenece. No os dejéis arrebatar por el ardor de pasiones que perturban el corazón y lo rebajan, hasta negar sus cualidades y cerrar los ojos á la luz de las grandes verdades que encierran sus escritos. Buscad en ellos al moralista, al literato cultivado, al estilista brillante, y escoged entre los frutos de su vergel los que mejor convengan á vuestro paladar y más halaguen vuestra predilección individual. De todo encontraréis en él: flores y frutas tropicales al lado de esas plantas frágiles y graciosas de los climas del norte; nunca tropezaréis allí con un cuadro vil, con un espectáculo vergonzoso y rastrero. Y, si rindiendo culto á preocupaciones ó á sentimientos que os alejen de su lado, os creéis autorizados á refutar sus doctrinas, tratad de

elevar vuestro espíritu hasta la altura del suyo y no de rebajar el suyo hasta el terreno de la procacidad y de la diatriba que infama al agresor y exalta al agredido...» Mucho más añadiría, si no fuera una de las cosas más inútiles de la vida el dar consejos á quien no los solicita, y si no supiese de antemano que en sociedades de cultura rudimentaria, la voz de la templanza y de la moderación clama en el desierto. Las pasiones vibrantes que conmueven todavía al mundo político brasilero no parecen por el momento manifestar tendencias á entrar en un período de calma y normalidad. Las corrientes que agitan á aquel mar alborotado son difíciles de diseñar á la distancia. Pero de cuando en cuando aparece un síntoma doloroso é inesperado y se ve que la lava aun está hirviente y circula en ondas inflamadas bajo la superficie de un terreno aparentemente tranquilo!...

¿Cuál es la causa de la prolongación de este malestar que hace tiempo debía haber desaparecido? ¿No habrá en su fondo una cuestión de carácter social más que de carácter político? ¿Debemos creer con Assis Brasil que, después de todo, el duelo trabado en su patria es entre el *parlamentarismo* y el *presidencialismo* y que el triunfo del segundo sería el principio de la redención? ¿Ó supondremos más bien que la enfermedad es otra y radica en fuentes más hondas del organismo? En uno de los capítulos anteriores hemos expuesto lealmente esa pri-

mera explicación del arduo problema. Para acercarnos más pronto á la verdad, veamos la explicación social que, como uno de los elementos principales de la aparente anarquía mental, nos ofrece el señor Nabuco, y que ella sirva para cerrar con llave de oro el boceto del escritor, sin pretender arrojar sobre este punto una luz definitiva.

«¿De qué sufrimos principalmente?—pregunta el autor del ensayo sobre *Balmaceda*, en el opúsculo sobre *El deber de los monárquicos*, dirigiéndose al almirante Yaceguay. ¿No es observación suya que sufrimos de un ilimitado individualismo, que se convierte en verdadera irresponsabilidad porque está acompañado de la falta de toda y cualquier reacción social? ¿No es exacto que el individuo no se siente solicitado, restringido, dominado por la sociedad en ninguna de sus voluntades, que es tan absoluto señor de sus acciones, de su vida, como si viviese en el desierto? ¿No es cierto que cada uno puede hacer lo que quiera, vivir como entienda, sin preocuparse de la opinión que lo rodea? ¿Y no querrá esto decir que no existe fiscalización, presión, gobierno de la sociedad sobre el individuo? Además de este rasgo hay otro igualmente importante. Somos la única sociedad existente en el mundo á quien se pueda dar el nombre de *neocracia*, en todos sentidos: no sólo en el de ser gobernados de preferencia por las nuevas generaciones, en oposición al gobierno de los más viejos, que se encuen-

tra en el comienzo de casi todas las civilizaciones. Ya antes de los cuarenta años, el brasilero empieza á inclinar su opinión delante de la de los jóvenes de quince á veinticinco. La abdicación de los padres en los hijos, de la edad madura en la adolescencia es un fenómeno exclusivamente nuestro. Imagínese la Francia entregada enteramente, como gran potencia europea, á la dirección del Barrio Latino. En menor escala, ese es nuestro caso. El resultado es una precocidad abortiva en todo el campo de la inteligencia, por lo cual el talento nacional, que es incontestable, pronto, brillante é imaginativo, está condenado á producir obras sin fondo y, por lo tanto, también sin forma, porque lo bello en literatura, como en las artes, no es otra cosa sino la fuerza. Será difícil á uno de nuestros estudiantes de mérito servirse del microscopio sin descubrir luego un nuevo organismo que los sabios estén buscando en vano hace años en los diversos laboratorios de Europa. El apresuramiento es una incapacidad para la ciencia como para el arte. El emperador tuvo una correspondencia con Renan y otras autoridades en lenguas semíticas, sobre una inscripción fenicia, que se decía haber sido descubierta en el Parahiba y que un curioso brasilero, hombre de ciencia, que la tradujo, pretendía ser auténtica. Cualquier joven oficial que mandemos á los astilleros de Europa siéntese con la capacidad de resolver una duda entre dos grandes arquitectos navales. Todo eso revela por cierto una cualidad,

la iniciativa, que, corregida y completada por la reflexión, es la primera de las cualidades del espíritu, pero que movida por la imaginación solamente, es casi infantil. Los mismos positivistas, que se definen como los reorganizadores de la coherencia espiritual en nuestro país, son otro ejemplo de irresponsabilidad nacional. Antes de deponer al emperador del trono del Brasil ¿acaso no depusieron ellos al señor Laffite de la sucesión de Augusto Comte? Esto quiere decir que en uno de los menores círculos de la humanidad, como es el Comtismo, entró con los brasileros el espíritu de indisciplina y luego se produjo el cisma. Temo mucho el día que tengamos un cardenal nuestro. El representante en el Sacro Colegio de nuestra impulsiva mentalidad, si el Cónclave no cediera á sus vistas superiores, amenazará con ir á la prensa á relatar las irregularidades del escrutinio de las cédulas, perturbando la elección que hace dos mil años se hace tranquilamente del sucesor de San Pedro. Si, por acaso, un compatriota nuestro recibiere un día la tiara, entonces, sin blasfemia, ni el Espíritu Santo conseguiría contenerlo en la reforma general de la Iglesia. Ciertamente, con Papas brasileros, la infalibilidad no habría pasado tantos siglos antes de ser proclamada como dogma.»

Un espíritu de este temple, un moralista del vigor y de la lealtad generosa del señor Nabuco, es un fenómeno digno de ser señalado como correctivo á las compla-

cencias habituales de la generalidad de los hombres de letras ó políticos de nuestra raza, que buscan en el halago de las pasiones y los vicios de la multitud, un medio infalible y seguro de dominación y prevalecimiento personal. En este sentido, el ciudadano y el patriota son en la personalidad atrayente y distinguida de Joaquín Nabuco, no menos simpáticos que el hombre inteletual, cuyo sano prestigio y cuya vida desinteresada y sincera hacen un honor tan grande á la sociedad del Brasil.

XXX

A mi llegada al Brasil, Ruy Barbosa estaba ausente, arrastrado por la ola revolucionaria á playas extranjeras. Después de una corta residencia en Buenos Aires, se había dirigido á Inglaterra y desde Londres enviaba al *Jornal do Commercio* los soberbios estudios reunidos más tarde en un volumen que muestra, tal vez mejor que ninguna otra de sus obras,—las múltiples facetas del admirable talento del primero de los hombres intelectuales del Brasil. «Refugio inmemorial de los perseguidos,—dice en una de esas producciones, —tienen las Islas Británicas por ese lado una atracción irresistible y una historia que, si se pudiera desglosar de la de sus libertades nacionales, sería por sí sola uno de los altos monumentos á la superioridad moral de este país, cuya hospitalidad extiende á las víctimas de la opresión en todos los puntos del mundo, la invitación

de Shakespeare: *Rest thy unrest on England's lawful earth* [1].

Terminado el período sangriento que atravesó el Brasil durante la dictadura, Ruy Barbosa regresó al seno de la patria que no había dejado de ilustrar y servir durante su ausencia. Uno de los hombres jóvenes más distinguidos de aquel país, un periodista culto y brillante, que lo había acompañado antes en la redacción del *Diario de Noticias*, que lo consideraba como un maestro y un ejemplo y que le mostró toda la sinceridad de su afecto en los momentos en que juntos salieron de su tierra natal perseguidos por el odio de la tiranía, Tobías Monteiro, me condujo á la casa del jurisconsulto eminente para hacerme conocer personalmente al hombre cuyas obras habían llamado profundamente mi atención. Me parece ver todavía la gran casa de la Rua San Clemente, arrinconada en uno de los barrios más hermosos de la capital fluminense, bañada por el sol admirable de un día de primavera que con sus rayos deslumbrantes bruñía el verde penacho de las palmeras y las plantas exóticas de los jardines en flor. El publicista, apenas descansado de la fatiga del viaje, me esperaba y me acogió con esa afabilidad modesta y sencilla que es el rasgo distintivo de su atrayente personalidad. Un periodista, á quien se había confiado la misión de

(1) «Aquieta tu inquietud, en esta Inglaterra, tierra de las leyes». Richard III, acto IV, escena IV.

entrevistarlo, se había unido á nosotros en el carro eléctrico, y Ruy Barbosa tuvo que hacer prodigios de diplomacia para substraerse á las indiscreciones de su perquisición inquisitorial. Libres del incómodo testigo, pudimos entregarnos á una larga conversación amistosa, una de esas charlas á *bâtons rompus* sobre libros, autores, sucesos históricos, cuestiones diplomáticas, impresiones personales, anécdotas contemporáneas, juicios sobre el pasado y sobre el presente que hacen tan grata la presencia y el contacto de un espíritu superior. En un paréntesis de la interminable conferencia el distinguido hombre público, me hizo los honores de su admirable biblioteca, la colección particular más numerosa y completa que creo existe en Sud-América, especialmente en lo que se refiere á publicaciones inglesas y norteamericanas. Ninguno de los nombres ilustres de aquellas naciones faltaba en los estantes de Ruy Barbosa, y todos esos libros habían sido hojeados ó leídos con amor, todos habían dejado algo del polvo sutil de sus alas en el publicista y el escritor distinguido, que los conocía uno por uno, pues al hablarle de cualquiera de ellos, se dirigía sin vacilar hasta el punto preciso en que se encontraba el volumen requerido y con todo acierto hallaba inmediatamente en él la página buscada y el párrafo señalado por su lápiz de estudioso é infatigable investigador. Las huellas de esa labor de benedictino me explicaban mejor que nada, la familia-

ridad perfecta de Ruy Barbosa con el genio literario y jurídico de la raza anglosajona. Su enorme y sólida erudición, su memoria sólo comparable con la de Macaulay, se revelaban á cada instante sin afectación y sin esfuerzo, con una sencillez encantadora y genial. Antes de separarnos, Ruy Barbosa, que acababa de recibir una remesa de nuevas publicaciones de Londres, me obsequió con un ejemplar del *American Commonwealth* de Bryce que con su dedicatoria autógrafa conservo todavía como un recuerdo precioso del amigo y del escritor.

Como muchos de los políticos y literatos eminentes del Brasil, Ruy Barbosa es un hombre del norte. Hijo de un médico distinguido, nació en Bahía, pero se trasladó desde temprano á Río de Janeiro donde ha alcanzado los mayores triunfos de su carrera. Durante el Imperio había tenido ocasión de mostrar sus cualidades de orador y de jurista brillante, pero fué sobre todo la declaración de la República lo que puso en plena luz su figura política é intelectual. Como miembro del Gobierno provisorio, formado á raíz del movimiento encabezado por el mariscal Deodoro da Fonseca que dió en tierra con la dinastía, le tocó una parte prominente en todos los acontecimientos posteriores á aquel cambio de régimen. Su respeto á la ley, su amor por la justicia y el derecho, los escrúpulos de su conciencia política y hasta la extrema cultura literaria de su espíritu, le hicieron repudiar pronto los excesos de fuerza y los atentados con-

tra las garantías consagradas por la Constitución, de que tuvo que echar mano el Gobierno brasilero para mantener su autoridad y el prestigio de su poder. Cuando la descomposición interna del partido triunfante se acentuó de una manera dolorosa, las conspiraciones sucedieron á los atropellos y los bandos opositores apelaron á la revolución, el jurisconsulto eminente se sintió profundamente desalentado y herido en sus principios más puros. El odio de la dictadura se ensañó entonces en su persona, insultando su nombre y haciéndolo víctima de una larga persecución. Aquel campeón generoso de la libertad no podía respirar el aire enrarecido que pesó sobre el Brasil en un período luctuoso, aunque felizmente corto, y optó por el extrañamiento que antes he mencionado y á que debía poner término el restablecimiento del orden regular en su patria y el regreso de ésta á la órbita constitucional.

En la larga campaña abolicionista de que fué teatro el Brasil durante el imperio, Ruy Barbosa ocupó uno de los puestos de primera fila. Como periodista, como tribuno popular, como legislador en el Congreso, su pluma y su palabra vibrante estuvieron siempre puestas al servicio de esa causa santa. Entre los innumerables documentos producidos en aquella época, resalta por su mérito especial el *Despacho formulado en nombre de las Comisiones reunidas de Presupuesto y Justicia Civil á propósito del proyecto de Emancipación de los Esclavos,*

redactado y firmado por el brillante escritor [1]. Aquel estudio admirable agota la materia, la desmenuza con esa seguridad de análisis que es una de las fuerzas del notable jurista, penetra en sus entrañas más recónditas, rehace su historia y vivifica sus argumentos y sus conclusiones liberales con frases luminosas, profundas y patrióticas que vivirán tanto por su fondo moral como por la belleza insuperable de su estilo. La peligrosa hipocresía de los falsos liberales es señalada por el señor Ruy Barbosa en aquel largo alegato en favor de los oprimidos, como uno de los obstáculos más difíciles de vencer para llegar á la redención del esclavo. « Nadie en este país,—decía,—divinizó jamás la esclavitud. Nadie la defendió abiertamente cual en los estados separatistas de la Unión Americana, como la piedra angular del edificio social. Nadie, como allí, anatematizó en la emancipación un atentado perturbador de los designios providenciales. Todos son y han sido *emancipadores*, hasta los que ponen mayores trabas á la represión del tráfico y ven en él una conveniencia económica ó un mal más tolerable que la extinción del comercio negrero. »

La política doble de estos fariseos es despedazada por el zarpazo de león del elocuente diputado. Jamás causa

---

1 Camara dos Deputados — Projecto n. 48 — Sessão de 4 de Agosto de 1884. Parecer n. 48, A, formulado em nome das Commissões reunidas de orçamento e justiça civil acerca do projecto de emancipação dos escravos, pelo Sr. Ruy Barbosa. Rio de Janeiro, Typographia Nacional, 1884.

más odiosa ha tenido un impugnador más varonil y eficaz Sus páginas vigorosas é incisivas dan un golpe de muerte á las teorías monstruosas sobre que descansaba aquella gran iniquidad y anuncian con visión profética el próximo derrumbe de aquel baluarte creado por una herencia desgraciada contra todos los principios de la moral y de la civilización de nuestro tiempo. Pero antes del triunfo definitivo, debían librarse nuevos combates, y en todos ellos estuvo presente el brioso paladín de la emancipación. Un año más tarde de expedido y publicado su notable *Despacho*, lo vemos electrizando á su auditorio al escuchar la *Conferencia Abolicionista* que dió en uno de los teatros de la Corte. Aquella oración en su género es una pieza magistral, por la elegancia de su lenguaje, la profundidad de sus conceptos, el tono sucesivamente irónico y majestuoso de sus palabras, la delicadeza de sus insinuaciones, los golpes de estileto de su sátira implacable, los arranques soberbios de su patriótica indignación. Se dirá que esas formas oratorias tan gratas á los modelos clásicos del género, parecen en nuestros días ligeramente arcaicas por el esplendor mismo de su ropaje. Se dirá que el fuego de las oraciones de O'Connell, la dialéctica de Macaulay, la sonoridad majestuosa del Webster de la réplica á Hayne, han pasado de moda, para dar lugar á las frases familiares, contundentes y descarnadas del parlamentarismo contemporáneo. No importa! mientras el hombre sea sensible

á las seducciones de la palabra humana, el discurso de Ruy Barbosa quedará como un modelo de la gran oratoria, la más elevada y la más dominadora, la que hacía vibrar el ágora ateniense ante los apóstrofes de Demóstenes y estremecerse el foro romano con los estallidos impetuosos de las Catilinarias de Cicerón! Recorred las arengas de aquellos grandes maestros y decidme si en cualquiera de ellas no figuraría con honor un párrafo como el siguiente tan impregnado de generosa pasión:

«Señores, hubo en los Estados Unidos, entre las instituciones feroces del esclavismo en el Sur, una ley bárbara y que quedó designada á la indignación de la historia bajo el nombre de *ley de los esclavos evadidos*. También tendríamos nuestra ley de caza de esclavos, si este proyecto triunfase. El criminal, el malhechor, el condenado pueden buscar impunemente la libertad; porque la jurisprudencia universal ha reconocido en la evasión un legítimo impulso de la naturaleza; y, si les abrís las puertas, si los acojéis bajo vuestro techo, si los recibís en el agasajo de vuestra casa, movidos de piedad ó esperanza en la rehabilitación del delincuente, no incurriréis en penalidad alguna; porque la ley que vedase la caridad es la que sería digna del grillete... Pero si, cuando en el círculo de vuestra bienandanza íntima, os estuviérais contemplando en los ojos de la esposa y acariciando á vuestros hijos adorados, un esclavo, andrajoso, martirizado, despavorido, entrara de

repente, cayendo de rodillas entre los niños que os miman y la madre que os sonríe, — es preciso ahogar el corazón, contener las lágrimas, endurecer el semblante y rechazar al miserable ó amarrarlo para entregarlo á la justicia; que así se prostituye este sagrado nombre á las exigencias de la institución maldita!... Yo quisiera saber si hay, en este auditorio, un cobarde bastante vil para obedecer á tal ley. De mí, os digo: yo aborrecería á mis hijos y arrojaría de mi alma á la cara compañera de mi vida, si ellos y ella no fuesen los primeros en extender sobre la cabeza del perseguido las alas tutelares de esa simpatía omnipotente cuyo secreto poseen las mujeres y los ángeles! Y si la ley, esa ley nefanda, llamase á mi puerta para arrancarme el foragido y restituirlo á sus torturadores, yo diría al esclavo: Resiste! y los seides de la ley perversa no penetrarían en mi domicilio sino como los salteadores, por el escalamiento y por la sangre!... »

No se trata aquí de una frase aislada, pues todo el discurso de Ruy Barbosa está escrito en el mismo tono, en igual diapasón de elocuencia irresistible. Sin duda hay en este trabajo una fulguración tal vez excesiva, un derroche demasiado copioso de bellezas literarias. La exuberancia de su forma, la grandiosidad de su estilo, sin embargo, son dotes comunes á todas las producciones de nuestro autor. Los temas más áridos, las discusiones de carácter más abstracto, son transformadas por la

imaginación deslumbrante de este mágico de la palabra. El periodista anónimo de la *Feria Política*, [1] es el mismo del ensayo sobre Swift que encabeza una adaptación portuguesa de los *Viajes de Gulliver;* la misma pluma burila el alegato admirable en favor de las víctimas del estado de sitio, los discursos y escritos de *Finanzas e Política* y las *Cartas de Inglaterra,* producciones de índole y de carácter fundamentalmente distinto, pero que poseen todas la unidad suprema que les imprime el cuño indeleble del espíritu de su autor.

(1) Traços para a historia da opposição en 1883. — *Feria Politica* — Artigos de Salisbury — Rio de Janeiro — Typographia Nacional — 1884.

XXXI

Ante los escritos de Ruy Barbosa, no se sabe qué admirar más, si el hombre de letras, el cultor de la frase, el artista de la forma ó el pensador vigoroso y original, el jurisconsulto ó el estadista de concepciones transcendentales. Desde luego, posee en su estilo un instrumento inmejorable de producción intelectual. Es un estilo preciso y amplio al mismo tiempo, con sonoridades de bronce y con aristas de acero, sedoso y metálico, sencillo y grandilocuente, en que se mezclan, sin confundirse, la perfeccion de la línea de Renan y la intensidad corrosiva de Froude. Como todos los grandes escritores, Ruy Barbosa posee á fondo su lengua y dispone de un vocabulario enorme. Siendo el más elegante es al mismo tiempo el más purista de los literatos brasileros, lo que no le impide conocer, como pocos, las literaturas extranjeras y dominar el inglés, como si hubiera nacido á las orillas del Támesis. Aña-

did á estas condiciones, una cultura literaria tan vasta como intensa, un talento natural extraordinario, una disciplina intelectual estricta, y tendréis la clave de todos sus escritos tan notables por la amplitud de la información y de la doctrina, como por las dotes plásticas, por decirlo así, de su estilo pintoresco y colorido.

Una de las obras más notables de la literatura brasilera contemporánea, en este y otros sentidos, es el estudio de Ruy Barbosa sobre el *Estado de Sitio* (1). Este libro es digno de los mayores elogios, no sólo como trabajo doctrinario, sino como acto de valor cívico. Se abre con una petición de *habeas carpus* presentada al Supremo Tribunal Federal en favor de un grupo de ciudadanos presos bajo la autoridad de un decreto estableciendo el estado de sitio; contiene el alegato pronunciado por el autor en defensa de los inculpados ante el citado tribunal y termina con una serie de artículos publicados en la prensa diaria, en que se analiza bajo todas sus faces legales y políticas el acuerdo judicial denegatorio del recurso solicitado. Cada una de estas partes, tiene un mérito especial, un atractivo distinto. En la primera aparece de cuerpo entero el abogado brillante, imbuído de erudición de buena ley, pero contenido en los límites severos de un escrito profesional. En la segunda, el orador da rienda suelta á su elocuencia arrebatadora,

(1) Ruy Barbosa. *O Estado de Sitio, sua natureza, seus effeitos, seus limites* —Capital Federal—Companhia Impressora, 7 Rua do Ouvidor, 1892.

haciendo un llamamiento á la justicia, á la razón y al corazón de los jueces en frases cinceladas, en períodos de corte escultural. Las seducciones de su talento tan distinguido no consiguen cambiar el voto del tribunal, y en la tercera parte del libro, reaparece el polemista incisivo, el batallador infatigable, que aborda un tema, lo penetra y lo alumbra por todas sus faces, lo somete al crisol de su crítica penetrante y dominadora.

En el alegato ante el Tribunal Supremo, Ruy Barbosa empieza por declarar que «nunca el sentimiento de su insuficiencia personal ante las responsabilidades de una ocasión extraordinaria, nunca su instinto de la patria, bajo el temor de las contingencias de su futuro, momentáneamente asociado en aquella circunstancia á las ansiedades de una gran expectativa, le ahogaron el espíritu con impresiones desbordantes como las que llenaban la atmósfera de aquel recinto poblado de temores sagrados y esperanzas sublimes». Luego recuerda á los venerables magistrados que «los pueblos no aman sus constituciones sino por la seguridad de las libertades que ellas les prometen», que el Supremo Tribunal está encargado de poner un dique á las invasiones «graduales ó violentas del poder que representa la legislación y del poder que representa la fuerza», que es la primera vez que esa grande creación judicial es sometida á una prueba real, lo que le inspira el recelo de que «el juicio de aquella causa llegue á convertirse en el juicio de aquella insti-

tución». El espíritu jurídico, según él, es el carácter general de las grandes naciones dueñas de sí propias. «Nada encierra un peligro mayor para un pueblo que la ausencia ó la degeneración del sentimiento jurídico, pues los pueblos son gobernados ó por la fuerza ó por el derecho». «Ojalá fuésemos—continúa—una nación de juristas. Pero lo que somos es una nación de retóricos. Nuestros gobiernos viven envolviendo en un tejido de palabras sus abusos, porque las mayores enormidades oficiales tienen la seguridad de engañar si son lustrosamente fraseadas. La arbitrariedad palabreada es el régimen brasilero».

He dicho que el alegato de Ruy Barbosa, constituye no sólo una obra notable sino también un acto de valor cívico altamente honroso para su autor. Lo que lo lleva ante el tribunal, en efecto, no es sino el mandato imperativo de su conciencia de ciudadano sublevada ante los atropellos de la arbitrariedad gubernativa. «Mi mandato —dice en un párrafo tan digno de ser citado por su factura material como por su alcance moral—nace de mi conciencia impersonal de ciudadano. Estamos en uno de esos casos en que cada individuo es un órgano de la ley. Y, si para casos tales, la ley no instituyó una función obligatoria, una curatela especial, consagrada á la reclamación de la justicia y á la promoción del *habeas corpus*, es porque legisladores de pueblos libres no podían concebir que el ejecutivo destierre y aprisione á

ciudadanos en masa, sin que del seno de la sociedad, lacerada por esas explosiones brutales de la fuerza, se levante espontáneamente á lo menos una voz de hombre, un corazón, una conciencia, luchando por la restitución del derecho suprimido.....» Y más lejos: « Los aduladores de la opresión, los eunucos del cautiverio satisfecho acusarán de perturbadora la voz que protesta. Pero la verdad es que ella trabaja por la pacificación y que ella apostoliza el orden, curando las llagas abiertas por la fuerza con el bálsamo de la confianza en la ley, apuntando á los irritados, por encima de las violaciones administrativas y de las violencias populares, la omnipotencia inmaterial de la justicia. Los tiranizados necesitan un recurso: si les robáis el de la legalidad, les condenáis al de la insurrección. Cuando la decepción pública no pudiera extender sus manos á los tribunales, acabará por pedir inspiraciones á la desesperación..... La arbitrariedad es el enemigo, señores jueces.—No temáis sino á ella: fuera de la legalidad es que se esconden los grandes peligros y los naufragios irremediables».

En sociedades incipientes, como son la mayoría de las de nuestro continente, en que el amor al orden y el culto de la ley son todavía tan rudimentarios, tan expuestos á desaparecer ante los avances del poder y las ambiciones del caudillaje, hace bien al alma escuchar esos acentos generosos. Y todo el alegato de Ruy Barbosa abunda en sentencias que deberían quedar grabadas

en el corazón de la juventud y llegar á constituir el evangelio político de estos pueblos nuevos. Los principios enaltecidos por el elocuente jurisconsulto, en efecto, son los que forman la base de toda comunidad civilizada. Desde luego, el interés supremo de la justicia: « la justicia para la cual se encaminan los intereses contemporáneos, pero que debe cubrir igualmente á las generaciones futuras, ó entregarlas inermes á la intemperancia de la fuerza, si les faltara la protección del fallo reparador ». El único pensamiento del defensor « es arrancar á las miserias de una situación inconstitucional á ciudadanos inculpados; y si son culpables, entregarlos á los tribunales ». Más lejos, la dignidad personal que rechaza el servilismo y mantiene pura la integridad del carácter: « si fuese mi alma capaz de anidar despechos, mi venganza se habría convertido en miel para la taza del dictador. Y allí, en el coro de la lisonja, entre los himnos del triunfador, estaría mi lugar, si mi temperamento me permitiese hacer de la palabra instrumento de instintos inferiores, si el amor de la patria no fuese la gran pasión de mi vida ». Y así sucesivamente, la benevolencia para el adversario político, el respeto celoso por la carta fundamental, el sentimiento de la solidaridad humana que comparte todas las angustias de los desgraciados. Refiriéndose á uno de los oficiales de mar de alta gerarquía preso por conato de conspiracion é insultado por el decreto que lo privaba de su grado, se pregunta Ruy Bar-

bosa: «¿Por qué estas afrentas irreparables, que destierran de las almas la misericordia, que siembran en la sociedad el odio fatal, que eliminan de la conciencia el órgano del perdón?» El desborde de la intransigencia no es para él menos peligroso que la violación de las garantías de la Constitución: «Conservador bajo la república, tan enérgicamente como fuí radical bajo el imperio, creo que, para el nuevo régimen, la condición capital de durabilidad es el amor del pueblo, pero que el pueblo acabará por abominar la legalidad republicana, si ella fuera, como el gobierno se esfuerza por demostrar, el sinónimo de la proscripción irresponsable».

Denegado el recurso de *habeas corpus* en favor de los ciudadanos defendidos por Ruy Barbosa, no obstante la solidez de argumentos y la belleza de su oración magistral, el jurisconsulto vencido por las exigencias de un interés político mal entendido, no se desalienta y acude á la prensa periódica para continuar ilustrando el juicio público y despertando la conciencia nacional en esa serie de admirables artículos á que antes me he referido. La erudición de que hace gala en estos estudios el eminente escritor es realmente asombrosa. Sus vastos conocimientos de la historia contemporánea, su lectura frecuente de los comentadores de la constitución americana, su dominio perfecto de la ciencia jurídica, le proporcionan un arsenal inagotable de argumentos para pulveri-

zar el fallo del tribunal supremo, mostrando su inconsistencia y los móviles secretos que lo habían inspirado. Al terminar este trabajo monumental, al llegar « al término de una jornada en defensa de un derecho que debía armar el brazo de todos los republicanos y que los hados reservaron á la república el irónico destino de negar por la primera vez oficialmente en el Brasil », el jurista genial contempla con satisfacción el camino recorrido. « Cada día siento mejor que cumplí con mi deber,—exclama,—cada día comprendo menos el papel de los que me lo desconocen, cada día hallo más difícil creer en su sinceridad. Maldita la política sin fe, sin moral y sin verdad que oblitera tales sentimientos ». La satisfacción moral de haber realizado un acto viril y haber dado á las generaciones jóvenes de su patria un ejemplo de integridad republicana, es lo único que compensa para el eminente escritor los sinsabores de la larga lucha empeñada en defensa de sus convicciones. Como el combatiente que se ve obligado á retirarse aplastado por el número de sus enemigos, clava sus cañones y salva cuidadosamente su bandera, Ruy Barbosa termina su obra doctrinaria con estas palabras, que son al mismo tiempo un reto y una afirmación de los ideales que lo impulsan: « Mis contradictores pueden continuar batiéndose por el gobierno, cliente que no deja mal á sus abogados. El mío es la libertad, no siempre grata á sus amigos. De los premios que

ella da, el único que no falla, es la satisfacción de la conciencia. Ese ya lo tengo. Estoy pagado».

El libro sobre el *Estado de Sitio* tiene su complemento en la publicación de un nuevo trabajo que sigue á aquel bajo el título de *Los actos inconstitucionales del Congreso y del Ejecutivo ante la Justicia Federal* (1). El propósito de este estudio es explicar el criterio jurídico con que deben apreciarse los diferentes casos particulares de cuya defensa se había encargado el distinguido abogado. «La acción en todos esos pleitos,—dice Ruy Barbosa,—estriba en las mismas reglas constitucionales que garantizan indistintamente la estabilidad á las patentes militares, la inmovilidad á las funciones civiles de carácter vitalicio; arguye de infracción de esas reglas orgánicas de la sociedad nacional las resoluciones del ejecutivo, fulminadas contra sus constituyentes; afiánzase en el perjuicio material infligido á los actores por esas medidas arbitrarias del Gobierno, para reclamar contra sus efectos la tutela de la justicia, apoyándose en la consideración de que esos actos son inconstitucionales, de que los actos inconstitucionales son actos nulos, de que los actos nulos no surten resultado legal y de que, para conocer de esas nulidades, pronunciándolas, la autoridad competente, en el régimen adoptado por la Constitución de 24 de Febrero, es la de los tribu-

(1) Ruy Barbosa, *Os actos inconstitucionães do Congreso e do Executivo ante a Justiça Federal.* Capital Federal, Companhia Impressora, 9 - rua do Ouvidor - 9. 1893.

nales federales». Excusado es decir que en la dilucidación de esta tesis, aparecen de relieve, una vez más, todas las dotes excepcionales del talento de Ruy Barbosa: la trabazón férrea de una dialéctica incontrastable, el acopio de precedentes doctrinarios, el método extricto de la exposición, la corrección meticulosa del estilo. El procurador de la República negaba categóricamente á los tribunales esa competencia, pretendiendo que los actos del Poder Ejecutivo eran válidos por autorización previa ó ratificación ulterior del Congreso; que al cesar las patentes militares ó destituir á funcionarios inamovibles, aquel poder sólo había hecho uso de las facultades extraordinarias que le habían conferido la declaración del estado de sitio; que siendo esas providencias medios de acción de alta policía política, representan atribuciones soberanas, absolutas é irreparables en sus efectos á no ser por deliberación de la propia autoridad que las resolvió [1]. Ruy Barbosa analiza esas teorías con todos los recursos de su inteligencia poderosa. Puede decirse que su estudio agota la materia, llevando la convicción de la exactitud de sus raciocinios al ánimo más prevenido contra las seducciones de su palabra. De él resulta, en efecto, de una manera evidente «que la inviolabilidad de las patentes y de los empleos vitalicios pertenece á

(1) Ruy Barbosa, *Os actos inconstitucionães*, etc., pág. 7. — Rodrigo Octavio, *Os Successos de Abril de 1892 perante a Justiça Federal*. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional. 1893.

la clase de derechos individuales consagrados por la Constitución republicana; que tales derechos no pueden ser alterados sino en virtud de deliberación constituyente; que el estado de sitio no suspende la Constitución, sino únicamente las garantías limitadas por ella al definir ese recurso extraordinario de gobierno y no estando entre ellas la vitaliciedad de las funciones inamovibles, sale de la órbita de nuestro derecho constitucional el arbitrio que la violó; que, por consiguiente, la aprobación del estado de sitio por el Congreso deja á descubierto las demasías de ese arbitrio, no poseyendo la legislatura la facultad de atribuir al ejecutivo competencias que la Constitución no reconoce á ninguno de los poderes del Estado; que, la nulidad de esas medidas ante la Constitución es manifiesta é irrecusable; que los tribunales no tienen autoridad para *revocarlas* pero la tienen indudablemente para *negarles ejecución* y mantener contra ellas el derecho de los individuos, cuando el caso fuera sometido á la justicia, en acción regular, por los damnificados; que este derecho de examinar la constitucionalidad de los actos legislativos ó administrativos es la llave de nuestro régimen constitucional, su principio supremo; en suma, que las acciones iniciadas emanan de un derecho superior á la fuerza de todos los poderes constituídos y corresponden á una obligación de los tribunales, rudimentaria en el régimen americano, que es el nuestro.»

Dos años después se discutió en el Senado Federal del Brasil un despacho de Comisión prorrogando el estado de sitio y el Senador Campos Salles, actual Presidente de la República hermana, estadista tan eminente por sus cualidades de inteligencia y honorabilidad, como por su patriotismo, sostuvo doctrinas altamente liberales que serán siempre un timbre honroso para su nombre y que en el fondo encuadran con las del Dr. Ruy Barbosa. «Asombra que haya alguien—dijo Campos Salles—que ignore que compete privativamente á la justicia federal el proceso y juicio de los crímenes políticos y que afirme que la Constitución permite la *monstruosidad* de los tribunales de excepción... Es manifiesto que no se puede, sin herir la Constitución en lo que ella tiene de más fundamental, que es la organización de los poderes, crear tribunales militares especiales y con jurisdicción ilimitada. El propio poder legislativo, en cuanto permanezcan en vigor estos preceptos constitucionales no tiene competencia para restablecer y poner en vigencia aquellas leyes del Imperio. En el transcurso del estado de sitio los poderes de la República funcionan regularmente, cada uno en la esfera de su competencia, cada uno manteniendo la plena soberanía que le es peculiar» [1].

---

(1) Carlos de Carvalho, *O Estado de Sitio e os tribunães de excepção*. Río de Janeiro. 1898.

XXXII

En 1892, el señor Ruy Barbosa publicó con el título de *Finanzas y Política de la República* (1) un nuevo volumen que contiene tres soberbios discursos pronunciados en el Senado sobre la cuestión financiera, una serie de artículos reunidos en forma de manifiesto á la Nación y dos cartas sobre el convenio de reciprocidad ajustado en Washington entre Mr. Blaine y el Plenipotenciario del Brasil, Dr. Salvador de Mendonça. La obra interesante que contiene tan variados materiales está dedicada al Gobierno Provisorio del 15 de Noviembre «en honor á su tradición» y en síntesis, según las palabras de aquella dedicatoria, es una «apelación del odio para la verdad, de las facciones para la Nación, de la confusión contemporánea para la serenidad luminosa del futuro».

---

(1) Ruy Barbosa. *Finanças e Politica da Republica*. Discursos e escriptos. Capital Federal. Companhia Impressora, 9 rua do Ouvidor, 1892.

El análisis detenido de esos discursos, me obligaría á entrar en un orden de consideraciones ajenas á la índole de estas notas literarias. Ellos tratan de un tema que ha dado pie á muchos de los compatriotas del señor Ruy Barbosa para poner en tela de juicio su acierto como estadista práctico. Con razón ó sin ella, que no es el caso ahora de resolverlo, se pretende que su gestión financiera como primer ministro de hacienda del nuevo régimen, fué perjudicial á los intereses de su país, y así parece creerlo Max Leclerc en su libro *Lettres du Brésil*, no obstante reconocer el brillante talento del estadista y del escritor. No habría tal vez nada más interesante que detenerse en la dilucidación de este asunto que toca tan de cerca á naciones como la nuestra donde los mismos fenómenos económicos del papel moneda, de la especulación desenfrenada, de la organización bancaria, han producido males análogos á los que han afligido al Brasil. Ya que ello no es posible, por no extender demasiado este ligero esbozo, me limitaré á añadir que los informes del señor Ruy Barbosa como Ministro de Hacienda, así como los discursos á que me he referido antes, son una nueva prueba de la profundidad y extensión de sus estudios y que si el teorizador atrayente fracasó, como se pretende, al ejecutar su programa doctrinario, este programa revela sus preocupaciones por el bien público y un dominio completo de la ciencia política y económica.

Por lo demás, el molde de aquellos discursos, desde luego, debe haber desorientado no poco á los llamados «hombres de negocios», acostumbrados á tratar y oir tratar los asuntos financieros en una forma pedestre, vulgar, y abrumados ante el poder y las galas de aquel estilo deslumbrador, de aquellas frases pulidas y damasquinadas como joyas cinceladas por un artista incomparable. En esas largas arengas ha derrochado el señor Ruy Barbosa todos los tesoros de su imaginación meridional, todo el fuego de su temperamento nervioso, todos los recursos de su dialéctica poderosa. Las podéis abrir en cualquiera de sus páginas y siempre encontraréis algún período resaltante, algún concepto luminoso, algún hallazgo de pensamiento ó de forma. Encontraréis también un soplo de pasión personal, caldeado por la excitación de la polémica. Porque al penetrar en el análisis de las cuestiones monetarias y financieras de su país, el distinguido orador habla *pro domo sua*, y devuelve golpe por golpe á sus adversarios y á los críticos de sus actos gubernativos. Así, cuando uno de sus rivales lo amenaza con hacer revelaciones sensacionales, el batallador intrépido latente en Ruy Barbosa, se encrespa ante el ataque y estremece á la Cámara con la vibración de su protesta. «Puede contar las historias que quiera — exclama. — Nada me herirá. Cuando las embestidas de mis enemigos les parezcan más triunfantes, cuando sus dardos estén más seguros de dar en el blanco, han de re-

botar sobre la liviandad del agresor, como las embestidas de la serpiente, herida en las vértebras y aferrada al suelo en la parálisis de su rabia!» Y, más lejos: «Nada temo porque mi conciencia es fuerte, sana y entera. No es una de esas conciencias zurcidas de convicciones de préstamo y retazos de retórica. Es la depositaria de un tesoro de hechos, que la prudencia me aconseja resguardar de la luz, mientras la petulancia de los difamadores no haga desbordar la copa de la indignación, exacerbada por las injurias cuotidianas. Pero si me violentan, si me colocan entre los peligros de un silencio vilmente interpretado por mis enemigos y los inconvenientes de una franqueza antipática á los discretos, yo rasgaré todos los velos; y entonces se verá que la historia de los decretos de Enero, si para otros puede ser fantasma, para mí tal vez irradie como un trofeo.....»

Una vez lanzado en este camino, el distinguido orador da salida á ese fondo de amargura, ese sedimento de tristeza y de desprecio que deja como un lote inevitable en las organizaciones privilegiadas el paso por la vida pública. Pero ante todo queda establecido que no es suya la agresión. «Pueden acusarme de calor, de vehemencia, de impetuosidad en la justificación de mis ideas ó en la reivindicación de mi honor; pero nunca me sorprenderán en rebeldía flagrante con las leyes de la urbanidad, inviolables á los que tengan el sentimiento del respeto debido á este lugar. Me defendí hasta ahora

como me he defendido siempre, como me defenderé siempre, sin miedo á los agresores gratuitos, para con los cuales no tengo deuda ninguna, de los cuales nada recelo, á los cuales provoco en todos los terrenos y á todas las revanchas que quisieran. Mi noble amigo el Sr. Bocayuva designábame un día como «el pararrayos del Gobierno Provisorio.» Era natural que la centella de los odios buscase entonces de preferencia la cabeza del ministro colocado, por la naturaleza de las reformas á que la situación lo obligaba, en las eminencias electrizadas por el choque de las codicias opulentas y de los inflamables intereses. Ya no soy, felizmente, la punta de platina, erigida en defensa del país, en la región del embate de esas conflagraciones violentas. Pero el asalto de los rencores insaciables continúa visitándome incesantemente en el fondo de mí nada, no consintiéndoseme ni siquiera el privilegio de los caídos, el reposo misericordioso, el olvido balsámico de los abandonados. ¡Como si mi programa evidente no fuese la renuncia á todas las aspiraciones! Diríase que esa indiferencia misma desorienta á los enemigos. No me perdonan siquiera en mi retiro, en mi silencio, como ayer no me perdonaban ni en la enfermedad y me asaltaban por la espalda cuando una dolencia casi mortal me apartaba de los trabajos del Senado. ¿Por qué crimen? Por aquel que las pasiones de la ambición nunca perdonarán á los hombres que no se confunden con ellas: el de despreciar-

las! No era permitido tal vez desdeñar las gratificaciones que ellas se disputan. Ahora, yo no comprendo que el poder sea codiciable, sino como instrumento de la práctica del bien. Pero en un país sin opinión pública ni partidos políticos, donde sin embargo el poder se ve librado, casi sin resistencia, al genio de las pasiones del mal: un hombre de alguna educación política no puede ambicionar posiciones que acariciarían la vanidad de los fatuos, pero no satisfacen la conciencia de los esclarecidos. Y he ahí porque cuantas posiciones me cupieron, las más altas del país, dejélas caer una por una, con la satisfacción deliciosamente saboreada de un espíritu que tomó sin violencia el camino de la paz y del olvido, premio exquisito y divino de las vidas consumidas ó abreviadas en el servicio de la patria. »

He cedido á la tentación de transcribir la página anterior porque ella muestra de una manera fidedigna el tono y los sentimientos predominantes en los discursos á que me refiero. ¡Qué ingrata aparece á través de ella la vida de los hombres superiores, los que son guía y no séquito de la multitud en nuestras democracias inorgánicas, tan poco preparadas para hacer justicia al verdadero mérito y tan dispuestas á la denigración y al vituperio! Ruy Barbosa en su patria ha sido la víctima propiciatoria de todas esas emulaciones mezquinas, esos odios inconfesables que acechan á los que descuellan entre sus contemporáneos por el genio ó por la voluntad,

pero él puede decir, como nuestro gran Alberdi con quien tiene tantos puntos de contacto que la «injuria cae sobre su vida, como la lluvia sobe el mármol, para blanquearlo». Refiriéndose á esa campaña difamadora llevada contra el distinguido hombre público, *O Paiz*, de Río de Janeiro, escribía en Enero de 1892, las siguientes palabras, tan aplicables á la República Argentina como al Brasil: «Entre nosotros, gracias al vicio atávico de nuestra educación, gracias al espíritu de maledicencia, tan generalizado en nuestra sociedad, gracias á la liviandad y á la petulancia de los ociosos y de los ignorantes que en tan gran número concurren para formar la opinión, aun evitándose el trabajo de leer y de raciocinar, los hombres públicos, aunque sean eminentes como el ilustre senador por Bahía,—son atenaceados en su reputación y perseguidos por la calumnia, procurando los envidiosos y los enemigos mancharles la reputación moral, ya que les es imposible librarse del yugo de la admiración que les inspiran sus extraordinarias dotes intelectuales, que no pueden obscurecer».

En la peroración de su último discurso, Ruy Barbosa traza en una síntesis brillante el cuadro de la política brasilera, mostrando la escasa preparación de su patria para el ejercicio del gobierno republicano, poniendo el dedo sobre las llagas de la educación, «la incoherencia de los aplausos de un día y las recriminaciones del día siguiente, el juicio fácil é impensado sobre los hombres

públicos». Esas páginas de alta sicología política encierran en su concisión extraordinaria la historia moral de los primeros años de la República brasilera. Según el distinguido orador, «dos influencias opuestas contrarían el desenvolvimiento de dicha República: la crítica maldicente de los adversarios y el celo impaciente de los amigos». Unos, representantes de la senilidad de un régimen desacreditado por sus propios servidores encuentran en la actualidad defectos incurables. Otros, apasionados de un ideal inmarcesible, ostentan las acritudes de una severidad exagerada. A los primeros responde la larga historia del Imperio, la franqueza de las revelaciones terribles de los jefes de partido que se encargaban de proporcionar á la prédica republicana sus armas más eficaces en aquellos tiempos en que «Luis Bonaparte, Luis Felipe, Carlos X en Francia, Jorge III y Carlos I en Inglaterra, brindaban á la elocuencia erudita de los hombres de estado las analogías históricas en cuyos fondos se complacían en retratar el mañoso absolutismo del príncipe reinante, los lados falsos, mezquinos, irritantes, miserablemente corruptores del despotismo imperial». La revolución de 1889, ha sido indignamente acusada, pues «nunca hubo revolución menos violenta, más benigna, más transigente, más organizadora, más parca en daños y contratiempos» La revolución de 1831 destronó al rey pero conservó la realeza, produciendo sin embargo una conmoción tremenda

acompañada de enormes perjuicios é incalculables desastres financieros. En 1832 la tranquilidad pública fué nuevamente perturbada en la corte, en Pernambuco, en el Pará. En 1833 y 1834 la lucha civil ardía en el primer estado y en Alagoas; se producían tumultos y sediciones en Matto-Grosso, en Ceará, en Minas Geraes, en Bahía y se inflamó el Río Grande del Sur. El régimen que atravesó tantos años de terremoto político es, según Ruy Barbosa, el que pretende dar á la República lecciones de orden, moralidad, liberalismo y capacidad financiera...

El trabajo de zapa de los enemigos de aquella, es auxiliado por la educación idealista de los sostenedores del nuevo sistema. «No nos bastaba obtener una constitución republicana que se aproximase á los más altos modelos. No nos bastaba aún que ella compitiese con la más maravillosa de las organizaciones republicanas, la de los Estados Unidos, en principios liberales, en expansión democrática, en instituciones federalistas. Bien poco era eso para nuestra pretensiosa inexperiencia, para nuestras frívolas aspiraciones á la perfección inmediata y absoluta, para el espíritu de abstracción y de secta que desgraciadamente intervino en la gestación constitucional de la República. De allí una serie de enmiendas, con que la Constituyente de 1890 trató de democratizar el proyecto del Gobierno Provisorio y reforzar la autonomía de los estados, entregándoles el do-

minio de las tierras nacionales, confiando al sufragio universal directo el nombramiento del Jefe del Estado, reduciendo la investidura definitiva del vicepresidente en la Presidencia de la República á los casos de vacancia en el segundo bienio del período presidencial—temeridades absurdas, fatalísimas, inconciliables con la subsistencia de la unión, la estabilidad del Gobierno y el desenvolvimiento normal del país». Pero eso mismo no satisfacía «á la poesía del radicalismo ni al radicalismo de las ambiciones». Aquella creación utópica, en el ánimo de sus autores, no debía chocar con los obstáculos que tiene que desafiar todo régimen nuevo, y á la primera contrariedad, los teorizadores impecables, se entregaron á la desesperación y anunciaron el naufragio de las nuevas instituciones.

«Tendencia viciosa de los solitarios del ideal en las cosas del espíritu, como en las de la política,—dice Ruy Barbosa,—esa perversion hipocondríaca del juicio, esos descorazonamientos habituales de la razón, esa hipertrofia pesimista del sentido moral cúranse por la comunicación con la humanidad y con la historia, por la dilatación de nuestro campo visual en el orden del espacio y en el del tiempo. El hombre vive de lo relativo debajo del cielo. La felicidad, para los pueblos, como para los individuos, no se determina sino por comparaciones. La filosofía del contento y de la esperanza consiste simplemente en la ciencia de rectificar el valor de

nuestros sinsabores á la luz de las analogías y de los contrastes sembrados por el ejemplo ajeno». Si se aplicara á la Francia un criterio análogo, Ruy Barbosa dice que aquel país sería juzgado como lo es continuamente por la literatura radical y socialista como la escoria de las naciones. ¿Y los Estados Unidos? En los primeros años de su constitución actual sus mayores hombres de estado, sus cámaras y sus ministros, sus héroes y sus finanzas fueron sistemáticamente infamados por la prédica oposicionista. Sin embargo, cupo á aquel país la fortuna de salvar los escollos del nuevo régimen sin tener necesidad de apelar «á esos golpes de fuerza no menos fatales á la mano que los descarga que á la nación que los recibe». El Gobierno Provisorio mantuvo la paz sin opresión y «afianzó la armonía entre todas las partes de la unión nacional, vaciando la Constitución de la República en moldes elevados». Los miembros de aquel Gobierno, sin embargo, fueron juzgados con la mayor iniquidad: «no tuvieron que luchar con la hostilidad armada, pero encontraron la resistencia del fango». La calumnia alimentó desde entonces á la propaganda imperialista para envilecer las instituciones manchando á los hombres que las encarnaban.

Por lo demás, Ruy Barbosa no ignora que ese es el lote que las mayores figuras de la historia pagaron á las pasiones contemporáneas. Cavour, el fundador de la unidad italiana, fué acusado de aprovechar su posi-

ción oficial en beneficio de su fortuna. Antes de él, Washington, el padre de la Unión Américana, el ejemplo más alto «de estoica resignación y rigidez espartana» que ofrece la historia, fué sometido á la brutalidad de todas las más viles acusaciones por el solo hecho de haber firmado el famoso tratado que Jay ajustara con la Gran Bretaña, y su nombre puro figuró en las publicaciones de la época precedido de los epítetos de traidor, dilapidador, concusionario vulgar, asaltador de los dineros públicos. «Mientras tanto, cabía á Washington la suerte sin par, en toda la historia, de dirigir una revolución entre hombres formados en las costumbres de la libertad y en las virtudes de la religión puritana»—dice Ruy Barbosa. Los brasileros, por el contrario, «habían sido amamantados en los senos de la esclavitud cuya leche es la envidia, la perfidia y la deshonra». Esa herencia «del oprobio atávico» ha engendrado el hábito de la maledicencia general contra los hombres de estado y así se ve «desfilar la historia de los estadistas del imperio: raro es el presidente del consejo, el ministro de hacienda, el jefe de partido, que no pase fustigado por una lluvia de lodo, como esos condenados que se suceden en los círculos tristísimos del Dante bajo el flagelo de la *piova eterna, maledetta, freda è greve...*» No es extraño que la escuela del escándalo continúe haciendo prosélitos en el nuevo régimen. ¿Qué importa, después de todo?.. «El tiempo ha de pasar sobre esas miserias y

lavarlas como el océano lava de la resaca de las playas la orla diamantina de su azul». Con esta apelación á la justicia del porvenir y con un grito de protesta del elocuente tribuno, termina ese discurso, digno de figurar en la historia literaria al lado de las oraciones más célebres de nuestra edad.

XXXIII

Un espíritu de la conformación del de Ruy Barbosa, fortalecido por una disciplina severa, vaciado en moldes artísticos, preparado para comprender los matices más tenues del pensamiento por una cultura literaria inmensa, —debe sobresalir especialmente en el terreno de la crítica, por su poder analítico y la agudeza de su visión intelectual. Su estudio sobre Swift, modestamente impreso al frente de un libro destinado á los niños y que contiene un arreglo de los mordientes *Viajes de Gulliver*, —hace deplorar al lector que las exigencias profesionales y la falta de vida literaria hayan inducido á este talento de la familia de Sainte-Beuve, Macaulay y Freeman, á tomar las letras puras como un descanso á otros trabajos, sin haberse consagrado á ellas sino de una manera incidental. Las *Cartas de Inglaterra* ratifican este juicio y lo confirman. No conozco en la literatura de nuestro continente un libro más bien escrito ni más bien pensado

que este volumen compuesto de ensayos diversos en que la fantasía y el genio del autor se expanden sin tropiezos, y en que al pasar de uno á otro tema, pone en transparencia la flexibilidad de su talento, la abundancia de su información y la profundidad de su criterio político y filosófico.

El ensayo sobre Swift es una rehabilitación del carácter de este autor, falseado y ennegrecido, deformado y violentado por la crítica de Taine y Saint-Victor en Francia y hasta cierto punto por las prevenciones de Thackeray en Inglaterra. Ruy Barbosa, como Moriarty en un libro reciente humaniza la figura del humorista incomparable con una maestría justiciera y elegante y fundando sus apreciaciones en autoridades históricas indiscutibles. En el estudio de la personalidad del Deán Swift, trazado por el publicista brasilero, se encierra el resumen de largas lecturas, la «médula substantífica» de las obras fundamentales de Roscoe, de Foster y de todos los que han analizado la producción copiosa de una de las individualidades más interesantes de la literatura inglesa. Para Ruy Barbosa, la violenta arremetida de Saint-Victor contra Swift, «es visiblemente un espasmo de cólera literaria». En cuanto á la tela donde Hipólito Taine nos muestra la fisonomía moral del escritor de los *Viajes de Gulliver*, «es una caricatura calumniosa de los

(1) *Dean Swift and his writtings* by Gerald P. Moriarty, B. A. Balliol College, Oxford-New York, 1893.

defectos de esta personalidad descomunal». «El cuadro trazado por Taine deja en el ánimo del lector,—dice Ruy Barbosa—la impresión de la vida de un loco, impulsado por la monomanía despótica, rebosando de furia, ahogado *en la alegría de ultrajar, de lacerar y destruir,* atropellando á la sociedad *como un toro, debatiéndose contra la humanidad entera, ignorando el bien y la armonía,* combatiendo *sin amar una causa, condottieri contra los partidos, misántropo contra el hombre, escéptico contra la belleza y la verdad.* Y característicamente epiloga el crítico francés sus invectivas atribuyendo la elaboración de este producto monstruoso *á sus cualidades inglesas, cuyo exceso lo inspiró y devoró*». (1)

Estos rasgos forzados, estas imputaciones gratuitas é injustas, son levantadas por el eminente crítico brasilero que ha hecho en este caso una de las más brillantes defensas del genio deliberadamente agredido por preocupaciones sistemáticas del historiador. El retrato intelectual de Taine, trazado por Ruy Barbosa, es tan penetrante y exacto como los que han consagrado al mismo escritor Brunetière y Edmond Scherer. «Con sus facultades excepcionales de investigación y análisis, el juicio de ese legislador de la crítica moderna es no pocas veces caprichoso y falso,—escribe Ruy Barbosa.—Sus síntesis precipitadas, la facilidad de sus hilaciones, en que

(1) Las frases en bastardilla pertenecen á Taine, *Histoire de la Littérature Anglaise,* Vol. IV, pág. 6, 73, 21, 81.

de una anécdota ó de una frase llega á extraer la expresión general de una vida ó de un carácter, el aparato de sus procesos científicos encubriendo á menudo grandes vacíos de realidad y de lógica, la predilección por la sicología patológica, inclinándolo á imaginar y exagerar diatesis morales, sus instintos demoledores, su accesibilidad á los preconceptos, á la falibilidad del discernimiento en la selección de las fuentes, la debilidad de magnificar lo infinitamente pequeño y desvalorizar lo infinitamente grande, son otros tantos descuentos graves y deplorables, á sus méritos de historiador y artista. Estos lunares imprimieron á su historia de los *Orígenes de la Francia Contemporánea* la tacha de «un panfleto contra-revolucionario». En la demolición de la Bastilla ve Taine «la anarquía espontánea»; en la Revolución «un latrocinio filosófico» en los girondinos *des bavards outrecuidants et rapés;* en Cambón «el inventor del robo sistemático, practicado en grande»; en Dubois Crancé, el Louvois de la Francia moderna, «un teorizador sin escrúpulos» uno «de los grandes podridos»; en Danton, no obstante la defensa irrefutable del doctor Robinet y Antonín Dubost, un tipo de venalidad sanguinaria. Mirabeau, es eliminado de la historia. Gracias á estos servicios, el clericalismo pudo absolver á Taine de la impiedad de aquella su fórmula materialista, que considera «la virtud y el vicio simples productos como el vitriolo y el azúcar», y la obra del gran

iconoclasta de la gloria francesa, preconizóse entre la gente del antiguo régimen, como el breviario histórico de la reacción. Bonaparte, que en la avaluación de este justificador de reputaciones consagradas, no excede notablemente la altura de los *condottieri* italianos, que él rebaja hasta la esfera de los tiranuelos de la edad media, hasta la infamia de los Borgias, hasta la degradación mental de los convulsionarios, hasta la torpeza del incesto, no escapa siquiera á la acusación de *cobarde,* bastando para autorizarla el testimonio de un comisario *prusiano.* »

Después de este juicio severo, no es extraño que Ruy Barbosa, al examinar á Taine bajo el punto de vista de su crítica á Swift, añada que «lo que él escribe no es ni la fisiología ni la sicología de la historia, sino la alquimia de sus prevenciones reaccionando sobre los elementos fraccionados, alterados y esparcidos de la verdad »; y que «de las retortas de ese laboratorio milagroso, donde Shakespeare, el genio más luminoso, más límpido, más sano, tal vez el más sensato en toda la historia literaria, se nos desfigura en síntesis de contradicciones, caos de contrastes, ebullición tumultuosa de lo sublime con lo innoble, de la razón con la insanía, no es de admirar que la imagen de Swift salga imposible de reconocer en el tipo de una anomalía asociada á la humanidad apenas por la demencia, por el odio y por la venganza ». Para destruir ese concepto, el juriscon-

sulto que no hace sino dormitar en el espíritu de Ruy Barbosa, apela á la declaración de los contemporáneos de Swift, descartando á Sheridan, desconceptuado por su frívola novelería, y así desfilan sucesivamente el Dr. Delany, Addison, Steele, Halifax, Pope, Congrave, Prior, Arbuthnot, Bolingbroke, Henley, pues «la diferencia de índole é ideas no debilitaba á Swift la cordialidad de sus relaciones» y «pocos hombres lograron inspirar amistades más profundas y duraderas».

Es difícil encontrar páginas más bellas, más rebosantes de poesía, más puras y penetradas de un análisis más sutil que las que consagra Ruy Barbosa á las relaciones de Swift con Vanessa y Stella. Aquellos episodios sentimentales tan discutidos y tan comentados por todos los que se han ocupado de la vida del famoso Deán, son puestos bajo su verdadera luz por el talento sicológico del escritor eminente, cuya viva simpatía por el genio y el carácter del humorista, no le impide declarar que el incidente con Vanessa «es el lance deplorable en la carrera de Swift y subsiste como mancha, no en su carácter sino en su vida». Dejando de lado esa digresión, Ruy Barbosa insiste en una de las inexactitudes que encierra la *Historia de la Literatura Inglesa* de Taine, al citar á William Temple, «cortesano gotoso y adulado», según el crítico francés. «Ese insignificante parásito (que otra idea no nos deja de Temple aquella frase) fué, sin embargo, el carácter más respetable de

entre los altos funcionarios de su tiempo», dice Ruy Barbosa antes de trazar un rápido boceto de su carrera brillante. La amistad del eminente hombre público con Swift honra tanto al protector como al protegido. El abandono por parte del Deán de la causa de los *whigs*, por la de los *tories*, es atribuido por Ruy Barbosa á razones de su investidura eclesiástica, aunque otras más prácticas influyeron en esa defección, según lo comprueba Alexandre Beljame (1).

Sea lo que fuere, la acción política de Swift «llegó á ser incomparable y cambió la faz de la política inglesa». «En toda la historia del periodismo,—dice el distinguido escritor,—no hay nada semejante á los triunfos de este hombre. La prensa, que la revolución acababa de libertar, debía necesariamente llegar á ser, dadas las condiciones del tiempo, el órgano de acción intermediario entre la Nación y la Cámara de los Comunes, á que la caída de los Estuardos confirió la soberanía. No teniendo publicidad los debates parlamentarios, el escritor político era entonces lo que es hoy el orador; y como la prensa diaria estuviese aún por fundarse, los folletos y hojas periódicas debían gobernar á la Inglaterra. Asumiendo, en circunstancias tales, la redacción del *Examiner*, Swift que, como publicista, no tuvo rival ni en

(1) Le Public et les Hommes de lettres en Angleterre au dix-huitième siècle, 1660-1744. (Dryden, Addison, Pope), por Alex. Beljame, 2ème édition.—Paris, Hachette et Cie., págs. 349 y 350.

el propio Addison, empuñó un cetro á que el Ministerio mismo tuvo que doblar la cabeza. La prensa, en su conjunto, se hizo después más poderosa; pero ningún representante individual de ella reunió jamás en sus manos el poder mágico de aquél». El estudio detenido de las producciones de Swift no cabe en el marco reducido del ensayo de Ruy Barbosa y él es por otra parte redundante después de su pintura tan admirable y tan fiel del autor del *Cuento del Tonel*... La revista que hace de sus obras basta, sin embargo, para dar una idea exacta del vigor y la intensidad de aquel genio que Macaulay encuentra «igualmente tallado para la política y para las letras, genio destinado á conmover grandes reinos, á provocar la risa y el furor entre millones de hombres y á dejar de sí á los venideros, recuerdos que sólo morirán con la lengua inglesa»; de aquel espíritu filosófico y sagaz, inclinado al estudio y conocimiento de la humanidad á quien Walter Scott aplica la descripción que Shakespeare hizo de Casio en una de sus tragedias:

He reads much.
He is a great observer, and he looks
Quite through the deeds of men —
Seldom he smiles; and smiles in such a sort
As if he mock'd himself and scorn'd his spirit,
That could be moved to smile at anything...

XXXIV

En la *Cartas de Inglaterra*, Ruy Barbosa ha diseñado con igual éxito, la figura de una de las personalidades más peculiares de la Inglaterra contemporánea «emprendiendo una excursión por las regiones *sui generis* de la obra de Thomas Carlyle». Antes de comunicarnos sus hallazgos, Ruy Barbosa declara que sus predilecciones por la Inglaterra datan del tiempo en que su padre, «que era un liberal de educación política esencialmente inglesa, imprimió sus simpatías en la trama de su tejido moral». Desde entonces los libros ingleses predominaron sobre los franceses, que en el Brasil, como entre nosotros, constituyen casi exclusivamente el pan del espíritu de nuestra juventud, en la formación de su inteligencia; y la cultura británica ocupó la parte principal de su hermosa biblioteca [1]. «En la

(1) Ruy Barbosa. *Cartas de Inglaterra,* Río de Janeiro, 1896, pág. 209 y 210.

convivencia de esos maestros—añade—aprendí á no tener preferencias abstractas en materia de formas de gobierno, á ver que las monarquías nominales pueden ser de hecho las mejores repúblicas, y que, en la realidad, las repúblicas aparentes son muchas veces las peores tiranías. Por eso, al paso que tantos otros de nuestros compatriotas, ingenuos en la vanidad de sus fáciles blasones, como hidalgos de cepa nueva, se atavían con los más lustrosos títulos de historicismo republicano, yo me honré siempre en acentuar mi posición humilde y satisfecha de republicano del día siguiente».

Á pesar de todo, la obra de Carlyle no le era familiar y fué necesario que el destierro le proporcionara la oportunidad de abordarla y profundizar sus arcanos. «Me había sucedido á menudo,—escribe Ruy Barbosa,—extender la vista curiosamente por ese vasto y accidentado pedazo de tierra virgen donde los trópicos exuberantes alternan con el norte agreste. Pero el acceso me parecía áspero y temeroso. Las vegas, me sonreían allí, detrás de rocas abruptas, como bellezas de difícil conquista. Y la curiosidad, acariciada por otras brisas, llevábame á playas más fáciles. Esta vez, como pasajero lanzado á la costa por el naufragio, después de oir gemir el mar tempestuoso, ya no me asustaron los arrecifes. Estas márgenes escarpadas, son como las defensas severas de un mundo celoso de sus tesoros. Si os aproximáis, veréis como la poesía mana de estas rocas. No es la poe-

sía de los panales del Himeto. Siéntese más en ella el acre de las virazones saturadas del océano. No es una poesía que hable á los sentidos inferiores como la dulzura de la miel. Es más bien la de la bóveda estrellada, con sus espacios sombríos donde el azul se debate en las tinieblas, con sus vagas nebulosas, sus largas vías lácteas, camino indeciso del ideal». Al penetrar en las interioridades del pensamiento de su autor, Ruy Barbosa confiesa su entusiasmo «por las expresiones heroicas de la individualidad humana, el fragor de sus apóstrofes, las mutaciones indefinibles de su humorismo melancólico y risueño, austero y cariñoso, elocuente y brutal, la propia monotonía de ciertas corrientes de su pensamiento, iterativas y periódicas como ciertos vientos en determinados cuadrantes del cielo...» Según él, «la acción y no el devaneo es la característica de esa extraña personalidad». Su talento «no descompone las impresiones del mundo exterior como la fantasia de los soñadores, sino las acentúa como un poderoso reflector». La intensidad de su poder visual es casi sobrehumana. Cada una de sus tres grandes obras históricas «por sí sola bastaría para hacer la celebridad de un clásico y fundar la gloria de una literatura». Su *Cromwell* es un alegato brillante de la verdad, «contra una acumulación de prevenciones inveteradas» y «fijó definitivamente el juicio, la admiración y el reconocimiento de los ingleses en relación al Gran Protector». Su *Revolución Francesa* es «el más

espléndido poema en prosa que puede leerse; los capítulos de ese libro palpitan, ruegan, sangran, palidecen, abrázanse, obscurécense, amotínanse á los ojos del lector fascinado». Su *Federico II* «es al mismo tiempo un trabajo magistral de restauración histórica y una epopeya, cuyos cuadros de batallas, en prosa, no tienen quizás rivales y pocos se encuentran en la poesía fuera de los cantos de Homero» (1).

Sin embargo, á pesar de la unidad fundamental de la estructura de la obra de Carlyle, en ella se multiplican las incongruencias. «Su armonía se presenta como la de los grandes conjuntos de la naturaleza: una asociación de contrastes, en que las disonancias contribuyen para el relieve de los efectos generales». Refiriéndose á uno de sus aforismos sobre la aristocracia y el sacerdocio, sobre la clase gobernante y la clase docente, sobre el deber que tienen los escasos competentes de mandar al número inmenso de los insensatos, añade Ruy Barbosa: «Yo aconsejaría, á pesar de todo, á los jóvenes ortodoxos que, al querer rebatirlo, se guarden de leer sus obras. Limítense al sumario de sus opiniones compendiadas en los índices analíticos. No le abran los libros; porque el antro del monstruo está poblado de fascinaciones capaces de enmudecer á Salomón y hacer

(1) Compárese con el admirable juicio de James Russell Lowell: «*His scheme of history is purely an epical one... His history of Frederick is, of course, a Fritziad...*» *Literary Essays*. Vol. II.

desvariar á la sabiduría en persona. Los viejos, sí, pueden transponer la boca de la caverna porque no tienen ilusiones que perder. Ya practicaron el pueblo, ya vieron como él debate sus intereses, como defiende sus derechos, á quien confía sus destinos, como hace sus revoluciones, de qué modo reverencia á los que lo desprecian. Esos pueden aspirar á Carlyle á pecho descubierto, sin perjuicio de su castidad política. Después de haber visto macabrear, al capricho de la fortuna, como títeres de feria, las imágenes de la libertad y de la democracia, y revestirse con sus ropajes los caracteres más opuestos, las situaciones más contradictorias, los gobiernos más incompatibles con la una ó con la otra, no se han de escandalizar con el escepticismo de este oráculo: « hermanos míos, á despecho de siglos de gobierno constitucional, mal se sabe, todavía hoy, qué cosa viene á ser la esclavitud y la libertad ».

Es inútil seguir paso á paso á Ruy Barbosa en el esbozo brillante de « aquel evocador de gigantes, aquel desenterrador de titanes, aquel restaurador profesional de héroes ». Baste decir que la crítica del publicista brasilero es excelente, que ella penetra á fondo en las entrañas del autor de *Sartor Resartus*, con una comprensión tan exacta de las modalidades de su genio extraordinario, como la que muestra James Russell Lowell en su estudio sobre el mismo escritor. « Es curioso, para quien estudie la acción y reacción recíproca de las literaturas

nacionales entre sí, —dice Lowell, — ver el *humor* de Swift y Sterne y Fielding, filtrado á través de Richter, reaparecer en Carlyle con un tinte de germanismo que lo hace novedoso, extraño, y aun antipático, según el caso, á la mente inglesa. Desgraciadamente, la gota de *hez* del barril de vinagre de Swift, ha tenido fuerza bastante para agriar todo el resto. La caprichosa singularidad de *Tristán Shandy* que aun en el original, produce demasiado frecuentemente el efecto de premeditada, se convierte en un artificio deliberado en Richter y, al final, en un simple amaneramiento en Carlyle (1).

La apreciación del talento de Carlyle, no aparece sino como una digresión en la obra de Ruy Barbosa, como un prólogo á su precioso ensayo *Dos glorias de la humanidad*, en que, á través del Dr. Francia y de Rozas, hace la sátira admirable de esa larga familia de tiranuelos, más ó menos sanguinarios, más ó menos ignorantes ó brutales, más ó menos chamarreados de títulos ó de galones, que han sido y siguen siendo en su aparición alternativa de pueblo en pueblo, la desgracia y la deshonra de Sud-América. Es bien sabido que Carlyle, según la frase de Lowell, en su «artículo sobre el Dr. Francia hizo el panegírico de la horca, invocando la gratitud del género humano para el dictador espontáneo que descubrió en el Paraguay un árbol más be-

(1) *Literary Essays*, by James Russell Lowell, II, pág. 88.

néfico que el que produce la yerba de los Jesuítas» [1]. La personalidad del Dr. Francia, aparece á Ruy Barbosa como el resultado de una enfermedad moral, como un caso digno de figurar en aquella ciencia á crearse con el nombre de «alienismo histórico», á que se refería Paul de Saint-Victor. Pero al analizar sus procedimientos, al seguir su carrera despótica, su pensamiento no puede menos de fijarse en los ejemplares modernos de aquel tirano y al compararlo, aunque no lo nombra, con el mariscal brasilero que emuló sus actos de sangre y rebajó un tiempo la cultura de su patria, despliega un humorismo aristofanesco, una ironía despiadada, sólo comparable á la de los diálagos de Luciano ó la de los planfletos de ese Swift que ha estudiado tanto y á quien parece haber tomado por modelo.

Cada una de las palabras de este escrito encierra una alusión mordaz á la situación política que imperaba entonces en su patria. Jamás la indignación de un alma noble, la sublevación de todos los pudores del patriotismo, ha encontrado acentos más acerados, flagelaciones más vivaces, tonos de conmiseración más despreciativa, insinuaciones más cruelmente justicieras que las que palpitan en las páginas del ensayo de Ruy Barbosa. Rengger y Longchamp, que estuvieron en el Paraguay durante la dominación del Dr. Francia, afirman que

---

(1) James Russell Lowell, obra citada, pág. 95.

su administración de los dineros públicos fué honrada y moralizadora. Los derroches de la última dictadura brasilera, el soborno de los militares y los agentes que en el exterior le servían de instrumentos, á pesar de la promesa de ser el «centinela del tesoro», hecha por su jefe,—dan ocasión al distinguido escritor brasilero para confrontar los procedimientos del héroe paraguayo con las de su último imitador. «Es inaudita esa laya de déspotas, en tales parajes... No se le oponían obstáculos de ministros, congreso ó presupuesto; y con la hacienda paraguaya, abierta de par en par á su arbitrio, no sintió la fascinación irresistible de la orgía; no creó sinecuras, no malbarató propinas, no compró entusiasmos, no duplicó sueldos, no acuñó moneda falsa, no venalizó la nación. Déspota de corta vista, ignoraba que el único predicado esencial al funcionario, después de la obediencia al patrón, es la incapacidad profesional; que la incompetencia es la más preciosa de las cualidades de la administración, porque es la socia natural de la bajeza, del fanatismo y de la brutalidad; que los mejores servidores del país son los sinecuristas, porque el ocio que los ceba y la conciencia de la injusticia que los sustenta, fácilmente los reducen á instrumentos irresponsables de la tiranía que los patrocina. Ingenuo remedo de tirano, encontraste la incuria, el abandono, la hipocresía envisceradas en la administración, y en vez de sembrar en ese terreno abonado, promulgas la conciencia, el trabajo,

la asiduidad. Conservas, recaudas, atesoras como si pudiese faltar dinero á quien lo produce. No sabes que la moneda es mera creación del sello oficial, en el disco metálico, precioso ó nulo, en la tira de papel legítimo ó falso y que el sumo privilegio, la prerrogativa majestuosa sobre todas las del poder consiste en engendrar millones, imprimir millones sin ceremonia, sin leyes, sin contabilidad, como las enfermedades secretas segregan la virulencia por debajo de las ropas, callada y furtivamente».

No es menos intencionado su aparente asombro ante la energía con que el Dr. Francia disciplinó el ejército de su país. «Imaginó que se envilecería si se igualase por la corrupción con los que debían obedecerle por el respeto. Supuso que el soldado era más dúctil á los impulsos del deber y del honor, que á los de la codicia. Quiso mantener á la altura de los sentimientos desinteresados los defensores profesionales del territorio y de la autoridad. Creyó que el soborno envilece tanto la mano que lo paga como la que lo recibe. Tuvo más miedo al lodo que á las balas. ¡Qué insensato espécimen de anomalías morales este producto paraguayo! Bajo una dictadura militar vaciada en más finos moldes, apuesto á que este mariscal de toga no alcanzaría á las dignidades de mayor». Finalmente, ante el corto número de víctimas hechas por el Dr. Francia en el largo período del terror paraguayo, el escritor no puede menos de decla-

[illegible] una buena pena no [illegible] confesar por lo menos que [illegible] era una nulidad, un lugar común [illegible] apenas cuarenta y tantas personas. —[illegible] B. Barbosa. —Lectores, no os indignéis con mi *apena*. Y [illegible] ante mis compatriotas, la responsabilidad del sentimiento atroz que ese adverbio deja entrever y pido á mis conciudadanos que me respondan con la mano en la conciencia. Ese hombre de presa, con las garras en el corazón del Paraguay abandonado, libre de todas las leyes y de todos los estorbos, en el primer cuarto de este siglo, entre un pueblo de costumbres contiguas al salvajismo, mató poco más de cuarenta hombres. ¿No es ridículo, con franqueza? digánmelo en puridad de verdad mis buenos coterráneos. Nosotros nos hallamos mal acostumbrados. Nuestras experiencias sobre la grandeza épica de la atrocidad no se pueden conformar con esta miniatura de hecatombe. ¡Cuarenta víctimas, para pasto de tan larga dictadura! Es irrisorio, insignificante. Además, esas solemnidades semijudiciales, esas perquisiciones, todo ese pesado proceso de examen, resabios de antiguo abogado, empequeñeciendo aún la augusta ejemplaridad de la venganza. Como si las presunciones no fuesen confidencias inmediatas de la divinidad, á los regidores de pueblos! Como si la intuición de un tirano sagaz no viese con más lucidez que el antiguo aparato óptico de las pruebas legales, viejas miopes de espejuelos sobre la nariz! Donde esperába-

mos un gigante, bien se ve, nos salió un pigmeo. Cuando quieran hacerme palidecer delante de un justiciero ensangrentado, traiganme una cosa mejor de la que conocemos. La crueldad de Francia era un Minotauro de principio de siglo. Hartarse con cuatro docenas de paraguayos, en años de poder ilimitado, es un extremo de dispepsia que da pena. El siglo progresó inmensamente en todo, inclusive en Minotauros. Este aborto de asesino casi podría tomar por mote el sagrado *abhorret a sanguine*».

La segunda «gloria de la humanidad», estudiada por Ruy Barbosa es nuestro viejo conocido Don Juan Manuel de Rozas. El mismo criterio que anima su examen de la personalidad del Dr. Francia, sirve al escritor brasilero para continuar desplegando todos los recursos de su sátira inflexible y flagelar á los dictadores accidentales de su país en la persona de nuestro tirano. Los pretendidos principios federales de aquel engendro de la barbarie campesina, de aquel Tiberio de bota de potro, le dan pie para escribir una de esas páginas en que la intención política se disfraza bajo la aparente bonhomía de un análisis doctrinario. Según Ruy Barbosa, los que critican la ignorancia de Rozas en materia de organización federativa no parecen acostumbrados á la escena política de nuestro continente. «Los principios,—continúa,—no son leyes: son rótulos, convenciones, divisas. ¿Necesitaré acaso estudiar constituciones federales, para

ser el pontífice del federalismo? ¿Conocer á los Estados Unidos para ser pan-americano? ¿Examinar la doctrina monroica para adorar á Monroe? [1] Si el vulgo baila á ese son y yo descubro en mi destino la misión de tutelar el vulgo, la farándula de las frases que lo adornan es el manto natural de mi poder sobre él. Nada más. También por mi parte yo alimenté ilusiones análogas á las de los críticos de Rozas. La federación era para mí, la autonomía de las provincias, unidas libremente bajo el vínculo central de instituciones representativas. Pero yo conocía esa novedad apenas de *oídas;* no la había tocado; no había gozado personalmente de sus beneficios. Hoy me encuentro esclarecido. Ví la federación asomar de este lado del Plata; y era la misma cosa que irrita á los adversarios de Rozas: los gobernadores y legislaturas de las provincias hechas y deshechas por las bayonetas. Y los que sostuvieron esa política quedaron llamándose las columnas de la República. Y los que la condenaron fueron desterrados y vilipendiados como traidores á la constitución. Ni el medio siglo que transcurrió entre las dos épocas, ni el río, que separa á los dos países, alteraron la realidad primitiva. Mi conclusión, pues, es que sólo los ideales de Rozas son duraderos. No puedo tener

---

(1) Durante la dictadura de Peixoto, el monroísmo entró en boga en el Brasil y hasta se proyectó levantar una estatua á Monroe, no se sabe por qué motivo. La estatua quedó en la piedra fundamental y es de creer que nunca se elevará en la bella capital fluminense.

la pretensión de desmentir, en América, sesenta años de historia americana». ¿Para qué multiplicar las citas? Dejemos al elocuente escritor, perseguir sus admirables comparaciones, confrontar el pasado con el presente para dar á éste lecciones de moralidad y de civismo y antes de terminar el análisis de esta parte de su obra digamos con él, á pesar del desencanto íntimo que importa esta confesión, que «Francia y Rozas son apenas dos encarnaciones figurativas, análogas á otras, de un estado social generalizado, renaciente, tal vez orgánico en la America Latina».

Las *Cartas de Inglaterra* contienen otros ensayos no menos interesantes. Uno de ellos se refiere al *Proceso del Capitán Dreyfus*, escrito en Enero de 1895, al día siguiente de la primera condenación del oficial francés; critica el fallo del tribunal, señala sus deficiencias y con perspicacia profética insinúa la agitación y los acontecimientos que culminaron el año último en la revisión del proceso y en la amnistía del supuesto culpable. El segundo de los estudios que llenan aquel volumen analiza el libro de Arthur Balfour sobre *Las Bases de la Fe*. En *Una lección del Extremo Oriente,* Ruy Barbosa aplica á su país las enseñanzas navales de la guerra chino-japonesa. Finalmente, la obra se cierra con un estudio sobre *El Congreso y la Justicia en el régimen Federal* y con una réplica á los que discuten sus ideas filosóficas, publicada bajo el título de *Mis conver-*

siones. Por una curiosa coincidencia en espíritus tan distanciados por el tiempo y por las cualidades primordiales, las *Cartas de Inglaterra* de Ruy Barbosa, siendo en realidad distintas, y conservando todo el sabor de su originalidad propia, tienen un vínculo de parentesco con *Les lettres sur l'Angleterre*, publicadas hace treinta años por Louis Blanc. Tan cierto es que dos talentos de elito estudiando el mismo medio con tendencias filosóficas, á pesar de las diferencias producidas en la sociedad inglesa por la acción de los años transcurridos, deben necesariamente coincidir en lo fundamental de sus impresiones. Las calidades que según Schérer distinguen la manera de escribir de Louis Blanc son las mismas que las de Ruy Barbosa: la nitidez luminosa, la seguridad de corrección, la sencillez viril, la palabra que pinta y más á menudo la que burila. En uno y otro asombran la extensión de conocimientos, la abundancia de las ideas y la flexibilidad del talento del escritor. Ambos admiran á los ingleses, los estudian con igual respeto y simpatía. Louis Blanc encuentra que la descentralización inglesa, el espíritu individualista de la raza llega á convertirse en una enfermedad, como el exceso contrario lo es en los pueblos latino-americanos, amamantados en la educación política y económica francesa. El sistema que en Inglaterra todo lo confía á los individuos «imprime á las almas una actividad enérgica, eleva el nivel de la dignidad humana, inspi-

rando á cada persona ese sentimiento de confianza en sí mismo que los ingleses llaman tan bien *self-reliance*, forma hombres allí donde el exceso del sistema opuesto tiende á hacer niños».

Ruy Barbosa conoce á fondo la Inglaterra y ama á esa nación en cuya estructura predominan «el sentido religioso, el sentido comercial y el sentido político», triple elemento de ese organismo moral, el «nervio, la sangre y el músculo de ese pueblo». Por el sentido religioso, él formó su carácter. «Es la condición fundamental por donde—añade—se habilitó para poseer el mundo. Es la primera faz y la contribución más importante para su sistema orgánico, como la célula nerviosa en el animal. Por el sentido comercial aspiró á la adquisición del orbe; é instintivamente esclarecido sobre la naturaleza de los resultados de la guerra, encarnó sus ambiciones en el trabajo, en la paz, en la invención y en la perseverancia. Por el sentido político, resultante complejo del sentido religioso y del sentido comercial, creó el arte sin precedente de organizar y consolidar las conquistas de su fortaleza y de su tino. La fe, en sus relaciones terrenas es intolerante y anexadora, el comercio absorbente y egoísta. De la pasión religiosa podría resultar la sujeción teológica en que otras naciones se marchitaron. De la avidez comercial podría engendrarse el materialismo en que otras naciones perecieron. Pero de la confluencia de esas dos corrientes nació la política inglesa; esto es, el

programa de la civilización contemporánea: la libertad de conciencia y el gobierno representativo. La intensidad de la conciencia religiosa, imprimió á esta raza su singular energía de propagación: el instinto de la independencia, inherente á los hábitos mercantiles, dióle ó retemplóle las cualidades individualistas que la preservaron de la tiranía del Estado».

Para tratar aunque fuera ligeramente cada uno de los temas desarrollados en las *Cartas de Inglaterra*, necesitaría un espacio considerable. Basta decir que en todos los ensayos que componen el volumen está impresa la garra leonina del talento de su autor, de este talento luminoso, repleto de savia y desbordante de entusiasmo, dotado de incomparables seducciones, lírico y práctico, político y artístico, talento enciclopédico en cuya aleación entra la forma exquisita de Macaulay, la poesía intensa de Ruskin, la elocuente energía de Froude, para formar una de las personalidades literarias más completas de nuestro continente, una de las más dignas de ser estudiadas y enaltecidas por sus dotes excepcionales, por su elevación moral, por su respeto á la justicia, por su fidelidad á la ciencia y su amor á la libertad!

XXXV

He hablado largamente de algunos de los grandes maestros de la literatura brasilera contemporánea; hablaré ahora de los jóvenes, de los que persiguen otras formas del ideal, de los que entonan la canción eterna del amor y de la esperanza. Y, desde luego, no esperéis que mencione á todos en estas notas ligeras. Su nombre es Legión. Parnasianos y baudelerianos, germánicos y helénicos, modernistas y anticuados,—su sola enumeración exigiría un libro voluminoso. Han seguido todas las evoluciones, todas las modas intelectuales de nuestro siglo, han habitado con Gautier el antro de Verónica, han arrojado al mundo con Musset los adioses de la última noche de Rolla, han hecho como Heine «de sus grandes dolores canciones pequeñas», han escalado con Hugo las cimas apocalípticas donde habla «la boca de la sombra», han penetrado en la India y han sentido con Leconte de Lisle las atracciones

del nirvana: en una palabra, han recorrido todas las escalas poéticas de nuestro tiempo, para anclar no pocos en el decadentismo enfermizo de Mallarmé y el *Zar Peladán*. La tradición ingenua de la musa brasilera ha sido repudiada por estos hijos pródigos de la fantasía. No creo que uno solo de ellos se haya deshonrado hasta leer aquel poema burgués de Magalhaes, *A Confederação dos Tamoyos*, elogiado por D. Juan María Gutiérrez, en uno de sus artículos críticos. El *indianismo*, á que me he referido al principio de estas notas literarias, les parece hoy tan anacrónico como á los modernos poetas norteamericanos los mitos y leyendas del *Song of Hiawatha* de Longfellow y las estrofas de *Mogg Megone* de Whitier.

La nota más alta de aquel género es sin duda *I-Yuca-Pyrama* [1] de Gonçalves Días, y si me atrevo á exhumar esta obra ya enterrada en el panteón de las glorias del pasado es porque ella refleja un ciclo poético que tuvo su hora de popularidad y retrata una época interesante en la historia intelectual del Brasil. Y después ¿por qué no decirlo? encuentro una belleza secreta, el perfume peculiar de las flores secas y las cartas que duermen en el fondo de los muebles de familia, en esa composición de fondo y de forma clásicos, á pesar de su héroe indígena. La similitud de la lengua portuguesa y la espa-

(1) *I-Yuca-Pyrama*, quiere decir «el que va á morir» ó el «condenado á muerte» en lengua tupy.

ñola facilita tanto su divulgación que no resisto al placer de hacerla conocer á mis lectores. Penetremos con el poeta en el seno de la selva primitiva:

En medio de selvas de amenos verdores,
Cercados de troncos, cubiertos de flores,
Se elevan los toldos de altiva nación;
Son muchos sus hijos, y su ánimo es fuerte.
Guerreros temibles, desprecian la muerte,
Y asombran del monte la inmensa extensión.

Son rudos, severos, sedientos de gloria;
Ya justas incitan, ya cantan victoria,
Ya dulces atienden la voz del cantor;
Son todos Tymbiras, tapuyos valientes;
Su nombre resuena y exalta á las gentes,
Blasón de prodigios, de gloria y terror.

.....

En medio del bosque se extiende un otero,
Do unidas celebran concilio guerrero,
La tribu señora, la tribu servil;
Los viejos sentados platican de otrora,
Los mozos alegres que el juego enamora
Agrúpanse en torno de un indio infeliz.

¿Quién es? Nadie sabe; su nombre es ignoto;
Su tribu no dice; de un pueblo remoto,
Desciende sin duda, de un pueblo gentil,
Así allá en la Grecia si esclavo caía
El bello insulano, distinto se vía
Del vil musulman por su noble perfil.

.....

Prepárase leña que atice la hoguera.
Se estira la cuerda de embira ligera.
Se adorna la maza con furia brutal.
Y en medio á la plebe feroz de la aldea
Camina el Tymbira que el pueblo rodea
Garboso en las plumas del águila real.

En tanto las mozas clamando venganza,
Adeptas al rito de bárbara usanza.
Anhelan al indio cautivo acabar;
El pelo le cortan, los miembros le tiñen;
Al cuerpo *enduape* brillante le ciñen;
Sombrea su frente gentil *kanitar*.

Los preparativos del sacrificio exaltan á la tribu salvaje. La expectativa del martirio del vencido forma un cuadro palpitante y colorido:

En hondos vasos de blanquizca arcilla
Hierve el *cauín*,
Cae en las copas, el placer comienza,
Reina el festín.

El prisionero cuya muerte ansían
Sentado está,
El prisionero que otro sol poniente
Jamás verá.

La dura cuerda que le enlaza el cuello
Anuncia el fin,
De vida obscura que será más breve
Que aquel festín.

.....

Mas un martirio que ocultar no puede
Turba su faz
Y la mentida placidez del rostro
Desmiente audaz.

¿Sufres, guerrero? ¿O el temor te asalta
Del trance horrendo?
¡ Honra del bosque que meció tu cuna
Muere sonriendo!

Muere sonriendo; tras los altos Andes
Revive el fuerte
Que supo ufano despreciar el miedo
De fria muerte.

Marchita cuelga la rastrera grama
Con vil desmayo;
Tan sólo al tronco que traspasa el aire
Ofende el rayo.

¿Temes, guerrero? Tras los altos Andes
Revive el fuerte
Que supo ufano desafiar sin miedo
La fría muerte.

Bajo la sombra de los árboles avanza una figura imponente. Es el Tymbara á quien está confiado el honor del sacrificio. En su mano pujante lleva la *iverapeme*. Su cuello y su pecho están adornados por un albo collar que se estremece y palpita como si en él estuvieran encerradas por secreto maleficio las almas de los Tapuyos muertos en el combate. « Héme aquí — dice al indio pri-

sionero.—Prepárate á morir ó defiéndete ». Y el indio taciturno, único sostén de un padre ciego, canta sus proezas é invoca la piedad de sus contrarios en versos que admiran todos los cultores de las letras brasileras:

Mi canto de muerte
Guerreros, oíd !
Nacido en la selvas
En ellas crecí;
Guerreros, desciendo
De raza Tupy.

En tribu pujante
Que ahora anda errante
Por hado inconstante
Guerreros nací;
Soy hijo del Norte,
Soy bravo, soy fuerte;
Mi canto de muerte
Guerreros, oíd !

Yo ví rudas tribus
Luchar enemigas;
Las duras fatigas
Del héroe probé.
Lancéme á las ondas;
Sentí en mis oídos,
Los largos silbidos
Del viento que amé.
.. ..

Al golpe terrible
Mi último hermano

Cayó sobre el llano
Cayó junto á mí!
Con rostro tranquilo
Sufrí la amargura,
Lloré con sigilo,
Y á solas gemí!

Mi padre á mi lado
Ya ciego y cansado,
De penas cargado,
Sostúvose en mí;
Y juntos, mezquinos,
Por rudos caminos,
Cubiertos de espinos
Llegamos aquí.

Mas, ¡ay! forastero
Caí prisionero
De un grupo guerrero
Sin gloria ni honor!
Pensad en la angustia
De aquel padre ciego
En tanto que llego,
Medid su dolor!

Al viejo cuitado,
De penas cargado,
Ya ciego y cansado
¿Qué resta? morir;
En tanto describe
Su rápido giro
La vida que vive,
¡Dejádme vivir!

No vil, ni cobarde,
Más fuerte, más bravo
Seré vuestro esclavo
Dispuesto á sufrir;
Por él solamente
La vida os imploro;
¡ Sabéd que si hoy lloro
También se morir!

Aquel grito del corazón, indigna á los rudos Tymbiras. Las lágrimas derramadas por el Tupy, son para ellos la señal de la deshonra. Las ligaduras se aflojan, las armas preparadas para la tortura permanecen ociosas en manos de los guerreros:

Soltádlo!—manda el jefe. Absorta y muda
Obedece la turba de guerreros
Con no encubierta repugnancia. Pronto
Suéltanse las potentes ligaduras,
La embira cede con dolor, mas cede!
—Tymbira—dice el indio enternecido,
Libre apenas del lazo que lo oprime,
Es un guerrero ilustre, es un gran jefe
El que asi se conmueve de mis males,
El que no sufre que, con honda pena,
Con ojos ya sin luz y sin destello,
Llore al hijo su padre fatigado
Que sólo el eco de su voz conoce.
—Parte, estás libre!
—Volveré.—
—Es en vano.
—Volveré cuando él muera.—
—Nó, no vuelvas!

Es bien feliz si existe y aun ignora
Que lágrimas vertiste... parte pronto!
—Acaso tú supones que cobarde
Yo recelo morir?—
—Parte; estás libre.
—Ahora no partiré. Quiero que veas
Que un hijo de Tupy muere con honra
Y con honra mayor, cuando es vencido
El horror del martirio desafía!...

—Mientes, que un hijo de Tupy no llora,
Y tú lloraste... parte; no queremos
Con carne vil enflaquecer al fuerte.

Se estremece el Tupy; hirviendo en ondas
El palpitar del corazón se oía
Precipitado; en su cobrizo rostro
Pálidas gotas de sudor rodaban:
Tal vez lo devoraba un pensamiento...
Ya no... que en la enlutada fantasía
Se alzaba en un martirio doloroso
Del viejo padre la amorosa imagen,
Diciendo en ronca voz: — Ingrato! ingrato!...
Doblado el cuello, taciturno y frío,
Espectro de hombre, penetró en el bosque...

El encuentro del Tupy y de su padre da ocasión al poeta para trazar una escena admirable. La humillación del vencido en vano trata de engañar la sagacidad de su progenitor. El sentimiento de la deshonra que abate al primero, acaba por exacerbar al segundo, y sus imprecaciones soberbias dan una idea pintoresca de la fero-

cidad y de la altivez de una raza sanguinaria y batalladora:

¿Tú lloraste por miedo á la muerte?
¿En presencia de extraños lloraste?
No desciende el cobarde del fuerte,
No desciende del león el lebrel.
Ojalá, descendiente maldito
De una tribu de nobles guerreros,
Te persigan sus manes severos,
Y te entreguen al vil Aymoré...

Puedas tú, solitario en la tierra,
Sin arrimo y sin patria vagando,
Despreciado del dardo en la guerra,
Despreciado del hombre en la paz,
Ser del pueblo el espectro execrado,
No encontrar ni pasión ni placeres,
Y si amigos, infame, tuvieres,
Sean de alma inconstante y falaz.

. . . . . .

Que á tus pasos la senda se borre
Muera el prado, la flor desfallezca,
Y el arroyo que límpido corre
De tu angustia provoque el ardor;
Que sus aguas se cambien de pronto,
Al sentirte cansado y sediento
En un lago de horrible fermento
De donde huyas con asco y terror.

. . . . . .

Un amigo no tengas piadoso
Que tu cuerpo en la tierra embalsame

Y en el vaso de arcilla lustroso
Ponga el arco y la flecha veloz.
Sé maldito y errante en la tierra...
Pues que á tanta vileza bajaste
Y por miedo á la muerte lloraste,
Ya, cobarde, tu padre no soy...

Bajo la dureza de aquellos reproches, herido por la flagelación de aquellas palabras implacables el valeroso Tupy regresa al campo de sus contrarios, su valor y su desesperación le infunden nuevo aliento y en la lucha salvaje á que los provoca antes de someterse de nuevo al sacrificio, se muestra digno de sus antepasados y de las tradiciones de su raza, en tanto que sus hechos se repiten de toldo en toldo á través de muchas generaciones.

Un viejo Tymbira, cubierto de gloria,
Guardó la memoria
Del joven guerrero, del viejo Tupy !
De noche, en los toldos, si alguno dudaba
Su historia narraba
Diciendo prudente:—«Muchachos, lo ví».

Lo ví valeroso llegar al otero,
Cantar prisionero
Su canto de muerte que igual nunca oí.
Valiente como era, lloró sin quererlo;
Paréceme verlo,
Garboso en sus plumas delante de mí.

Me dije á mí mismo: «¡Qué infamia de esclavo!»
Pues nó, que era un bravo

Y audaz y brioso como él, nunca vi.
Y á fe que os lo digo: paréceme encanto
Que quien lloró tanto
Tuviese el coraje que tuvo el Tupy!

Así aquel Tymbira, cubierto de gloria,
Guardaba memoria
Del joven guerrero, del viejo Tupy.
De noche, en los toldos, si alguno dudaba,
Su historia contaba
Diciendo prudente:—«Muchachos, lo vi!»

XXXVI

Los poetas de las jóvenes generaciones brasileras, se distinguen todos por su culto á la forma, por la maestría con que burilan la estrofa y pulen el verso hasta darle una consistencia y una corrección irreprochables. Estas cualidades distinguen especialmente á Alberto de Oliveira [1]. Su libro de *Sonetos y Poemas* es un modelo de pureza de estilo, es la obra de un verdadero *parnasiano*. De él se ha dicho con razón que la « exterioridad de las cosas, el brillo superficial, los colores vivos lo impresionan, impónense á su imaginación y lo impulsan á fijarlos en el papel bajo la forma de un soneto—su molde predilecto—ó de media docena de estrofas torneadas ». Como Bouilhet y otros líricos franceses, Oliveira prefiere los cuadros antiguos en que puede hacer lucir sus cualidades pictóricas, y la plasticidad extraordinaria de

---

(1) Alberto de Oliveira, *Sonetos e Poemas*. Rio de Janeiro 1886.

su talento literario. Así pinta *La Galera de Cleopatra* resbalando aguas abajo, con la proa puesta al Sol de Egipto, impelida por cincuenta remeros, en tanto que el verano hace rutilar, á los fuegos de la luz, el horizonte infinito de un cielo cobrizo. *El lecho de la Romana* es una admirable miniatura. Pero nada muestra mejor la tendencia del autor, su escuela poética, la lucha de su talento por infundir una vida robusta á sus creaciones que aquel esbozo titulado *Mármol*. «Déjame soñar, serena estatua. Eres mía. El escultor te depositó en mis brazos, reina de mármol. Cuando un día trabajaba el Paros, yo guiaba su cincel en la labor de la piedra. Yo era el sueño, yo era la idea; él esculpió lo que yo arrancaba del alma: los raptos de amor, de lucha y de fiebre, de pasión y de locura que me arrebataban. En finísima blancura irguióse el seno, el cuello, la frente, el rostro. Y yo, mudo y estático, cubrí de besos su frente, su cuello, sus formas divinas. La estatua es mía! La estatua reposa entre mis brazos. La beso, le infundo ardor con mi aliento, enciendo sus pupilas con la luz de la mirada, rasgo las venas de mi pecho y lleno las suyas con mi sangre! Y ella vive! ansía y se estremece! ella palpita! mueve los ojos de piedra! levanta la mano y agita el cuerpo. Pero al verme, oh desventura! héla convertida otra vez en estatua fría y silenciosa».—La imagen de ese mármol, enardecido por el artista en sus espasmos inspirados, es el símbolo de la musa de Alberto de Oliveira, hermosa

en su impasibilidad y desnudez estatuaria, pero á menudo fría como las venus de piedra de los museos.

Por la severidad del verso, por la perfección de la forma, Alberto de Oliveira, Raymundo Corrêa y Olavo Bilac son los tipos representativos de toda una escuela que tiene en el Brasil innumerables adeptos. José Verissimo encuentra en Raymundo Corrêa, con menos profundidad y menos fuerza, algo de Sully-Prudhomme. La observación es exacta. Hay en el fondo de este poeta un pensador y un filósofo. Una profunda tristeza, es el sedimento que dejan todas sus estrofas. Al mismo tiempo, su estilo es más flúido, su ritmo más musical que el de sus congéneres literarios. Nada muestra mejor esas cualidades sobresalientes que el más popular de sus sonetos, aquél que en su obra copiosa, desempeña el papel del *Vase Brisé* en la producción del maestro francés. He tratado de reflejar en nuestro idioma esta joya de la poesía brasilera, confiando en la semejanza de índole de ambas lenguas, pero mi traducción está lejos de rendir fielmente la precisión y belleza del original:

.....

Va la primer paloma despertada....
Va otra más.... otra más.... al fin decenas
Mueven sus alas ágiles, apenas
Sanguínea y fresca, asoma la alborada.

Luego, al caer la tarde desolada
Con su manto glacial, se ven serenas,

Del palomar buscando las almenas,
Volver todas en rápida bandada.

Así, de la esperanza en el anhelo,
Los sueños del amor ó la fortuna
De nuestras almas trémulos se alejan

Y en el espacio azul tienden el vuelo.....
Mas las palomas vuelven una á una,
Y ellos no tornan más cuando nos dejan!.....

Olavo Bilac, además de prosista elegante, es el príncipe de los poetas de la juventud. *Chroniqueur* lleno de originalidad, derrocha tesoros de arte y de inteligencia en esas admirables páginas que arroja día á día á la voracidad de la prensa y que son saboreadas por sus numerosos admiradores. La distinción de su frase, la belleza de sus pensamientos, su imaginación exuberante, su fecundidad inagotable, su espíritu siempre vivo y alerta, hacen de este joven escritor uno de los ejemplares más interesantes de su raza nerviosa é impresionable, vibrante á todos los vientos de la pasión ó de la fantasía. Es también un cincelador y un artífice exquisito. Si escribiera en francés cualquiera de sus buenos poèmas parecería acuñado por Leconte de Lisle ó por Herédia. Como el primero, su musa busca temas históricos, penetra en los misterios de la India, ó retrata, como en *El juicio de Phryné,* cuadros griegos de encanto su-

premo, grupos que parecen esculpidos por el cincel antiguo. Hé aquí una de sus más hermosas inspiraciones:

LA MISIÓN DE PURNA

El Budha misterioso, que con ardor levanta
En la India antigua, el lábaro de una cruzada santa
En contra de los Brahmas y de su fe, medita.
Enorme, en torno al Sabio la multitud se agita,
Y en ella se aglomeran, en la planicie vasta,
Hombres de toda especie, Aryos de toda casta;
Todos los que (al principio Brahma llenaba el mundo)
Del pie, de la cabeza, del corazón fecundo
Del Dios, saliendo fueron para poblar la tierra:
Kchatrias de fuertes brazos y audaces en la guerra;
Hijos de reyes, Sakias; leprosos perseguidos,
Cual famélicos perros de lar en lar corridos;
Los que aman la virtud, los que en el vicio inerte
Manchan el alma vil; los débiles y el fuerte;
Mujeres bellas, madres ó prostitutas, lleno
De tentación el rostro y de alba leche el seno;
Pastores de los campos; robustos labradores,
A cuyo arado el suelo ábrese en fruto y flores;
Ancianos, niños, siervos, pontífices de Brahma;
El Sudra esclavo; el Pária, cuyo contacto infama,—
Todos amor encuentran en el Divino Budha
Y todo en ese amor se funde y se transmuda,
A todos cubre el Sabio, siguiendo su camino,
En la amplia caridad de aquel ardor divino,
A toda aquella inmensa congregación humana
Promete las delicias eternas del Nirvana.

Budha medita.

Así como al caer la noche

Moja el relente fresco la flor que entreabre el broche·
Y los sedientos árboles sus vástagos agitan,
Las almas que sin fuerza, sin ilusión palpitan,
Reanímanse al influjo del sueño prometido.
Mas... las que viven lejos, en el horrible olvido
De la verdad, las almas incultas y feroces
Como la bestia hirsuta, lejos de humanas voces,
Sin ver en su miseria del hombre la mirada,
Perdidas en la sombra, cual nave abandonada,
Rodando en la ignorancia, rodando en el pecado?..

Budha se yergue:
— « Purna ».
Y acude á su llamado·
El discípulo fiel.
— « Purna, la voz divina
Del mar de Oman al borde del vasto mar de China,
Lejos del Indus, lejos del sonoroso Ganjes,
Sembrada debe ser con fúlgidos alfanjes,
Sembrada en la tortura, sembrada en la batalla...

Purna sonriendo escucha pero se inclina y calla...

En el silencio triste, con la mirada errante,
Un dulce sueño invade su alma palpitante;
En el profundo rayo de su mirar profundo
Vese una ansia mortal, vese el desprecio al mundo.
Su cuerpo, á los rigores de apóstol sometido,
Comido por el hambre, desnudo, carcomido,
Mécese y dobla, frágil como el bambú en el viento;
Sobre sus labios erra la luz del firmamento
Como sonrisa de ángel.....
Prostérnase ante el Santo·
Besa sus pies y el polvo de la orla de su manto.

Budha le dice: — « Hijo, piensa que aquellas gentes
Son rudas y groseras, bárbaras é inclementes.
Si los hombres (los hombres malvados cual son todos)
Insultan tus creencias, te befan con apodos
¿ Qué harás y qué dirás contra su furia inculta? »

« Maestro, diré que es bueno el hombre que me insulta
Pues sin herir mi cuerpo limítase á ofenderme... »

« Hijo, y si llega un día en que al mirarte inerme,
La injuria abandonando con júbilo inhumano,
Te pisen como á un pobre, un mísero gusano! »

« Maestro, diré que es buena el alma de esa gente,
Porque pudiendo herirme, me humilla solamente. »

« Hijo, y si acaso alguno al verte agonizante,
Con un puñal rasgara tu carne palpitante?

« Maestro, diré que es bueno el que mi carne impura
Hiere, pues sin matarme, tan sólo me tortura. »

« Hijo, y si al fin sedientos de sangre y de venganza
Arrancan á tu cuerpo que tembloroso avanza,
Su último aliento, el soplo final de la existencia,
¿ Qué dirás de su cruel y lúgubre inclemencia? »

« Maestro, diré que es bueno quien quítame la vida,
Maestro, diré que adoro la mano bendecida
Que con piedad tan grande mi carne fatigada
Entrega al sumo bien y á la infinita Nada... »

« — Hijo adorado, — exclama Budha, la voz divina
Del mar de Oman al borde del vasto mar de China,

Lejos del Indus, lejos del sonoroso Ganjes
Marcha á sembrar al filo de fúlgidos alfanjes...
Llegaste al fin ¡oh Purna! á la renuncia extrema,
Hallaste al fin en tu alma la Caridad suprema...
Tú, sí, puedes partir, Apóstol satisfecho,
Pues el Nirvana llena tu dolorido pecho,
Tú predicar sí puedes, á la familia humana,
La bienaventuranza eterna del Nirvana...

Joâo Ribeiro es otro de los privilegiados de la poesía. Su aspecto modesto, su seriedad y sus tendencias germánicas, lo hacen una individualidad profundamente original, un anacronismo viviente en aquel medio semitropical, desbordante de luz y de alegría. Todas sus composiciones revelan un artista meticuloso y flemático, un pintor de tintes delicados, un acuarelista que modera sus efectos pero en cuatro manchas elegantes nos hace sentir toda la belleza de un paisaje. Véase, por ejemplo, este boceto oriental tan sobrio de detalles y de una perfección de líneas tan acabada:

PEREGRINO

Rompe á marchar la tribu koreschita.
La recua de camellos doblegada
Contempla con fastidio la asoleada
Arenosa extensión casi infinita.

A trechos, un bazar muestra esplendente
Corales de Bahreim, mirra y aromas,
Alfanjes recamados, rubias gomas,
Alfarén albo y camafeos de oriente.

Cuando la turba al fin descansa quieta
Oye una alegre voz la caravana;
Es que allá en la extensión serena y llana,
Se ve blanquear la villa del Profeta.

Este don de intensidad y de concisión resalta en todas las poesías de Joâo Ribeiro. Véase, como ejemplo, uno de sus más hermosos sonetos:

EL ADIÓS DE ANDRÓMACA

Cuando Héctor partió como un soldado
De la batalla al sanguinoso treno,
Brillaba en el azul puro y sereno,
De las Hyades el llanto inmaculado.

Al estrechar Andrómaca en su seno
Al fiel esposo, el corazón rasgado
Sucumbió sollozante, exasperado,
Como herido del cólquico veneno.

Pero la noche cae; la tibia brisa
Lleva al campo troyano con su acento
El último clamor del bien perdido.

—Hécuba, exclama, y su feroz tormento
Sube á su rostro en forma de sonrisa,
Y hunde á su alma en el eterno Olvido.

Al lado de esos acentos de íntima poesía, séame permitido mostrar una dulce barcarola, una de esas fantasías en que descuella el talento de los artistas de raza, una marina sorprendida por João Ribeiro *En el Ejeo:*

Las naves
Helenas, como las aves,
Van surcando el azulado
Manto del mar sosegado.

El viento
Alza su tímido acento;
De Ulises en él aun dura
La voz llena de amargura.

Vacío,
El ponto desnudo y frío
Queda. Late solamente
El mar eterno y rugiente;

El vasto
Mar, eternamente casto,
Caprichoso é infinito,
Levanta su eterno grito.

La profunda originalidad del escritor de que me vengo ocupando resalta en muchas de las composiciones de su volumen de *Poesías*. Algunas veces esa originalidad es de un buen gusto discutible; pero en otras merece realmente elogiarse ó sorprende por su misma vaguedad germánica y su amaneramiento digno del cultismo de otras épocas, como sucede con la *Simple Balada* que traduzco á continuación:

« Vas á partir Don Gil. Eh, buen amante,
» Esa tristeza de tu alma arranca;

» Deja por gaje un beso palpitante
» En la imagen gentil de Doña Blanca.»

Y tanta hiel en aquel beso había
Y tanta era su pena y su amargura,

Que el solitario beso día á día
Iba borrando la gentil figura.

Crece, se extiende, cubre la amplia tela,
Y sus contornos débiles disuelve.

¿ Dónde se fué Don Gil, que tanto anhela
Regresar, y á sus lares nunca vuelve ?

Y el beso aumenta y en la débil trama
Sigue borrando la gentil figura.

Tarde llega Don Gil; y luego exclama:
— Voy á verte hoy ¡ oh santa criatura !

Mas honda pena nubla su alegría;
Y la esperanza de su amor le arranca.

¡ Un sólo beso es todo lo que había !
¡ La tela estaba enteramente blanca !

La poesía con tendencias políticas y sociales tiene en el Brasil pocos adeptos. Uno de ellos es Fontoura Xavier, diplomático distinguido, discípulo de Stechetti y de Heine, que en sus composiciones juveniles hizo más de una vez la sátira del monarca que regía los destinos de

su patria. Sus *Opalos* son uno de los libros más sugestivos de la literatura brasilera contemporánea, la revelación más clara de un talento refinado y original. La más característica de sus composiciones, la que muestra mejor todas sus dotes es la siguiente, desbordante de lírico entusiasmo, pero que termina con un rasgo inesperado en que está perfectamente marcada la tendencia de su musa.

THE BALD HEADED EAGLE

Por toda una extensión de cielo, mar y tierra,
Por toda una extensión que va de océano á océano,
Ufana de sus glorias, sin ambición de guerra,
El águila levanta su vuelo soberano.

Es blanca su cabeza, magnífica y pelada;
Bajo sus anchas alas lleva como un prodigio
El cetro del espacio; y el ave sublimada
Desdeña la diadema, ciñe el bonete frigio!

Domina las borrascas y del turbión la saña,
Contempla indiferente la furia de las olas,
De pico en pico vuela audaz por la montaña
Batiendo el aire rauda y envuelta en aureolas!

Y sube, sube, sube, con júbilo profundo...
El valle, el monte, el lago, los altos promontorios,
Decrecen á sus plantas... mas al borrarse el mundo
Para, y alegre mira sus vastos territorios!

Jamás, Águila inmensa, jamás Ave marina,
Tus alas se extendieron en ámbitos más grandes,—

Ni las vuestras, — oh Reina de la extensión Alpina,
Águila del Mogol, Cóndor veloz del Andes!

Cuentan que al ascender en la tormenta fiera,
Un rayo de una esfera, quemóle la pupila;
Y ella arrancó sus rayos á la remota esfera,
Y, en haz, entre su garra, consérvalos tranquila!

No fué ella, no, por cierto, aquel buitre inhumano
Que oyó de Prometeo las rudas maldiciones;
Ni la que alzaba el vuelo sobre el dosel romano,
De César y Pompeyo llevando las legiones!

Grandipotente, altiva y heroica en la pelea
Cual águila que nadie con su fiereza doma,—
No fué ella la que un día paseó la roja tea
Y con Atila cruento lanzóse sobre Roma!

Tampoco ella desciende de la sangrienta prole
De esa otra que se irguiera sobre el undoso Sena,
Y que en Wagram triunfante y herida ya en Arcole
Cayó en la roca muda, fatal de Santa Elena!

Ay! ella no pisaba sobre la tierra ardiente
Como esa, que al rugido de la batalla airada,
Cernióse majestuosa de Wellington al frente
Hasta que al fin vencida posó sobre su espada!

Águila que jamás buscara el vil despojo,
No viene de vosotras, — oh negra de Teutonia!
Oh Jano del Danubio! ave del Volga rojo!
Oh blanca, inmaculada y muerta de Polonia!

Jamás, Águila inmensa, jamás Ave marina
Tus alas se extendieron en ámbitos más grandes,

Ni las vuestras, — oh Reina de la extensión Alpina!
¡Águila del Mogol! ¡Cóndor veloz del Andes!

Para abrigar contigo mi pabellón guerrero,
¡Águila! quién me diera tenerte soberana,
Surcando en las borrascas el cielo del Crucero,
Y emperatriz del Mundo, Águila Americana!

¿Mas quién pretender puede del ave la conquista
Ni detener su vuelo sobre el espacio azul?
—Más de cien años hace que, con el arma lista,
En vano la persigue el cazador John Bull!

Fuera de esta clase de inspiraciones, la musa de Fontoura Xavier se complace en trazar sonetos de una factura meticulosa y alguno de los cuales merece reproducirse y elogiarse por el sentimiento poético de que rebosan sus estrofas. Leamos *El Gran Viaje :*

Hénos en alta mar, á toda vela...
¿Mas dónde vamos? ¿quién es nuestro guía?
¿Qué obscuridad, qué brisa áspera y fría
Borra al pasar el surco de la estela?...

Cada hora más aumenta la jornada,
Y el horizonte núblase severo,
Y en el cielo infinito ni un lucero
Alumbra nuestro paso hacia la nada!

En dudas y esperanzas nos perdemos;
Una vez y otra vez bajan las sondas;
La vista vaga en la extensión inerte,

Y vamos... vamos... Nada más sabemos
Sino que el buque rola por las ondas
Y que lo manda un capitán: la Muerte!

La musa femenina tiene en el Brasil numerosos y distinguidos representantes. El carácter imaginativo y melancólico de la mujer brasilera, la dulzura acariciadora de sus sentimientos, se presta admirablemente para el cultivo de la poesía y se traduce en manifestaciones de un lirismo soñador y romántico, ó en cantos en que se refleja un alma ardiente y abnegada, en lucha con condiciones sociales que no facilitan la expansión de su mórbida languidez. Los nombres de Zalina Rolim, de Julia Lopes de Almeida y de Francisca Julia da Silva, entre los de otras igualmente dignas de mención, son especialmente populares en el Brasil. La última ama la «musa impasible» de Herédia y de Leconte de Lisle y le dice en su lenguaje pintoresco:

Dáme el dáctilo de oro y la atractiva
Rima que el alma trémula celebra;
La blanca imagen y la estrofa viva;

Versos que evoquen ásperos sonidos;
Ya el fragor de un peñasco que se quiebra,
O ya el rumor de mármoles partidos.

Su libro de *Sonetos* contiene composiciones de diverso valor literario, aunque todas ellas revelan que su au-

tora posee la cualidad común de los poetas de su raza y de su tiempo: el cuidado excesivo del verso, la preocupación de la pureza material de la estrofa. *Los Argonautas*, que traduzco á continuación, no obstante traerme á la memoria la soberbia melodía de *Les Conquerants*, da una idea fiel de su talento:

Lánzanse al mar con entusiasmo insano...
Luna y astros,—celestes centinelas,—
Bendicen las audaces carabelas
Que rasgan la extensión del océano.

Hélos en busca de un caudal arcano,
De su sueño siguiendo las estelas,
Y el viento austral sus inflamadas velas
Hincha al pasar en cóleras ufano.

Quieren ver nuevos cielos y bellezas,
Quieren gozar tesoros y riquezas,
De un Dorado ideal buscan los rastros,

Una fiebre ardorosa los agita
É invocan, al mirar la onda infinita,
La bendición del cielo y de los astros.

No pretendo haber reflejado ni someramente los aspectos culminantes de la poesía brasilera. He tomado al azar algunas composiciones sueltas de escritores distinguidos; pero ellas están lejos de dar una idea de la flexibilidad, la riqueza, la savia de todos los talentos que no he tenido oportunidad de estudiar en estas pá-

ginas y que se llaman Guimarães Passos, Luiz Rosa, Magalhães de Azeredo, Castro Alves, Valentim Magalhaes, Theóphilo Días, etc., etc. El estudio de estas jóvenes personalidades reclama un trabajo especial que me propongo realizar algun día, con la amplitud y el reposo que exige una tarea de esta magnitud.

XXXVII

Una de las faces más interesantes de la intelectualidad brasilera es la del periodismo á que puede decirse han pertenecido por mayor ó menor tiempo, todos los hombres distinguidos de aquella nación. Su tradición está íntimamente unida á los destinos nacionales de la República hermana, desde la época colonial hasta nuestros días. Los diarios brasileros, menos *yankees* que los nuestros, menos provistos de todos los elementos de la información contemporánea, más parcos en el uso de los cables y en la abundancia de las correspondencias extranjeras,—llevan á éstos la ventaja de que encarnan y representan los ideales de fracciones políticas subordinadas á un programa de gobierno y que detrás de sus artículos editoriales existen personalidades caracterizadas, que no se limitan al examen negativo y demoledor de los actos gubernativos. En ellos predomina por otra parte, el elemento nacional,

más susceptible de comprender las cuestiones locales y palpitar con el alma popular, que escritores extranjeros, inclinados no obstante la claridad de su talento y su honorabilidad personal á divorciarse de los sentimientos y aspiraciones de los hombres á quienes tienen encargo de combatir por deber profesional. En los diarios fluminenses, y lo mismo sucede en los de los estados, no aparecen las firmas de corresponsales europeos tan numerosos como los que envían sus cartas á los órganos principales de nuestro periodismo. En cambio, ellos están escritos en un estilo generalmente más literario. Y como sus congéneres franceses, contienen siempre la nota ligera, la crónica del día, el comentario espiritual en que son maestros Coelho Netto y Olavo Bilac, Ferreyra de Araujo, Carlos de Laët ó Machado de Assis.

Algunas de esas fantasías, arrojadas día á día, al viento de la publicidad han sido reunidas por Coelho Netto y ellas forman varios volúmenes de lectura interesante. Todas las páginas de *Balladilhas, Bilhetes Postaes, Rhapsodias*, muestran un escritor formado, poseedor de un estilo primoroso, conocedor de todos los secretos de un arte complicado, de una forma digna de Catulle Mendès ó de Armand Sylvestre. Para dar una idea de la perfección de su frase y de las riquezas de su imaginación sería necesario transcribir sus cuadros encantadores ó mostrar el vigor del colorido de sus novelas fantásticas como el *Rei Fantasma* ó finamente realis-

tas como *Miragem*. Algunos de sus libros circulan con el seudónimo de Anselmo Ribas, que encabeza las espirituales impresiones de un campesino en Río de Janeiro publicadas con el título de *A Capital Federal*.

Ferreyra de Araujo, abandonó la medicina para fundar la *Gazetta de Noticias* que pronto consiguió un puesto prominente en las predilecciones del público fluminense. Sus dotes personales, parecían indicadas para asegurar el éxito de su empresa. Espíritu elevado y culto, franco y abierto, sarcástico sin hiel, espiritual sin chocarrería, sus folletines de los lunes firmados por *Lulú Senior* eran un alimento liviano y agradable, el plato preferido de los refinados y de los intelectuales, la *crême fouettée* de la prosa diaria preparada por la mano de un Brillat-Savarin en el arte difícil de la culinaria periodística. Ferreyra de Araujo tiene un modo especial, único de tratar los tópicos del día. Su punto de vista es siempre original é inesperado. Su perfecta bonhomía aborda todos los temas con una ligereza aparente, obedeciendo á la máxima suprema del buen gusto, *glissez n'appuyez pas*, pero seguro de tocar la cuerda sensible y de penetrar como pocos en las entrañas de su sujeto. Este parisiense de la Rua do Ouvidor, este Paul-Louis brasilero es tan atrayente y simpático como su estilo, lo que es cuanto puede decirse tratándose de un escritor de raza, apto para expresar los caprichos más tenues y delicados de su inagotable fantasía.

Carlos de Laët, llenaba los folletines del sábado en el *Jornal do Brasil* dirigido por otro periodista de nota, Fernando Mendes de Almeida. Hombre del antiguo régimen, amante de la tradición monárquica y fiel á las creencias religiosas de su juventud, conservador á la manera de Veuillot y de Pontmartin, con quienes tiene muchos puntos de contacto, Laët es uno de los espíritus más ágiles, una de las organizaciones literarias más ricas del Brasil contemporáneo. Dotado de una erudición clásica é histórica poco común, humanista sólido y filósofo penetrante, escribe, sin embargo, con la gracia ligera de los maestros franceses y es especialmente temible cuando ataca armado de su pluma galana como de un florete flexible y brillante, cuyas heridas son mortales. Durante el peor período de la dictadura del mariscal Peixoto, Carlos de Laët, como muchos de sus compatriotas, se vió obligado á alejarse de la Capital, lejos del alcance de la garra del poder. Escribió entonces su precioso libro *En Minas*, que contiene fragmentos de viajes, de literatura y de filosofía, síntesis elocuente de su vasta obra de publicista dispersa en una larga vida de consagración á la prensa diaria.

La figura literaria de Machado de Assis exigiría un estudio largo y detenido. El rasgo culminante de su personalidad es, como dice José Veríssimo, ser perfectamente un escritor, un hombre de letras. Atravesó por el periodismo, pero en él y fuera de él ha continuado

siendo un artista, el más respetado y querido por los jóvenes escritores de su país, el único tal vez que en un medio tan poco propicio, ha hecho de la literatura la única preocupación de su vida y ha alcanzado á vivir de las letras y para las letras [1]. Esta originalidad le da, según el mismo crítico, sino el primer lugar ó uno de los primeros lugares entre sus colegas, por lo menos un lugar especial. La trama de sus libros es frágil y delicada. Lo que es incomparable en ellos es el estilo, es la corrección y pureza de la frase, es su perfecto dominio de la lengua portuguesa. No encontraréis en él ningún rasgo genial, ningún hallazgo sorprendente, ninguno de esos gritos de elocuencia ó de pasión que revelan un temperamento ardiente, una sangre cálida meridional. Ese hijo de los trópicos es frío, tranquilo como un anglosajón. Escribe como habla, siempre en un tono igual, sin levantar la voz, dejando escapar la límpida corriente de su prosa transparente como el hilo de uno de esos manantiales que resbalan sobre el césped, sin dejar oir un murmullo, pero encantando la vista por su plácida limpidez. Es al mismo tiempo un *humorista* espontáneo, un divagador de la escuela y de la familia de Sterne, á quien recuerda constantemente en su libro *Memorias posthumas de Braz Cubas*. Descuella en la pintura de los tipos comunes, de las situacio-

---

(1) José Veríssimo. *Estudios Brazileiros*, pág. 196.

nes de todos los días. Su elegancia es tal vez un poco relamida y rebuscada, pero de todos sus escritos, de todos sus numerosos cuentos y de sus poesías, se desprende un encanto secreto, un misterioso perfume de distinción que invade lentamente al lector y lo conduce suavemente á través de las sutilezas y los meandros de su espíritu complicado y perspicaz [1].

En *O Paiz* descuella el talento tan respetado entre nosotros del eminente estadista Quintino Bocayuva. Su nombre está perpetuamente vinculado á aquella larga campaña llevada á cabo en la prensa, en el parlamento, en todos los terrenos legales, en favor de la emancipación de los esclavos y en pró del triunfo de la idea republicana. A nadie más que él corresponde el título de *leader* de aquella causa cuyo patriarca inolvidable fué Saldanha Marinho. «Hombres como Saldanha Marinho, Quintino Bocayuva, Arístides Lobo, Felicio dos Santos, Campos Salles, Prudente de Moraes, Assis Brasil, Américo Lobo, Lucio de Mendonça, Demetrio Ribeiro, Paes de Carvalho, Martins Junior y Lopez Trovão,—escribía en *The North American Review* uno de sus compañeros—hicieron en la prensa y la tribuna, durante veinte años

(1) Machado de Assis, como Coelho Netto, Olavo Bilac, Aluizio Azevedo, Rodrigo Octavio, Affonso Celso, Raul Pompeia, Isidoro Martins Junior, V. Magalhaes, etc., etc., reclaman un estudio detenido que no me es posible emprender en este libro por no salir de los límites que me había trazado al escribir estas ligeras notas. La crítica de estos autores será materia de una nueva obra que completará á la presente y cuyos lineamientos generales tengo ya arrojados en el papel.

la defensa valerosa de sus principios. Esos propagandistas querían la reforma de la constitución monárquica por los trámites facultados por la misma constitución; deseaban el advenimiento de la República por medio de la conquista de las urnas populares, en una palabra, esperaban que la República se hiciese en el parlamento» [1]. Quintino Bocayuva, fué el más popular y tenaz de estos opositores de la democracia. Así, al día siguiente del triunfo su papel estaba señalado de antemano y entró á formar parte del Gobierno Provisorio como ministro de Relaciones Exteriores. En aquel período difícil, tuvo ocasión de prestar valiosos servicios á su patria y mostró siempre la elevación de ideales y el espíritu justiciero de la política internacional del nuevo régimen. Sus esfuerzos generosos, su sincero espíritu de americanismo, consiguieron que la nueva república fuera recibida con aclamaciones por los demás estados de nuestro continente y que los vínculos que la ligan con los del Río de la Plata se afianzaran de una manera inconmovible. Desde entonces hasta hoy, el periodista brillante, el paladín sin tacha ha continuado ilustrando á las masas populares desde las columnas de *O Paiz* y haciendo resonar su voz en el recinto de las Cámaras, siempre en defensa de los principios del gobierno popular creado por la constitución del 24 de Febrero de 1891. Así lo

(1) Articulo publicado por el entonces ministro del Brasil en Washington, Salvador de Mendonça en la *North American Review* (Enero de 1894).

prueba, entre otros, su monumental discurso sobre el estado de sitio, pronunciado en el Senado Brasilero en la sesión del 17 de Julio de 1894 y que me fué dado escuchar, admirando la fluidez del orador y las largas vistas del hombre de Estado.

El *Jornal do Commercio*, está dirigido por José Carlos Rodrigues, hombre de mundo perfecto y escritor enérgico y elocuente, conocedor á fondo de las literaturas extranjeras y especialmente de la inglesa y la norteamericana, por su larga residencia en los Estados Unidos. Ese distinguido publicista brasilero escribe el inglés con rara elegancia, como puede verse en su libro *The Panama Canal,* publicado en aquel idioma. Ha hecho estudios profundos de historia religiosa aparecidos fragmentariamente en las columnas del decano de la prensa brasilera, y aunque hoy escribe poco, sus editoriales se destacan inmediatamente por la intensidad y hermosura de la expresión.

Tengo á la vista uno de sus artículos, escrito con motivo de la ascensión al poder del Dr. Prudente de Moraes. Más que una nota de diario se diría un ensayo de revista, por el cuidado meticuloso de su estilo y por la minuciosidad con que se refiere á los acontecimientos históricos que culminaron en la dictadura encabezada por el vice-presidente Peixoto. Los males que afligen al Brasil son señalados por el distinguido publicista con varonil franqueza. El gobierno de la legalidad, según él,

después de los atropellos del poder irresponsable ejercido en épocas de conflagración, «no deberá luchar solamente con cierto número de abusos, con un grande y tangible obstáculo determinado, como por ejemplo una crisis económica; sino más bien contra una tendencia social sistemática, contra esta connivencia general en el desprecio de la ley que oligarquizó al gobierno, que degradó al pueblo brasilero y que empuja á la República y al país por el plano inclinado de lo desconocido». El nuevo Presidente «deberá dar vida real á este sofisma de cuatro largos años que se llama la Constitución».

Para realizar esta tarea ímproba, sin embargo, el Sr. Rodrigues no cree que se necesita uno de esos «hombres providenciales», uno de esos «pastores de pueblos» que en la vida práctica de nuestras naciones resultan siempre un azote calamitoso. «Es preciso confesar—dice—que, excepto en democracias educadas por la difusión de las luces y por sus propias tradiciones, el pueblo se deja ofuscar muchas veces por el brillo ó prestigio de aquellos de sus conciudadanos que mostraron talentos y fuerzas especiales. Se diría que la instabilidad, aparente ó real, de las instituciones y la necesidad natural del reposo, lo hacen entregarse á esas figuras que le prometen orden y paz. Entre tanto, no hay mayor error ni mayor calamidad que ese cesarismo disfrazado, este culto de los héroes. Si el reinado de Augusto fué bueno, él también preparó el de Tiberio... Además,

toda la tendencia moderna es contra estos grandes hombres. En Inglaterra, donde Pitt estuvo á la cabeza del Gobierno veintidós años, de 1784 á 1806, con un pequeño intervalo; donde Lord Liverpool se mantuvo de 1811 á 1827 y el partido á que pertenecían ambos ejerció el poder durante cuarenta y seis años, casi sin interrupción, en Inglaterra, el gran Gladstone es hoy virtualmente depuesto por su propio partido. La Alemania consigna á su coloso, Bismarck, el cerebro que concibió y efectuó la unificación de su país, al destierro en su quinta de Magdeburgo. Hoy no hay más Pericles, ni Ximenes, ni Alberoni, ni Richelieu ó Sully, ni Bernewelt o de Witt. Hoy, con apenas cuatro años de servicio, Lincoln salva á su país y le deja un nombre legendario. La desaparición en el mundo político de esas grandes personalidades, que tan erróneamente lamentamos como señal de degeneración, sólo prueba que en el sistema de los gobiernos modernos, está entrando mayor dosis de elemento popular — que el pueblo toma cada vez más interés en sus asuntos y va substituyendo estas cabezas, grandes y aisladas que piensan y esos brazos fuertes que obran por él».

El señor Rodrigues se dirige á esos espíritus pesimistas que creen que sólo en el Brasil y en algunos de sus vecinos íbero-americanos la educación política del pueblo tiene que luchar con obstáculos tan formidables, y les prueba con el ejemplo de la historia, que las mis-

mas tribulaciones han afligido á las naciones más adaptables á la libertad. Aquella digresión es altamente interesante, especialmente en lo que se refiere á los Estados Unidos. Para regenerar al Brasil, para entrar en el camino de la legalidad y de la paz,—dice,—« es preciso que todos nos unamos, que apaguemos nuestras discordias y disensiones, que demos el bello ejemplo de la unión de toda la familia brasilera, sin distinciones odiosas de clases ó partidos y que sobre todo sofrenemos el ardor de nuestras impaciencias. El tiempo es el colaborador de todas las obras y no respeta, hase dicho con razón, aquello que se hace sin su concurso. Para la tarea de nuestra reconstitución son necesarias todas las dedicaciones, el concurso de todos nosotros y la República, que es la fórmula de nuestro progreso, después de las vacilaciones y de las vicisitudes porque ha pasado desde su iniciación, tomará con firmeza y seguridad el derrotero de sus destinos, como la aguja magnética que tiembla y se agita inquieta antes de encontrar su orientación definitiva ».

Al lado de José Carlos Rodrigues, junto con otros que siento no mencionar, escribe uno de los jóvenes periodistas de porvenir más brillante, un talento destinado á alcanzar grandes éxitos en la profesión y digno de ascender á los altos honores de la vida pública. Me refiero á Tobías Monteiro, espíritu fino y cultivado, carácter elevado, inteligencia abierta á todas las bellas ideas y á todos

los propósitos nobles, amante de su patria y fiel á los principios liberales de su educación cívica, puestos á prueba en el período de la dictadura que quiso vengarse de las heridas de su pluma encerrando en una cárcel á ese hombre distinguido y tratándolo como un criminal común. Monteiro, que acompañó al presidente Campos Salles á Europa, como periodista, acaba de publicar sus notas de viaje; un libro interesante, lleno de observaciones personales y apreciaciones exactas sobre las personalidades con quien estuvo en contacto el primer magistrado del Brasil en el viejo mundo [1]. Esa obra es una prueba evidente del fácil talento del escritor que podría haber publicado ya varios volúmenes si reuniese algunos de los frutos dispersos de su fecunda é inteligente labor.

---

(1) Tobías Monteiro. *O Sr. Campos Salles na Europa.* Notas de un jornalista. Río Janeiro. Imprensa Nacional. 1900.

XXXVIII

Cuántos otros espíritus distinguidos, que no he podido siquiera mencionar, desfilan en la memoria reclamando un puesto de honor en esta rápida reseña literaria! No me refiero á los que sobresalen en el campo de la política, en el parlamento ó en los altos cargos administrativos y judiciales, sino á aquellos que han pasado por la literatura para permanecer en ella ó ejercitar su actividad en otros terrenos. ¿Cómo no citar en unos apuntes de este género el nombre de Inglez de Souza, aunque no haya hecho de las letras una profesión? Sus *Contos Amazónicos* muestran una serie de cuadros ingenuos de la vida brasilera, diseñados con amor y escritos con elegancia. Los tipos creados por su imaginación ó tomados de la realidad, poseen una vitalidad intensa, semejante á la de los montañeses de Pereda ó los inimitables personajes de Dickens. Pero nada revela mejor su temperamento literario, la abundancia de su estilo,

la exactitud y grandeza de sus descripciones que su novela *O Missionario* publicada bajo el seudónimo de Luiz Dolzani. El drama sicológico desarrollado en este libro interesantísimo, hace de él no sólo una obra de imaginación llena de mérito, sino también un estudio moral repleto de enseñanzas. Aquel padre Antonio de Moraes, con la vocación de un mártir y el alma de un apóstol, aquel corazón abnegado y fogoso, aquel espíritu superior, que parte en cumplimiento de su misión evangélica á las regiones tropicales enervantes y disolventes, constituye una de las figuras más trágicas en su misma sencillez y en la vulgaridad de su caída, que registra la novela contemporánea. La lenta deformación de su ser moral, la infiltración venenosa del medio ambiente, la relajación de los resortes de su voluntad, la tiranía que ejerce sobre su temperamento el clima tropical de las selvas amazónicas, aquella vida primitiva en que nada salva al hombre de las incitaciones voluptuosas de la naturaleza, de las atracciones malsanas de la Venus indígena, conducen poco á poco al misionero, al olvido de su investidura y á los compromisos vergonzosos de una conciencia que claudica y se declara vencida, después de una lucha á muerte con sus instintos inferiores. Un soplo de vigorosa poesía anima las páginas de ese libro que da como ninguno la sensación del mundo maravilloso de la amazonia, con su existencia patriarcal, sus humildes habitantes, las sorpresas y los encantos de

sus ríos colosales y sus selvas lozanas como en el primer día de la creación.

Más popular y conocido que Inglez de Souza, Aluizio Azevedo ha conquistado una reputación envidiable en el teatro y en el campo de la novela. Sus últimos libros marcan un progreso visible sobre sus primeras producciones y son dignos del alto nombre de su autor. *O Homem* es el estudio patológico de un caso de histerismo, escrito con empuje extraordinario, con una verdad cruel, con ese lujo de observación microscópica, que resalta en la obra maestra de Flaubert.—En *Caso de Pensão*, el autor ha trazado una historia amarga encuadrada en el medio fluminense como podría estarlo en París ó en Madrid. Finalmente, en el *Livro de uma Sogra*, Aluizio Azevedo desarrolla una tesis atrevida, queriendo probar que la felicidad en el matrimonio se encuentra en la separación voluntaria de los cónyugues en ciertos períodos de la vida, para mantener siempre viva y renovada la ilusión de su primer contacto sexual. Esta obra, á pesar de sus paradojas, encierra párrafos admirables y audacias de pensamiento y de filosofía mundana comparables en muchos casos á las de los prefacios puestos por Alejandro Dumas al frente de sus piezas teatrales.

Affonso Celso, hijo del vizconde de Ouro Preto, á quien tocó la desgracia de enterrar la monarquía en el Brasil, ha publicado varios volúmenes de novelas y cuentos dignos de llamar la atención de los inteligentes. En su

primera juventud, este joven precoz fué uno de los propagandistas de la república, que enalteció como miembro de las Cámaras brasileras. Más tarde, la caída política de su ilustre padre, desterrado por el Gobierno Provisorio junto con el anciano Emperador, despertó en su ánimo la nostalgia del antiguo régimen y los excesos inevitables á un cambio de gobierno, le hicieron mirar las nuevas instituciones con desgano y repugnancia. Desde entonces ha figurado entre los elementos reaccionarios de su país, aunque sin ejercer una influencia sensible en la política, por su aislamiento voluntario y el papel negativo á que se ha sujetado. Se diría que su fidelidad *á posteriori* á una causa que no amó en su juventud, es para él un tema retórico más que una convicción sincera. Con todo, su personalidad simpática, sus dotes morales excelentes y sus cualidades distinguidas, le señalan un puesto brillante en la vida intelectual de su país. Las primeras manifestaciones de su talento fueron exclusivamente poéticas. Ha reunido más tarde en un pequeño volumen tiulado *Rimas de Outr'ora,* una colección escogida de sus juveniles inspiraciones, dulces madrigales de un corazón primaveral, bocetos risueños trazados por una mano inexperta pero que dejan entrever un instinto artístico incipiente, paisajes suaves alumbrados por la gloria luminosa de la adolescencia. No hay en esos versos armoniosos y flúidos ningún rasgo lírico penetrante, ningún acento profundo, ningún grito

del corazón. Son la florescencia natural de un espíritu amable, la dulce confidencia de un meláncolico soñador. Les falta intensidad pero tiene el dón supremo de la gracia y eso basta para salvarlos de la indiferencia ó del olvido.

Sus obras en prosa, son todas de una lectura fácil y agradable. En sus *Vultos e Factos*, ha trazado la silueta de muchos hombres públicos, entre los cuales figuran algunos de los nuestros, pero en una forma estenográfica, por decirlo así, sin pasar de la epidermis de sus personajes, preocupado de detalles insignificantes, más que del juicio que merecen algunas de las figuras que registra en su galería. Se diría que hay en esto una omisión voluntaria, más que una incapacidad de observación fundamental.

Con una ligereza propia de la forma de esos esbozos, algunas veces estampa afirmaciones completamente inexactas no ya en lo referente á apreciaciones suyas, sino á hechos que da como acaecidos y que nunca tuvieron lugar. Pero esas páginas escritas en párrafos cortos, en un estilo insinuante, con cierta desenvoltura caballeresca y con una elevación de criterio que flaquea raras veces, son un alimento intelectual ligero y se adaptan al gusto de los más diversos paladares. El más concluído de esos retratos es el *Don Pedro II* en el destierro. Hay en él cierta unción respetuosa, cierto enternecimiento de proselitismo que lo eleva sobre los ras-

gos vulgares de otras fisonomías que se diría trazadas al esfumino. Ha publicado más tarde esa producción en un folleto separado, bajo el título de *O Imperador no exilio,* que ha tenido en su país una enorme y rápida difusión. Las *Notas e ficcoès* contienen una serie de cuentos á la manera de Maupassant y de Coppée, entre ellos una curiosa fantasía titulada *O velho piano* que recuerda la sensibilidad exquisita del primero y en su divagación soñolienta deja en el espíritu la impresión de una suave melodía. La más hermosa y conmovedora de sus obras es *Minha filha,* un libro de dolorosas confidencias, un libro íntimo que en ciertos momentos oprime el corazón. Es el relato de los sufrimientos y las tentativas del autor para conseguir la curación de su hija, herida de parálisis á los tres años de edad. La cruel odisea del padre amoroso está relatada con una ternura irresistible, sus esperanzas y sus decepciones ante los maestros de la ciencia, los arrebatos de su cariño ante el inocente ser que sufre aquel martirio inmerecido, los fervores de su invocación á la virgen de Lourdes á cuyo pie cae deshecho y desesperado después de haberse estrellado contra la nada de la pretendida sabiduría de los hombres. Un libro de esa clase, un libro escrito con lágrimas y sin las falsas hipocresías del convencionalismo social, no puede ser apreciado en su justo valor como obra literaria. Baste decir que él nos hace participar de las amarguras de su autor para

comprender su mérito. Los espíritus frívolos podrán discutir el buen gusto de algunos de sus cuadros, la pintura de algunas de sus escenas que pertenecen al misterio sagrado del hogar. Por mi parte, creo que, como dice Affonso Celso «en él vibra el eterno grito impotente de la miseria humana contra la inexorable fatalidad,» y es suficiente para hacerlo vivir mientras existan padres abnegados y ángeles que sufran las durezas de un destino implacable. Después de *Minha filha,* Affonso Celso ha publicado una novela titulada *Um invejado.* Es la pintura de uno de esos seres que nacen en la opulencia y que sin fuerzas para sostenerse en el mundo, van cayendo poco á poco en el abismo de la miseria. La narración de esa vida ha dado ocasión al distinguido escritor brasilero para mezclar á su narración un verdadero panfleto político y trazar algunas siluetas de personajes que más que retratos resultan *charges* caricaturales. El estilo de esta obra es flojo y su concepción, como su ejecución, son muy inferiores al talento literario de su autor. La creación más feliz de su pluma es hasta hoy *Lupe*, una deliciosa figura femenina, tomada del natural, sorprendida en toda su espontánea originalidad con la delicadeza de observación y la profundidad de análisis de que hace gala Henry James en *Daisy Miller*. Si Affonso Celso no hubiera cedido al fácil placer de incrustar en su preciosa obra un *pastiche* que disuena con su carácter y con su

tonalidad elegante y artística, una tirada de enciclopedia sobre el Brasil, no se podría encontrar nada vulgar ni discutible en aquella miniatura encantadora.

Como casi todos los jóvenes literatos del Brasil, Rodrigo Octavio ha empezado su carrera intelectual sacrificando en los altares de la musa. Sus *Pámpanos* y sus *Poemas e Idyllios*, revelan la exquisita sensibilidad de su carácter, su imaginación brillante, sus ideales y sus tendencias artísticas. Con el título de *Sohnos Funestos* ha publicado una especie de poema dramático, á la manera del *Sardanápalo* de Byron, más á propósito para ser leído que para ser representado, en que se desarrolla en hermosos alejandrinos de corte clásico, un drama de la vida colonial. Como Procurador de la República, siendo aún muy joven, le tocó combatir á Ruy Barbosa en su presentación á la justicia federal, solicitando el *habeas corpus* de los ciudadanos y militares prendidos bajo el estado de sitio y al medirse con su gran adversario lo hizo con tanta inteligencia como hidalguía. Su libro en prosa más conocido, *Festas Nacionães*, ha sido considerado como el manifiesto del elemento joven, de tendencias positivistas é inclinaciones al jacobinismo que las disensiones internas hicieron surgir en el Brasil como una protesta contra la influencia extranjera que se consideraba hostil á la República. Esa obra analiza el significado de todas las grandes fechas impuestas á la veneración de los brasileros por el curioso decreto del

gobierno provisorio que ordenó su celebración. En ella se estudia el sentido íntimo del 1º de Enero, «consagrado á la conmemoración de la fraternidad universal»; del 21 de Abril «consagrado á la conmemoración de los precursores de la independencia brasilera, resumidos en Tiradentes»; del 3 de Mayo, «consagrado á la conmemoración de la fraternidad de los brasileros»; del 14 de Julio, «consagrado á la conmemoración de la República, de la Libertad y de la Independencia de los pueblos americanos»; del 7 de Septiembre, «consagrado á la conmemoración de la independencia del Brasil»; del 12 de Octubre, «consagrado á la conmemoración del descubrimiento de América»; del 2 de Noviembre, «consagrado á la conmemoración de los muertos»; del 15 de Noviembre, «consagrado á la conmemoración de la Patria Brasilera». Su último libro, *Felisberto Caldeira,* recientemente publicado, es una crónica interesante de los tiempos de la Colonia, en que se cuenta la vida y los hechos maravillosos de uno de esos audaces cateadores de diamantes, aquellos *garimpeiros* que, «en medio de los mayores riesgos y emociones, llevan una vida de luchas y alternativas, yendo á probar fortuna en las recónditas breñas de los desiertos, arrostrando con heroísmo y alma abierta, la persecución y la caza».

Haría interminables estas páginas si fuera á recorrer uno por uno, los numerosos talentos brasileros que merecen conocerse y estudiarse con detención. Ya que ello

no es posible, séame permitido mencionar á Manoel de Oliveira Lima, diplomático distinguido que en sus momentos de ocio ha escrito algunos libros que hacen destacar su personalidad con perfiles atrayentes. Su estudio histórico sobre *Pernambuco*, como lo advierte su propio autor «no constituye una historia pacientemente investigada» sino simplemente «un cuadro de nuestra evolución política y social, en los cuatro siglos de historia que contamos, cuadro descripto á grandes rasgos, sin que, con todo, sean despreciados sus contornos valiosos y dejados en la sombra sus aspectos interesantes». El método de este libro, su estilo grave y reposado, la elegancia severa de su lenguaje,—revelan que su autor es un espíritu serio, un trabajador infatigable, un talento reflexivo, poco brillante pero lleno de solidez. La misma impresión produce su segunda obra *Aspectos da Litteratura Colonial Brazileira*, un estudio crítico excelente en que se estudian los elementos étnicos que entran en la formación del tipo brasilero, se hace una revista ligera de los primeros escritores de aquel país, se examina la escuela bahíana y el movimiento académico, la escuela mineira y sus grandes representantes, así como la influencia del gusto portugués en las manifestaciones literarias de la colonia que reflejan sucesivamente el clasicismo italiano, el culteranismo español y finalmente, el neo-clasicismo francés del siglo XVIII.

Para dar una idea aproximada del mérito de este libro,

sería necesario entrar en consideraciones que alargarían demasiado este esbozo. La permanencia de Oliveira Lima en Washington, como Secretario de la Legación de su país, le ha dado ocasión para publicar su trabajo *Nos Estados Unidos* que es sin duda el más interesante salido de su pluma, y tal vez diría el más completo y exacto que se ha publicado en lengua portuguesa sobre la gran República del Norte. Observador inteligente, admirador sincero de las costumbres y las instituciones de la Unión, Oliveira Lima estudia al pueblo americano bajo muchas de sus faces, lo estudia con simpatía y con sagacidad, sin olvidar por eso á la tierra de su nacimiento á la cual se dirigen todas las enseñanzas que extrae del espectáculo de aquella civilización extraordinaria. «Siempre miré á los Estados Unidos—dice á este respecto—con ojos de brasilero, á saber, buscando lo que á mi ver pudiera aprovecharse para nosotros del examen y la confrontación. Encontré que podrían resultar muchas ventajas de dicha confrontación, si bien confieso sin reparo mi impresión de melancolía por lo mucho que los Estados Unidos han alcanzado y por lo poco que nosotros hemos hecho relativamente. En la América del Norte apoderóse de mí y en breve convirtióse casi en una obsesión, una fuerte impresión de nuestro atraso, que en Europa yo nunca había experimentado, acostumbrados, como estamos, á considerarla como un antiquísimo campo de experiencias y de progresos. Del otro

lado del Atlántico, sin embargo, en un país de civilización tan moderna como el Brasil, la comparación impónese irresistiblemente, con grave detrimento nuestro, con su cortejo de consideraciones sicológicas y sociológicas». Añadiré, que el criterio que inspira esta obra meritoria es siempre justiciero y que su autor revela en ella que posee al mismo tiempo que una gran ecuanimidad de espíritu, un sentimiento crítico delicado y un patriotismo que lo enaltece.

XXXIX

El brillo general de la intelectualidad brasilera se refleja con inusitado esplendor en la vida política, en el parlamento, en la magistratura, en todos los órdenes de la sociedad. Casi ninguno de los hombres dirigentes que actúan en la escena pública, lo he dicho ya, carece de una educación literaria sólida, desconoce las manifestaciones del espíritu artístico ó deja de penetrar á fondo las grandes cuestiones que agitan á su tiempo. El caudillaje enseñoreado del gobierno en otros pueblos sudamericanos ha sido felizmente desconocido en el Brasil. No ha presenciado aquel país el asalto llevado al poder por un Santos en el Uruguay, por un Daza en Bolivia, por un Castro ó un Crespo en Venezuela. Es un bien inapreciable que deben los brasileros á la larga estabilidad del régimen monárquico, y que, á pesar del cambio de las instituciones, ha establecido ya una costumbre y una necesidad pública difícil de quebrantar.

No me es posible detenerme aquí en un serio examen de la política del Brasil ni de las cualidades de los *leader* que la amoldan y la dirigen. Pero sería injusto no reconocer que en la inmensa mayoría de ellos predomina la honradez privada más estricta y el hábito de subordinar sus acciones á las exigencias de una escrupulosa moralidad. Á pesar de que el país atravesó un período de especulación desenfrenada en los primeros años de la República, no se señalan en él fortunas de hombres políticos mal adquiridas ni vergonzosos abusos de la influencia oficial aplicada á fines de lucro personal. Á este resultado feliz contribuye en gran parte el espíritu conservador de la sociedad brasilera y las exigencias relativamente moderadas de la vida de aquella nación.

No quiero cerrar estas páginas, sin consagrar unas palabras á la faz literaria del talento distinguido del actual primer magistrado del Brasil, Doctor Manoel Ferraz de Campos Salles. Todos conocen al orador parlamentario, al jurista eminente, indicado por la opinión como el más digno de ocupar la cartera de Justicia en el primer gabinete del Gobierno provisorio; pero no todos saben que el Dr. Campos Salles posee un brillante talento de escritor, puesto de relieve en su interesante libro de impresiones personales titulado *Cartas da Europa* [1]. No se encuentra en esta obra la frase burilada

(1) Campos Salles, *Cartas da Europa*. Rio de Janeiro, Tip. Leuzinger, 1894. — El señor Campos Salles realizó un segundo viaje á Europa en Mayo de 1898, viaje en que tuve

del retórico ni las pretensiones decadentes del *bel esprit*. Pero en ella resalta el pensamiento maduro del hombre de gobierno, la forma elocuente y flúida, elegante al mismo tiempo que concisa, del periodista y el tribuno popular, del que recorre el viejo mundo con el corazón y la vista puestos en la patria lejana, siempre recordada. El señor Campos Salles se alejó de su país en los pródromos de la crisis sangrienta de 1893, no para «escapar al terror brasilero», como se lo impugnaron sus adversarios, puesto que regresó á su patria cuando aun ardía en ella la guerra civil, sino porque su acción moderadora, su espíritu justiciero no tenían ya papel en medio de la conflagración general y las arbitrariedades de la autoridad. «Después de los sacrificios que se impusieron los miembros del Gobierno Provisorio,—dice el señor Campos Salles—vino una política reaccionaria, con todos sus odiosos aparatos de persecución y violencia; los mejores y más útiles elementos se apartaron del Gobierno; perniciosos instrumentos se pusieron al servicio de la represalia; desapareció la cohesión política; surgió la anarquía en el seno de casi todos los órganos del poder público; vino, por fin, como la última mano

---

el honor de ser su compañero á bordo del *Thames*, pudiendo apreciar de cerca en la convivencia de la travesía y en un contacto puede decirse de todas las horas, la nobleza de su carácter, la altura de sus propósitos, las dotes extraordinarias que lo adornan y que hacen de su personalidad política una de las que más honran al Brasil, por su patriotismo y su integridad moral.

en una obra de destrucción y de ruinas, la disolución del Congreso Federal, cuya soberanía, cuidadosamente salvaguardada por la Constitución, cayó fulminada por la prepotencia de ominosa dictadura ».

En medio del caos, no tienen acción posible los hombres de la legalidad. El golpe de Estado de 3 de Noviembre á que fué arrastrado por una camarilla de ambiciosos el noble mariscal Deodoro da Fonseca, produjo la enérgica reacción de 23 de Noviembre, que llevó al poder al mariscal Peixoto y fué la iniciación del lúgubre período cerrado con el estéril y glorioso sacrificio de Saldanha. Durante las sesiones legislativas de 1892, el Sr. Campos Salles figuró como *leader* de la mayoría del Senado y miembro de la comisión parlamentaria. En el seno de aquella junta, el eminente estadista sostuvo el proyecto de amnistía propuesto por algunos miembros de la oposición en la alta Cámara. Su culto por el derecho y su espíritu de imparcialidad lo hicieron ponerse decididamente de parte de la ley conculcada en medio de la lucha de las pasiones embravecidas. « En la primera reunión de la comisión parlamentaria, — escribe, — llamé su atención para la doctrina consagrada en el *Acuerdo* del Supremo Tribunal Federal, que negó el recurso de *habeas corpus* á los implicados en los acontecimientos de Abril [1]. Argumenté que, según lo establecido en los fun-

(1) Véase la parte referente á la brillante campaña de Ruy Barbosa en pró de la obtención del *habeas corpus*.

damentos de la decisión del Supremo Tribunal, una vez dada la aprobación del Congreso á los actos del Ejecutivo, comenzaba desde luego la competencia del poder judicial para el examen y juicio de los actos, cabiendo por consecuencia exclusivamente á este poder la decretación ó excusación de las penas, conforme á la responsabilidad personal de cada delincuente. Añadí que, aceptada esta doctrina, perfectamente conforme por otra parte con el precepto constitucional, me parecía corriente que en aquel caso, los tres grandes poderes de la República, debían ejercitar, cada uno á su turno, su competencia, oportunamente, separadamente, sin que uno pudiese, por su acción, excluir la legítima intervención del otro. Así, habiendo cabido al ejecutivo, en ausencia del Congreso, decretar la declaración del estado de sitio y medidas consiguientes, incumbía al legislativo tomar conocimiento de sus decretos para aprobarlos ó no, llegando en tercer lugar el judicial para, en el caso de la aprobación decretada por el legislativo, procesar y juzgar á los delincuentes. »

El acierto de esa opinión, y la perfecta integridad de carácter del estadista que la sostenía y que hizo triunfar en el Senado el proyecto de amnistía, no bastaron para librar al Sr. Campos Salles del reproche de haber obedecido « á condescendencias y debilidades inexcusables ». Así se juzga en ciertos períodos de historia sudamericana á los que ven claro en el fondo de las cosas, á los que

sostienen de acuerdo con el texto y el espíritu de la ley que el Congreso no es un tribunal de justicia, que no compete al gobierno decretar penas, que sólo á la justicia ordinaria corresponde procesar y castigar á los criminales. En plena « divergencia con la marcha de las cosas y careciendo de influencia para indicar otro rumbo», el Sr. Campos Salles fué á buscar á Europa ejemplos más consoladores. El espectáculo del viejo continente lo atraía desde mucho tiempo atrás. Las maravillas de una civilización tradicional llenan su espíritu desde el momento de poner el pie en la Francia. Sin embargo, como lo escribe á un amigo, « sin poder emanciparme de una vieja influencia preponderante en mi espíritu, reservo siempre algunos intervalos para dirigir mi atención para los asuntos políticos é informarme de lo que en esta esfera se hace de grande en el mundo ». Así, una de sus primeras visitas es para la Cámara de Diputados, donde precisamente asiste á los debates palpitantes que siguieron á la huelga de Carmaux y al pedido hecho por el gobierno de una ley restrictiva de la libertad de la prensa, para casos especiales.

« Aquí—dice el señor Campos Salles haciendo una crítica indirecta de lo que pasa en nuestro continente—los hombres de estado no se dejan entrabar en su acción por preocupaciones de cualquier naturaleza, ni aun por las fantasías de un mal entendido liberalismo. Sobresale en su carácter el valor y la intrepidez con que ata-

can el mal social, aplicando el remedio que su naturaleza reclama, aunque sea necesario desafiar las más arraigadas prevenciones populares. Y aun así, no hay espíritu que sea más sumiso al verdadero culto de la libertad que el espíritu del pueblo francés.» Sus observaciones sobre la forma de oratoria en boga en el Palais Bourbon, son exactas y muy interesantes. «Los parlamentarios franceses—escribe—se asemejan mucho á los nuestros en la actitud, en el gesto y en la declamación. Llenos de animación y vivacidad, mantienen sin embargo, un poco más de sencillez en la tribuna que algunos de nuestros oradores, que todavía pretenden guardar en la acción oratoria una cierta solemnidad ya desterrada de los usos modernos y del todo incompatible con la naturaleza de nuestras instituciones, en que el cuerpo legislativo no es absolutamente lo que fué el Parlamento. Sus oraciones son breves, concisas y vigorosas. No ví á un solo orador en ese debate detenerse en la tribuna más de media hora; el que lo hiciera seguramente incurriría en la censura general. Nótese, empero, que no se trataba de una moción política, que, según las fórmulas consagradas por el parlamentarismo, exige una discusión rápida y una solución inmediata: al contrario, tratábase de un proyecto de ley modificando el uso de la libertad de imprenta. Es un asunto para largas discusiones en nuestras asambleas. El auditorio francés no oiría un discurso de dos horas proferido por Gambetta,

Clemenceau ó Jules Ferry con la misma paciencia y buen humor con que los ingleses oyen las profundas oraciones de ocho horas de Gladstone. Para la eficacia de nuestra acción legislativa yo preferiría que adoptásemos en nuestras asambleas el modelo francés en vez del inglés.»

Una de las partes más interesantes de las *Cartas da Europa*, es la que se refiere á la visita, casi diría al peregrinaje, hecho por el señor Campos Salles á la casa de Gambetta en *Ville d'Avray*. La modestia de la vivienda de aquel hombre en cuya férrea voluntad reposó un día el destino de la Francia, le llama justamente la atención. Aquella mansión le parece más bien «la habitación de un estudiante trabajador y de hábitos modestos». «Quedé verdaderamente maravillado—dice—contemplando estos testimonios fidedignos de la sencillez de la vida de un hombre que por la opulencia de los sentimientos y del espíritu llegara á ser *el poder oculto* de la Francia. No se encuentra en los aposentos un solo objeto, un adorno cualquiera, que denuncie los hábitos de una existencia fastuosa; al contrario, todo allí revela la simplicidad de las costumbres, la austeridad severa del hombre público, para quien el primer cuidado consiste en mantener la pureza inmaculada del honor, para que él no quede jamás expuesto ni aun al vandalismo de la calumnia.» Y como un comentario al caso, añade el señor Campos Salles: «Gambetta sabía que la vida lujosa de los pobres constituye una denuncia pública contra la

honestidad de los escrúpulos personales.» Esa faz noble del carácter de los políticos franceses, merece el elogio franco y entusiasta del señor Campos Salles. «Debo añadir—dice en otra página de su libro—que lo que sobre todo ha valido á Francia en la crisis actual es la buena reputación de que gozan sus hombres de gobierno. Los ministros que no poseen recursos de fortuna, subordinan su manera de vivir á las costumbres más simples y modestas, sea en las altas posiciones, sea fuera de ellas. Ausencia absoluta de fausto y de grandeza en la vida doméstica y la más escrupulosa exactitud en los actos de la vida pública, es lo que forma la resistencia de la coraza impenetrable que cubre su honra personal contra los ataques del enemigo. Muchos de ellos bajan de la pobre habitación de un quinto piso para las altas funciones del gobierno, y cuando los accidentes naturales de la política los obliga á dejar esta posición, resignadamente, sin la más leve violencia moral, vuelven á su antigua y modestísima morada. El carácter del hombre público tiene necesidad de esta salvaguardia—su propia conducta—porque la lógica del pueblo es inflexible y, establecidas las premisas, no pára sino en la última conclusión.»

El problema político más extensamente tratado en las *Cartas da Europa* es el que se refiere al *parlamentarismo*, de que se muestra un adversario decidido el señor Campos Salles. En el curso de una de ellas, él prevee que

la Francia acabará por substituir su parlamentarismo por el régimen presidencial. ¿Cuándo sucederá eso? se pregunta. «No lo sé; será muy tarde tal vez, pues por el momento este sistema es una de las preocupaciones políticas más arraigadas de este pueblo; pero la reforma ha de venir». Á su juicio, el parlamentarismo coloca á la república francesa en las mismas condiciones difíciles en que se van encontrando las monarquías europeas. Es indispensable para la nación «extirpar de su organismo institucional este gérmen perpetuo de intrigas y chicanas para poseer un gobierno fuerte y estable». Para las monarquías no es tan fácil la evolución. «Ellas no pueden prescindir en absoluto del parlamentarismo, porque viven de la ficción de la irresponsabilidad del soberano, cuya persona *inviolable y sagrada* debe ser resguardada por la responsabilidad del *gabinete*. Pero como ya no es cosa fácil organizar gabinetes fuertes, cuando los partidos políticos se gastan por el desmembramiento de los grupos, el resultado inevitable será una crisis política engendrada por el debilitamiento del principio de autoridad. Cuales sean las consecuencias de esa crisis, tal vez se pueda preveer, midiéndolas por la influencia que va ganando en las sociedades modernas el espíritu democrático y el sentimiento de la autonomía individual». Siguiendo en el desarrollo del mismo tema el señor Campos Salles encuentra que en Francia la instabilidad de los gabinetes han concurrido

mucho para las dificultades de la política externa. En la propia Inglaterra encuentra síntomas que anuncian el falseamiento del sistema cuando desaparezca la reina Victoria. Apoyándose en una reciente biografía de Gladstone, señala el hecho que «al mismo tiempo que desaparece la homogeneidad de opiniones y de aspiraciones, reconócese que la cohesión y la disciplina de los partidos se debilita». La autoridad de los jefes disminuye y se hacen difíciles en el porvenir las largas dominaciones políticas de un Walpole ó un Pitt. «Es perfectamente justa la observación que no se limita á la Inglaterra, sino que se generaliza á todos los pueblos. Cuando todos los elementos convergen para la disolución de los grandes partidos, que se subdividen en una infinidad de grupos, cuando la autoridad de los jefes, quiébrase ante la disciplina partidaria, cuando las fuerzas partidarias se dispersan por la ausencia de armonía en las opiniones, el parlamentarismo, al mismo tiempo que produce las situaciones efímeras y los gobiernos indecisos, no sirve sino para anular la soberanía de un poder, sujetándolo al derecho de disolución, de que el otro queda armado para resolver los conflictos engendrados en el seno del propio parlamentarismo».

La insistencia con que el señor Campos Salles continúa analizando esta cuestión, se explica teniendo en cuenta que su crítica tiene por objeto indirecto combatir la propaganda de una nueva escuela política for-

mada en su país bajo la influencia del antiguo régimen. El estadista en este caso muestra una vez más su espíritu práctico y su criterio institucional. Para que un gobierno tenga éxito, ese gobierno debe ser fuerte, ó por mejor decir, su fuerza debe consistir en la rapidez y en la unidad de su acción. El parlamentarismo puede practicarse con resultados saludables allí donde existen dos grandes partidos, cada uno de los cuales está entregado á la dirección soberana de un solo jefe, como sucedió en cierto período histórico en Inglaterra. En el momento actual la homogeneidad política desaparece eliminada por la transacción de los grupos, en la mayor parte de las naciones de Europa. Y si en el viejo mundo se nota ese estado de indisciplina y de anarquía partidista, ¿qué puede esperarse de un pueblo como el brasilero en que las conmociones políticas han destruído las viejas agrupaciones partidistas y sus influencias directoras? «El jefe político — añade el señor Campos Salles—no es y no debe ser una delegación de la autoridad, puesto que la autoridad que él ejerce viene de sí mismo, de su prestigio personal, del valor intrínseco de sus servicios, de la supremacia incontestada de su capacidad directora, en fin de la influencia irresistible de su acción política. O él es eso ó deja de ser el jefe político, el guía indispensable y poderoso de un pensamiento nacional, el instrumento necesario á la realización de una idea, para ser apenas un cabecilla en frente

de grupos, el director eventual de una situación efímera, el representante ocasional de una coalición de intereses no siempre legítimos. No se confunda al jefe con los caudillos políticos. ¿Quién no ve la diferencia que existe entre la dictadura benéfica de Gambetta coordinando la acción política para consolidar la tercera república en Francia y el caudillaje pernicioso de Clemenceau, por ejemplo, anarquizando y dispersando las fuerzas parlamentarias en detrimento de la república?»

El problema de la inmigración, el problema económico, el problema institucional son abordados sucesivamente en las *Cartas da Europa*, con motivo de la visita del señor Campos Salles al Banco de Inglaterra, de su excursión á Suiza ó de su asistencia á una de las lecciones de Leroy-Beaulieu. Todas estas cuestiones son tratadas por el distinguido hombre de estado, en una forma concisa y familiar pero no por eso menos llena de enseñanzas y de útiles advertencias para sus compatriotas. Las costumbres electorales de Francia, por ejemplo, le dan motivo para hacer una crítica severa y justificada del abstencionismo del votante brasilero, enfermedad de que padecemos tanto nosotros como nuestros vecinos. «Para nuestro país, — escribe en una página que debemos meditar—donde la abstención electoral erigida en sistema por parte de los elementos opositores, encubre una deplorable falta de energía cívica, no será tal vez sin provecho el conocimiento de

hechos que atestiguan la eficacia de las luchas, cuando ellas son sostenidas con resolución y coraje. En cualquier parte de Europa yo creo que moriría ignominiosamente devorado por el ridículo, el partido que, dada cierta emergencia, se abstuviese de la lucha activa bajo el pretexto de hallarse cohibido en sus movimientos por la presión del poder público. En poco más de un año, para no hablar de otros países, la Inglaterra, la Alemania y la Francia han mostrado que ningún pueblo puede ser despojado de su soberanía sino cuando él propio lo consiente por debilidad ó cobardía. En las elecciones legislativas de 1892, Gladstone, el viejo radical, fué indicado por la mayoría de los sufragios á la reina Victoria para substituir en el Gobierno á Lord Salisbury, el ilustre jefe conservador, acariciado en el poder por la manifiesta predilección de la soberana. Recientemente en Alemania, la intervención personal y enérgica del emperador, directamente interesado en el pleito, no impidió que las fuerzas opositoras obtuviesen grandes triunfos, y con sólo siete asientos más en el Reischtag hubieran producido la derrota imperial. En cuanto á Francia, los propios vencidos legitiman su derrota. Nadie inventa peligros para huir, nadie renuncia al ejercicio de su derecho, ni aun en presencia de peligros reales, inminentes. ¿Será que, por desgracia nuestra, el elector brasilero tenga menos amor á su derecho?» Son alusiones de esta clase, observaciones

de esta intensidad y de esta franqueza, las que dan al libro del señor Campos Salles un mérito especial, un valor de actualidad y de propaganda aquilatado por las condiciones morales y el prestigio personal de su eminente autor.

Encarrilado el Brasil en una marcha tranquila, su progreso intelectual es incesante y él promete días de futura gloria á su literatura. Las nuevas generaciones de aquel país, inspiradas por el amor al estudio y por el patriotismo, educadas en un medio purificado y saneado á influjos de la libertad y de la verdadera democracia, tienen delante de sus pasos perspectivas halagadoras. Libres de asechanzas posibles, terminada en paz la única cuestión que pudo poner en peligro nuestras relaciones y afianzada de una manera inconmovible la cordialidad que existe y siempre debe existir entre nuestros pueblos, el Brasil y la República Argentina deben marchar unidas, deben estrechar sus filas contribuyendo juntas á mantener y exaltar la civilización en esta parte del continente sudamericano. Para propender á esta obra de fraternidad, he querido mostrar á mis compatriotas algunos de los aspectos de la vida literaria brasilera. Los nombres y las obras que desfilan en estas páginas, no son sino una parte mínima de todas las que podrían figurar en ellas con honor, pero bastarán para apreciar cuán alto es el grado de la cultura del Brasil y cuán digna es su producción de ser analizada y conocida por

todos los que rinden culto al espíritu y saben que, según las palabras del filósofo, la medida de la verdadera grandeza de una nación es la suma con que ella contribuye al pensamiento, á la energía moral, á la felicidad intelectual, á la esperanza espiritual y al progreso de la humanidad!

FIN

ÍNDICE

Págs.

Dedicatoria V

I

Ignorancia general sobre la literatura del Brasil.—Nuestros hermanos del Perú, de Méjico, de Venezuela y Colombia. — *María* de Jorge Isaacs. — Las huellas de Sarmiento y Alberdi. — Artistas, poetas y pensadores del Brasil contemporáneo.—Vínculos del Brasil con la República Argentina. — Similitud de nuestro desarrollo y nuestra civilización.—Carencia de una literatura nacional propiamente dicha. — Acción de las causas que obran de una manera análoga en los Estados Unidos y en nuestras naciones. — Reflejo de la literatura portuguesa sobre la literatura colonial del Brasil. — El fenómeno de la «obnubilación». — La influencia del elemento extranjero y el espíritu de imitación. — Cruzamiento y transformación de las razas 1

II

Conveniencia de estudiar el movimiento intelectual de nuestro continente. — La *Confederación de los Tamoyos* y

Págs.

Don Juan María Gutiérrez. — Juicios literarios de Ernesto Quesada. — Groussac y la naturaleza fluminense. — Los *Viajes* de Sarmiento. — Su visita á Río de Janeiro en 1846. — El cuadro de la esclavitud. — Paisajes tropicales. — Boceto del Emperador. — Diferencia del Brasil actual. — Una entrevista con el monarca. — Su interés por las cosas y los tipos del Plata. — Una anécdota de Monte Caseros. — Causas que han dado al Brasil una cultura literaria mayor que la del resto de nuestras repúblicas. — Adelanto y retroceso. — Fundación del *Instituto Histórico y Geográfico* en 1838 11

III

La Historia de la Literatura Brasilera, trazada por Silvio Romero. — El libro de Ferdinand Wolf. — Elementos etnográficos del Brasil, constitución de su pueblo, modificaciones que se producen á su influjo. — Las huellas de Taine y Rènan. — Período de formación y período de desenvolvimiento autonómico; período de transformación romántica; período de reacción crítica. — Carácter y magnitud del material de la obra del señor Romero. — *La Litteratura Brazileira e a Critica Moderna*. — Formación de un tipo nuevo. — El botánico de Martius. — Efecto del clima ecuatorial en el hombre. — Galería de escritores brasileros. — Los indígenas. — La acción social del negro. — Forma nueva de la diferenciación nacional 21

IV

Imposibilidad de hacer un estudio metódico del desenvolvimiento intelectual del Brasil. — Los cronistas, los

Págs.

teólogos y los predicadores. — La poesía colonial. — El culteranismo español y portugués. — Carácter americano de las producciones de Basilio da Gama y Santa Rita Durão. — El poema *O Uruguay.* — Rasgos biográficos de su autor. — Tatú-Guazú y Cacambo. — Recuerdo del *Cándido* de Voltaire. — Fragmentos clásicos de aquella obra. — Belleza de los versos de Basilio da Gama. — Episodio de la muerte de Lindoya. — El *Caramurú* de Santa Rita Durão. — Origen de la leyenda que sirve de argumento al poema. — *Caramurú* y el *Uruguay,* las *Elegias* de Juan de Castellanos, la *Araucana* de Ercilla, el *Arauco Domado* de Oña, el *Puren Indómito* de Lasso de la Vega y *Lima Fundada* de Don Pedro de Peralta.— El sueño de Paraguassú.— Cuadro célebre de la muerte de Moema. — Claudio Manuel da Costa. — El movimiento romántico del siglo XIX. — La moda del *indianismo.* — Méritos y deficiencias de la obra del señor Romero 31

V

La filosofía en el Brasil. — Múltiples facetas del pensamiento brasilero contemporáneo. — Primer encuentro con Tobías Barreto. — Las víctimas de Silvio Romero. — El padre Fray Francisco de Mont Alverne y su *Compendio de Filosofía.* — *Investigaciones de Psicología* del doctor Eduardo Ferreira França. — Los *Hechos del Espíritu Humano* del doctor Domingo de Magalhães. — La *Teoría de la Afirmación Pura* del padre Patricio Muñiz.— La *Sciencie et les Systèmes* del doctor Américo Figuereido. — Otros filósofos brasileros. — La obra de Augusto

Págs.

Comte. — El vizconde de Río Grande y su obra *El Fin de la Creación*. — *Las Funciones del cerebro* del doctor Güedes Cabral 51

VI

Estudio sobre Tobías Barreto. — Rasgos interesantes de su personalidad. — Incidentes de su vida. — Amarguras de su iniciación. — Su retiro á Escada. — El periodista. — El autodidacta. — Independencia de sus estudios. — Juicio de Silvio Romero sobre el poeta y el prosador. — Idea matriz de los *Estudios Alemanes*. — «Escuela teuto-sergipana». — Influencia del germanismo en la literatura brasilera 65

VII

Ojeriza de Tobías Barreto por la nación inglesa. — Deficiencia de sus conocimientos sobre Darwin, Spencer y Huxley. — Reflejo de los defectos de Tobías Barreto en Silvio Romero. — Opinión del doctor Souza Bandeira. — Ataques á Víctor Cousin y á Janet. — Una frase de Renan. 77

VIII

Doctrina contra Doctrina. — Acción de Augusto Comte en la política brasilera. — La secta positivista y su influencia según Eduardo Prado. — Juicio de Felisbello Freire en su *Historia Constitucional de la República de los Estados Unidos del Brasil*. — Carta de Benjamín Constant á su esposa. — La Religión de la Humanidad. — Comte y las matanzas de Santa Catalina. — Lopez y Oribe. —

Págs.

Propaganda de Lemos y Teixeira Mendez. — Presentación del Apostolado positivista al Congreso Constituyente. — Opinión de José Verissimo sobre el positivismo. — Síntesis crítica sobre las obras de Silvio Romero. 83

IX

Existencia de dos escuelas literarias en el Brasil. — Contribución considerable del norte á la vida intelectual.— José Verissimo.—Apuntes biográficos sobre este escritor.—Sus primeras producciones.—Cualidades de su talento.—La primera serie de los *Estudios Brasileros*.— Situación del hombre de letras en Sud-América.—Siluetas de Venezuela y Colombia.—Vicios de la intelectualidad brasilera según Verissimo.—La poesía, la novela y el teatro.—Elementos étnicos.—La *Religión de los Tupys-Guaranys*.—Leyendas y mitos indígenas.—Las reliquias arqueológicas y Augustus Le Plongeon.—Estado de las tribus amazónicas. 97

X

El *nacionalismo* literario de José Verissimo. — La independencia intelectual del Brasil. — El folk-lore amazónico.—La *modinha* brasilera.—Cualidades del estilo de José Verissimo.—El educacionista y el hombre de letras.—Deficiencias del diletantismo. 109

XI

La segunda serie de los *Estudios Brasileros*.—Síntomas de renacimiento intelectual. — Exacerbación del orgullo patrio.—Tendencias *jacobinas* ó *nativistas*.—Influencia

Págs.

de la vida política sobre la vida literaria.—El Brasil y los Estados Unidos de Norte América.—Las *Escenas de la Vida Amazónica.*—Síntesis de su primera parte.—Prestigios de la Amazonia.—El viaje de Orellana.—Una digresión. 117

XII

Narraciones de José Verissimo. — El indio José Tapuio. —Un menú tropical.—*O Bôto.*—Argumento de este cuento.—La caída de Rosinha.—Viaje al Parú.—La pesca del *pirarucú.*—Paisajes de la tierra caliente.—Descripciones de la región amazónica.—Reanudación de un idilio.—Una apuesta trágica.—*El crimen del tapuyo.*—*La suerte de Vicentina.*—José Verissimo y Pierre Loti. 127

XIII

El Vizconde Alfredo de Escragnolle Taunay. — Abolengo de su familia. — Datos biográficos sobre el Vizconde de Taunay.— Su carrera militar.—Su actividad mental. — Sus cualidades pictóricas. — *Scenas de Viagem. Viagem de Regresso.*—*Ceos é terras do Brazil.*—*Quadros da natureza brazileira.*—El tipo del *sertanejo.*—Paisajes natales. 141

XIV

Detalles de los *Cuadros de la Naturaleza.*—La siesta.—La tormenta. — La noche. — El escenario y los actores. —Narraciones del Vizconde de Taunay: *Yuca o tropeiro; Cariman a Kinikinao; Yerecé a Guaná; O Vigario*

Págs.

das Dôres.—Escenas indígenas.—Otra novela: *A Mocidade de Trajano.*—Cuadros de la vida de fazenda.—Debilidad de esta obra.—El drama *Amelia Smith.* 151

XV

La Retraite de Laguna.—Un episodio homérico de nuestras guerras.—*Innocencia.*—Traducciones de esta novela. — Les *sertoës* de Matto Grosso. — Costumbres y peculiaridades de aquella región.—El enano Tico.—El médico ambulante.—Un drama de amor.—Belleza de la narración.—La noción de la familia del *sertanejo.* —Aparición de un entomólogo original.—Un *mal entendu* humorístico.—El asesinato de Cirino.—Poesía de aquella obra superior.—Innocencia y sus hermanas en el mundo de la ficción. 163

XVI

Última novela del Vizconde de Taunay.—*O Encilhamento.* —El delirio de la especulación. — Un período vergonzoso.— Tendencias políticas y doctrinarias de la novela.—La pintura de una época.—Tipos universales. —*La Curée* y *L'Argent* y *O Encilhamento.*—El Ministro Serrano.—Filosofía amarga del libro.—Apreciaciones exageradas.—Discursos y estudios críticos del Vizconde de Taunay.—Sus estudios militares.—Errores de su juicio sobre la Guerra del Pacífico. 175

XVII

En viaje á Río de Janeiro.—Assis Brasil y *La República Federativa.*—Propaganda republicana.—La *Democracia*

Págs.

Representativa del mismo autor.— Madurez de criterio del estadista. — Fundamentos del voto. — Crítica del mandato imperativo. — Peligros del voto militar. —Sobriedad del estilo de la obra.— Una cita de Bryce.—Un «electorado de analfabetos».— De cómo *la oposición es virtuosa.*—Cualidades distinguidas de Assis Brasil. 185

XVIII

Estudio de otros problemas políticos.—El tratado del *Gobierno Presidencial en la República Brasilera.*— Defectos de la constitución actual del Brasil.— Necesidad de reformarla.— Diferencias entre el Brasil y otras republicas federativas.—El Brasil y los Estados Unidos.— Imitaciones funestas.—Causa de las agitaciones políticas brasileras.—Los federales y unitarios en la República Argentina.—Régimen *presidencial* ó régimen *parlamentario.*—El diagnóstico de Assis Brasil.—Los libertadores sudamericanos.— William Hartpole Lecky y el *parlamentarismo.* 195

XIX

Críticos brasileros.—Tristán de Alencar Araripe Junior.— Su *nativismo* literario y político.—Sus primeros ensayos literarios.—*O ninho do beija-flor.*—*Contos brazileiros.* — *Carta sobre a literatura brazileira.*—Romanticismo extravagante.—Trozo selecto de los catorce años. —La crónica sebastianista del *Reino Encantado.*—Escenas de esta novela. 207

XX

Págs.

Reconstitución de las ideas de Araripe Junior.—Influencia que ejercen sobre su espíritu las obras de Spencer, Buckle y Taine.—Adopción de un nuevo credo.—Misión filosófica del crítico.—Estudio sobre *José de Alencar*.—Deficiencias de la obra.—Análisis de las fuerzas primordiales que actúan sobre el novelista. 213

XXI

Resultados de la aplicación del método de Taine.—Los años de aprendizaje de José de Alencar.—Lo *grácil*, fórmula de su poesía.—Análisis de sus producciones.—Juicios sobre el *Guarany*.—El epílogo de la novela relatado por Araripe Junior. 219

XXII

El estudio sobre Gregorio de Mattos.—El evolucionismo spenceriano y la exégesis nueva.—Un precursor del *nacionalismo*.—Quevedo y Gregorio de Mattos.—La vida colonial de Bahía.—Méritos de la biografía de Gregorio de Mattos.—Deformaciones del carácter europeo en el medio brasilero.—El erotismo del colonizador.—El sensualismo africano.—La venus india y la venus negra.—Traducción de un soneto.—El reino de las mulatas. 229

XXIII

Ensayo de Araripe Junior sobre Dirceu.—El poeta de las *Lyras*.—Gonzaga y Meléndez.—El vestido de Marilia.

Págs.

—Balbuceos del género pastoril.—Juicio de Alexandre Beljame sobre los escritores ingleses del siglo XVIII. —Perfil literario de Dirceu.—Traducción de algunas de sus estrofas.—El catequizador y misionero jesuíta, José de Anchieta.—Fuerza á que debió todos sus milagros. . 239

XXIV

El último libro de Araripe Junior: *O Movimiento de 1893; o crepusculo dos povos.*—Influencia del jacobinismo sobre la literatura.—Crítica del escepticismo y la indiferencia patriótica.—El *lirismo,* sinónimo de *brasilerismo.* —El parnasianismo, el simbolismo y el decadentismo. —Los poetas jóvenes.—Un soneto de Arthur Lobo y la *Canción de Tragaldabas.*—La pléyade de la *Panadería Espiritual.*—Cruz é Souza.—El movimiento decadente. . 249

XXV

Joaquín Nabuco.—Esbozo personal.—Su educación y su carrera política —Su obra *O abolicionismo.*—Vicios y deformaciones del carácter brasilero bajo el régimen esclavócrata. — La parte del emperador en la campaña abolicionista.—Cuadro de la situación moral del Brasil. —Disección del sistema monárquico.—Tendencias que explican el pensamiento brasilero contemporáneo.—El problema del negro.—Juicio de Frederick L. Hoffman. 259

XXVI

El ensayo de Nabuco sobre *Balmaceda.*—Arte consumado del escritor.—Escabrosidades del tema de aquel libro. —La revolución chilena y la revolución de Saldanha

Págs.

y Mello.—Razón de la predilección de Nabuco por la causa revolucionaria. — La obra de Bañados Espinosa y el comentario de Nabuco.—Autosugestión del escritor brasilero.—La sublevación de la escuadra en Chile y en el Brasil.—Una página hermosa sobre el carácter de la Armada. —José Verissimo y el estudio sobre Balmaceda. 269

XXVII

La «cuestión de la América Latina», planteada por Nabuco. —Empirismo é inaplicabilidad del remedio.—Errores de apreciación y de juicio.—La resistencia brasilera en la época de la dictadura.—El sacrificio de Saldanha. —El desgobierno sudamericano.—Un problema político de difícil solución.—Comunidad de la causa liberal. — El papel de los pueblos vecinos según Alberdi. La enfermedad orgánica de la América del Sud estudiada por Mitre, López, Avellaneda, Rawson, José Manuel Estrada y otros argentinos. — Puntos de vista de que debe considerarse la «cuestión de la América Latina». —Vicios de la conquista.—Contribución de la raza blanca. — Un problema de educación. — La educación política según Alberdi.—Cita de Sarmiento. 283

XXVIII

El último libro de Nabuco.—*A intervençao estrangeira durante a revolta.* — Estudio jurídico de un episodio internacional.—Males de las contiendas internas.—Desbordes de la pasión política.—El principio de autoridad y el principio de soberanía. — Examen de la legi-

Págs.

timidad de la intervención extranjera en la contienda civil brasilera.—Precedente nacional funesto.—Una fábula de don Andrés Bello. 303

XXIX

Cualidades morales y principios intelectuales de Joaquín Nabuco.—Análisis sicológico del carácter del mariscal Peixoto.—El folleto sobre *El deber de los monárquicos.* —Consejos á la juventud.—Causas del malestar político del Brasil, según Nabuco.—Individualismo ilimitado. —El Brasil es una *neocracia.*—Temple del moralista y del escritor. 315

XXX

Ruy Barbosa.—Primera visita.—Boceto personal.—Su biblioteca.—Un regalo del escritor.—Rasgos biográficos. —Su papel en la campaña abolicionista.—El periodista y el tribuno parlamentario.—La política de los *emancipadores.*—Belleza de la *Conferencia Abolicionista.*—Un párrafo sobre la ley de los esclavos evadidos 325

XXXI

El estilo de Ruy Barbosa.—El pensador, el jurisconsulto y el estadista.—Su dominio del inglés.—Su estudio sobre *El Estado de Sitio.*—Petición de *habeas corpus* al Supremo Tribunal Federal.—La «arbitrariedad palabreada».—Mérito del alegato de Ruy Barbosa.—Los aduladores de la opresión.—Campaña en la prensa.—*Los actos inconstitucionales del Congreso y del Ejecutivo ante la Justicia Federal* 335

XXXII

Págs.

Publicación del libro *Finanzas y Política de la República.*—Discursos que encierra esa obra.—Carta sobre el convenio de reciprocidad con los Estados Unidos.—La cuestión financiera en el Brasil.—Ataques de que ha sido víctima el Sr. Ruy Barbosa.—Respuesta soberbia.—La vida pública en Sud-América 347

XXXIII

Poder analítico del espíritu de Ruy Barbosa.—Su cultura literaria y sus dotes críticas.—El *Ensayo sobre Swift.*—Taine y Paul de Saint-Victor refutados por Ruy Barbosa.—Retrato intelectual del autor de los *Orígenes de la Francia Contemporánea.*—La verdadera imagen de Swift.—Las relaciones con Vanessa y Stella.—William Temple.—Acción política de Swift 361

XXXIV

Las Cartas de Inglaterra.—Boceto de Thomas Carlyle.—Predilección de Ruy Barbosa por la Inglaterra.—La poesía de Carlyle.—Sus obras principales.—Sus incongruencias.—Juicio de James Russell Lowell.—*Dos glorias de la humanidad.*—Alusiones políticas.—El doctor Francia y el tirano Rozas.—Minotauros pigmeos.—Otro ensayo de Ruy Barbosa.—Las cartas de Inglaterra y *Les Lettres sur L'Angleterre* de Louis Blanc.—Estructura de la nación británica 369

XXXV

Los maestros de la literatura brasilera y el elemento joven.—Parnasianos, decadentes, etc.—El *indianismo.*—Ana-

Págs.

cronismo de aquella escuela.—La obra maestra de Gonçalves Días. — *Y-Yuca-Pyrama.* — Fragmentos de este poema 385

XXXVI

Los poetas de las nuevas generaciones.—Bocetos rápidos. —Alberto de Oliveira.—Raymundo Correa.—Un soneto. —Olavo Bilac. — *La misión de Purna.* — João Ribeiro. — *Peregrino.* — *El Adiós de Andrómaca.* — *En el Ejeo.*— *Simple Balada.*—Fontoura Xavier.—*The Bald Headed Eagle.*—*El Gran Viaje.*—La musa femenina.—Francisca Julia da Silva.—*Los Argonautas.*—Otros poetas. 397

XXXVII

El periodismo brasilero. — Predominio del elemento nacional. — Los cronistas. — Coelho Netto. — Ferreyra de Araujo. — Carlos de Laët. — Machado de Assis. — Quintino Bocáyuva. — El *Jornal do Commercio* y José Carlos Rodrígues. — Fragmento de uno de sus artículos. —Desaparición de los grandes hombres. — Tobías Monteiro. 415

XXXVIII

Imposibilidad de reflejar todo el movimiento intelectual brasilero.—Inglez de Souza.—Los *Contos Amazónicos* y *O Missionario.*— Aluizio Azevedo. —Affonso Celso.— *Minha Filha* y *Lupe.* — Rodrigo Octavio. — Manoel de Oliveira Lima 427